

CARLOS BONGCAM WYSS

CHILE:

***CONDENADO
A MUERTE***

1998

© Carlos Bongcam Wyss, 1998

ISBN 91 970910 06

(Prohibida su reproducción o uso con fines comerciales sin autorización del autor)

Dedicatoria

A mis nietos

Agradecimientos

*A Gertie, mi esposa .
A las compañeras y compañeros que
con riesgo de sus propias vidas
contribuyeron a salvar la mía.*

Capítulos:

- 1 La condena
- 2 En la cordillera
- 3 La hora de la traición
- 4 La ruta imposible
- 5 La generosidad campesina
- 6 A la orilla del mar
- 7 El viaje a Puerto Montt
- 8 El regreso a Santiago
- 9 El «Refugio Padre Hurtado»
- 10 Camino al exilio

Bibliografía
El autor
Obras publicadas

Advertencia

*Los hechos que describo en este libro son auténticos.
Los he reconstruído recurriendo
a mi memoria y a los documentos citados
en la bibliografía.*

1

LA CONDENA

Dada la situación política que se comenzó a vivir en el país después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, el Comité Regional Osorno del Partido Socialista acordó que los Dirigentes Provinciales no debíamos dormir en nuestras casas, en previsión de posibles atentados de la derecha o de un «Golpe de Estado» repentino.

Los partidos opositores al Gobierno habían ido a las elecciones parlamentarias con la meta de conseguir los dos tercios de los escaños en el Senado de la República, para destituir legalmente al Presidente Salvador Allende. Pero en aquellas elecciones ocurrió un hecho insólito, único en la historia de Chile: por vez primera, después de dos años y medio en el poder, un Gobierno lograba aumentar su contingente electoral.

Cerrada la vía legal, los enemigos de Salvador Allende sólo tenían dos caminos para derribarlo: la «Guerra Civil» o el «Golpe de Estado».

De todos los Dirigentes Socialistas de la Provincia, yo era el único que cumplía con el acuerdo de llevar una vida semiclandestina. El resto se limitaba a hacer chistes sobre mi semiclandestinidad, debido principalmente a que sus mujeres no les permitían pasar la noche fuera de casa.

De «casas de seguridad» me servían las viviendas de algunas personas amigas sin filiación política, cuyas simpatías por el Gobierno eran poco conocidas. Cada noche, sin previo aviso, elegía una casa diferente para dormir en ella.

Yo iba a la Universidad a impartir mis clases y luego salía con rumbo para todos desconocido. En previsión de posibles atentados de parte de los terroristas de ultraderecha, que en la Provincia de Osorno eran numerosos, durante el día un reducido

grupo de camaradas de la Juventud del Partido me servía de escolta.

La «Perla del Rahue»

La ciudad de Osorno, la «Perla del Rahue», fue fundada en 1558 por el español García Hurtado de Mendoza, sucesor de Pedro de Valdivia en el cargo de Gobernador de Chile. La ciudad recibió su nombre del homónimo condado español perteneciente a la noble familia de García, en el cual el Capitán había dejado a su amada.

La villa de Osorno fue destruída en 1575 por un terremoto que arrasó todas las ciudades fundadas por los españoles en el sur de Chile. Desde su reconstrucción, dos siglos después, en 1796, la ciudad ha crecido callada y lentamente, soportando la lluvia, el frío y la humedad, y renaciendo tozudamente de incendios y terremotos.

En el largo mapa de Chile, novecientos kilómetros al sur de la Capital del país, como una bandera a media asta flamea la Provincia de Osorno. En 1973 tenía alrededor de ciento sesenta mil habitantes. Más de la mitad de la población vivía en la ciudad de Osorno, la Capital de la Provincia.

La «Hora de la Verdad»

La «Hora de la Verdad» se nos presentó en Osorno el 29 de junio de 1973, cuando un impaciente Coronel del Ejército sacó sus

tanques a las calles de Santiago y fue a cañonear el Palacio Presidencial de La Moneda, con la intención de provocar un «Golpe de Estado».

Había llegado la hora de defender al Gobierno de Salvador Allende, nuestro Gobierno.

En tanto escuché la noticia tomé una antigua escopeta de caza, dos rifles de salón calibre veintidós y tres revólveres, que eran todas las armas que poseía el Partido, y me trasladé a un campamento de pobladores donde teníamos una base partidaria. Allí se congregó una veintena de miembros de la Juventud y con ellos organizamos una red de correos en toda la ciudad.

Hablando por radio al país aquella mañana, el Presidente Allende dijo:

—Llamo al pueblo a que tome todas las industrias, todas las empresas; que esté alerta, que se vuelque al centro, pero no para ser victimado; que el pueblo salga a las calles, pero no para ser ametrallado; que lo haga con prudencia, alerta, con cuanto elemento tenga en sus manos. ¡Si llega la hora, armas tendrá el pueblo!

Envié a un compañero a buscar al Presidente del Sindicato de la Construcción, el más numeroso y combativo de Osorno, quien se presentó de inmediato.

—Camarada —le dije—. Llegó el momento de cumplir con nuestro compromiso de defender al Gobierno.

Noté que el compañero se puso nervioso, cosa que me pareció perfectamente normal.

—Quiero que vaya a buscar a los miembros de su Sindicato.

—No creo que quieran venir todos.

—Traiga a los más decididos, los socialistas. ¿Cuántos podrá reunir?

—Unos cien. ¿Hay armas, compañero?

—Sólo las que usted ve aquí.

En ese momento comprendí lo ridículo y a la vez trágico de la situación. Había llegado la hora de defender al Gobierno y no teníamos armas. Recordando las palabras del Presidente Allende, hice un último esfuerzo. Le dije:

—Que los compañeros traigan lo que tengan a mano: chuzos, picotas, cualquier cosa.

El Presidente del Sindicato se fue, pero no regresó. Nunca más lo volví a ver. Ni a él, ni a ningún miembro de su Sindicato.

Para peor, los comunistas del campamento, al observar las actividades que desarrollábamos aquel día, nos amenazaron con denunciarnos a los Carabineros si no desmantelábamos nuestra base. Una urgente reunión con el Comité Regional Comunista evitó a último momento que aquella amenaza se consumara.

El intento de sublevación militar no pasó a mayores, porque los Militares Golpistas fueron controlados personalmente por el General Carlos Prats, Comandante en Jefe del Ejército. Gracias a eso, nosotros en Osorno evitamos dejar en evidencia, frente a los reaccionarios, nuestra incapacidad de respuesta.

Desde aquel día no tuve la menor duda de que con o sin armas no íbamos a contar con los Sindicatos para la defensa del Gobierno. Además estaba claro que sin un entrenamiento militar previo, imposible ya de realizar, a un Ejército profesional no se le podía resistir con probabilidades de éxito.

Incluso una acción de masas, que hipotéticamente podría llegar a ser el comienzo de una resistencia generalizada, también debía ser preparada y organizada cuidadosamente. No se podía dejar a la improvisación y espontaneidad de la gente algo tan importante. Dentro de las condiciones que se vivían en el país,

especialmente en aquel momento, era del todo imposible preparar algo semejante.

Desgraciadamente para el pueblo de Chile, los Militares Golpistas no sólo controlaban las armas, sino que también tenían la iniciativa en sus manos.

El «Estado de Emergencia»

En vista de la delicada situación creada en el país por el abortado intento golpista del Comandante de la brigada de tanques del Ejército, el Presidente Salvador Allende solicitó al Congreso Nacional autorización para decretar el «Estado de Sitio», pero el Parlamento, dominado por la oposición, rechazó de plano aquella demanda presidencial.

En subsidio, el 30 de junio el Presidente decretó el «Estado de Emergencia» en las Provincias clave o más conflictivas del país. En cada una de ellas, el Comandante de la respectiva Guarnición Militar fue nombrado «Jefe de Plaza».

El «Estado de Emergencia» entregó a los Militares el control del orden público, al tomar éstos el mando de los efectivos de Carabineros de Chile. En tiempos normales, la policía civil y uniformada dependía del Ministro del Interior y, en las Provincias, de los Intendentes. Dentro del «Estado de Emergencia», las fuerzas de Carabineros quedaban bajo la tuición directa del Jefe de Plaza.

En la Provincia de Osorno fue nombrado «Jefe de Plaza» el Comandante del Regimiento «Arauco», un distinguido Oficial que a su paso dejaba la inconfundible huella de sus perfumes franceses

y cuyo principal mérito había sido llenar de hermosas rosas el patio del Regimiento.

El Intendente, el representante del Gobierno en la Provincia, perdió el control sobre las fuerzas de orden comandadas por un Oficial de Carabineros de rostro alcoholizado, quedando sólo como Autoridad Superior de las reparticiones administrativas.

“No se preocupe, compañero”

Siguiendo la estrategia diseñada y financiada por la Embajada de los Estados Unidos de América, a fines de julio comenzó el «Segundo Paro Nacional» de camioneros, elevados transitoriamente por la prensa de derecha a la categoría de «transportistas». A esta huelga sediciosa se sumaron los «Gremios Patronales» y los «Colegios Profesionales» en los cuales la oposición al Gobierno tenía mayoría. De esta forma se inició el proceso insurreccional que sería definitivo.

—No van a ceder —me dijo confidencialmente un industrial amigo—. Quieren echar abajo al Gobierno

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—No se lo puedo decir. Pero créame, ¡esta vez la cosa va en serio!

—Llegará un momento en que la situación económica obligará a los camioneros a volver al trabajo.

—Se equivoca, por cada día en paro reciben un bono en dólares.

—¿En dólares?

—Sí. Usted no se imagina la cantidad de dólares que maneja el Comando de los huelguistas.

En vista de la gravedad de estos hechos, llamé por teléfono al Comité Central del Partido.

—Sí, sí —me dijo con displicencia el Dirigente al que le entregué la información—. Eso es lo que ellos pretenden, pero no se van a salir con la suya.

—¿Y qué están haciendo ustedes al respecto?

—Nada.

—¡Cómo que nada! ¡Ésto es muy serio!

—Ésto se está manejando al más alto nivel. Está funcionando la muñeca de oro, usted me entiende.

Al Presidente Allende, por su gran habilidad para maniobrar en política, le apodaban «Muñeca de Oro».

—¿Cuáles son las instrucciones para los Regionales?

—Oportunamente recibirá las instrucciones.

—¿Oportunamente?

—Sí. No se preocupe, compañero.

Allí estaba mi puesto

En aquellos días mis tres hijos menores se encontraban en Santiago aprovechando las vacaciones escolares de invierno. Convencido de que se había puesto en marcha la ofensiva final de los enemigos del Gobierno, le mandé un telegrama a mi madre pidiéndole que dejara a los niños con ella, hasta nuevo aviso.

A mediados de julio, luego de constatar que en la Provincia de Osorno el Gobierno y las fuerzas populares perdíamos a ojos

vistas el control de la situación política, decidí enviar a mi hijo mayor a Santiago con la instrucción de que él y sus hermanos debían quedarse en la Capital. Enfáticamente le advertí que ninguno de ellos, bajo ninguna circunstancia, debía regresar a Osorno.

Una semana después, cuando la situación general del país indicaba que los opositores al Gobierno de Salvador Allende, con la complicidad de la mayoría de los Altos Mandos de las Fuerzas Armadas, llevaban adelante un proceso insurreccional irreversible, convinimos con mi mujer que ella viajaría a Santiago a hacerse cargo de nuestros hijos.

En ese momento yo también pude haberme ido de Osorno, pero me quedé en la Provincia por una cuestión de imagen y de responsabilidad política, y a pesar de que tenía claro que muy poco íbamos a poder hacer cuando el «Golpe de Estado» se produjera.

Entre 1970 y 1973, la Unidad Popular en Osorno había aumentado el apoyo popular en un 74 por ciento. No podíamos defraudar la confianza depositada en nosotros por aquellos miles de electores y sus familias. Los Dirigentes Políticos de la Provincia no podíamos huir de los acontecimientos.

No fue una decisión apresurada y sin esperanza. Allende había dicho: “Si llega la hora, armas tendrá el pueblo”. Yo estimé que aquello significaba que Allende confiaba en la lealtad de algunos Militares y Carabineros, quienes se opondrían al «Golpe de Estado» defendiendo al Gobierno Constitucional. Por lo tanto, si en el sur había Oficiales leales yo, como Dirigente político, no podía abandonar mi puesto de combate en la Provincia. En función de esto estimé que mi deber era permanecer en Osorno. Decidí estar en mi puesto cuando la hora definitiva llegara.

La Fiscalía Militar

A comienzos de agosto, el Fiscal Militar encarceló a Domingo Cerviño, Miembro del Comité Central del Movimiento de Acción Popular Unitaria, «MAPU», y máximo Dirigente de este Partido en la Provincia. Con gran despliegue de fuerzas, los Militares rodearon la manzana donde se encontraba el domicilio de Cerviño y allanaron su casa. En aquellos momentos se encontraban reunidos todos los Dirigentes Provinciales del «MAPU», quienes fueron detenidos.

Luego se hizo evidente para mí que el Fiscal me tenía en su lista, después de Cerviño, cuando los Carabineros comenzaron a llevar a mi domicilio las «citaciones» que me mandaba la Fiscalía Militar.

Como no encontraban a nadie, dejaban los papeles donde la vecina del frente y se iban muy contentos. Al parecer ellos no sabían que las citaciones no entregadas personalmente eran legalmente nulas o, tal vez, como yo también lo supuse, aquel detalle no tenía ninguna importancia.

El juego de las citaciones reiteradas era sólo una forma de crear la ficción legal de «desacato», destinada a justificar una acción militar de otro tipo.

El «arsenal» de la Unidad Popular

Después de muchas conversaciones plagadas de evasivas, llegamos a un acuerdo con los comunistas de la Provincia para hacer un balance en serio de nuestras fuerzas. En el país se estaban viviendo momentos muy delicados y ya no tenía ningún sentido seguir engañándonos entre nosotros mismos.

El «MAPU» no participó en la reunión porque sus Dirigentes estaban detenidos y no nos atrevimos a invitar a los radicales.

Nos comprometimos a intercambiar información, con absoluta honestidad, acerca de cuántas armas poseía cada cual y de qué tipo. Así me enteré que entre ambos partidos, los más importantes de la Unidad Popular, apenas reuníamos una docena de revólveres, seis rifles de salón calibre veintidós y algunas viejas escopetas de caza.

Después nosotros hicimos un recuento con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, «MIR», que sólo agregó al inventario un fusil «Mauser» de la Primera Guerra Mundial (“como nuevo”, según ellos) y algunos revólveres de pequeño calibre.

Me quedó claro que el «arsenal» de la Unidad Popular y de la ultra izquierda de Osorno era clara y ostensiblemente insuficiente, no sólo para defender al Gobierno, sino para defendernos nosotros mismos.

Sin embargo, en el fondo del negro túnel que parecía ser el futuro, una leve luz de esperanza brillaba intermitentemente. La había encendido Salvador Allende:

—“¡Si llega la hora, armas tendrá el pueblo!”

Me dejaron de a pié

Cumpliendo con mis obligaciones de Secretario Regional del Partido Socialista, consciente de la grave situación que se vivía en el país, en aquél período realizaba yo una febril actividad política.

Además de mis continuas visitas a los núcleos partidarios, participaba en las reuniones de los campesinos, de los pobladores y de los «cordones industriales», en toda la Provincia.

Para movilizarme usaba diferentes vehículos facilitados por los compañeros, dado que mi automóvil particular se encontraba en reparaciones. Uno de éstos era una camioneta de propiedad del Banco Osorno y La Unión. A fines de la primera semana de agosto, los compañeros del Banco, en cuyo directorio el Gobierno tenía mayoría, me notificaron que no me iban a facilitar más la camioneta, porque los empleados de la oposición “andaban murmurando”.

Después de este ultimátum bancario comencé a utilizar una Renoleta de propiedad de la Universidad de Chile, que estaba a cargo del Vicerrector de la Sede Osorno.

El jueves 16 de agosto, mientras me encontraba dictando clases en la Universidad, el Vicerrector subió al vehículo y, sin hacer caso de las protestas del joven de mi escolta que lo cuidaba, se lo llevó a su casa.

Posteriormente me explicó su conducta: la Contraloría General de la República le estaba haciendo un sumario a los Directivos de la Sede, pedido por un grupo de ex funcionarios de la Universidad militantes del «MIR» y unos profesores de derecha. El compañero temía que la Contraloría le podría sancionar por prestarme el automóvil.

En medio de aquel proceso sedicioso en marcha, me quedé sin vehículo.

La escolta

Sin embargo, no fueron los vehículos lo único que perdí aquella semana. También me quedé sin escolta.

Los compañeros se habían ido restando por diversos motivos. Recuerdo que a uno que le llamaban «El Indio», yo mismo lo había dejado de lado meses atrás, en tanto le perdí la confianza.

A otro, que había sido detenido por los Militares a mediados de julio, un ex Socialista que oficiaba de informante de los Militares le había hecho prometer bajo amenaza de represalias, ante el Jefe del Servicio de Inteligencia Militar, «SIM», que se retiraría de inmediato de las actividades que cumplía dentro del Partido. Después que me informó del incidente, aquel joven desapareció para siempre.

A un tercero, a quien le decíamos «El Gordo», sus padres le prohibieron continuar en aquella tarea partidaria, considerando con razón que era muy peligrosa.

El resto desapareció sin dar excusas, salvo un joven que me acompañó hasta la noche del sábado 18 de agosto. A él le dije que permaneciera en su casa hasta que yo lo volviera a llamar.

Mi último discurso

El sábado 18 de agosto, por la tarde, asistí a la reunión del «Cordón Industrial Chuyaca», que se realizó en la Escuela Industrial.

Intervine ante los trabajadores analizando la grave situación que se vivía en el país. Explicué los peligros que nos amenazaban y, como conclusión, exhorté a los presentes a estar preparados porque, según todos los indicios, importantes sectores dentro de las Fuerzas Armadas estaban tramando un «Golpe de Estado» en contra del Gobierno. Aquella fue mi última aparición en público en Osorno.

Mientras hablaba, tuve la sensación de que los obreros me escuchaban sin dar crédito a mis palabras, aferrados a los mitos de la «prescindencia política» de las Fuerzas Armadas, de su «respeto a la Constitución» y de su «obediencia al poder civil», mitología que la propia Unidad Popular había contribuído a difundir durante los últimos años.

Salí de la reunión bastante desanimado, al ver la actitud pasiva y la incredulidad de los compañeros. Sin automóvil y sin escolta, por primera vez me sentí cansado e impotente. Un profesor me llevó en su camioneta hasta el centro de la ciudad. Caminando llegué hasta la casa de unos amigos, donde permanecí hasta el martes siguiente.

Durante aquel fin de semana dominó el escenario político el episodio protagonizado por el General Ruiz, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, enfrentándose al Presidente Salvador Allende. Fue un abortado intento sedicioso que llevó a la designación del General Leigh como nuevo Comandante de la Aviación Militar. Al escuchar la breve alocución de Leigh, en el acto de transmisión del mando, me desagradó profundamente su voz. Entonces me dió la impresión de que salíamos del fuego, para caer en las brasas.

Declarado reo

El martes 21 de agosto, tres semanas antes del Alzamiento que estaban preparando los Altos Mandos de las Fuerzas Armadas con el apoyo de los norteamericanos y de todos los partidos de la oposición política para derrocar a Salvador Allende, me levanté tarde.

Los dueños de casa se habían ido temprano a sus trabajos. El prolongado descanso me había devuelto el buen ánimo. Me sentía reconfortado, aunque no optimista.

Al mediodía, después de almorzar, caminando por calles poco frecuentadas me dirigí a la casa de Darío, uno de los Dirigentes Regionales del Partido. El día estaba despejado y luminoso, pero frío. El sol no lograba calentar a causa de la helada brisa.

Al doblar una esquina ví que por la misma acera caminaba a mi encuentro una pareja de Carabineros. Me sorprendí. Era inusual que los Carabineros recorrieran las calles secundarias.

Simulando que me arreglaba el poncho, para ocultar mi rostro, crucé tratando de no mostrar prisa a la acera de enfrente.

Caminando con lentitud, incluso deteniéndome a medias, aparenté concentrarme en la tarea de encender un cigarrillo.

Al cruzarnos, desde el otro lado de la calle los Carabineros me dirigieron una rutinaria mirada de control. Pudieron constatar que el campesino que caminaba por la acera contraria tenía grandes dificultades con el viento para encender su cigarrillo.

Llegué a la casa de Darío faltando pocos minutos para la una de la tarde. Mi amigo, su mujer y su suegra terminaban de almorzar escuchando las noticias en la Radio «SAGO», la

radioemisora de la reaccionaria Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno.

La suegra de Darío me ofreció una taza de café y me la sirvió en el momento en que terminaban las noticias. Inmediatamente después se oyó la característica musical que anunciaba los «flashes» noticiosos. El locutor leyó:

—La Fiscalía Militar ha declarado reo a Carlos Bongcam Wyss, Secretario Regional del Partido Socialista de Osorno, quien debe presentarse de inmediato ante las Autoridades Militares.

Según la Fiscalía Militar, Bongcam estaría implicado en la creación y entrenamiento militar de organizaciones guerrilleras, en abierta infracción de la Ley de Control de Armas. La Fiscalía Militar ha dado orden de aprehensión en contra de Bongcam a todas las unidades policiales.

El acuerdo de la Comisión Política

Le pedí a Darío que fuera a buscar a los Miembros de la Comisión Política del Comité Regional del Partido para discutir la situación y tomar acuerdos. A la reunión llegaron los integrantes de la Comisión Política, más un Dirigente Regional.

Dado que todos habían oído el flash de Radio «SAGO», les hice una sola pregunta:

—¿Me entrego a la Justicia Militar o paso a la clandestinidad?

Luego le dí la palabra a cada uno de ellos. Todos opinaron que no debía entregarme. Era lo mismo que yo estaba pensando, pero que me cuidé muy bien de expresar, para que después nadie dijera que les había presionado.

Precisé el acuerdo:

—Entonces se acuerda por unanimidad que yo no me entrego a la Fiscalía Militar y que paso a la clandestinidad.

Como nadie hizo ninguna objeción, el acuerdo quedó a firme.

A continuación, les dije:

—Me imagino que todos ustedes tienen claro lo que esto significa. Ustedes asumen su responsabilidad como Dirigentes del Partido y se comprometen a no abandonarme a mi suerte. Y no se olviden que yo sigo siendo el Secretario Regional.

Le entregué dinero a un compañero para los gastos a que hubiera lugar y al camarada que tenía en su poder las escasas armas del Partido, le dije:

—Tú me harás llegar las armas cuando te las solicite. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Recuerdo haberles dicho a los compañeros que la actitud de la Justicia Militar en la Provincia estaba demostrando que el Golpe Militar contra el Gobierno estaba en marcha, que el tiempo corría en contra nuestra. Les insistí, además, que ellos debían cumplir con el acuerdo del Comité Regional de llevar una vida semiclandestina, en preparación para el necesario paso a la clandestinidad en tanto se desencadenara el «Golpe de Estado». Todos dijeron que estaban de acuerdo y que entendían la situación de la misma manera. Entonces dí por terminada la reunión.

Condenado a muerte

Darío me llevó en su camioneta a un barrio de la ciudad donde yo tenía una casa de seguridad. La dueña de la casa era una compañera de mucha entereza. Ella también había escuchado la noticia de Radio «SAGO», pero cuando me vió llegar ni siquiera se puso nerviosa.

Un par de horas después llegó su compañero, quien trabajaba en una empresa cuyos propietarios eran del Partido Nacional.

—Compañero —me dijo—: ¡Usted está condenado a muerte!

—¿Y quiénes me condenaron?

—Los «momios», compañero. Mis patrones lo comentaban hoy.

—¿Y usted cree que hablaban en serio?

—Va a tener que cuidarse, porque no hablaban en broma.

—Entonces, la situación es grave.

—Eso creo yo también. Además, no sólo los Militares y los Carabineros están tratando de ubicarlo. Los «momios» también se están movilizándolo.

Yo conocía a los reaccionarios de Osorno. Sabía del odio que me tenían y de lo que eran capaces de hacer, máxime si contaban con la complicidad de los Carabineros y los Militares.

—Eso quiere decir que mi situación es aún más grave de lo que yo me había imaginado. Tendré que tomar precauciones en los caminos rurales.

—Los caminos son muy peligrosos, compañero, porque los camioneros andan armados y dispuestos a matarlo allí donde le encuentren.

El comienzo de la clandestinidad

Por pura casualidad, la compañera Rosana llegó a la casa donde me encontraba. Ella fue de opinión de que en aquel sitio yo corría demasiado peligro y salió en busca de un lugar más seguro. Regresó al anochecer para conducirme a la vivienda de unos amigos suyos que habían aceptado recibirme. Se trataba de un matrimonio que tenía una casa grande con varias habitaciones, donde mi presencia pasaría desapercibida para los vecinos.

Aquella noche, las noticias de Santiago reafirmaron mis apreciaciones acerca de la gravedad del momento político que vivía el país. Entre otras cosas, la Radio informó:

—Que la Central Única de Trabajadores de la Provincia de Santiago, donde eran mayoría los Dirigentes Sindicales demócratas cristianos, había declarado una huelga general contra el Gobierno, a la que se plegaron los empleados y técnicos estatales, pero no los obreros;

—Que el Colegio Médico, que era dirigido por la oposición, había llamado a los médicos a paralizar sus actividades por cuarenta y ocho horas prorrogables, en protesta contra el Gobierno;

—Que la policía civil había detenido en Santiago a dieciocho Jefes de Comandos de «Patria y Libertad», en una reunión en la que estaban organizando los atentados que cien Comandos fascistas iban a realizar en Santiago el 23 de agosto. Planeaban atacar los locales de los Partidos de la Unidad Popular y de las organizaciones de masas; las casas de Dirigentes Políticos; las Radioemisoras y los Periódicos de izquierda; los buses de la locomoción colectiva y los camiones que no habían acatado el paro y seguían trabajando, y

—Que los Generales del Ejército habían enviado a sus mujeres a gritar groserías frente a la casa de Carlos Prats, su

Comandante en Jefe, en vez de enfrentarlo virilmente dentro de la Institución. A partir de aquel incidente, la prensa comenzó a llamar a estas mujeres, con razón, «las generalas».

La «Justicia» Militar

El 22 de agosto envié a imprimir y distribuir, esta declaración:

—La opinión pública se ha enterado por intermedio de Radio «SAGO», que la «Justicia» Militar me ha declarado reo en una causa que desconozco, haciéndome cargos falsos. En otras palabras, esta «justicia» me ha condenado de antemano, dando muestras de parcialidad y sin ningún respeto por las normas procesales vigentes.

Al respecto declaro públicamente que he tomado la decisión de no presentarme ante una tal «justicia» que obra de esta forma. El día que en Chile exista una verdadera Justicia me presentaré ante ella voluntariamente, pero este no es el caso en el día de hoy.

El acuerdo de la Cámara de Diputados

Según el Reglamento de la Cámara de Diputados, ésta podía tomar «Acuerdos de Fiscalización», que sólo eran expresión de voluntad de la mayoría circunstancial que concurría a su aprobación. Pero que carecían de fuerza legal y no obligaban a nadie.

El 22 de agosto, la oposición, que tenía mayoría en la Cámara de Diputados, aprobó un «Acuerdo de Fiscalización». En este libelo, los opositores afirmaban que el Gobierno había “quebrantado el ordenamiento constitucional y legal de la República.”

El «Acuerdo de Fiscalización» instaba a las Fuerzas Armadas y Carabineros a derrocar al Presidente Salvador Allende e instaurar una Dictadura Militar, según los Diputados de la mayoría opositora, para “asegurar el orden constitucional de nuestra patria y las bases esenciales de convivencia democrática entre los chilenos.”

Para curar la enfermedad, mataban al enfermo.

La sonrisa del General

El 23 de agosto permanecí en la casa de los amigos de Rosana leyendo los diarios y escuchando las noticias de las radios. Al término de la tarde, las radioemisoras de Santiago informaron que el General Carlos Prats había renunciado a sus cargos de Comandante en Jefe del Ejército y Ministro de Defensa.

Al frente del Ejército lo reemplazó el General Pinochet, un hombre de fiero rostro cuya sonrisa helaba la sangre. Este General había dicho durante el «Paro de Octubre» del año anterior, con su arrotada voz de falsete: “Cuando los soldados salimos a la calle, salimos a matar.”

Tuve la certeza de que en el Ejército, los Oficiales golpistas habían eliminado el último escollo que se oponía a sus oscuros propósitos.

El «Golpe de Estado» ya no era una amenaza teórica. Estaba en marcha.

El artículo del Diario «Tribuna»

El 24 de agosto, el Diario «Tribuna» de Santiago, vocero del derechista Partido Nacional, publicó:

—PRÓFUGO EL JEFE DEL PARTIDO SOCIALISTA EN OSORNO

Declarado reo, con orden de detención, y prófugo de la justicia se encuentra el Secretario Regional del Partido Socialista de Osorno, Carlos Wong-Kam Wyss, a quien se le comprobó ser el principal promotor de organizaciones guerrilleras con entrenamiento militar en la referida Provincia. (...)

A través de una paciente y bien financiada labor subversiva, creó brigadas terroristas en la sede de la Universidad de Chile osornina, estuvo vinculado en la organización de campamentos guerrilleros en la zona de Entre Lagos y en la costa. Al ser designado interventor de la industria «Mohrfoll» (que trabaja en metalurgia) inició clandestinamente la fabricación de cascos de granadas y cargadores para metralletas, llegando incluso a producir algunos pequeños cañones. (...)

Toda la actividad violentista de Osorno, está ligada directamente a su persona. Incluso, hace pocos días, fue allanado el domicilio de un ingeniero agrónomo, Domingo Cerviño, que tiene actividades conspirativas comunes con el jefe Socialista y en cuya casa se hallaron comprometedores documentos con planos de las instalaciones militares de la zona, nómina de Oficiales de las Fuerzas Armadas en lista negra para ser «eliminados» en un momento dado, cantidades de explosivos y armamentos y otras evidencias de cómo están funcionando las organizaciones guerrilleras organizadas y dirigidas por el alto Dirigente Socialista. (...)

Ahora, al intervenir en el esclarecimiento de los graves hechos la Justicia Militar, la cosa cambió fundamentalmente, y por ello se

encuentra en calidad de reo y prófugo de la justicia, seguramente oculto en alguno de los varios focos sediciosos que él mismo ha organizado en la zona sur.

Debajo de mi fotografía, escribieron una leyenda en la cual destacaban las frases siguientes:

*—Este es el **prófugo** Secretario Regional del Partido Socialista de Osorno, Carlos Wong-kam.*

—Huye armado y con harta plata.

El artículo del Diario «Tribuna» presentaba una imagen de mi persona con todos los ingredientes que los fascistas de la Provincia de Osorno necesitaban para justificar públicamente la pena de muerte decretada en mi contra.

La deformación de la escritura de mi apellido tenía por objeto mostrarme como «extranjero». En aquel tiempo los japoneses, coreanos y asiáticos en general eran objeto en Chile de una velada discriminación racista.

Con el propósito de presentarme como un personaje peligroso al que era necesario eliminar, el Diario me responsabilizaba de “toda la actividad violentista de Osorno”; de crear «organizaciones guerrilleras» y «brigadas terroristas universitarias»; de dirigir la «fabricación de granadas, metralletas y pequeños cañones», y de poseer «grandes cantidades de explosivos y armamentos».

Adelantándose a la historia, o tal vez bien enterado de lo que se estaba tramando para el futuro inmediato, el Diario difundía lo que después sería el punto central del llamado «Plan Zeta»: la «lista de Oficiales Militares a ser eliminados».

Esta patraña formaba parte del programa de desinformación hacia el interior del Ejército del Servicio de Inteligencia Militar,

«SIM», que tenía como meta, tal como ellos mismos lo dirían poco después, «predisponer a los miembros de las Fuerzas Armadas en contra del pueblo».

Completando el cuadro, para tentar de paso a los «cazadores de recompensa» y justificar por anticipado la aplicación de la «Ley de Fuga» en mi contra, estaba aquella frase al pié de mi retrato: “Huye armado y con harta plata.”

Las confesiones del terrorista

Roberto Thieme, el cabecilla de «Patria y Libertad», la organización terrorista de ultraderecha responsable de la ola de atentados que estremecía al país, en febrero de 1973 había declarado a la revista «Chile Hoy»:

—El sistema democrático liberal muere para nosotros el 4 de marzo de 1973 (fecha de las elecciones parlamentarias). O sea, hay un plebiscito, hay mucha gente que se va a defraudar y que va a decir que aquí ya no hay solución. Pero nosotros vemos que no hay solución política, nosotros sabemos que la solución no se va a dar por los cauces tradicionales de los partidos políticos. Se va a dar por los cauces de las Fuerzas Armadas, de los hombres de trabajo.

El 25 de agosto de 1973, el Servicio de Investigaciones detuvo a Roberto Thieme. El terrorista reconoció ante el juez de instrucción que «Patria y Libertad» apoyaba el paro de los camioneros atacando a los camiones que seguían trabajando, volando puentes, líneas de alta tensión eléctrica y oleoductos y saboteando las líneas férreas.

Entregó una larga lista de sus cómplices y colaboradores. Se jactó de que estaban trabajando dentro de las Fuerzas Armadas para ganar adeptos dispuestos a dar un «Golpe de Estado».

Reconoció haber recibido dinero para comprar armas a fin de desencadenar la «Guerra Civil», en caso de no producirse el «Alzamiento Militar», y señaló su cantidad y cuándo y por dónde iban a ingresar al país.

Muchos pensábamos que los terroristas de «Patria y Libertad» actuaban con la colaboración de Militares, dado el tipo de explosivos utilizados y la factura técnica de las explosiones que habían volado puentes, gaseoductos y torres eléctricas de alta tensión.

Después se pudo confirmar que también había agentes secretos extranjeros participando en los actos de terrorismo de la derecha.

La excesiva «franqueza» de Thieme sólo podía significar una cosa: que estaba seguro de su impunidad. Este fue otro indicio que mostraba que el fin del Gobierno Popular estaba cerca.

Desde que entré a la casa de los amigos de Rosana, ella fue mi único contacto con el Partido. Durante los primeros días me fue imposible conversar con el compañero Avendaño, que había quedado como cabeza visible. No lo llamé por teléfono al local del Partido, porque sospechaba que los Militares tenían intervenida la línea.

Yo me había criado en Santiago, por lo que mi sentido del transcurso del tiempo nunca había coincidido con el de mis camaradas osorninos. Para ellos no tenía demasiada importancia que las cosas se hicieran un día o al siguiente. En aquellos meses comprobé que tampoco coincidía nuestra percepción del peligro. Los Dirigentes osorninos parecían no ver al fascismo, que ya teníamos encima. De hecho, ninguno logró desprenderse de su diaria rutina; ninguno se salió de los horarios establecidos para tiempos normales, y ninguno tomó las medidas extraordinarias de seguridad que la situación exigía.

Avendaño tampoco fue la excepción. En todo momento él dio prioridad al fiel cumplimiento de sus tareas habituales en el hospital donde trabajaba y en el local del Partido, al cual iba por las tardes. Tal vez debido a eso no tuvo tiempo para preocuparse como era debido de mi situación en la clandestinidad. Pero tampoco hizo nada en favor de sí mismo.

Yo creo que en el fondo, todos los Dirigentes Regionales del Partido vieron la arremetida de los Militares en mí como «mi» problema; no como el desembozado intento de la reacción local de eliminar a un Dirigente que calificaban —allá los reaccionarios y sus razones— como un peligro.

Transcurridos algunos días, estimé que mi permanencia en aquella casa amiga no podía prolongarse por más tiempo. Por intermedio de Rosana le comuniqué al camarada Avendaño que deseaba trasladarme al campo con urgencia.

Al lado del Regimiento

El domingo 26 de agosto, por la noche, un compañero llegó a buscarme.

Después de subir a su automóvil, le pregunté:

—¿A dónde vamos?

—Tengo órdenes de llevarlo a una casa de seguridad.

—¿Así que no vamos al campo?

—¡Nó! Lo llevo a la casa de un Sindicato.

—¿A un local sindical? Los locales sindicales no son lugares seguros.

—Es una casa recién comprada.

—Y éso, ¿qué tiene que ver?

—El Sindicato no funciona allí.

El compañero hizo un recorrido por calles apartadas, de poco tráfico y finalmente se detuvo frente a una vivienda para mí desconocida.

La casa que había comprado el Sindicato estaba ubicada a dos cuadras del Regimiento «Arauco».

—¡Estamos al lado del Regimiento! En caso de «Golpe de Estado» de aquí no podré salir. ¡Aquí no me bajo!

—Tengo instrucciones de Avendaño de traerlo hasta aquí.

—Lléveme al campo, compañero.

—¡No, compañero! Las patrullas Militares recorren la ciudad y tienen vigilados los caminos vecinales. ¡Yo no lo llevo a ninguna parte!

—Me bajo con una condición: que le vaya a decir a Avendaño que mañana mismo me tiene que trasladar al campo.

El camarada me aseguró que iría a comunicar mi exigencia. Entonces me bajé.

Aquella noche dormí en esa vivienda, que estaba al cuidado de un matrimonio con varios hijos pequeños.

El paquete de dinamita

Durante todo el día siguiente estuve esperando noticias de Avendaño. Nadie se presentó. Entrada la tarde, casualmente, llegó el Presidente del Sindicato, quien se mostró muy sorprendido al encontrarse conmigo. Él creía, como muchas otras personas, que yo me había ido de la Provincia.

Coincidió plenamente conmigo en que aquella vivienda no era adecuada como casa de seguridad para mí. Porque los Militares de la Provincia, amparados en la «Ley de Control de Armas», efectuaban contínuos y brutales allanamientos en los locales sindicales, con el propósito de amedrentar a los trabajadores.

El compañero accedió a llevarle mis exigencias a Avendaño y también a Darío.

Avendaño le respondió, muy suelto de cuerpo, que no podía hacer nada, que por el momento no tenía otro lugar a donde llevarme. Darío me mandó a decir que vendría a buscarme al día siguiente.

En vista de estas respuestas, le pedí al compañero que regresara donde Darío y le dijese que si él no venía a buscarme antes de la medianoche, yo iría a su casa a requisarle la camioneta para irme al campo.

Faltando pocos minutos para aquel plazo, frente a la vivienda se detuvo la camioneta de Darío. Venía acompañado de Pedro, un joven ingeniero que había llegado a Osorno recientemente.

Con cierto malestar, a Darío le dije:

—No es conveniente involucrar innecesariamente a la gente del Partido en las tareas clandestinas.

—Pedro es un compañero de confianza.

—No es un problema de confianza. A Pedro yo también le tengo confianza. Pero el camarada tiene mujer e hijos y al venir con nosotros está corriendo un peligro innecesario.

—Él me quiso acompañar. Vino voluntariamente.

Entonces me acerqué a Pedro, que esperaba sentado en la cabina de la camioneta, y le pregunté:

—¿Has pensado en el peligro que corres al ir con nosotros?

Pedro me miró y me respondió con una sonrisa.

—El viaje que vamos a hacer no es precisamente de placer. Antes de salir de la ciudad te podemos pasar a dejar a tu casa.

—Estoy consciente del peligro. Voy bajo mi responsabilidad.

Para no perder más tiempo subí a la camioneta. Darío se sentó al volante, yo al centro y Pedro se acomodó junto a la puerta.

A Darío le mencioné el lugar al que quería ir, pero él se mostró en desacuerdo. Durante los últimos días, los Carabineros habían practicado allanamientos en aquella zona. Había mucha vigilancia de parte de los «momios» y los campesinos estaban atemorizados.

El pretexto para esos allanamientos había sido un paquete con cartuchos de dinamita, envueltos en afiches de mi campaña electoral, que alguien había dejado a la orilla de un camino. Un burdo ardid destinado a justificar las acciones de amedrentamiento contra los campesinos.

En atención a estos antecedentes, le dí la razón a Darío y acepté ir al lugar que me propuso y que él estimaba como el más adecuado en aquel momento.

La barrera de control

Durante el último tiempo, en Osorno se había hecho común que los Carabineros pusieran barreras en los caminos de la Provincia, para detener y revisar los vehículos que circulaban.

Para llegar a nuestro destino, Darío había elegido un camino secundario poco transitado, pero que pasaba frente a un Retén de Carabineros.

Cerca de un kilómetro antes de llegar al Retén, les pregunté:

—¿Andan armados?

—No. No traemos armas.

—Si los Carabineros tienen puesta una barrera —le dije a Darío—, simula que te vas a detener y un poco antes de llegar al Control, acelera y pasa por encima.

Darío me quedó mirando y no dijo nada.

—Yo les voy a disparar. No voy a dejar que me detengan.

Saqué mi pistola de su funda y me quedé con ella en la mano.

Mis camaradas se miraron, dándose cuenta en ese instante de lo grave que podía llegar a ser la situación.

—De acuerdo —dijo Darío y continuó la marcha.

Afortunadamente, aquella noche no había ninguna barrera de control frente al Retén de Carabineros y pudimos pasar sin contratiempos. Cerca de las dos de la madrugada llegamos a la casa de un camarada donde me dieron alojamiento.

Antes de separarnos, le encargué a Darío que me hiciera llegar, a la brevedad posible, una carpa y dos sacos de dormir que se encontraban en la casa de uno de mis ex escoltas; los alimentos de reserva, y las armas del Partido que estaban a cargo de un compañero del Comité Regional, cuyo nombre le dí a conocer en ese momento. Darío me aseguró que cumpliría con mi encargo y nos despedimos.

Mis huéspedes, a pesar de que eran Dirigentes Locales del Partido, no estaban muy conscientes de la gravedad de la situación que estábamos viviendo. Por eso, cuando le pedí a Hilario que me fuera a dejar a la cordillera en su camión, estuvo de acuerdo pero le dió largas al asunto.

El artículo del Diario «La Prensa»

En su edición del 28 de agosto, el Diario «La Prensa» de Osorno publicó:

—CARLOS BONGCAM ELUDE LA JUSTICIA MILITAR

Por supuesta implicancia en la formación de grupos paramilitares y por trasgresiones a la Ley de Control de Armas es buscado el Secretario Regional del Partido Socialista de Osorno, Carlos Bongcam Wyss.

El Dirigente Socialista, del grupo «duro» de esa colectividad, estaría seriamente involucrado en la distribución de panfletos injuriosos contra las autoridades como asimismo de las Fuerzas Armadas. Estos

libelos los habría entregado al término de una reunión realizada por el «Comando Operativo Revolucionario», efectuada en un plantel escolar situado en la población Huertos Obreros.

Bongcam, según numerosos testigos, andaría vestido de campesino (manta, pantalones y sombrero), además, usaría barba y bigote.

De acuerdo a antecedentes recogidos por «La Prensa», sobre el Dirigente (para muchos de doble militancia) pendería una orden de aprehensión, diligencia que estaría a cargo de los efectivos de la policía uniformada.

En fuentes jurídicas se dijo que el desaparecimiento del Secretario Regional del Partido Socialista, constituiría un acto de fuga y de eludir la acción de la Justicia Militar.

Pese a este hecho, se ha comentado insistentemente que Bongcam habría concurrido en los últimos días a una reunión de los trabajadores de la salud, en la que denunció a las Fuerzas Armadas como enemigas del pueblo, ya que éstas estarían planeando un allanamiento al hospital San José en cumplimiento de diligencias relacionadas con la «Ley de Control de Armas». Sobre esta última afirmación, el Jefe de plaza, Teniente Coronel Lizardo Abarca señaló oportunamente que dicha aseveración era falsa, y que el «rumor aquel tenía por objeto indisponer a los efectivos Militares en contra de la población civil» (SIC).

Al lector le puede resultar extraña la demora del Diario en dar a conocer la noticia y el lenguaje aparentemente no comprometido utilizado. Sin embargo, el Director cumplió a su modo con las exigencias dictadas por los dueños del Diario.

La frase: “para muchos de doble militancia”, estaba destinada a desacreditarme ante las bases de mi Partido. El párrafo: “En fuentes jurídicas se dijo que el desaparecimiento del Secretario Regional del Partido Socialista, constituiría un «acto de fuga»”, proporcionaba el antecedente necesario para aplicarme la «Ley de Fuga», vale decir, asesinarme disparándome por la espalda.

Respecto de la reunión citada por el Diario, en realidad aquella se efectuó a mediados de agosto. Fue una reunión del «Cordón Industrial Centro», en la cual participaron los representantes de los trabajadores del Hospital San José. Lo que allí expresé fue: “dentro de las Fuerzas Armadas, los sectores enemigos del pueblo están preparando un «Golpe de Estado» para derrocar al Gobierno.”

Por su parte, el Teniente Coronel al redactar su declaración, resultó traicionado por su subconsciente. Sin quererlo se refirió a los rumores que el propio «SIM» difundía dentro del Ejército, entre los Militares, y cuyo objetivo era precisamente, tal como el Jefe de Plaza lo expresó: “indisponer a los efectivos Militares en contra de la población civil.”

Estos rumores formaban parte de la guerra psicológica de los Servicios Secretos de las Fuerzas Armadas, destinada a neutralizar a los Oficiales que no deseaban involucrar a sus Instituciones en la trágica aventura de un «Golpe de Estado».

Los autores de este plan le atribuían a la Unidad Popular la intención de asesinar a los Militares y a sus familias; dividir a las Fuerzas Armadas y a las Fuerzas de Orden; provocar la «Guerra Civil»; implantar una dictadura marxista, y colocar a Chile en calidad de «satélite» de la Unión Soviética.

Los acontecimientos posteriores demostraron que la «guerra psicológica interna» implementada por los Servicios Secretos Militares logró plenamente sus propósitos.

Mi guía

A la casa donde me encontraba llegó el compañero Tito a quien le pedí, como tarea partidaria, que me sirviera de guía en la cordillera. El joven aceptó de buena gana. Su primera tarea sería conducirme a la montaña utilizando aquellos senderos perdidos que atraviesan los campos y que sólo conocen los campesinos.

Tito era un joven del lugar y conocía toda la zona como la palma de su mano. Yo sabía de su valentía y lealtad a toda prueba.

Al caer las primeras sombras de la noche, partimos. Antes de salir del pueblo y a la espera de que la noche avanzara, nos detuvimos en la casa de su madre. Allí sus hermanas nos sirvieron café.

Aún no habíamos terminado de bebernos el café, cuando un camión se estacionó en la calle frente a la casa. Era el vehículo de Hilario, quien venía a hablar con su hermana, la madre de Tito.

En tanto el joven entró a la cocina, le dije:

—Hilario: ¿Nos puedes llevar a la cordillera en tu camión?

—Esta noche no puedo. Tengo que cumplir un encargo. Pero mañana les llevo sin falta.

Quedamos de acuerdo en que nosotros pasaríamos la noche en la vivienda de un camarada que vivía en las afueras del pueblo y que él nos pasaría a buscar al día siguiente.

Hilario nos llevó a la casa del campesino, quien gustosamente nos dió alojamiento.

El cruce de caminos

Durante todo el 29 de agosto estuvimos esperando la llegada de Hilario, pero el compañero no apareció. Al anochecer, su vehículo pasó a toda velocidad, sin detenerse, en dirección a la cordillera.

Molesto porque el joven no había cumplido con su palabra y estimando que ya había permanecido demasiado tiempo en aquel lugar, a mi guía le dije:

—Vámonos de inmediato a la cordillera.

—¿A pié?

—Tu tío no ha venido a buscarnos como prometió y ahora ha pasado de largo. No tenemos más remedio que irnos a pié.

—De acuerdo.

Habíamos avanzado un buen trecho cuando vimos las luces de un vehículo que se aproximaba en sentido contrario. Me oculté en una de las cunetas del camino mientras mi acompañante seguía caminando.

Las luces eran del camión de Hilario, que venía de regreso. Al ver a su sobrino, el joven detuvo el vehículo. Entonces salí de mi escondite y le reproché su incumplimiento. Molesto le dije que yo no andaba jugando, que si tenía miedo o no me quería llevar a la cordillera, me lo dijera directamente.

Sin pronunciar palabra, dio media vuelta con su camión y nos llevó hasta el cruce de caminos desde donde salía un sendero hacia la montaña. Desde ese punto había que seguir de a pié.

La primera ascensión

Sin esforzarnos mayormente atravesamos una planicie hasta llegar al pié de un cerro. A partir de allí, la marcha se hizo más difícil. La

senda que subía por la ladera era un antiguo camino maderero, una rojinegra cicatriz abierta por las carretas y luego profundizada por la lluvia.

Debido al cigarrillo y la falta de ejercicios, yo no tenía las condiciones físicas que se requerían para subir por aquel escarpado camino. Cada cierto trecho me veía obligado a descansar. A medida que subíamos, aquellas paradas se fueron haciendo más frecuentes.

Llegó el momento en que le dije a mi guía que nos echáramos a dormir entre los arbustos a la orilla del sendero, pero el joven, con muy buen criterio, me exigió continuar la marcha con el argumento de que era peligroso que alguien nos viera subiendo la montaña.

Yo concordaba con él en que para estar seguros en aquel sector cordillerano, teníamos que subir sin ser vistos hasta la cumbre e internarnos en el bosque, que en la cima se veía como una enorme y difusa mancha oscura.

Pero mi cansancio aumentaba a cada paso y los deseos de tenderme a dormir se hacían cada vez más irresistibles. Haciendo grandes esfuerzos para vencer la tentación del sueño, continué la dura ascensión tras los pasos de mi compañero.

Más arriba las paradas se hicieron mucho más frecuentes y los descansos cada vez más largos. Levantarse para proseguir la marcha se fue transformando en una verdadera tortura.

Llegó un momento en que comencé a quedarme dormido en tanto me sentaba a descansar. Me parecía que recién me había tumbado, cuando Tito ya me estaba despertando, remeciéndome sin ningún miramiento. A duras penas me levantaba a caminar dormido, como un sonámbulo. Entre sueños respondía a los implacables empujones de mi compañero. Por último, casi no era

capaz de levantar los pies, los músculos de las piernas no me obedecían.

De pronto, cerca de la cumbre, el sendero comenzó a internarse en la selva. Me dió la impresión de que entrábamos en un túnel vegetal. La oscuridad no permitía distinguir los árboles del bosque circundante. A ambos lados de la huella, surcada de raíces y llena de baches pantanosos, la vegetación era una masa espesa, oscura y amenazante.

Caminábamos en cámara lenta, mientras aquella interminable y agobiante marcha de pesadilla parecía no tener fin. Por fin llegamos al filo del cerro. Para mi decepción, aquel punto no era nuestra meta. Restaba un buen tramo de camino. El sendero descendía por la vertiente contraria del cerro. Tropezando en las innumerables raíces que atravesaban la senda y que la oscuridad tornaba invisibles, bajamos hacia una planicie cubierta de árboles derribados por el fuego y a medio quemar. Allí se encontraba la rancho de don José. Eran las dos de la madrugada.

La rancho estaba vacía. Mi compañero se las ingenió para abrir la puerta que estaba asegurada con los restos de una vieja cadena y un herrumbroso candado.

—Don José debe haber ido al pueblo. Seguro que regresará mañana.

—¿Y no se enojará al encontrarnos adentro? —le pregunté, dejando en claro para el muchacho mi completa ignorancia acerca de las costumbres de los habitantes de la montaña.

—No. A don José le gusta que lo vengamos a visitar.

Nos acostamos de inmediato, sin fuerzas para sacarnos la ropa ni quitarnos los zapatos. Tito ocupó el camastro del dueño de casa, que tenía una cantidad difícil de precisar de cueros de oveja sin curtir, a modo de colchón, y unas raídas mantas por cubiertas.

En el otro camastro sólo había algunos sacos de yute sobre los tablones. Me tendí y me dormí de inmediato, tal si hubiese llegado al mejor hotel de la región.

El operativo infructuoso

Aquella madrugada, mientras nosotros dormíamos en los camastros de la ranca de don José, en pleno centro de la ciudad de Osorno el Fiscal Militar encabezaba un aparatoso allanamiento destinado a capturarme.

En su edición del 31 de agosto, el Diario «La Prensa» de Osorno informó:

—Infructuosa búsqueda de Bongcam

ESPECTACULAR OPERATIVO DEL EJÉRCITO

Una amplia y espectacular operación de despliegue militar, con acordonamiento de toda una manzana, se efectuó en la madrugada de ayer 30 de agosto, destinada a detener al Secretario Regional del Partido Socialista, Carlos Bongcam Wyss, quien es intensamente buscado —con orden de aprehensión— por presunta implicancia en delitos penados por la Ley de Control de Armas.

La acción, que alarmó a los vecinos de las calles Bilbao, Manuel Rodríguez, Brasil, Andrés Bello y Zenteno ocurrió a las tres de la mañana.

A esa hora, y según antecedentes reunidos por la Fiscalía Militar, los efectivos de las Fuerzas Armadas llegaron hasta el inmueble ubicado en la esquina de Andrés Bello con Manuel Rodríguez, habitada por el profesor universitario Jorge Cerón.

Mientras tanto, en las casas vecinas los moradores asomaban tímidamente su cabeza a las ventanas, en medio de una tensión que resultaba dramática. La patrulla, al mando de un Oficial, procedió a allanar la casa. La búsqueda del Dirigente Socialista resultó infructuosa.

A pesar de este fallido intento por apresar a Carlos Bongcam, trascendió que en los próximos días continuarán realizándose operaciones similares para ubicarlo y detenerlo, ya que existirían fundadas presunciones que estaría involucrado en la formación de grupos paramilitares, como asimismo de distribución de panfletos injuriosos en contra de las Fuerzas Armadas y de otras autoridades, representantes del Poder Ejecutivo y del Poder Judicial, además de Carabineros.

La ranca de don José

A la mañana siguiente nos despertó un frío que calaba los huesos. Nos levantamos ateridos de frío. Yo sentía todo el cuerpo adolorido, como si hubiese recibido una brutal paliza. Tito trajo leña y encendió el fogón y como por milagro el interior de la ranca se temperó.

Mi guía puso agua a calentar y luego, utilizando las reservas de don José preparó té de yerba mate, que bebimos con azúcar. Unos minutos después dormitábamos sentados cerca del fogón, del que se desprendía un grato y soporífero calor.

Don José había levantado su vivienda al borde mismo de la quebrada donde estaba la vertiente que lo surtía de agua potable.

La cabaña, de forma rectangular, medía dos metros y medio de ancho por cuatro metros y medio de largo. Las paredes eran toscos tablones, labrados con hacha y azuela, enterrados directamente en la tierra. El techo de dos aguas estaba construido con tablones superpuestos que en el centro, la parte más alta, se afirmaban sobre un larguero montado en sus extremos sobre dos

horcones firmemente hundidos en la tierra. En las paredes laterales había unas aberturas a modo de ventanucos.

El piso de la vivienda lo formaban gruesos tablones asentados sobre la tierra. La puerta se abría hacia la planicie por la que habíamos llegado la noche anterior. Cerca de la muralla contraria a la puerta, sobre unos ladrillos, estaba montada la mitad de un tambor de latón de doscientos litros, que hacía las veces de fogón y cocina. Un viejo cañón de hojalata permitía al humo salir verticalmente a través del techo.

Un destartado estante, una pequeña mesa, un banco para dos personas y un par de banquillos individuales, constituían todo el rústico mobiliario de la ranca. El interior de la cabaña estaba dividido en dos habitaciones por una cortina confeccionada con una mezcla indescriptible de restos de tejidos. Detrás de aquella cortina, adosados a las murallas, estaban los camastros de tablones donde habíamos dormido durante la noche.

Don José, el leñador

Don José llegó después del mediodía, acompañado de su perro. Lo vimos venir por el sendero que serpenteaba entre los muñones de los árboles quemados por el fuego. A la plena luz del día, no obstante algunos manchones de renovales, aquella planicie tenía un aspecto desolado. Los restos de los árboles carbonizados, que aún seguían en pie, semejaban figuras de pesadilla. La planicie estaba cubierta de troncos semi calcinados derribados en todas direcciones. Entre los renegridos escombros crecía el pasto que don José había sembrado a voleo al año siguiente del siniestro que

él mismo había provocado con la intención de ganarle un minúsculo pedazo de tierra a la montaña. Una vez quemado el bosque virgen había comprobado que aquel terreno era inservible para la agricultura y tan sólo permitía el pastoreo.

Don José era alto y delgado y aparentaba tener sesenta años. Sus brazos de leñador eran nervudos y fuertes. Llevaba el pelo corto al estilo campesino. Sus ojos se hundían en sus cuencas debajo de unas pobladas cejas y desde allí miraban atentamente, sin perderse ni un detalle. Sus pómulos se veían abultados debido a que sus mejillas se pegaban a sus mandíbulas desmueladas. Sus últimos dientes se asomaban cuando sonreía. Sus ropas eran pobres y viejas, pero limpias y remendadas con esmero. El aspecto del viejo mostraba a las claras sus escasos ingresos. Un increíble orgullo de leñador independiente sostenía aquella solitaria vida de hermitaño en plena cordillera.

Don José había ido a comprar provisiones a un caserío cercano y como no esperaba visitas aceptó la invitación que le hizo un amigo a pasar la noche en su casa. Tal como mi guía me había dicho, el viejo se alegró al vernos. Mi compañero me presentó con el nombre de Fernando, explicándole al dueño de casa que yo iba a pasar una temporada en la cordillera.

Luego de escuchar atentamente que yo era un Dirigente del Partido buscado por los Militares, don José aceptó de buena gana darme hospedaje. Al término del día ya estaba dando ideas acerca de dónde se podía construir una cabaña secreta para mí, oculta en una quebrada.

El artículo del Diario «Clarín»

En su edición del 31 de agosto, el Diario «Clarín» de Santiago informó:

**—CONMOCIÓN EN OSORNO: LOS TRABAJADORES
PROTESTAN**

OSORNO.— *Conmoción existe en estos instantes en esta ciudad. Una verdadera caza de brujas estimulada y dirigida por el Fiscal Militar, mayor Antonio Ramírez, mantiene prácticamente en la clandestinidad a todos los Dirigentes de la Unidad Popular y la izquierda revolucionaria. Ayer, cerca de las 15 horas fue allanado el domicilio del Secretario Regional del Partido Socialista, Carlos Bongcam. El Dirigente y profesor de la Universidad de Chile fue detenido por orden militar (Dato erróneo, nota del autor), sin que se sepa concretamente de qué se le acusa. La información la proporcionó telefónicamente a «Clarín» el Intendente de la Provincia, Eudaldo Echenique, militante del Partido Radical.*

OTRO GOBIERNO

La ciudad de Osorno prácticamente está sometida a la órdenes de una especie de Gobierno Militar, que ha montado el golpe blanco. El Intendente de la Provincia manifestó que el jueves 23 de agosto, cerca de las diez horas se dirigió con el Jefe de la Dirección de Industria y Comercio, «DIRINCO», Armando Liemlaf a comunicarle al Jefe de Plaza, Teniente Coronel Lizardo Abarca, que él había determinado, junto con el Jefe de «DIRINCO», la apertura del almacén «Burnier», ya que se contaba con la seguridad que en su interior había gran cantidad de alimentos que la población necesitaba. Al mismo tiempo se le solicitó la fuerza pública para prevenir cualquier desorden y proteger la acción requisitoria. La Autoridad Militar le comunicó esta determinación del Intendente al Mayor de Carabineros Jorge Uribe, para que se preparara. A las 14,30 horas de ese día debía resolverse la situación. Carabineros, sin embargo, retrasó su llegada al lugar por más de una hora.

Mientras tanto —explicó el Intendente—, en la Central Única de Trabajadores, «CUT», cerca de quinientos trabajadores esperaban organizadamente a las autoridades para protegerlos y garantizar el cumplimiento del Decreto de la apertura del negocio citado.

Cuando Carabineros se hizo presente se procedió a despejar la calle de público. Repentinamente —agregó el Intendente—, apareció un fuerte contingente militar del Regimiento «Arauco» los que venían en cuatro camiones. Junto con los vehículos militares venía un jeep que transportaba al Capitán de Ejército Héctor Orrego.

Insólitamente —siguió diciendo el Intendente—, este militar se me acercó y me dijo:

—Le voy a allanar su camioneta.

Yo no me opuse —manifestó la autoridad provincial—, porque en realidad fue muy sorpresiva la comunicación.

En la camioneta fiscal y perteneciente a la Intendencia, estaban cinco funcionarios de «DIRINCO» que tenían en su poder «diablitos» (Patatas de cabra, nota del autor), herramientas que sirven para descerrajar candados y que siempre se usan en estas acciones.

RETIRO DE LA FUERZA PÚBLICA

Más adelante, el Intendente señaló: Luego del allanamiento de la camioneta y cuando todavía no abríamos el almacén, apareció el Comandante Abarca y me dijo:

—Voy a hacer retirar la fuerza pública.

—¿Y por qué? —fue mi pregunta.

—Porque en la Plaza de Armas hay desorden. Hay un grupo de trabajadores y me han dicho que uno de ellos le dió un combo a un señor que pasaba por allí.

Yo le respondí:

—Pero esa no es una razón, señor Comandante.

El relato del Intendente prosigue:

—Me fuí a la Intendencia y me encontré con la sorpresa que los Militares habían repelido a los trabajadores hacia la Intendencia y que mantenían el edificio rodeado apuntando con ametralladoras a los trabajadores. Pasaron más de diez minutos después que los obreros habían despejado el lugar y los Militares seguían apuntando hacia la Intendencia.

Finalmente, el Intendente informó que al Presidente de la «CUT» se le allanó dos veces su casa. Al mismo tiempo se mantiene vigilancia militar en el local del Partido Comunista y de la «CUT». Toda persona

que ingresa a esos recintos es allanada por orden militar. No ocurre lo mismo con los locales fascistas.

Los hechos relatados por el Intendente al Diario «Clarín», confirmaron las denuncias que yo había estado realizando en las reuniones de los trabajadores. En Osorno, la actitud de los Militares era claramente sediciosa y antipopular. Estimulados por la reacción osornina, le habían perdido el respeto al representante del Poder Ejecutivo.

Los latifundistas y sus servidores uniformados se preparaban con entusiasmo para darnos “una lección” a los Dirigentes de la Unidad Popular y reprimir al pueblo.

Nuestros aperos

A la ranca de don José habíamos llegado con algunos alimentos, pero no disponíamos de ropas adecuadas para vivir a la intemperie.

Mi guía vestía una pequeña manta campesina, chaqueta de paño, chaleco de lana, pantalones de mezclilla, sombrero, medias de lana y calzaba gastadas botas de goma. Cargaba una viejísima e inútil carabina «Mauser» con sólo tres balas.

Mi indumentaria consistía en manta y chaleco de lana cruda de oveja, ambas prendas confeccionados por campesinas de la zona, pantalón de casimir y chaquetón de cuero. Calzaba medias de lana y botas de cuero. Me cubría la cabeza con un jockey de cuero café, prenda muy poco común entre los campesinos, que me había regalado Darío la noche en que salí de la ciudad de Osorno.

Desde la campaña electoral de principios de año, dado que los adversarios políticos de la Provincia solían agredirnos con armas de fuego, yo jamás me separaba de mi pistola «Browning» de nueve milímetros, con dos cargadores de reserva, una caja de balas y el permiso para cargar armas debidamente autorizado. También llevaba siempre conmigo un radioreceptor a pilas.

Antes de trasladarme a la casa del Sindicato, Rosana me había llevado una mochila con ropa interior de repuesto, utensilios de aseo, mi cortaplumas multiuso «made in Switzerland», un cuchillo de monte y un par de botas de goma recién compradas.

Reconociendo la montaña

Guiado por Tito hice un reconocimiento del sector en que nos encontrábamos. Exploramos las tres quebradas que rodeaban la rancho de don José.

La quebrada de la vertiente del agua conducía hacia el este de la cordillera. Bajando por una escabrosa huella perdida entre la vegetación, que sólo podían seguir los vaqueanos, se llegaba al valle central.

La quebrada que bajaba hacia el Sur era muy abrupta y estaba cubierta de grandes árboles y matorrales. Por el fondo de ella discurría un arroyo que en su curso iba aumentando de caudal hasta desembocar en el mar convertido en un río cordillerano.

La tercera quebrada que exploramos descendía con cierta suavidad hacia el Suroeste. Allí el bosque nativo había sido cortado. Aquella pendiente estaba completamente cubierta de

impenetrables bosquecillos de maquis que habían reemplazado al bosque natural.

En caso de peligro, todas las quebradas podían ser utilizadas con ventaja como vías de escape.

También recorrimos un buen trecho del sendero que ascendía la montaña hacia la cumbre más alta del sector. Se trataba de un cerro coronado de grandes árboles autóctonos, donde no habían llegado las voraces llamas de los incendios forestales.

Hecho el reconocimiento, le pedí a mi guía que fuera al pueblo a comprar alimentos y pantalones para mí, dado que los que yo andaba trayendo no eran apropiados para andar en la montaña.

Tito partió de madrugada y regresó al día siguiente por la tarde. Llegó con algunos alimentos pero sin latas de conserva. Éstas habían desaparecido de la tienda del pueblo debido al acaparamiento de comestibles que realizaban los contrarios al Gobierno para crear desabastecimiento.

No obstante, sus hermanas me compraron agujas, hilo y un par de anchos pantalones que ajusté al largo de mis piernas. Los pedazos de género sobrantes los guardé para futuros remiendos. Aquellos pantalones servían perfectamente para realizar con facilidad los movimientos habituales en el bosque, como pasar sobre o bajo los troncos que había atravesados en los senderos, entre los arbustos o subir y bajar por las abruptas laderas.

El emisario del Comité Regional

Sorpresivamente, un día apareció un emisario del Comité Regional. Se trataba de un compañero indígena, profundo

conocedor de la zona. El camarada me traía algunos alimentos y un saco de dormir de color rojo que me mandaba Nicolás, quien además se ofrecía para llevarme hasta Valdivia en su vehículo.

Según los camaradas del Comité Regional, en Valdivia yo me iría a integrar a un recientemente creado «comando» del Partido para las Provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue. Conociendo la realidad orgánica del Partido en estas Provincias, la creación de aquel «comando», en aquella etapa del proceso sedicioso que vivía el país, me pareció un chiste cruel.

Considerando que mi puesto estaba en Osorno, me negué terminantemente a salir de la Provincia. Además, pensé que irme en aquel momento iba a ser interpretado como una cobardía. En aquellos días estaba convencido que los camaradas de la Dirección Regional iban a cumplir con los acuerdos tomados para el caso de producirse un Alzamiento Sedicioso: pasar a la clandestinidad, huir al campo y por ningún motivo entregarse a los Militares.

En consecuencia, me negué a desertar de mi puesto a la espera de los camaradas que la Rebelión Militar iba a desplazar a la montaña donde podríamos ocultarnos e incluso defendernos de los fascistas uniformados y civiles, a la espera de las armas prometidas por el Presidente Allende el día del levantamiento de la división de tanques.

Yo estaba convencido que Salvador Allende contaba, además de la fidelidad del Alto Mando de Carabineros de Chile, con un sector importante de Oficiales dentro del Ejército.

Con el emisario del Comité Regional le mandé un mensaje a Avendaño, pidiéndole que viniera hasta el cruce de caminos a entrevistarse conmigo. Por todo lo que estaba ocurriendo en el país, esta reunión me parecía imprescindible.

El sector de la cordillera donde me encontraba reunía buenas condiciones para dar refugio a todos los que vinieran, siempre que contáramos con alimentos, armas y que los compañeros estuvieran dispuestos a soportar las inevitables incomodidades de vivir en la montaña, y también a defenderse. Tenía yo el convencimiento, en aquellos días de que, llegada la hora, muchos camaradas iban a reunirse conmigo en el monte.

Durante los días siguientes estuve esperando la llegada de Avendaño, pero éste no apareció. Tampoco lo hizo Darío, a quien también le había enviado un recado.

El 4 de septiembre

Al atardecer, las radioemisoras de Santiago dieron a conocer a todo el país los detalles de la gigantesca manifestación organizada por la Unidad Popular en celebración del Tercer Aniversario del triunfo electoral de Salvador Allende.

A la manifestación acudió masivamente el pueblo a demostrar su respaldo al Gobierno.

—¡Más de un millón de personas! —exclamó Tito—. Después de esta manifestación, nadie va a sublevarse.

—Justo —dijo don José.

—A esta altura de los acontecimientos —les dije—, la sedición en marcha no se va a detener con manifestaciones, por muy grande que sea el número de personas que asistan a ellas.

Mis compañeros me miraron sorprendidos. La gente común de la Unidad Popular tenía un concepto muy errado acerca de la fuerza real de las manifestaciones.

Se estrecha el cerco al Gobierno

Unos días después escuchamos en la radio la noticia de que la industria textil «Sumar» había sido allanada con inusitada violencia por efectivos de la Fuerza Aérea de Chile. Se hacía evidente que las Fuerzas Armadas estaban provocando a los obreros a lo largo de todo el país, aprovechando que la Ley de Control de Armas les entregaba la iniciativa en la materia.

Al día siguiente, sábado 8 de septiembre, nos enteramos que habían desalojado con la fuerza pública el «Canal 9» de televisión, perteneciente a la Universidad de Chile. Los trabajadores del canal lo habían mantenido ocupado durante varios años, siendo en la práctica el único canal televisivo que estaba a favor del Gobierno.

Yo había seguido muy de cerca los esfuerzos que dentro de la Universidad, en la Comisión del Consejo Normativo Superior de la que formaba parte, realizaban los consejeros demócratas cristianos y de derecha para recuperar el control sobre tan importante medio informativo.

En aquellos días se veía con meridiana claridad cómo la embestida insurreccional de los sediciosos estrechaba el cerco en torno al Gobierno de Salvador Allende.

“¡Vamos a incendiar el país!”

El domingo 9 de septiembre amaneció luminoso y despejado. Desde temprano, los alegres rayos del sol comenzaron a derretir la escarcha que todas las mañanas blanqueaba sobre los negros troncos de los árboles carbonizados.

Inesperadamente, a media mañana llegó Hilario a la cabeza de un grupo de campesinos, todos ellos miembros de la Juventud Socialista. Venían a saludarme.

De inmediato hice un aparte con Hilario y le dije:

—No estoy de acuerdo que hayas venido con todos estos jóvenes. Así se va a difundir la noticia de mi presencia en esta comarca.

—Todos los camaradas que vienen conmigo —me respondió el joven, un tanto ofendido—, son de absoluta confianza.

—No es sólo un problema de confianza —le repliqué—, en la clandestinidad hay una regla de oro que consiste en que cada compañero debe saber sólo lo necesario para llevar a buen término sus tareas. Pero lo menos posible del resto de las actividades clandestinas.

Como el error era ya irreparable, aproveché la presencia de los jóvenes para pedirle a tres de ellos que le fueran a comprar un cordero y papas a un agricultor que vivía al pié de la montaña, justificando de paso su presencia en la zona con el cuento de que habían venido a ver a don José, para ponerse de acuerdo en un trabajo de producción de leña que pensaban realizar en el futuro.

Mientras los jóvenes iban en busca del cordero, nosotros escuchamos en la radio la manifestación que el Partido Socialista realizaba aquella mañana en Santiago. El acto culminó con el discurso del Secretario General del Partido.

Fue un discurso encendido, en el cual nuestro líder, que se había opuesto tozudamente a los esfuerzos del Presidente Allende

de dialogar para salvar la democracia, reiteró que se seguía oponiendo a cualquier compromiso con la Democracia Cristiana, llamando en subsidio a crear el «poder popular».

Sorpresivamente, en medio de su discurso nuestro máximo Dirigente cometió un error imperdonable: reconoció haberse entrevistado con los Suboficiales antigolpistas de la Marina de Guerra, quienes en aquellos momentos estaban bajo arresto y eran torturados por los Oficiales.

Nuestro Secretario General terminó su alocución a lo Nerón, amenazando con «incendiar el país de Arica a Magallanes», si se producía un «Golpe de Estado». Pero no entregó a la militancia ni una sola directiva de acción concreta.

Considerando la realidad interna del Partido y la situación de la Unidad Popular, la amenaza del líder Socialista de «incendiar el país», me pareció una bravata esquizofrénica.

El compromiso

Los jóvenes que habían ido a comprar regresaron con las papas y un cordero destripado, descuerado y partido en dos, listo para ser ensartado en los asadores.

Aquella tarde comimos cordero asado al palo, acompañado de papas cocidas, y bebimos la chicha de manzana que los visitantes habían traído en una damajuana forrada en mimbre.

Las noticias del mediodía, que escuchamos en la radio, fueron en general negativas para el Gobierno. Por eso, en la charla política que aquella tarde les dí a los camaradas de la Juventud Socialista, mi conclusión fue clara: la Rebelión Militar estaba en

marcha y había que estar preparados para intentar defender al Gobierno.

En una segunda conversación aparte que sostuve con Hilario, le dije:

—Si los milicos se sublevan, los camaradas de la Juventud deben ocultarse para no ser detenidos, y quiero que tú me vengas a buscar de inmediato.

—Muy bien —me dijo Hilario—. ¿Y qué vamos a hacer?

—Lo veremos en ese momento —le respondí—, pero no vamos a quedarnos de brazos cruzados. ¿No te parece?

—Sí —dijo Hilario—. Habría que hacer algo.

—¿Me vendrás a buscar? ¿Estamos de acuerdo?

—¡De acuerdo! Lo vendré a buscar, compañero.

Los jóvenes se fueron al anochecer, sin imaginarse que al Presidente Salvador Allende y a la democracia chilena le quedaban sólo unas pocas horas de vida.

Aquel mismo día, en Osorno los Oficiales de Reserva de las Fuerzas Armadas pertenecientes al Grupo «Cien Águilas», se acuartelaron secretamente en el Regimiento «Arauco».

Mientras tanto, los dueños de la tierra completaban las listas de los Dirigentes Políticos y Sindicales que iban a ser pasados por las armas.

El Diario «La Prensa» prepara el escenario

En su edición del lunes 10 de septiembre, el Diario «La Prensa» de Osorno, preparando el escenario del crimen, publicó:

**—UNA NOVELA DE SUSPENSO TEJIDA SOBRE LA SUERTE
DEL HIJO DE BONGCAM**

ESTARÍA HERIDO, MUERTO O EN CUBA

Una verdadera novela de suspenso, y de muerte, se ha tejido en estos últimos días en torno a la persona del Dirigente estudiantil del Partido Socialista de Osorno, Erik Bongcam Rudloff, hijo del Secretario Regional del «PS» Carlos Bongcam Wyss, quien está siendo buscado por la responsabilidad que le cabe en la organización y dirección de un plan terrorista, que sería aplicado en la Provincia, como asimismo por el delito de injurias contra las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Durante la última semana, en diversos círculos estudiantiles, políticos, gremiales y sociales de Osorno, circularon dos versiones sobre la suerte corrida por el joven activista de ultraizquierda, Erik Bongcam. La primera de las cuales señalaba que habría sido muerto a tiros en un enfrentamiento de los muchos ocurridos en los últimos días en Santiago; la segunda versión indicaba que se encontraba gravemente herido y en peligro de muerte a consecuencias de tres balazos que le habrían comprometido partes vitales de su organismo.

Averiguaciones practicadas por «La Prensa», en círculos políticos a los cuales pertenece el Dirigente estudiantil, coinciden en negar ambas posibilidades, agregándose que por el contrario, Erik Bongcam se encontraba perfectamente bien y, aún más, que se habría dirigido disfrazado a Cuba, en donde se encontraría en estos momentos.

Tal vez con el propósito de reafirmar esta versión, desde ayer se ha hecho circular profusamente entre los vecinos de la población Cuarto Centenario, lugar en donde vivía hasta hace un mes la familia Bongcam, una carta escrita a máquina, sin firma, que el Dirigente estudiantil y miembro de la Juventud Socialista de Osorno, Erik Bongcam, habría dirigido a su madre desde Cuba, en la cual, junto con referirse a asuntos de carácter netamente familiar, expresa que “se siente todo raro con el pelo corto y teñido de rubio”.

Sin lugar a dudas, queda en evidencia el carácter apócrifo de la supuesta misiva del joven Bongcam, ya que por una parte su madre viajó con el resto de sus hijos a la Capital, hace poco menos de diez días y la mencionada carta la muestra una vecina encargada de vigilar la

propiedad que ocupaban los Bongcam, en la cual aún permanecen los muebles y enseres.

Lo único cierto que hay, hasta el momento, en la novela de suspenso que viven los miembros de la mencionada familia, es que la Dirección del Liceo de Hombres de Osorno, en carácter de urgente y trabajando hasta las 24 horas del lunes pasado, canceló y arregló todos los antecedentes de matrícula del estudiante Erik Bongcam, para que éste pudiera matricularse, a su vez, en algún establecimiento educacional de Santiago.

Asimismo, con respecto al paradero del buscado Dirigente Provincial del Partido Socialista, Carlos Bongcam Wyss, circulan una serie de datos “extremadamente confidenciales”, en los cuales se le hace aparecer escondido, entre otros lugares, en la Sede Osorno de la Universidad de Chile; alojando en las calderas del hospital San José; en uno de los asentamientos de la «CORA» del sector de Puyehue o Puerto Octay; en las cabañas de Aguas Calientes; en el balneario de Maicolpué; en el sector de San Juan de la Costa, o bien en el hospital clandestino que mantiene la Unidad Popular.

Por otra parte, numerosas personas aseguran haber visto al escurridizo Dirigente extremista, viviendo tranquilamente en la casa de un Dirigente de su partido, ubicada a muy pocas cuadras de distancia de su domicilio en la población Cuarto Centenario.

La «Operación Unitas» y el «Golpe Militar» en Chile

Aquel mismo día, la Marina de Guerra de Chile zarpó del puerto de Valparaíso. El objetivo aparente era reunirse en alta mar con la Flota del Pacífico Sur de la Marina de Guerra de los Estados Unidos de América para realizar un capítulo más de la llamada «Operación Unitas», ejercicios navales conjuntos que se venían realizando desde tiempo atrás.

En aquella ocasión hubo algunos cambios. El Alto Mando de la Escuadra chilena se reunió en aguas internacionales con el Estado Mayor yanqui, en el buque insignia de la flota estadounidense. Después de esta reunión, que terminó a la medianoche y cuyo contenido fue secreto, las unidades de guerra norteamericanas se desplegaron en aguas territoriales entre Quintero y San Antonio.

Aquel amanecer, mientras los marinos desembarcaban en pie de guerra en Valparaíso, dando por iniciado el «Golpe de Estado», los barcos norteamericanos, listos para intervenir, se mantuvieron durante todo el día en aguas territoriales chilenas a la espera del resultado de la sublevación. Sólo se retiraron a aguas internacionales en la noche del martes 11 de septiembre, cuando el primer episodio de la tragedia chilena estuvo consumado.

3

LA HORA DE LA TRAICIÓN

El martes 11 de septiembre de 1973 amaneció frío y lloviznando. En la cima de la montaña donde yo me encontraba, las nubes arrastradas por el viento dejaban girones de neblina entre los árboles. Abajo se veía el valle cubierto por una mortaja de falsos

algodones que se desplazaban de norte a sur, variando constantemente su forma y las tonalidades de gris oscuro.

Como todos los días, temprano por la mañana había encendido el radioreceptor para escuchar las noticias.

Tenía sintonizada la Radio «Corporación» porque en ella iban a anunciar, tocando repetidamente una conocida melodía, que se había iniciado el «Golpe de Estado». Pero aquella mañana tampoco oímos aquella canción popular. No obstante, un camarada informó que ciertos movimientos de tropas en Valparaíso ya habían sido controlados y luego pronunció unas encendidas palabras contra los golpistas, que me parecieron una improvisación de rutina, igual a todas las que habíamos estado oyendo desde hacía tiempo. El resto de las radioemisoras emitían sus programas de costumbre.

La Insurrección Militar

Veinte minutos para las nueve de la mañana, la Radio «Agricultura» comenzó a tocar el himno nacional. A su término, un Oficial dió lectura al Bando Número Uno de los Generales Insurrectos.

Acentuando el ridículo tono «autoritario» que emplean los Militares en sus alocuciones, en un vano intento por disimular su nerviosismo, el Oficial leyó:

—Las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, declaran:

—Que el señor Presidente de la República debe proceder de inmediato a hacer entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile;

—Que los trabajadores deben tener la seguridad que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental;

—Que la prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre, y

—Que el pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes.

Firmaban el Bando los Comandantes en Jefe del Ejército y de la Fuerza Aérea. Y, además, los sedicentes Comandantes en Jefe de la Armada Nacional y de Carabineros, que habían destituido a sus superiores legítimos, asumiendo de facto el mando de sus Instituciones.

La Sublevación Militar estaba en marcha.

La evidencia del «Golpe de Estado», que sabíamos que venía y del cual tanto habíamos hablado y hablado llamando a los demás a estar preparados, no me tomó de sorpresa, pero su evidencia me sacudió profundamente.

Delincuentes al poder

De forma deshonesto y haciendo uso indebido de las armas que el pueblo había puesto en sus manos, los Militares se inmiscuían en la política para poner término, por tercera vez en la historia de Chile, al Régimen Constitucional vigente.

Yo había estudiado Derecho Constitucional en la Universidad y conocía la disposición de la Constitución, que establecía:

“Toda resolución que acordare el Presidente de la República, la Cámara de Diputados, el Senado o los Tribunales de Justicia, a presencia o requisición de un Ejército o de un Jefe al frente de la Fuerza Armada es nula de derecho y no puede producir efecto alguno.”

Por eso, mi disposición fue, desde el primer momento, desconocer la legalidad de las autoridades de facto y no obedecer sus disposiciones.

Los Militares Sediciosos habían atropellado, además, la norma constitucional que disponía:

“La Fuerza Pública es esencialmente obediente. Ningún cuerpo armado puede deliberar.”

Al alzarse contra el Gobierno legítimamente constituido, los Militares se hacían reos del delito de «Rebelión o Sublevación Militar contra la Seguridad Interior del Estado», consagrado en el Código de Justicia Militar y en la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Estaban faltando flagrantemente a su honor y su deber militar al no respetar la norma del Reglamento de Disciplina para las Fuerzas Armadas, que decía:

“El ejercicio de la profesión militar deriva de la necesidad que tiene el país de salvaguardar su vida institucional de toda amenaza interior o exterior y reside, principalmente, en los sentimientos del honor y del deber de todos los que la profesan, sentimientos que, desarrollados en forma consciente, deben impulsar a todo militar, de cualquier grado y jerarquía, hacia el estricto cumplimiento de todas sus obligaciones.”

Con toda razón, aquella trágica mañana el Presidente Salvador Allende les llamaría «Generales Traidores».

“Son puras amenazas”

Por la radioemisora de los Militares Sublevados, el locutor leyó un Bando:

—El Palacio de La Moneda deberá ser evacuado antes de las once horas. De lo contrario será atacado por la Fuerza Aérea de Chile.

—Los trabajadores deberán permanecer en sus sitios de trabajo, quedándoles terminantemente prohibido abandonarlos. En caso de que así lo hicieran, serán atacados por fuerzas de tierra y aire.

—Se reitera lo expresado en el Bando Número Uno en el sentido de que cualquier acto de sabotaje será sancionado en la forma más drástica en el lugar mismo de los hechos.

Don José comentó que él creía que la amenaza de bombardear el Palacio de La Moneda era sólo una bravata de los Militares Golpistas.

—Son puras amenazas —dijo Tito con convicción.

—¡Claro! —afirmó don José—. ¡Cómo van a bombardear La Moneda, si allí está el Presidente de Chile!

—Estos bandidos son capaces de todo —tercié yo—. Se han lanzado a una aventura sin vuelta.

En seguida la Radio «Corporación», del Partido Socialista, llamó a los obreros a tomarse las fábricas y a los soldados a desobedecer a los Oficiales Golpistas.

Poco después esta radioemisora desapareció del aire y a partir de ese instante tampoco pudimos sintonizar la Radio «Portales». En un primer momento pensamos que se trataba de interferencias.

“Yo no voy a renunciar”

Seguimos buscando en el dial. Poco después de las nueve de la mañana sintonizamos la Radio «Magallanes». Era la única radio democrática que se encontraba en el aire. Para nuestra sorpresa, el locutor anunció que el Presidente Allende se iba a dirigir al pueblo de Chile.

Tranquilo y en tono solemne, Salvador Allende expresó:

—Compatriotas: ésta será seguramente la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes.

Por sus palabras y el tono de su voz presentí que esta vez no se trataba de un simple discurso, sino de un momento decisivo en su vida, y en la de todos nosotros.

—La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio «Portales» y Radio «Corporación».

Imaginé las bombas cayendo y estallando en medio del sector poblacional donde estaba situada una de aquellas antenas.

—Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron.

“Castigo moral”, pensé. “Eso significa que ya no es posible parar a los golpistas”.

Debo admitir que no me gustó aquella frase. Siempre he detestado el consuelo de los «triumfos morales» a los cuales recurren por regla general los chilenos después de las derrotas. La historia deportiva del país está plagada de «triumfos morales». Incluso algunas de las fechas «gloriosas» que conmemoran los Militares, también fueron «triumfos morales». Nunca me han gustado las «condenas» ni los «castigos morales».

Volví a poner atención al discurso del Presidente Allende, tratando de desenredar sus palabras de mis propios pensamientos.

—¡Yo no voy a renunciar!

El Presidente Allende hizo esta afirmación en forma enfática y serena, reiterando en aquel histórico momento, lo que siempre había sostenido.

—Colocado en un tránsito histórico, ¡pagaré con mi vida la lealtad del pueblo!

Esta frase me emocionó, porque con ella Salvador Allende mostraba al mundo su estatura moral. Recordé el día, unos meses atrás, en que el Presidente, emocionado, había declarado que él no iba a renunciar, que mientras él fuera Presidente de Chile, sólo muerto lo iban a sacar de La Moneda, el Palacio de Gobierno.

—Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

Estaba claro, había llegado la hora y el pueblo no iba a tener armas. El Presidente de Chile había sido traicionado.

—El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse.

Confieso que en aquellos momentos no entendí qué era lo que Salvador Allende quiso decir con aquellas palabras. Porque si uno se defendía, tenía que luchar, y si luchaba, o triunfaba o moría, porque los Militares Sediciosos no iban a perdonar a nadie que les opusiera resistencia.

—Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse.

—Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor.

—Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que mi sacrificio no será en vano.

El Presidente Allende terminó de hablar y nosotros quedamos en silencio.

De las palabras de Salvador Allende se desprendía un detalle que no podía apartar de mi pensamiento: en ninguna parte de su discurso el Presidente llamó a nadie a defenderlo a él o a su Gobierno. Con grandeza ejemplar, no le pidió a ningún chileno que se sacrificara. En aquellos momentos históricos tuvo el coraje moral de asumir para sí toda la responsabilidad del desastre.

Tuve además la sensación de que el Presidente Salvador Allende estaba consciente de que con él, en Chile terminaba el último capítulo de un período histórico.

Después del mensaje del Presidente de Chile, la Central Única de Trabajadores llamó a ocupar los lugares de trabajo.

Luego calló para siempre la Radio «Magallanes».

La «Junta Militar»

Sólo una radioemisora continuó en el aire, transmitiendo únicamente marchas militares. De pronto interrumpieron el himno que estaban difundiendo para dar paso al locutor militar, quien dió lectura a una declaración. Según ella, los Comandantes en Jefe de las tres ramas de la Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile se autoconstituían en «Junta Militar de Gobierno» y asumían el «Mando Supremo de la Nación», según ellos,

—Con el patriótico compomiso de restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantadas,

—Conscientes de que ésta es la única forma de ser fieles a las tradiciones nacionales, al legado de los padres de la patria y a la historia de Chile.

Lluvia de Bandos y Proclamas

Las radios de las Provincias, opositoras al Gobierno legal, formaron de inmediato y voluntariamente una «Cadena Nacional» que se llenó de Bandos, Proclamas y Comunicados, trágicamente mezclados con marchas militares de autores europeos y falsa música folclórica interpretada por los «Huasos Quincheros», conjunto de pepepatos disfrazados de huasos.

El locutor de la «Cadena Nacional de Radiodifusión de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile» volvió a tomar la palabra:

—Declárase, a partir de esta fecha, «Estado de Sitio» en todo el territorio de la República, asumiendo esta Junta la calidad de General en Jefe de las fuerzas que operarán en la emergencia.

Poco después, los Militares amenazaron:

—Se aplicará la «Ley Marcial» a toda persona que sea sorprendida con armas o explosivos.

En el Bando siguiente, tratando de engañar a los incautos, los Militares prometieron:

—Los trabajadores deben tener la seguridad que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental.

A la difusión de las falsas promesas, siguió la lectura de un Bando amenazante:

—Se advierte a la población no dejarse llevar por posibles incitaciones a la violencia que pueden emanar de activistas nacionales o extranjeros.

—Que estos últimos entiendan que en este país no se aceptan actitudes violentistas, debiendo por ésto deponer cualquier actitud extrema, sin perjuicio de las medidas que se adopten para su pronta expulsión de Chile o, en su defecto, serán sometidos al rigor de la Justicia Militar.

Pocos minutos después, dejando al desnudo su xenofobia, los Militares ordenaban:

—Todos los extranjeros que se encuentran en el país en situación irregular o ilegal, deberán presentarse de inmediato en las Comisarías más cercanas.

Resultaba tragicómico que quienes estaban usando la fuerza extrema, en forma criminal, ilegal e ilegítima en contra de los trabajadores, no aceptaran “actitudes violentistas” de respuesta.

Acusando de “extranjeros” a quienes opusieran resistencia intentaban restarle apoyo entre la población civil, y así justificar el «estado de guerra que vivía el país», ante sus propios hombres.

El bombardeo de La Moneda

Justo al mediodía, los aviones de la Fuerza Aérea de Chile bombardearon La Moneda, el Palacio Presidencial donde se encontraba el Presidente Salvador Allende. Por efecto de los cohetes, el edificio quedó semidestruido y envuelto en llamas.

Por la «Cadena Nacional de Radiodifusión», imitando el tono militar, un locutor leyó otro Bando:

—La Junta Militar de Gobierno advierte a la población que todas las personas que estén ofreciendo resistencia al nuevo Gobierno deberán atenerse a las consecuencias.

—Que toda industria o vivienda o empresa fiscal debe deponer toda actitud beligerante, caso contrario, las Fuerzas Armadas actuarán con la misma energía y decisión con que se atacó La Moneda con las fuerzas de tierra y aire.

—¡Milicos desgraciados! —exclamó Tito, con la voz quebrada por la rabia y la emoción— ¡Mataron al compañero Allende!

Estuvimos en silencio un largo rato. Cada cual pensando en lo suyo. Yo salí de la ranca a caminar al aire libre. En un momento como aquel no pude permanecer sentado. Dentro de la vivienda, la radio seguía encendida.

“El último Bando de los Militares”, pensé, “deja en claro que en Santiago se está combatiendo, si nó, ¿qué sentido tienen las amenazas de represión?”

“Serán reprimidos sin contemplaciones”

Regresé a la cabaña en los momentos en que por la «Cadena Nacional de Radiodifusión» daban lectura a otro Bando:

—La residencia presidencial ubicada en Tomás Moro tuvo que ser bombardeada desde el aire por ofrecer resistencia a las Fuerzas Armadas y Carabineros.

—Se advierte que a partir de este instante está absolutamente prohibida la presencia de grupos de personas reunidas en las calles.

No habíamos iniciado aún el comentario del último Bando Militar, cuando dieron lectura al siguiente:

—Se advierte a los profesionales, empleados y obreros de las empresas ocupadas, que deben abstenerse de efectuar provocaciones al personal de las Fuerzas Armadas y de Orden.

—Cualquier acción en tal sentido, así como acciones de sabotaje, violencia física contra civiles o intentos de resistencia, serán reprimidos sin contemplaciones en acciones militares de tierra y aire, similares a las efectuadas contra La Moneda y la residencia presidencial de Tomás Moro.

—Reiteramos al sector obrero que nada debe temer del nuevo Gobierno.

—No trepidaremos en neutralizar el más mínimo intento de resistencia o de provocaciones.

—No hay ninguna duda —les dije a mis compañeros—. En Santiago las fábricas están ocupadas por los trabajadores y hay

resistencia. Se ve que los golpistas temen a los obreros si no, ¿cómo se explican todos estos llamados y amenazas de bombardeos y de acciones violentas?

—Y nosotros —dijo Tito—, ¿qué vamos a hacer aquí en Osorno?

—Tenemos que reunirnos con los jóvenes socialistas de tu pueblo —le respondí.

Nuestro diálogo fue interrumpido por el locutor militar:

—Se advierte a la población que estará prohibido circular por las calles de Santiago después de las tres de la tarde.

“Deberán entregarse «voluntariamente»”

Alrededor de las dos de la tarde, el locutor de la «Cadena Nacional de Radiodifusión», anunció que el Presidente Allende estaba dispuesto a rendirse.

—¡El compañero Allende está vivo! —exclamó con alegría don José.

—No creo que se vaya a rendir —dije yo.

—Yo tampoco lo creo —afirmó Tito—. Los milicos están mintiendo.

A continuación, el locutor dió lectura a un nuevo Bando:

—Las personas más adelante nombradas deberán entregarse voluntariamente hasta las 16.30 horas de hoy 11 de septiembre de 1973 en el Ministerio de Defensa Nacional.

—La no presentación les significará que se ponen al margen de lo dispuesto por la Junta Militar de Gobierno, con las consecuencias fáciles de prever.

La nómina de Dirigentes Políticos y altos funcionarios del Gobierno derrocado, que los Militares llamaban a entregarse, incluía cerca de cincuenta personas

Después, el locutor militar dio a conocer un Bando que imponía el «*Toque de Queda*» a partir de las seis de la tarde, y luego otro que establecía una «*estricta censura de prensa*».

Los llamados que hacía la «Cadena Nacional de Radiodifusión de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile» a deponer su actitud a los «grupos suicidas», indicaban que en Santiago se estaba combatiendo.

En la casa del Dirigente Sindical

Hasta bien entrada la tarde estuvimos esperando a Hilario, pero éste no fue a buscarnos. No queriendo esperar por más tiempo, decidí bajar al pueblo a tomar contacto con los compañeros de la Juventud Socialista y ver con ellos qué podíamos hacer. Tito estuvo de acuerdo conmigo y partimos al anochecer.

Antes de salir, cometí dos errores.

Como durante todo aquel día no había dejado de llover y el cielo seguía amenazante, me puse las pesadas botas de goma que llevaba de repuesto y, a pesar de la lluvia, dejé mi manta en la cabaña, pensando que dificultaba mis movimientos.

Cuando ya habíamos bajado de la montaña y atravesábamos la llanura, bastante lejos de la rancho, constaté que el roce de las botas al caminar me había roto la piel de las pantorrillas en ambas piernas.

Ya no cabía regresar. Intenté calzarme las botas de Tito, pero mi compañero tenía los pies demasiado pequeños. A pesar del dolor, no tuve más remedio que seguir.

Caminando cada vez con mayor dificultad, entrada la noche llegamos a la casa de un camarada campesino que era Dirigente Sindical. El dueño de casa había ido donde unos vecinos a escuchar la radio y su mujer estaba sola, en compañía de sus tres pequeños hijos.

—Compañero —me dijo Tito—, será mejor que me espere aquí. Yo iré a ver qué pasa en el pueblo y luego regreso a buscarle.

—¿Cuanto tiempo te llevará ir y volver?

—Dos horas, a lo más.

Nos separamos. Mi guía fue al pueblo a tomar contacto con los compañeros de la Juventud y yo me quedé esperándolo en aquella casa, distante cerca de un kilómetro del villorrio.

Al ver el estado de mis piernas, la compañera me ofreció una cama para que descansara; colgó mis ropas mojadas detrás de la cocina encendida y luego me sirvió té de yerba mate. Muerto de cansancio, me tendí en el lecho.

El techo de la vivienda era de planchas de zinc, sin cielo raso. La lluvia producía sobre el tejado un tamborileo monótono y a ratos, ensordecedor. Debido al agotamiento y al sopor producido por el calor de la cocina, me quedé dormido.

“¡Buena suerte, compañero!”

Poco después de la una de la madrugada, me despertó el dueño de casa. El compañero estaba asustado.

—¡Usted no puede quedarse! —me dijo—. Si los Carabineros vienen y lo encuentran, nos van a fusilar a todos. ¡Debe irse de inmediato!

—¡Cómo se va a ir el compañero! —intervino su mujer—. ¡Está lloviendo muy fuerte y fíjate cómo tiene las piernas!

—Están deteniendo a todos los compañeros de la Unidad Popular —continuó el hombre, sin hacerle caso a su mujer—. En cualquier momento van a venir a allanar mi casa. ¡Por mis hijos, le ruego que se vaya!

Yo miré a los niños, que dormían en la cama de sus padres porque yo les había estado ocupando la suya, me acordé de los míos y estuve de acuerdo con el compañero.

En silencio me puse la ropa, que ya se había secado, y mi chaquetón de cuero. Cuando me quise calzar las botas de goma, comprobé que éstas no me entraban porque las pantorrillas se habían hinchado demasiado.

—Las botas no me entran, compañero —le dije—. Si usted quiere que me vaya, va a tener que prestarme zapatos.

Me extrañó que el campesino tuviera sólo los zapatos que llevaba puestos. Eran zapatos rebajados de verano, de cuero fino y suela delgada. El compañero se miró sus zapatos, dudando.

—Le dejo mis botas en prenda —le dije, pasándole la bota que tenía en la mano, para que la examinara.

El camarada tomó la bota y la estudió con ojos expertos. Comprobó que estaba nueva y que era de la mejor calidad que se podía conseguir en el mercado.

Luego, sin palabras, se sacó sus zapatos y me los pasó. Me calcé, me despedí y salí al diluvio.

—¡Buena suerte, compañero! —me dijo la mujer, aguantando las lágrimas, antes de que su marido cerrara la puerta de la casa.

El regreso bajo la lluvia

Estuve varios minutos en la oscuridad, parado bajo el aguacero, pensando qué hacer en aquellas circunstancias. La exigencia del Dirigente Sindical, si bien la entendía perfectamente, me había tomado de sorpresa. En aquel momento tenía sólo dos alternativas: ir hacia el pueblo o regresar a la cordillera. La decisión se podía tomar en un segundo, pero no debía equivocarme.

El camino público al pueblo era la única ruta que yo conocía, pero ignoraba en qué casas a la entrada del villorrio, en la dirección en que yo me encontraba, vivían las personas contrarias a la Unidad Popular que oficiaban de soplones de los latifundistas y de los Carabineros. En consecuencia, estimé que ir al pueblo, siguiendo el camino, era correr un riesgo innecesario.

Tito había quedado de regresar al cabo de dos horas. Pero ya había transcurrido el doble de ese tiempo y el joven no había aparecido. Por otra parte, si los camaradas de la Juventud habían sido apresados, como había dicho el Dirigente Sindical, menos sentido tenía arriesgarse a ir al poblado. Finalmente, decidí regresar a la cordillera.

Los zapatos me apretaban los pies debido a las gruesas medias de lana que andaba trayendo, pero con ellos, al menos, podía andar.

Inicié el regreso bajo la lluvia torrencial, sin manta y en plena oscuridad. La gorra de cuero, por carecer de las alas que tienen los sombreros, no impedía que el agua se escurriera por mi nuca, mojándome el cuello y la espalda.

Apenas me podía orientar en la oscuridad para avanzar por el centro de la calzada. El enripiado del camino estaba lleno de baches de distintas profundidades, llenos de agua. Era imposible descubrir un hoyo antes de haber metido los pies en él. Muy pronto se me empaparon los delgados zapatos de verano que me había prestado el compañero. A través de las gastadas suelas sentía, a cada paso, la forma y el tamaño de cada una de las piedras que iba pisando.

Al pasar frente a una vivienda levantada a la vera del camino, un desafinado coro de ladridos de perros me saludó y continuaron ladrando largo rato después de que yo ya me había alejado.

Después de pasar delante de las casas ubicadas en un cruce de caminos, las últimas antes de llegar al punto donde había que tomar el sendero hacia la montaña, y de ser saludado y despedido por el infaltable concierto de ladridos, siempre bajo la lluvia torrencial, súbitamente me sentí demasiado cansado.

Un trecho más adelante me pareció que ya me encontraba cerca del lugar desde donde salía el sendero hacia la cordillera. Estaba por aclarar. Salí del camino y bajé a una pequeña quebrada, cubierta de quilas y de zarzas, y me tendí a descansar debajo de las matas.

Aquella vegetación me protegía de las miradas de la gente que pudiera pasar por el camino, pero no me proporcionaba ningún resguardo de la lluvia. Tendido sobre la hierba mojada, mal tapado con mi propio chaquetón y con el pantalón empapado chorreando

agua, estuve bajo el diluvio hasta que amaneció. Inútilmente traté de dormir.

Los trabajadores risueños

A media mañana dejó de llover y, a ratos, salió el sol. Cuando me asomé al camino comprobé que debido a la oscuridad de la noche y al cansancio, me había equivocado. Para llegar al cruce faltaba más de un kilómetro.

Como no quería ser visto en el camino, decidí esperar las sombras de la noche en aquella hondonada. Sin embargo, luego de un par de horas comencé a sentir mucho frío.

Tenía los pantalones, las medias y los zapatos empapados y, por más que daba saltitos y hacía ejercicios, a cada momento sentía más frío. Pensé que si me quedaba ahí hasta la noche iba a coger una pulmonía. Consciente del riesgo, salí al camino.

Luego de andar un buen trecho a paso rápido se me calentó el cuerpo y la ropa mojada dejó de producirme frío. Caminando de prisa me sentí más aliviado.

Había recorrido cerca de medio kilómetro cuando desde una altura del camino ví más adelante a unos trabajadores que estaban reparando las cunetas. Poco antes de llegar donde ellos, en sentido contrario al mío, apareció un jinete que se detuvo a conversar con los obreros.

Cuando pasé a su lado, los hombres respondieron a mi saludo sin dejar de reirse. Conversaban de algo al parecer muy divertido, ajenos completamente a lo que estaba ocurriendo en el país. Sólo el

jinete me miró con cierto interés, tratando de reconocermé, el resto del grupo no me prestó mayor atención.

Me alejé de los hombres sin apresurarme, caminando al mismo ritmo, tratando de dar la impresión de que no tenía prisa, de que no iba huyendo, aunque en mi fuero interno hacía grandes esfuerzos para reprimir los deseos de echarme a correr.

Una camioneta en el camino

El camino enripiado subía y bajaba siguiendo las ondulaciones del terreno. Luego cruzaba una planicie en línea recta hasta el cruce de caminos desde donde salía el sendero hacia la montaña. En aquel sector, los potreros a ambos lados estaban desprovistos de árboles y de arbustos.

Había andado la mitad del recorrido, cuando una camioneta procedente del pueblo comenzó a acercarse a gran velocidad.

En la parte trasera del vehículo viajaban varias personas. Me pareció que se trataba de Carabineros. Inmediatamente busqué la forma de evitarlos, pero en las orillas del camino no había dónde esconderse.

Con la mayor calma posible salté el cerco norte del camino y al otro lado, momentáneamente fuera de la vista de las personas que venían en el vehículo, corrí a parapetarme detrás de unos troncos que yacían a unos diez metros del cercado, calculando que desde esa distancia podía usar mi pistola con puntería.

Detrás de los troncos permanecí en cuclillas, aparentando estar con los pantalones abajo. Esperé con la pistola en la mano, lista para hacer fuego. No obstante, la camioneta pasó de largo.

Los ocupantes de la plataforma eran unos campesinos que ni siquiera me dirigieron una mirada. Parecían ir demasiado ocupados con sus propios pensamientos.

En tanto la camioneta se alejó volví al camino y apresuré el paso. Pronto llegué al cruce de caminos.

Recordando que aquella senda pasaba muy cerca de algunas casas campesinas, decidí esperar la llegada de la noche oculto en un bosquecillo cercano, desde el cual se podía ver el cruce y parte del camino.

Una hora después pasó de regreso la camioneta, que venía vacía. Dos jinetes pasaron más tarde en dirección contraria a la camioneta y siguieron por el mismo camino por donde había regresado el vehículo.

A partir de ese momento, nadie más apareció.

El jolgorio de los «vencedores»

Al mediodía, en la Radio «SAGO» de Osorno leyeron una larga lista de personas de la Provincia, entre las cuales había mujeres y niños, que el perfumado Comandante del Regimiento «Arauco» y Jefe de Plaza llamaba a presentarse. En ella estaba mi nombre junto a Erik, el mayor de mis hijos, de dieciséis años de edad.

Me pareció ridículo que me llamaran, sabiendo que yo ya había dicho públicamente que no me iba a presentar ante la «justicia» de los Militares Sediciosos.

Por otra parte me alegré de haber enviado a toda mi familia a Santiago, pues aquel llamado indicaba de que la represión militar no iba a respetar a las mujeres ni a los niños.

Por la «Cadena Nacional de Radiodifusión», a la que también se había integrado voluntariamente la Radio «SAGO», se dirigió al país el camionero que dirigía el paro de los transportistas en contra del depuesto Gobierno. Llamó a su gremio a reanudar de inmediato las actividades, poniéndose al servicio de la Junta Militar. Al final exclamó:

—*¡Hemos triunfado, viva Chile libre!*

También hizo uso de la palabra un bolichero, Presidente del Comercio Detallista, dijo:

—*Me dirijo al comercio del país para pedirles que reinicien sus actividades normales a contar de mañana jueves trece de septiembre. ¡A la tarea de la «reconstrucción nacional» nos entregaremos en corazón y sólo con la mirada puesta en la bandera de Chile.*

A continuación, el locutor dio a conocer la declaración pública del Presidente de la Corte Suprema de Justicia, quien manifestó su “más íntima complacencia” por la promesa de la Junta Militar de respetar y hacer cumplir las decisiones del Poder Judicial, sin examen previo.

Luego se difundieron las declaraciones de algunos partidos políticos. El derechista Partido Nacional, junto con declarar su «apoyo irrestricto» a la acción de la «Junta», llamó a todos los chilenos a respaldar, sin reservas, a los Militares.

La Directiva Nacional del Partido Demócrata Cristiano, afirmó que había agotado “sus esfuerzos por alcanzar una solución por la vía política institucional”, y por supuesto no condenó la Sublevación Militar que sus más destacados personeros habían propiciado.

La segunda ascensión

A media tarde, cuando ya me estaba preparando para iniciar el viaje hacia la montaña, hasta el cruce llegó el camión de Hilario y se detuvo. Del vehículo bajaron Tito y Ricardo, y luego el propio Hilario. Llegué a su lado en el momento en que se estaban despidiendo.

Hilario respondió a mi saludo pero no a mi pregunta de por qué no había venido a buscarme a la cordillera, como habíamos convenido. Tampoco me informó que había ido a Osorno a pedir instrucciones, lo cual significaba que había pasado por alto mi condición de Secretario Regional del Partido.

Cuando le pregunté por los muchachos de la Juventud de su Seccional, Hilario me respondió que se encontraban bien y sin problemas, pero no me dijo que los había enviado a sus casas a esperar instrucciones, con el argumento, nada desatinado, de que no sacaban nada con matar a los cuatro pacos del Retén del pueblo, exponiendo al villorrio a un bombardeo de represalia.

Hilario me explicó que había ido a dejar a sus sobrinos al cruce porque ellos estaban en una lista de las personas del pueblo que los uniformados tenían órdenes de fusilar.

Nuestro encuentro fue muy breve porque Hilario tenía prisa. Mientras él partía de regreso en su camión, nosotros iniciamos la marcha hacia la montaña.

Los jóvenes venían con una bolsa con los alimentos que Darío le había entregado a Hilario, el mismo día del golpe. Eso había sido todo lo que el camarada me había traído.

El sendero pasaba por unos pajonales pantanosos donde, para no caer en las pozas de agua, había que ir saltando sobre las

champas de junquillos. Los muchachos pasaron ágilmente por ese lugar. Tratando de imitarlos, yo metí repetidas veces los pies en el fango.

Antes de comenzar a subir la ladera de la montaña, el sendero bajaba a un pequeño cañadón por cuyo fondo corría un riacho que bajaba de la cordillera. En el espacio entre las paredes del cañadón y la corriente de agua, las crecidas del estero habían labrado pequeños canales en la tierra, que esa tarde estaban sin agua.

A ese lugar llegamos al anochecer y a la carrera bajamos al lecho del estero. Sin ver el peligro, debido a la penumbra, pisé en el borde de uno de los pequeños canales y me torcí el tobillo izquierdo. Sentí un agudo dolor y caí a tierra.

Mis compañeros me ayudaron a levantarme. El intenso dolor me impedía caminar. Me vendé el tobillo pero, aún así, no podía afirmar el pié en el suelo. El resto del camino hacia la cabaña de don José, fue un verdadero martirio.

Los jóvenes se turnaban para servirme de soporte y de esa forma pudimos subir, aunque muy lentamente. Llegó un momento, a medio camino, en que todos estábamos tan cansados que a duras penas podíamos mantenernos en pié. Entonces les dije a los jóvenes que me dejaran allí hasta el día siguiente, pero ellos se negaron.

Llegamos a la ranca junto con la primera claridad del alba. El viejo se despertó en tanto su perro ladró avisando nuestra presencia y se levantó a recibirnos. Mis compañeros se acostaron en los camastros, durmiéndose de inmediato.

Yo le pedí a don José que calentara agua para ponerme una compresa de salmuera caliente en el tobillo lesionado. Con su amabilidad característica, el dueño de casa atizó el fuego dentro

del fogón y le agregó leña. Luego puso una olla llena de agua sobre el tambor. Cuando el agua estuvo caliente, la vació en un lavatorio de latón enlozado y le agregó sal. Introduje el pié lesionado en la salmuera caliente, tan caliente como me fue posible soportar. Así lo había hecho en mis lejanos tiempos de futbolista.

Mantuve el pié dentro del tiesto durante largo rato y luego lo envolví con las vendas mojadas en la salmuera caliente. Después me cubrí las vendas con una media de lana cruda de oveja y me arrojé el pié con un chaleco del mismo material. Por último me tendí sobre unos sacos al lado del fogón y me dormí al instante.

La declaración de los Obispos

El 13 de septiembre despertamos a media mañana. Lo primero que hice fue examinarme el tobillo, que me dolía y estaba muy hinchado. Pero al parecer no tenía ningún ligamento roto.

Repetí el tratamiento de la noche anterior metiendo el pié en la palangana y luego me vendé el tobillo con la venda humedecida en la salmuera caliente. Por último me puse las medias de lana y me calzé las botas de cuero. En contra de la opinión de mis compañeros, comencé a caminar de inmediato, usando un palo a modo de bastón.

La recuperación del tobillo no podía esperar, porque en la cordillera sólo me podía trasladar caminando. Poco a poco pude ir afirmando el pié y dos días después ya podía caminar sin apoyarme en el bastón, pero el dolor me acompañó más de tres meses.

Después de almorzar escuchamos la «Cadena Nacional de Radiodifusión de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile» por

la cual dieron a conocer las declaraciones públicas de la Sociedad Nacional de Agricultura y de la Sociedad de Fomento Fabril. Ambas organizaciones patronales agradecieron efusivamente a los Militares el derrocamiento del Gobierno de Allende, comprometiéndose a colaborar en lo que ellos llamaron la «reconstrucción nacional».

También dieron a conocer una declaración pública del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile, organismo que reunía a los Obispos de la Iglesia Católica. En esta declaración, los Obispos deslindaban su responsabilidad por lo ocurrido en el país; se dolían de la sangre derramada; pedían respeto por los caídos; moderación frente a los vencidos, y que no hubiese «innecesaria» represalia. Luego manifestaban su confianza en que los adelantos logrados por la clase obrera y campesina no sólo no serían desconocidos sino que se mantendrían y acrecentarían hasta lograr la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.

Los Obispos terminaban su declaración afirmando que confiaban en que el «patriotismo», el «desinterés» y la «tradición de democracia» y de «humanismo» de las Fuerzas Armadas permitirían una pronta vuelta a la normalidad institucional, tal “como lo han prometido los integrantes de la Junta de Gobierno”.

Aquella declaración de los Obispos, no me sorprendió.

«Salvando» la democracia

Después de una cortina de tonadas (música que los Militares llamaban «folclórica») y marchas militares de autores prusianos, el locutor leyó un Bando:

—Con esta fecha, la Junta de Gobierno ha dispuesto lo siguiente:

—Clausúrase el Congreso Nacional y decláranse vacantes los cargos de los parlamentarios que actualmente invisten tal calidad.

Clausurando el Congreso Nacional, el órgano legislativo de la República elegido por votación popular y, además, con una mayoría de congresistas contraria al Gobierno de Salvador Allende, los Militares Sediciosos le estaban mostrando al mundo qué era lo que ellos entendían cuando afirmaban que se habían alzado para “salvar la democracia”.

De paso, al dejar cesante a don Eduardo de su cargo de Presidente del Senado, los Militares liquidaban definitivamente las ilusorias esperanzas de este personaje de heredar el poder arrebatado al pueblo. Tal como se lo había asegurado a don Eduardo un General, quien tiempo después perecería al estallar inexplicamente en el aire el helicóptero en el que viajaba.

Por la noche, en las radioemisoras internacionales escuchamos las noticias que daban cuenta de los innumerables actos de protesta en contra de la Junta Militar chilena, que tenían lugar en todos los países del mundo. Excepto en la República Popular China y en Sud África, donde imperaba el desprestigiado régimen del «apartheid».

Diversos gobiernos democráticos demandaban el término de la represión de que era víctima el pueblo chileno, retrasando el reconocimiento diplomático del Gobierno Militar surgido del «Golpe de Estado».

Nuestro primer mártir

Aquel 13 de septiembre, un soplón denunció la casa donde estaba reunido un grupo de jóvenes socialistas. Entre ellos se encontraba Reinaldo Rosas, Presidente del Centro de Alumnos del Liceo de Hombres de Osorno, a quien todos queríamos por su inteligencia y simpatía. Una patrulla Militar allanó la casa. Reinaldo intentó huir y fue abatido con disparos de fusil. Herido de muerte fue trasladado al hospital, donde falleció poco después de llegar.

Reinaldo tenía 17 años y era compañero de estudios de mi hijo Erik. Fue nuestro primer mártir.

Las noticias internacionales

Las radioemisoras de Valdivia, Osorno y Puerto Montt continuaron dando a conocer las listas con los nombres de las personas que los Militares llamaban a presentarse.

Desde el pueblo de Hilario, no nos llegaba ninguna noticia. Además, ningún camarada del Partido Socialista se había hecho presente.

Los alimentos que teníamos eran los fideos y el arroz que Darío me había llevado. Como estos alimentos eran insuficientes, le pedí a Tito que fuera al pueblo a adquirir tarros de conserva, por intermedio de sus parientes, a fin de completar nuestra dieta, y a enterarse de paso de las últimas noticias locales.

Ricardo quiso acompañar a su hermano y ambos partieron de madrugada.

A esa altura, las marchas militares y la musiquilla falsamente «folclórica», que tanto le agradaba a los uniformados, me resultaban insoportables, pero no podía apagar el radioreceptor so pena de perderme las informaciones que los golpistas transmitían a cada momento.

Además de la «Cadena de Radiodifusión» de los Golpistas, nosotros escuchábamos las noticias de las radios argentinas y los programas en español para América Latina de la «BBC de Londres», la «Voz de América» y «Radio Moscú». Por ellas nos enteramos que los Militares Golpistas habían transformado el Estadio Nacional en un enorme campo de concentración donde se torturaba y fusilaba a los prisioneros; que el General Prats avanzaba hacia el norte desde Concepción, al frente de tropas leales al depuesto Gobierno; que en las calles de Santiago y en el río Mapocho, todas las madrugadas aparecían cadáveres de civiles muertos a tiros en horas del «Toque de Queda», y de que la inmensa mayoría de los pueblos del mundo condenaban el «Golpe de Estado» en Chile y la cruenta represión militar.

“No es un Golpe Militar a espaldas del pueblo”

La cadena radial sólo difundía los Bandos y Comunicados emitidos por los Militares Sediciosos.

El 15 de septiembre, el locutor leyó:

—*Hoy nace un Chile nuevo, en que no hay vencedores ni vencidos.*

—La patria se ha liberado de los malos chilenos que fanatizados por la prédica de mercenarios extranjeros pretendían hacer de Chile un país de esclavos, en contra de sus más sagradas tradiciones históricas y espíritu libertario, democrático y soberano de nuestro pueblo.

—Esto no es un Golpe Militar realizado a espaldas del pueblo.

—Esta es una gesta de liberación y de unidad nacional, que ha recuperado la patria para todos los chilenos.

—Por ello, nada tienen que temer aquellos que tengan las manos limpias y la conciencia tranquila, porque es para ellos y para todos el fruto de este renacer esperanzado.

En aquellos instantes deseé que muy pocos partidarios de la Unidad Popular creyeran, por su propio bien, en las falsas promesas de los Militares.

«Hoy ha despuntado el nuevo día»

El 15 de septiembre, el Diario «La Prensa» de Osorno publicó la «Oración de Chile Nuevo» del Obispo de Osorno, Capellán de Ejército con el grado de Mayor, Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux, la que en sus párrafos más destacados, decía:

—Señor, ¿dónde estabas?. La noche cargada de sombra me mantenía sumido en la pesadilla de un callejón cerrado. Más me parecía al infierno que a una copia feliz del Edén. Hoy ha despuntado el nuevo día”. (...)“Y ¿cómo agradecer que me hayas librado de las peores garras de la mentira y la maldad que a través de su historia hayan atrapado a la pobre humanidad? Mil gracias, Señor. Soy Chile que agradece. (...)Junto con agradecerte quisiera poner en tí mi esperanza del mañana, como lo hicieran los Padres de la Patria. Porque comienza el Chile Nuevo, del cual esperas con razón que haya aprendido a base de la amarga experiencia a serte fiel (...)Porque en este momento urge valorizar el

primero en la jerarquía absoluta de valores: el espíritu de fe, de esperanza y de amor. Con ello hay Patria que avanza en libertad y en orden. (...)Y podré gritar para el mundo y advertir a muchos hermanos de cerca o de lejos: la Patria no se vende. Lejos de Dios no hay justicia, ni esperanza, ni libertad. Por Él y con Él hemos logrado superar el gran embuste de este siglo. Te escuchamos a tí, Señor, y la VERDAD NOS HIZO LIBRES. Gracias, Señor. Quédate con nosotros, y no nos volveremos a extraviar. Amén.

«La quema de libros»

Aquel mismo día, el Diario «La Prensa» de Osorno informó:

—Incineran Textos Marxistas en la Sede Universitaria

Debido a que el Vicerrector y la mayoría de los profesores de la Sede Osorno de la Universidad de Chile huyeron, siendo capturados algunos de ellos por efectivos militares y de Carabineros, en la tarde de ayer y en forma provisoria asumieron la representación de la Sede los profesores Miranda, Ayala y Cartagena. Con la cooperación de un núcleo de estudiantes democráticos se dieron a la ardua tarea de ordenar y reorganizar la institución limpiando y repintando sus muros y procediendo, en uno de los patios de la abandonada casa universitaria, a incinerar más de dos mil ejemplares de libros sobre temas marxistas, manuales guerrilleros y literatura partidista.

Un trágico error

A media mañana, la Radio «SAGO» emitió un flash noticioso. En él, los Militares daban cuenta de mi muerte que, según ellos, había ocurrido aquella mañana en el Camino Internacional de Puyehue

cerca de la Aduana «Pajaritos». La información decía que un helicóptero militar había ametrallado mi automóvil, en el cual yo huía hacia la República Argentina, resultando muerto su ocupante. Los latifundistas osorninos respiraron tranquilos, su condena se había cumplido. Por la tarde, algunas personas que fueron a la morgue del hospital San José a reconocer mi cadáver, que los Militares exhibían tendido en el suelo, en un cobertizo anexo junto a una veintena de otros muertos, constataron el trágico error. El hombre que habían ametrallado alevosamente los Militares, por cierto no era yo, sino un agricultor que tuvo la desgracia de poseer un automóvil parecido al mío. Las Autoridades Militares jamás desmintieron la falsa noticia de mi muerte, seguramente a la espera de hacerla efectiva en tanto me ubicaran. En los meses siguientes, los presos políticos de la Provincia sometidos a tortura, no acertaban a comprender que se les interrogara con tanta insistencia sobre el paradero de un muerto.

Los volantes de la infamia

Aquel mismo día, helicópteros militares lanzaron sobre Santiago una lluvia de volantes, reproducidos posteriormente por el Diario «El Mercurio», que decían:

EJECUCIÓN INMEDIATA DE TERRORISTAS

—Los marxistas extremistas se preparaban para asesinar a miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

—Las Fuerzas Armadas y Carabineros tienen la obligación de salvaguardar la seguridad de sus miembros y de los ciudadanos, por ello no trepidarán en ejecutar sin dilación a los terroristas que ataquen a los soldados o que porten armas.”

DISCIPLINA CIUDADANA

—Las acciones que realizan las Fuerzas Armadas y Carabineros sólo persiguen el bien de Chile y los chilenos.

—No se tendrá compasión con los extremistas extranjeros que han venido a matar chilenos.

—Ciudadano: permanece alerta para descubrirlos y denunciarlos a la Autoridad Militar más próxima.”

RECOMPENSA POR CAPTURA DE PRÓFUGOS MARXISTAS

—La persona que proporcione antecedentes que permitan ubicar y detener por la fuerza pública a alguno de los sujetos que más adelante se detalla, será recompensada con 500.000 escudos, más el dinero que tenga consigo el sujeto buscado en el momento de su aprehensión.

—Las denuncias podrán hacerse a los teléfonos 65271 y 85623, a las Comisarías de Carabineros y a las unidades militares más cercanas.”

“Nada deben temer”

El locutor de la «Cadena Nacional de Radiodifusión» leyó una Proclama:

—Trabajador chileno las Fuerzas Armadas respetan tus derechos.

—Nada deben temer quienes equivocadamente confiaron en traidores que ofrecieron una patria nueva y sólo nos dieron hambre, odio, atropellos e injusticia.

—Sólo la unidad nacional salvará a Chile.

—Trabajador chileno: La reconstrucción ha comenzado y tú tienes un papel que cumplir en ella.

—¡Chile es uno, Chile es libre!

Desgraciadamente, muchos trabajadores creyeron la falsa retórica de los Militares y debieron pagar con sus vidas su ingenuidad.

La «Guerra Privada» del Capitán Fernández

El 15 de septiembre, el Capitán de Carabineros Adrián Fernández comenzó su «Guerra Privada».

En tiempos normales, Carabineros de Chile en cada Provincia estaba bajo las órdenes de los Intendentes. En todas las Intendencias había un Oficial que cumplía la función de nexo entre su Institución y el Intendente. Durante los dos primeros años del Gobierno de la Unidad Popular, Adrián Fernández fue el Oficial enlace con la Intendencia de Osorno.

En el ejercicio de su cargo tuvo ocasión de conocer a todos los Dirigentes Políticos y Administrativos de la Unidad Popular, de los Sindicatos y de las organizaciones de campesinos, de pobladores, de mujeres y de la juventud.

Muchos confundieron su actitud servil, con simpatía por la causa de pueblo, y su oportunismo, con amistad. De hecho, en la Intendencia lo ayudaron de diversas formas, incluyendo avales para créditos bancarios.

Por su amistad con algunos comunistas, se le atribuía una militancia secreta en dicho Partido. Emparentado por intermedio de su mujer con los dueños de fundo, el Teniente Fernández vivió mucho tiempo en la cuerda floja.

Cuando Adrián Fernández ascendió a Capitán, gracias a sus buenos contactos dentro del régimen allendista asumió el mando

de la Tercera Comisaría de Rahue, en calidad de Comisario. Esta unidad policial tenía dentro de su área jurisdiccional toda la zona rural de la Provincia de Osorno, con la sola excepción del Departamento de Río Negro.

Producido el Alzamiento Militar, al Capitán Fernández se le produjo un dilema que sólo le duró tres días. Cuando ya no tuvo ninguna duda de que el régimen de Salvador Allende había sido irremediabilmente derrotado, al Capitán le comenzaron a penar sus viejas «amistades».

Entonces, aprovechando la licencia para matar otorgada por los Generales que habían usurpado el poder, el Capitán Fernández inició su «Guerra Privada», cuyo objetivo era demostrarle a los nuevos amos que él era un perro fiel, destruyendo de paso a los principales testigos de su amistad con aquellos que comenzaron a ser llamados «extremistas».

Los Carabineros de Rahue, debido a ese complejo que tienen los «Representantes de la Ley» de mostrarse serviles ante los Oficiales y los civiles adinerados, secundaron con entusiasmo a su superior en la matanza de campesinos y Dirigentes de la Unidad Popular, que se abatió sobre Osorno.

La «Guerra Privada» del Capitán Fernández se inició cuando una patrulla de Carabineros de Rahue, con gran despliegue policial, detuvo a los hermanos Leveque, ambos comunistas. En un furgón los llevaron a dicho recinto policial, donde fueron ingresados sin registrarlos en el «Libro de Partes», como lo exigía el Reglamento.

—¿Qué vamos a hacer con estos extremistas, mi Capitán?
—inquirió el Teniente Ayudante, a solas con el Capitán Fernández.
—¡Hay que matarlos! —replicó el Comisario, sin inmutarse.
—¿Los vamos a matar aquí?

—¡Cómo se le ocurre, Teniente! —exclamó Fernández— Hay que despacharlos en el campo y tirarlos donde nadie los encuentre.

—¡A su orden, mi Capitán! —exclamó el Teniente, saliendo de la habitación.

El puente colgante sobre el río Pilmaiquén

Al anoecer de aquel día, un grupo de Carabineros sacó subrepticamente de la Comisaría a los hermanos Leveque. Como al comienzo no tenían claro dónde los iban a matar, el vehículo policial tomó el rumbo hacia Bahía Mansa. Por el camino, uno de los verdugos propuso como el lugar más apropiado el puente colgante sobre el río Pilmaiquén.

—Los baleamos, los lanzamos al río, y listo —explicó el Cabo Águila.

—¡Deténgase! —le ordenó el Teniente al chofer—. ¡Vamos al río Pilmaiquén!

Al llegar al río Pilmaiquén, el furgón se detuvo en la berma de la Carretera Panamericana. Bajaron a los hermanos, sin dejar de golpearlos. Sobre el puente colgante, los mataron a balazos.

—Si no les abrimos la guata, después de unos días los cadáveres saldrán a flote —explicó el Sargento Muñoz, apodado «El Loli», quién tenía experiencia al respecto.

Sin decir más, «El Loli» sacó un puñal y se lo enterró en el abdomen a uno de los cadáveres, abriéndolo en canal.

—¡Así se hace! —exclamó.

El Cabo Inostroza se apresuró a hacer lo mismo con el otro cuerpo. Luego lanzaron al río ambos cadáveres.

Cuando venían de regreso a Osorno, el Cabo Canales, dijo:

—Debimos haberles cortado los dedos de las manos, para que no los puedan identificar si los encuentran.

—Buena idea —dijo «El Loli».

—También les podríamos quemar las manos y el rostro con alquitrán hirviendo —propuso un Carabinero.

—Vamos a tener que organizar este trabajo —dijo el Teniente, calculando que recién habían comenzado a extirpar el «cáncer marxista» en la Provincia de Osorno.

“Vengo a plegarme a la resistencia”

Tito y su hermano Ricardo llegaron después de la medianoche. Se habían visto obligados a tomar todo tipo de precauciones para regresar a la cordillera sin ser vistos. Según me informaron, un latifundista del lugar sobrevolaba la zona en su avioneta, vigilando los desplazamientos de los campesinos.

Pero los hermanos no llegaron solos. Venían en compañía de Raúl, un profesor Socialista con quien se habían encontrado por el camino. Yo salí a recibirlos delante de la cabaña.

Luego de saludarme efusivamente, Raúl me dijo:

—Camarada, vengo a plegarme a la resistencia. Estoy a sus órdenes.

—Compañero —le respondí—: desgraciadamente, no tenemos armas.

—A mí me informaron que usted se encontraba preparando la resistencia armada.

—Las escasas armas que tenía el Partido no me las mandaron antes del golpe y no creo que ahora lo hagan. Lo único que podemos hacer aquí, por el momento, es refugiarnos de la represión.

Raúl no me respondió, se veía desencantado. Luego se apartó para saludar a don José, que venía saliendo de la rancho.

Entonces Tito se me acercó y me entregó el papel que me había enviado el Encargado de la Juventud de su pueblo.

—Hilario estuvo detenido por los Carabineros —me dijo Tito—. Pero lo dejaron en libertad después de pasar una noche en la Comisaría.

—¿Y cómo fue que lo dejaron libre? —le pregunté.

—Lo acusaban de estar a cargo de los guerrilleros y de las armas del Partido. Él cree que lo soltaron para seguirle los pasos.

Hilario me decía en su mensaje: “El domingo 16 irán los Militares a la cordillera. También irán aviones a bombardear.”

Me pareció muy probable que los Militares vinieran al lugar donde nos encontrábamos, pero no creí que fueran a venir aviones de combate.

En todo caso, decidí tomar en serio la advertencia.

Los Dirigentes Sindicales de Puerto Octay

El 16 de septiembre siguió la «Guerra Privada» del Capitán Fernández. Aquel día, los Carabineros de la Tenencia de Puerto Octay apresaron a tres Dirigentes Sindicales Campesinos.

Dos fueron detenidos en sus domicilios, mientras el tercero, creyendo aquello de que «no tenía nada que temer», se presentó voluntariamente.

Cuando el Capitán Fernández se enteró de que los Carabineros de Puerto Octay habían detenido a tres Dirigentes Sindicales del Distrito, pensó que liquidando a esos campesinos les iba a dar una gran satisfacción a los dueños de fundo, muchos de ellos parientes o amigos de la familia de su mujer. Tocó el timbre eléctrico que tenía sobre su escritorio y casi al instante entró a la carrera el Teniente ayudante.

—Llame al Teniente Ríos de Puerto Octay y dígame que me mande de inmediato a los Dirigentes Sindicales.

—¡A su orden, mi Capitán! —le respondió el Teniente haciendo sonar los tacos de sus botas, imitando el taconeo de los nazis que aún es posible ver en las películas.

A media tarde, los tres Dirigentes Sindicales llegaron a Rahue en la ambulancia del hospital de Puerto Octay. Sin inscribirlos en el «Libro de Partes», los dejaron incomunicados en un calabozo.

Cerca de la medianoche los sacaron al patio y en un furgón policial los llevaron hasta el puente colgante sobre el río Pilmaiquén. Allí los fusilaron. Una vez abiertos en canal, metieron los cadáveres en unos sacos y los lanzaron al río.

LA RUTA IMPOSIBLE

El 16 de septiembre me levanté antes del amanecer. El cielo estaba despejado y la escarcha blanqueaba el paisaje, dándole un aspecto fantasmal.

—¡Despierten! —les dije a mis camaradas—. ¡Es hora de levantarse!

Los compañeros, que habían caminado durante todo el día anterior hasta la medianoche, se sentían muy cansados y no querían levantarse.

—¡Vámos, arriba! —insistí, sacudiéndoles—. ¡Los milicos están por llegar y los van a pillar en la cama!

Se levantaron de mala gana. Los hermanos no querían subir al monte sin tomar desayuno. Tuve que ponerme firme para obligarlos a salir de la rancho de inmediato, porque ya estaba aclarando. En cualquier momento podían llegar los aviones.

Nos despedimos de don José. El viejo tampoco creía que los Militares vendrían a la cordillera, porque era día domingo.

Yo me eché a la espalda mi mochila, que la noche anterior había llenado con alimentos y útiles diversos. Mis compañeros cargaron las herramientas que don José nos había facilitado y emprendimos la ascensión del cerro desde donde se dominaba toda la comarca.

Por el camino, Tito me dijo:

—En el pueblo me contaron que el camarada Darío y otros Dirigentes del Partido pasaron hacia Río Verde. Iban a organizar la resistencia.

—¿Quiénes acompañaban a Darío?

—Pedro y otro compañero. Viajaban en una camioneta que en Río Verde escondieron en un galpón, tapándola con paja.

La historia que Tito me contó parecía creíble, pero me llamó la atención que Darío no hubiese venido al sector cordillerano donde nosotros nos encontrábamos. Después pensé que tal vez Darío quería conservar la camioneta y tener vías de comunicación más expeditas con el resto de la Provincia.

Un sendero arrancaba desde el tope del cerro hacia el suroeste. Los campesinos me explicaron que aquella senda iba por los filos cordilleranos hasta el mar, que era la ruta que los antiguos indígenas de la región utilizaban para ir al Océano Pacífico a aprovisionarse de mariscos, pescados, sal y cochayuyo.

Le pedí a Tito que me indicara dónde se encontraba Río Verde.

—Allá —me contestó, indicando por entre los árboles hacia un lejano punto del horizonte vegetal.

—¿Se puede ir a lo derecho, atravesando este monte?

—¡Imposible! —respondieron los hermanos, riéndose de mi pregunta.

—El monte está lleno de barrancos—dijo Ricardo.

—Es imposible atravesar el monte a lo derecho —agregó Tito.

Con la conciencia del deber cumplido

Mientras ambos hermanos se alejaban para conversar entre ellos sin ser oídos, dejé descansando al profesor y me dediqué a reconocer el lugar en busca de un sitio apropiado para levantar un campamento. En aquella parte de la montaña no se podía acampar, entre otras cosas, por la falta de agua.

Cuando nos reunimos de nuevo, los hermanos me dijeron:

—¡Compañero: hemos decidido irnos al aserradero donde trabaja nuestro padre!

—¿Por qué razón?

—Aquí en la cordillera hace mucho frío.

—Eso lo podemos arreglar con mantas y ropa de abrigo.

—Si llueve nos vamos a mojar y no podemos hacer fuego —me replicaron.

—Podemos conseguirnos una carpa.

Los hermanos miraban el suelo, negando con la cabeza. No agregaron una palabra, pero no me cupo ninguna duda que ellos ya habían decidido abandonarme.

—Al salir de la cordillera, están arriesgando la vida —les expliqué—. Los milicos sublevados nos han declarado la guerra. Nosotros somos sus enemigos.

Los hermanos se miraban y sonreían. Ellos habían escuchado por la radio todos los Bandos, Comunicados y Proclamas de los Militares, pero con su actitud me dejaban en claro que no tenían plena conciencia de lo que en aquellos momentos estaba ocurriendo en el país. Y que tampoco creían lo que yo les estaba diciendo.

—Yo vine a la cordillera —me dijo Raúl—, creyendo que el Partido tenía armas. Pero en estas circunstancias pienso que es más seguro para mí irme de aquí.

—¿A dónde te piensas ir? —le pregunté.

Pero al darme cuenta de que no tenía por qué saber el lugar donde pensaba refugiarse mi compañero, le agregué:

—No me digas dónde, pero, ¿crees tú que allá estarás más seguro?

—Sí. Allá tengo unos conocidos que estoy seguro que me van a ayudar.

Estuve unos momentos pensando en la nueva situación que me creaba la decisión de mis compañeros. Luego dí la orden de regresar en dirección a la quebrada que me había recomendado don José. Recogimos los bultos y bajamos por el sendero por donde habíamos subido. En una pequeña planicie, nos detuvimos.

Allí nacía la quebrada que el viejo consideraba apropiada para levantar una ranca secreta, debajo de unos grandes árboles que la ocultarían de los aviones. A la misma altura del grupo de árboles, en la quebrada surgía una vertiente de agua. El lugar era ideal, mientras ninguno de los que lo conocían cayera en manos de los Militares.

Los compañeros me ayudaron a llevar hasta los árboles los bultos con alimentos y las herramientas facilitadas por don José. Luego regresamos a la planicie, desde la cual arrancaban varios

senderos en distintas direcciones. Allí nos detuvimos a conversar por última vez.

Haciendo un desesperado esfuerzo les volví a explicar a los hermanos que, creyeran ellos o no, nos encontrábamos en guerra; que las Fuerzas Armadas y los Carabineros de Chile nos habían declarado la guerra a los partidarios de la Unidad Popular; que ellos tenían que entender que, nos gustara o no, teníamos al frente un enemigo fascista que nos buscaba para matarnos.

—Tito —le dije—, tu puesto de guía es una tarea partidaria que yo te he dado y ahora nos encontramos en guerra. Si yo te ordeno que te quedes en tu puesto y tú desobedeces para irte con tu hermano, yo tendría que fusilarte por desertor.

El muchacho, creyendo que yo hablaba en broma, me miró sonriendo, pero al percatarse de mi seriedad, calló y se puso nervioso.

—Pero yo no quiero manchar mis manos con tu sangre, ni cargar mi conciencia con tu muerte —continué diciéndole—. Por eso no te voy a dar esa orden. Por lo demás, tú sabes que si los milicos te encuentran, te van a matar.

Mientras yo hablaba, los hermanos se miraban nerviosos y se sonreían. Tal vez pensaban que yo exageraba. Me molestó que no me creyeran, pero al mismo tiempo no podía dejar de preocuparme por su destino.

Me dirigí al compañero Raúl, diciéndole:

—Tú has sido el único militante de la Provincia que se ha presentado a combatir.

El camarada me miró emocionado.

—Te puedes ir al lugar que consideres más seguro, con la conciencia del deber cumplido.

Me acerqué al compañero y le dí un fuerte abrazo.

—¡Te felicito! —le dije.

Raúl estaba acongojado y no me respondió de inmediato. Se veía conmovido y era evidente que le costaba decidirse.

—Lo siento, camarada —me dijo por fin—, pero yo me voy a Puerto Montt.

—Está muy bien —le respondí—. ¡Te deseo mucha suerte!

Me despedí de los hermanos y de Raúl.

El profesor y los dos jóvenes se fueron por el sendero que llevaba a la casa de don José.

Antes de desaparecer entre la verde y exuberante vegetación, se volvieron a hacerme señas de despedida con las manos. No los volvería a ver nunca más.

El Operativo Militar

Cuando me quedé solo comencé a borrar las huellas de pisadas en la planicie, barriendo las hojas secas del suelo con unas ramas. Luego subí a los troncos de unos árboles caídos que disimulaban el comienzo de la quebrada y al otro lado inicié el descenso retrocediendo, al tiempo que borraba las huellas de mis pasos.

Cuando iba a medio camino, escuché unos disparos que provenían del lugar donde estaba la ranca de don José. Mi primera idea fue que los compañeros habían caído en una emboscada del Ejército. Si los habían tomado prisioneros me encontraba en peligro.

Yo sabía que los militares chilenos, adiestrados por los yanquis, en los interrogatorios operativos de los prisioneros

utilizaban sin asco la tortura, y nadie sabe de antemano cómo se va a comportar una persona al ser flagelada.

En esos instantes sentí miedo, debido a que me encontraba en un sector despejado de vegetación, donde podía ser fácil blanco de los disparos hechos desde arriba. Pronto me repuse y bajé a la carrera hasta el grupo de grandes árboles. Mientras ocultaba entre los arbustos circundantes las herramientas y los alimentos, apareció una avioneta volando en círculos sobre la rancha de don José.

Entonces tomé mi mochila y el radioreceptor y me interné en el bosque entre los helechos gigantes. En aquellos momentos pensaba detenerme a cierta distancia y, después de controlar los movimientos de los militares, regresar en busca de los alimentos.

Pronto me dí cuenta de que a medida que me internaba en la espesura, rompiendo dificultosamente con la espalda los helechos, las enredaderas de copihues y las ramas caídas que cubrían el suelo, el regreso se iba haciendo más y más difícil.

Al cabo de unos minutos escuché a la distancia, procedentes del mismo sector donde se habían hecho los disparos, unas sordas detonaciones que interpreté como granadas de mano estallando entre los árboles.

Me detuve a descansar y reflexionar. La situación en que me encontraba era muy seria, pero no me sentía desesperado. Podía quedarme unos días en aquella parte intrincada del bosque y luego regresar a la rancha de don José para averiguar qué había sucedido.

Luego pensé que si los militares montaban una emboscada, acercarse a la cabaña era correr un gran riesgo. Por otra parte, si los camaradas habían sido muertos o estaban prisioneros, don José tendría que haber corrido la misma suerte. En consecuencia, no se justificaba correr riesgos para visitar una rancha vacía.

Romper el cerco

Los disparos y las detonaciones indicaban sin lugar a dudas que los militares habían hecho contacto con mis compañeros. Aquello significaba que ahora los militares tenían la certeza de que había más personas en aquel sector de la cordillera. Pensé que el paso siguiente que ellos iban a dar era establecer un cerco operativo en la zona, tendiendo emboscadas en todas las salidas naturales de la montaña.

Después de darle vueltas al asunto, tomé la decisión de romper el cerco en dirección a Río Verde donde, según el informe de Tito, se encontraba Darío junto a otros Dirigentes. Con estos compañeros se podría organizar una alternativa. Además, nadie se iba a imaginar que alguien intentaría atravesar la montaña siguiendo una vía que los propios lugareños consideraban imposible.

Una vez decidido Río Verde como el final del camino, seguí arrastrando la mochila entre las lianas y los helechos.

En aquel intrincado terreno cordillerano cubierto de espesa vegetación, era imposible que alguien pudiera seguir mi rastro, ni menos ubicarme desde el aire.

A medida que entraba en la espesura, tuve la indescriptible sensación de que me iba tragando la selva.

La primera quebrada

Durante algunas horas avancé con dificultad, descansando con frecuencia. Lentamente me internaba entre los árboles, sintiéndome al mismo tiempo amenazado y protegido por ellos.

De pronto me encontré al borde de un barranco.

Era una profunda quebrada de cuyo fondo llegaba el rumor de una corriente de agua. Allí tuve la certeza de que si descendía a la quebrada, ya no podría regresar.

Debía despedirme para siempre de los alimentos y de las herramientas que había dejado atrás, en el sitio donde iba a construir la ranca secreta.

La evidencia de esta situación me paralizó.

Rompí mi vacilación lanzando la mochila al vacío. El bulto cayó dando tumbos al barranco y finalmente se incrustó entre los troncos de unos árboles que antaño se habían despeñado al fondo de la quebrada.

Ya no podía arrepentirme. No tenía otra alternativa que bajar a reunirme con mi mochila. Después, el retorno iba a ser muy difícil.

Me descolgué por la pendiente agarrándome de los arbustos y las raíces que colgaban al descubierto, fuera de la tierra. Durante aquella operación, y en todas las oportunidades semejantes que se me presentaron más adelante, lamenté la falta de una cuerda.

Alcancé el fondo del estrecho corte entre los cerros, unos treinta o cuarenta metros más abajo del lugar donde había caído mi mochila.

Miré hacia arriba y ya no me quedó ninguna duda de que el regreso era imposible, casi tan imposible como ascender la muralla opuesta a fin de proseguir mi camino.

Los grandes árboles de aquel lugar de la montaña, se habían salvado del filo de las hachas de los madereros precisamente por encontrarse en un sector de pesadilla. Sus compactos follajes cubrían completamente la quebrada. A través de ellos, apenas se podía vislumbrar el cielo.

Para ir a rescatar mi mochila tuve que remontar la quebrada caminando por el agua. Esto que resulta tan sencillo de contar, no lo fue de modo alguno en la práctica ya que las piedras, por las que el estero caía rebotando, estaban cubiertas de musgo y algas que con el agua estaban muy resbalosas. Durante aquel corto trayecto resbalé y me caí repetidas veces, por ventura sin que se lesionara aún más mi adolorido tobillo.

Con la mochila finalmente a la espalda, descendí por el fondo de la quebrada siguiendo la dirección de la corriente de agua. Por las laderas de rocas de granito y tierra, cubierta de musgo y pequeños helechos, aún cuando no llovía, el agua destilaba permanentemente. De trecho en trecho asomaban los extremos de algunas raíces que los pequeños desprendimientos de tierra habían dejado al aire.

Finalmente llegué a un sitio donde acababa la quebrada por la que iba bajando y el estero se precipitaba a un profundo barranco.

Desde aquel punto se podía ver el bosque extenderse hacia el horizonte, hasta donde alcanzaba la vista.

Como no se podía seguir bajando en aquella dirección, no me quedó más remedio que deshacer el camino andado, en busca de un sitio apropiado para intentar el ascenso de la pendiente contraria de la quebrada.

Los laureles

El lugar finalmente elegido me iba a permitir alcanzar un grupo de laureles que crecían casi colgando en la pared de la quebrada, a unos diez metros de altura.

Varias veces intenté agarrarme de unas raíces que colgaban a cierta altura, pero aquella que primero alcancé no resistió mi peso y se rompió. Caí sobre las filudas rocas del fondo de la quebrada, por suerte sin hacerme daño.

El peso de la mochila, que para ascender llevaba tomada del correa, dificultaba mis movimientos y contribuía a frustrar mis intentos. Todo aquello por no disponer de una cuerda.

Finalmente logré sujetarme de una raíz que había quedado al aire, al tiempo que mis pies resbalaban en la pared de greda. Por unos momentos quedé colgando de una sola mano, puesto que en la otra tenía la mochila. Pateando desesperadamente con la punta de la bota logré hacer una especie de estribo en la húmeda tierra, donde afirmé un pie.

Luego me concentré en la tarea de colgar la mochila de otra raíz. Después de haberlo logrado, continué la ascensión metiendo las manos en las hendiduras de las rocas y sujetándome precariamente de las raíces. Finalmente alcancé los laureles que crecían formando un promontorio en la ladera.

Una vez entre los árboles, corté un largo y delgado arbolillo que tenía una ramita a modo de garfio. Luego, con mucho cuidado descendí unos metros con la intención de enganchar la mochila por las correas. Cuando lo logré la subí hasta los laureles.

El grupo de árboles tenía un espacio en medio de los troncos, donde nunca había caído la lluvia. Despejé el hueco de las ramas

secas que se habían acumulado y, dado que ya eran más de las seis de la tarde, saqué las mantas y el saco de dormir de la mochila y armé mi campamento entre las raíces de aquellos árboles.

Sobre el suelo extendí la manta pequeña, encima coloqué el saco de dormir y lo cubrí con la manta grande. Enrollé el chaquetón de cuero y lo puse como almohada. Luego me saqué las botas. Colgué en las ramas adyacentes las medias de lana y los mojados pantalones. Dejé la pistola dentro de la mochila, al alcance de la mano, y me introduje en el saco de dormir. Pronto el saco se temperó con el calor de mi propio cuerpo.

Me puse el auricular y encendí la radio. Las radioemisoras internacionales seguían informando de la represión generalizada que los militares llevaban a cabo en todo el país.

Luego de apagar el radioreceptor, agotado por el esfuerzo de la jornada me dormí profundamente.

Comienza la masacre en Entre Lagos

El lago Puyehue recoge el caudal del río Golgol que penetra hasta las cumbres de la cordillera de los Andes que rodean el volcán Puyehue, a recoger la lluvia y el agua del deshielo de las nieves eternas. Miles de arroyuelos cordilleranos, que bajan zigzagueando entre las rocas, a veces invisibles bajo los peñascos o sobre los desnudos guijarros del fondo de las quebradas, llevan al lago el agua de las montañas.

Sobre la ribera del lago Puyehue, al sur del nacimiento del río Pilmaiquén, se extiende Entre Lagos, un antiguo villorrio maderero.

En 1971, el Presidente Allende lo elevó al rango de Comuna, designando a los Regidores de la Municipalidad y a Blanca Valderas, como la primera Alcaldesa que hubo en la Provincia de Osorno.

También el Retén de Carabineros del poblado, a cargo de un Sargento, fue elevado a la categoría de Tenencia, aumentando su dotación de personal.

Hacia el oeste, a diez kilómetros de Entre Lagos se encuentra el Salto del río Pilmaiquén y la Central Hidroeléctrica del mismo nombre.

A la entrada del camino hacia la represa había un Retén de Carabineros cuya dotación se alimentaba de un odio mortal contra los campesinos. No contra los campesinos ricos y poderosos, sino contra los más pobres y desamparados.

Después de la Sublevación de los Militares, un numeroso grupo de trabajadores del campo, cuidadosamente seleccionados por los dueños de la tierra, fueron asesinados por los Carabineros en los terrenos de la Central Hidroeléctrica.

El patíbulo de los Carabineros estaba al oeste de la represa, más allá del edificio de las turbinas. Allí donde el río, después de haber transformado su fuerza en electricidad, recuperaba sus aguas.

El Escuadrón de la Muerte de los latifundistas de Entre Lagos, todos actuando con máscaras de vampiros, llevaban a sus víctimas al puente colgante sobre el río Pilmaiquén, al margen de la Carretera Panamericana, y allí los asesinaban.

La masacre en la Comuna de Entre Lagos comenzó la noche del 16 de septiembre. En la mañana de aquel día, un campesino «que no tenía nada que temer» se presentó voluntariamente a la Tenencia. Allí lo dejaron detenido junto a dos Regidores

comunistas que los Carabineros habían aprehendido en sus respectivos domicilios.

Por la tarde, el Teniente llamó por teléfono a su superior, el Capitán Fernández, para comunicarle los nombres de los detenidos y pedirle instrucciones.

—Esta noche iré a buscarlos el señor Sáez —le respondió el Capitán Fernández.

—¿El que hizo la lista?

—Sí. Sí. Él mismo. ¡A él entréguele los detenidos!

—¡A su orden, mi Capitán!

Entrada la noche, los Carabineros sacaron a los tres detenidos al camino. Allí, junto a una camioneta les esperaba un grupo de civiles enmascarados. Era el «Comando de la Muerte», organizado por Sáez para limpiar la zona de «extremistas».

Enfrentados a sus víctimas, no obstante las máscaras con que cubrían su rostro y las armas que portaban, los verdugos temblaban. Subieron a los detenidos a una camioneta y partieron hacia la ciudad de Osorno.

Se detuvieron ante la barrera del Retén Las Lumas y, una vez revisado el salvoconducto, siguieron. Finalmente, la camioneta se detuvo en el río Pilmaiquén.

A los tres detenidos los llevaron al puente colgante y allí los mataron. El río recibió los cuerpos sin vida y se los llevó hasta las claras, profundas y tranquilas aguas del río Bueno.

El inventario

El 17 de septiembre desperté temprano, sorprendido de encontrarme entre aquellos enormes árboles, en plena cordillera. Inspiré el aire perfumado, sintiéndome acogido y extrañamente protegido por la exuberante vegetación.

No me levanté de inmediato. Aproveché la tibieza del saco de dormir para analizar con calma la situación en que me encontraba.

En aquellas circunstancias, estimé que lo que yo tenía que hacer era moverme alerta pero con calma, a la espera de que las emboscadas del Ejército fueran retiradas.

Me imaginaba que el tiempo transcurría a mi favor. Pensaba, equivocadamente, que los instintos criminales de los uniformados se calmarían con el transcurso de los meses. En realidad, la sed de sangre les iba a durar muchos años.

Luego hice un inventario del contenido de mi mochila. Tenía útiles de aseo, máquina de afeitar, agua de colonia, dos mudas de ropa interior limpia, dos pares de calcetines de lana, el pantalón de casimir con el cual había llegado a la montaña, una camisa, una toalla, dos mantas y el saco de dormir de color rojo que me había mandado Nicolás. Los alimentos consistían en un kilo de azúcar, un kilo de harina tostada, cien gramos de sal, un tarro lleno de té y dos tarritos de leche condensada. No me fue difícil darme cuenta que la escasez de alimentos era uno de mis mayores problemas.

Decidí seguir una estricta rutina diaria: levantarme a media mañana; comer una o dos veces al día una cucharada de harina tostada mezclada con otra de azúcar; saborear unos gramos de sal; caminar sin esforzarme y tumbarme a descansar todo el tiempo necesario para recuperar las fuerzas.

Los derechos de los trabajadores

Aquella mañana, un sol esplendoroso iluminaba la montaña pero sus rayos no llegaban hasta donde yo me encontraba. La frondosidad de las copas de los árboles impedían que el sol tocara directamente la superficie de la tierra.

De pronto escuché el motor de una avioneta que pasó a baja altura, casi rozando las copas de los árboles. No la pude ver y pensé que menos me habrían podido ver a mí desde el aparato. En aquella espesura vegetal era imposible descubrir desde el aire a una persona. La avioneta estuvo volando en círculos durante unos minutos, antes de retirarse del sector.

Con la mochila a la espalda reinicié la marcha. A media tarde terminé de ascender la quebrada. Me senté a descansar y encendí la radio.

En la «Cadena Nacional», escuché las jubilosas declaraciones de diversos organismos patronales matizadas con las tonadas que cantaban los falsos «Huasos Quincheros» —«huasos de tarjeta postal», como los llamaba Violeta Parra—, y los aires marciales foráneos que ya me tenían hartos.

Antes de las noticias, el locutor leyó un Bando:

—Cancélase la personalidad jurídica de la Central Única de Trabajadores, por haberse transformado en un organismo de carácter político, bajo la influencia de tendencias foráneas y ajenas al sentir nacional, prohibiéndose en consecuencia su existencia y toda organización y acción, propaganda de palabra, por escrito o por cualquier otro medio, que revelen, directa o indirectamente su funcionamiento.

—La infracción a esta norma será penada con presidio, relegación o extrañamiento mayores en cualquiera de sus grados.

Con este Bando, la Junta Militar daba cumplimiento a uno de los más acariciados sueños de los patronos chilenos: destruir la Central Única de Trabajadores, el máximo organismo de los asalariados, que éstos habían logrado crear después de decenios de luchas por la unidad y por sus derechos.

Apagué la radio cuando el locutor repetía por centésima vez:
—*Los derechos de los trabajadores serán respetados.*

«Escucha Chile»

Me martirizaba no saber el destino corrido por mi mujer y mis hijos. Como no tenía forma de averiguarlo, ni de remediarlo, trataba de no pensar en ellos, concentrándome en los problemas concretos que tenía que resolver a cada momento.

Por una suave pendiente llegué a una planicie despejada de helechos y de arbustos menores, donde el monte parecía un parque mantenido por expertos jardineros.

Me encontraba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, cuando escuché el estruendo de un avión de combate a chorro que, a gran velocidad y baja altura, sobrevoló la montaña. Pensé que venía a bombardear, pero el avión se alejó hacia el volcán Osorno. Nunca más regresó.

Por el centro del parque natural en que me encontraba discurría un arroyuelo sobre un lecho de piedras de oropel. Siguiendo el brillante curso del hilo de agua llegué hasta el sitio en que éste se desplomaba al vacío, cayendo a una profunda quebrada.

No se podía seguir adelante en aquella dirección y como me pareció que no tenía sentido regresar, decidí cruzar el arroyuelo que caía al vacío sobre unas compactas matas de quilas que crecían al borde del precipicio.

Llevando la mochila por delante, la fuí empujando sobre la tupida red de cañas mientras cuidadosamente me arrastraba detrás, con las piernas y brazos extendidos para no caer al barranco por entre las quilas.

Desde el fondo del precipicio me llegaba el inconfundible rumor de una gran corriente de agua.

La repentina llegada de la noche me obligó a buscar un lugar donde dormir, sin peligro de caer al abismo. Entre las raíces de un ulmo gigantesco extendí las mantas y el saco de dormir, justo en el momento en que sobre la montaña caía la oscuridad.

Con el auricular colocado sintonicé la «Cadena Nacional». Allí dieron a conocer un Decreto Ley por medio del cual la Junta Militar concedía una «indemnización especial» al personal de las Fuerzas Armadas y Carabineros que resultase muerto o herido en «actos de servicio».

Después sintonicé «Radio Moscú», que ya tenía un programa llamado «Escucha Chile». El locutor, un moscovita que hablaba el castellano con una entonación especial, denunció las torturas y crímenes que se estaban realizando en Santiago, especialmente en el Estadio Nacional. Luego agregó que el carácter del pueblo ruso le había permitido vencer al fascismo alemán cuando éste, a sangre y fuego, invadió el territorio de su patria. Terminó diciendo que estaba seguro que en el futuro se hablaría del carácter del pueblo chileno, que también derrotaría al fascismo.

El programa «Escucha Chile», en aquellos duros meses que siguieron, fue para mí un apoyo solidario impagable.

La muerte llega a San Pablo

San Pablo es un villorrio pequeño y apacible, de amplias calles, escasas viviendas y pocos habitantes. Se encuentra ubicado cerca de la Carretera Panamericana y del río Pilmaiquén, que hace de frontera entre las Provincias de Valdivia y Osorno.

El trazado de la Carretera lo dejó a trasmano, al margen del tráfico regular de vehículos, lo mismo que a los pueblos de Río Bueno y La Unión.

Al construir la nueva carretera, el antiguo puente sobre el río Pilmaiquén, que unía los pueblos de Río Bueno y San Pablo, fue derribado y en su lugar levantaron un puente colgante para peatones. El objetivo de este puente fue permitir a los campesinos del lado norte del río Pilmaiquén, que fueran a comprar sus provisiones a San Pablo.

Con toda seguridad, a ninguno de los constructores de aquel puente colgante se le pasó por la mente el uso que harían de él, años después, los Carabineros y los «Comandos de la Muerte» de los dueños de fundo.

Durante los últimos años del período presidencial demócrata cristiano y también bajo la presidencia de Salvador Allende, en los campos de los alrededores de San Pablo se crearon Sindicatos campesinos que de inmediato comenzaron a reclamar a los patrones el cumplimiento de las leyes laborales. El pago de las imposiciones y de las asignaciones familiares atrasadas, fueron las exigencias más comunes.

La reacción de los dueños de fundos fue violenta. Hubo varias represiones de campesinos que dieron la pauta de lo que harían después del «Golpe de Estado», con ayuda de los Carabineros y la complicidad de las Autoridades Militares.

En San Pablo, las listas de personas a eliminar preparadas por los dueños de la tierra —al igual que en todas las zonas rurales de la Provincia—, estaban encabezadas por los Dirigentes Sindicales.

El 17 de septiembre, los Carabineros de San Pablo, lista en mano, procedieron a detener a varios Dirigentes.

Siguiendo las instrucciones recibidas, ninguno de ellos fue ingresado en el «Libro de Partes».

Después del mediodía, el Teniente Rodríguez llamó al Capitán Fernández.

—Mi Capitán: Aquí tenemos tres Dirigentes Sindicales y un comunista.

—Usted sabe lo que tiene que hacer, Teniente. ¡Cumpla sus órdenes!

—¡A su orden, mi Capitán!

Después de colgar el teléfono, el Teniente llamó:

—¡Sargento Moraga!

El Sargento entró a la oficina, casi a la carrera.

—¡Mande, mi Teniente!

—¡Prepárese para darle el bajo a los extremistas!

—¡A su orden, mi Teniente!

El Teniente se echó atrás en su asiento, sonriendo satisfecho al ver que su subalterno le obedecía sin chistar.

La sumisión de los hombres que tenía bajo su mando y el extricto acatamiento que éstos hacían de su autoridad, siempre le había producido un placer indescriptible.

Cerca de la medianoche, el Sargento Moraga sacó a los presos de la celda donde los tenían encerrados.

En un furgón policial, una patrulla de Carabineros los llevó hasta el puente colgante sobre el río Pilmaiquén.

Después de golpearlos, los fusilaron.

Abrieron los cadáveres con sus puñales, los ensacaron y los lanzaron al río.

El barranco de las truchas

El 18 de septiembre amaneció nublado, amenazando lluvia. El viento soplaba con fuerza, silbando entre los árboles. En lo alto de los cerros las nubes pasaban desgarrándose en girones entre el follaje de los grandes árboles.

Me levanté temprano y me puse a la tarea de recoger las cosas que la noche anterior, con el apuro provocado por la repentina caída de la noche, había dejado desparramadas por el suelo, sin ningún orden.

Entonces caí en la cuenta de que ante una emergencia, como despertarme sorpresivamente al amanecer y tener que huir, me habría sido imposible recoger todas mis escasas pertenencias.

Con esta idea en mente llené la mochila en forma racional, de manera de tener más a mano, para sacarlos todas las noches, los artículos más indispensables.

A partir de ese día comencé a entrenarme en el arte de cargar la mochila en el menor tiempo posible, sin dejar olvidado ningún objeto.

Después de explorar los alrededores comprobé que para seguir hacia la meta elegida, no tenía más remedio que bajar al barranco.

En un lugar al borde de la quebrada, las largas y flexibles matas de quilas crecían descolgándose por la pared del precipicio, llegando casi hasta el mismo fondo. Abajo pude ver una especie de playita de piedras redondas.

Como ya lo había hecho anteriormente, a fin de terminar con las vacilaciones lancé al vacío la mochila sobre las matas de quilas. En esta ocasión tuve mala suerte porque el correa se enredó en las ramas y la mochila quedó colgando.

Corté una larga caña con la cual tardé casi una hora en recuperarla, corriendo el riesgo de despeñarme al barranco. Luego dejé caer la mochila por un hueco entre las matas y me descolgué tras ella hasta llegar al fondo de la quebrada.

En aquel lugar, un importante afluente desembocaba en el río cordillerano. A partir de allí, con un respetable caudal, la corriente de agua continuaba su milenario viaje hacia el mar.

En aquel tramo el río corría sobre un fondo de piedras lisas, encajonado entre altas riberas de granito cortadas casi verticalmente. Arriba, a través de las copas de los árboles, sólo era visible una estrecha franja del cielo.

Casi de inmediato reconocí el lugar. Allí había estado pescando truchas, tiempo atrás. Entonces me orienté. Siguiendo el curso del río se llegaba a una cabaña abandonada, donde un camino maderero bajaba de la montaña.

En los tiempos en que hubo maderero, durante los meses de verano los camiones subían por el pedregoso lecho del torrente. Antes de ser cargados con los troncos que las yuntas de bueyes bajaban de la montaña, daban media vuelta frente a la cabaña.

Aquel lugar era excelente para tender una emboscada a quienes intentaran abandonar la cordillera por aquella salida.

Avancé río abajo caminando en medio de la corriente. El agua me llegaba hasta más arriba de las rodillas.

Caminaba tomando precauciones para no echar al agua hojas ni trozos de ramas secas, que más abajo pudieran alertar a los emboscados.

Iba dispuesto a repeler un ataque por sorpresa.

Desde el principio había decidido defenderme y no entregarme sin lucha, porque tenía el convencimiento de que los Militares me iban a fusilar en el mismo lugar donde me apresaran.

“Hay demasiados muertos”

Luego de un recodo, el río formaba un profundo pozón contra la pared de granito del costado izquierdo. Aquella formación también la reconocí, no había cambiado con el paso de los años. Más abajo del pozón, a la derecha, había una pequeña playita pantanosa poblada de junquillos.

Salí del río y me dispuse a comer mi diaria ración. Eché una cucharada de harina tostada en el tarrito que me servía de jarro y luego otra de azúcar granulada, revolví ambas sustancias y luego, muy lentamente, me comí la mezcla.

Sentía unos tremendos deseos de calentar agua y prepararme una taza de té, pero vencí la tentación recordando que el humo y, principalmente, su olor recorren grandes distancias en la montaña. Además, el humo se podía descubrir fácilmente desde el aire.

El rumor del río entre las piedras llenaba la catedral de roca viva y ascendía a las alturas, apagando todos los demás sonidos. El cielo se había despejado y el viento arrastraba hacia el valle los últimos girones de nubes.

En un sector de aquella playita donde caían unos tímidos rayos de sol, me coloqué el auricular, encendí la radio y sintonicé la Radio «SAGO». Imitando el ridículo tono «autoritario» de los Militares, los locutores leyeron una y otra vez los Bandos y las Proclamas, en medio de cuecas, tonadas y marchas.

Como los 18 de septiembre se celebraba «La Independencia Nacional», los locutores no se cansaban de cantar loas, a todas luces exageradas, a las Fuerzas Armadas y Carabineros, llamándoles «Enviados de la Divina Providencia» y «Salvadores de la Patria».

Como no podía faltar, leyeron un Bando del perfumado Comandante del Regimiento de Osorno, con los nombres de las personas que éste llamaba a presentarse.

Al escuchar mi nombre, exclamé en voz baja:

—¡Milico desgraciado! ¿Por qué no llamas a presentarse a tu abuela?

El tradicional «Te Deum» o «Misa de Acción de Gracias», que todos los 18 de septiembre se celebraba en la Catedral de Santiago, esta vez no se realizó.

El Cardenal se opuso, diciendo:

—¡Hay demasiados muertos!

Don Edgardo «ora por la paz»

Después de discutir el problema al estilo episcopal, los Obispos partidarios de la Junta Militar, que eran mayoría, obligaron al Cardenal a celebrar una misa con los Miembros del Gobierno de Facto ubicados en el sitial de honor.

La misa no fue de «Acción de Gracias» sino de «Oraciones por la Paz» y no se efectuó en la Catedral, sino en la iglesia de la Gratitude Nacional.

El Cardenal se reservó el derecho de pronunciar la Homilía.

A esta misa asistieron, además de los Miembros de la Junta Militar, los tres ex Presidentes de la República que en aquellos días aún se encontraban con vida; el Presidente de la Corte Suprema de Justicia; el Contralor General de la República, y don Edgardo, el Rector de la Universidad de Chile.

—“No tengo palabras para agradecer a las Fuerzas Armadas el habernos liberado de la garra marxista” —dijo don Gabriel al llegar al templo, con la voz quebrada de emoción. El anciano ex Presidente de Chile con su «Ley de Defensa de la Democracia», que declaró fuera de la Ley al Partido Comunista, había sido un digno precursor de los Militares Golpistas.

Don Jorge, el ex Presidente derechista derrotado en las urnas electorales por Salvador Allende, visiblemente emocionado no pudo articular palabra y se fundió en un abrazo con el General Pinochet, quien ya le había devuelto el control de la Papelera de Puente Alto, la industria preferida de su corazón.

El otro ex Presidente de Chile, don Eduardo, que en su calidad de Presidente del Senado había alentado y allanado el camino a la destitución violenta de Salvador Allende, no hizo declaraciones. Al término del acto, ofuscado porque no había sido nombrado Vice Presidente de Chile, se retiró sin despedirse de los Miembros de la Junta. A la salida del Templo, un hosco Oficial le

quitó las llaves del automóvil de propiedad del Senado de la República, organismo que habían clausurado los Militares, dejándolo de a pié.

Don Edgardo, el entonces Rector de la Universidad de Chile, asistió a «Orar por la Paz» y a mostrar de paso su apoyo a la Junta Militar de Gobierno. El Rector, elegido democráticamente dentro de la Universidad, estaba satisfecho. Hasta ese momento él mantenía la creencia de que los Militares sólo iban a expulsar a los profesores y estudiantes de izquierda. No se imaginaba el iluso Rector que sus días al frente de la Universidad de Chile estaban contados.

(Efectivamente, dos semanas después de haber «Orado por la Paz», el 2 de octubre de 1973, la Junta Militar nombró «Rectores-Delegados» de su exclusiva confianza en todas las Universidades del país, cesando a don Edgardo y a todos los Rectores en ejercicio)

La avioneta de reconocimiento

Reanudé la marcha por el medio del rápido y helado río cordillerano, único camino posible. En aquel sector, el agua también me llegaba más arriba de las rodillas y, en algunos remansos, a la cintura. Pero no había más remedio que seguir avanzando por la corriente.

Llegué a un punto donde el río saltaba sobre un montón de troncos sin corteza, formando una pequeña cascada. El chorro de agua caía a un hondo pozón que se extendía de orilla a orilla de la estrecha garganta de granito.

Me subí a los troncos para examinar el pozón. Resbalé y, sin poder evitarlo, caí al agua de espaldas.

Cuando no pude tocar el fondo, me invadió el pánico. Debido a la mochila, flotaba de espaldas. Quise zafarme la mochila, pero no pude. Intentaba cambiar de posición, pero no lo lograba.

Por último, cuando ya estaba pensando que la mochila se iba a llenar de agua y que me hundiría junto a ella, con un pié toqué una roca del fondo. Alcancé a darme impulso con el otro pié y cambié de posición. Braceando me acerqué a la orilla, donde me aferré de las matas.

Sin soltarme de las ramas de la ribera avancé río abajo hasta que pude afirmar ambos pies en el fondo y caminar con el agua a la altura del pecho. De aquella forma llegué hasta un punto donde el encajonamiento del río se ampliaba, terminaba el pozón y el río recuperaba su cauce normal.

Salí del agua, me saqué la mochila y me senté sobre unas piedras a descansar y a reponerme del susto.

El ruido del río entre las piedras apagaba todos los sonidos que venían desde fuera del cañon cordillerano, por eso no escuché a tiempo el motor de la avioneta de reconocimiento que apareció de improviso, volando en círculos, sobre las copas de los árboles.

Permanecí inmóvil durante los instantes en que el avión pasó sobre mi cabeza.

Como en aquel lugar el barranco era relativamente amplio en lo alto, los tripulantes del avión habían tenido grandes posibilidades de verme.

Antes de que la avioneta pasara por segunda vez, cambié rápidamente de lugar, ocultándome precariamente debajo de unos matorrales.

Después que el avión desplegó el segundo círculo y volvió a desaparecer, corrí río abajo hasta una posición más favorable. Con la intención de protegerme de las granadas de mano que me pudieran lanzar desde el aire, me metí entre unas grandes rocas.

La emboscada fantasma

Esperé algunos minutos, pero el avión no regresó. Pensé que a lo mejor no me habían visto. También cabía la posibilidad de que los tripulantes del avión, habiéndome descubierto, le hubieran dado mi posición a las fuerzas emboscadas río abajo. En este caso, era lógico pensar que el avión no hubiese regresado, a fin de no ponerme sobre alerta.

Lo más seguro era que los Militares creyeran que en aquella zona hubiera un grupo de personas, porque ellos no podían saber cuántos socialistas se habían refugiado en la cordillera.

En aquel sector, el río era el único camino para salir del monte y si alguien quería hacerlo, tenía que avanzar por él hasta la cabaña abandonada, donde yo creía que había una emboscada.

Después se me ocurrió que si nadie llegaba pronto hasta la emboscada, los Militares iban a pensar que los «guerrilleros» que ellos imaginaban operando en el lugar, estarían escalando alguno de los farallones de las márgenes del río. En este caso, lo más probable era que los Militares subieran río arriba para tratar de sorprenderlos.

Calculé que esa posible maniobra de los Militares me daba una hora de margen. Busqué un lugar por donde fuera posible escalar la ladera sur y comencé a subir con muchas dificultades por

la muralla natural. A una altura de veinte metros crecía una escasa vegetación de arbustos. Hasta allí, el escalamiento me tomó media hora.

Unos metros más arriba había algunos delgados arbolitos que malamente se aferraban a la pendiente de piedra. Al llegar a esa altura, media hora después, las fuerzas me habían abandonado. Había transcurrido cerca de una hora, el tiempo que yo calculaba les habría tomado a los emboscados remontar el río hasta el punto donde yo había comenzado la ascensión.

El resto del farallón que me faltaba por escalar tenía muy escasa vegetación y estaba coronado por un manchón de tupidas matas de quilas. Desistí de hacer el esfuerzo por llegar a la cima y me parapeté detrás de los árboles, pensando que desde allí me podría defender, en caso de ser descubierto.

Esperé hasta que comenzó a oscurecer. Ningún uniformado llegó remontando el río y la avioneta tampoco regresó.

Pensé que los Militares no se habían atrevido a abandonar la emboscada para remontar el río o que tal vez lo iban a hacer al día siguiente. En cualquier caso, no tenía más remedio que pasar la noche entre aquellos troncos precariamente asidos a la pendiente.

Estrujé y colgué mi ropa mojada en los arbustos circundantes, disimulándola con ramas, con la esperanza de que durante la noche se oreara un poco. También camuflé con ramas la manta que cubría mi saco de dormir.

Luego me acosté. Con el auricular puesto encendí la radio para escuchar las noticias internacionales. Después, arrullado por el rumor del río deslizándose entre las rocas, me quedé dormido.

Sólo la ex Alcaldesa escapó con vida

Aquella noche del 18 de septiembre, los dueños de fundo de Entre Lagos prosiguieron la matanza de campesinos de su comuna. A la una de la madrugada, cinco detenidos que se encontraban en los calabozos de la Tenencia de Carabineros del pueblo, fueron sacados al exterior. Los presos salieron a la intemperie tratando de adivinar su destino, sin reparar en el frío de la noche.

Además de los dos Regidores socialistas y de un Dirigente Sindical campesino, se encontraba Blanca Valderas, Regidora y ex Alcaldesa de la Municipalidad de Entre Lagos.

Tal como había ocurrido dos noches atrás, en la oscuridad del camino esperaba el «Comando de la Muerte» de Entre Lagos. Los asesinos enmascarados de vampiros subieron a los detenidos a la camioneta de Saez, el cabecilla del grupo, y partieron rumbo al puente colgante sobre el río Pilmaiquén.

En aquel lugar hicieron entrar a los detenidos al puente y los obligaron a ponerse de rodillas. Detrás de cada uno de ellos se paró un miembro del Comando con un arma en la mano. A una señal, les dispararon a la cabeza.

Al verdugo que estaba detrás de la ex Alcadesa se le atascó el arma, lo que ella aprovechó para lanzarse al río. Mientras caía, el asesino pudo disparar, pero no acertó en el blanco. Milagrosamente, Blanca Valderas escapó con vida. Todos sus compañeros perecieron y sus cuerpos jamás fueron encontrados.

La ex Alcaldesa fue la única, de todas las personas llevadas al puente colgante sobre el río Pilmaiquén, que se libró de la muerte.

La impunidad

El 19 de septiembre lo empleé íntegramente en terminar de trepar la ladera casi vertical en la que había pasado la noche. Los últimos treinta o cuarenta metros estaban cubiertos por una impenetrable y vertical pared de matas de quilas, que tuve que ir abriendo a pulso para meter hacia arriba la mochila y luego subir yo detrás. Esta operación la repetí una decena de veces antes de concluir aquella lenta y fatigosa ascensión.

Cuando me encontraba a medio camino hacia la cima, invisible desde el aire por estar aún metido entre las quilas, pasó la avioneta volando lentamente hacia el norte. Ya era el mediodía.

Después que el avión de reconocimiento se hubo alejado, me coloqué los auriculares y sintonicé el radioreceptor.

En la radio local de Valdivia, el locutor leyó un Bando del Jefe de Plaza y Juez Militar del Cuarto Juzgado Militar de Valdivia, con jurisdicción sobre las Provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue:

—Los Tribunales Militares, durante la vigencia del Estado de Sitio en esta jurisdicción, podrán aplicar las penas pertinentes aumentadas en uno, dos o tres grados a todos aquellos que cometieren el delito de maltrato de obra a la Fuerza Pública.

—Quedará exento de toda responsabilidad penal, civil o administrativa, el Militar o Carabinero que empleare u ordenare emplear las armas para repeler o contener la perpetración de tales delitos, cualquiera que sea el resultado.”

Con este Bando, el General Bravo le otorgó total impunidad y licencia para matar a los hombres bajo su mando, liberándolos de toda responsabilidad. Con todo desparpajo, el Juez Militar abrió así

el camino a todos los crímenes que se cometieron en el territorio bajo su responsabilidad.

A aquella altura de los acontecimientos, sólo los muy incautos podían creer en las promesas de los Militares y acceder a entregarse en sus manos.

Cuando finalmente, completamente agotado alcancé la cima del barranco, encontré que allí existía una estrecha planicie donde crecía una arboleda de regular tamaño y escaso follaje. El terreno estaba cubierto de grandes piedras de afilados cantos entre las cuales crecían helechos gigantes y algunos arbustos de hojas pequeñas, cuyas agudas y largas espinas de color blanquecino causaban un intenso dolor al pinchar.

Entre los troncos de dos árboles caídos, que yacían en forma paralela sobre las piedras, hice un colchón con hojas de helechos y lo cubrí con un compacto techo de ramas.

Agotado por el esfuerzo realizado durante el día, me acosté temprano. Fuí vencido de inmediato por el sueño. Aquella noche no escuché las noticias en las radios internacionales.

El Secretario Regional del Partido Comunista

Santiago Aguilar, Gobernador de La Unión y Secretario Regional del Partido Comunista de Osorno, el 11 de septiembre hizo entrega formal de su cargo a un Mayor de Carabineros, quien lo dejó bajo arresto domiciliario.

Pocos días después, debió trasladarse a Osorno a raíz de que le fue solicitada la casa fiscal en la que habitaba como Gobernador.

Para hacer el traslado de los muebles de su casa, necesitaba el salvoconducto que otorgaban los Carabineros. Fue entonces cuando Santiago Aguilar cometió un error que resultó fatal: en vez de dirigirse a la Primera Comisaría de Carabineros de Osorno, que le correspondía por su domicilio, fue a solicitar dicho documento a la Tercera Comisaría de Rahue, donde era Comisario el Capitán Fernández, con quien los comunistas habían mantenido muy buenas relaciones durante el Gobierno de la Unidad Popular.

El 17 de septiembre por la mañana, el ex Gobernador llegó a la Comisaría de Rahue, y pidió entrevistarse con el Capitán Fernández. Cuando éste supo que el dirigente comunista de mayor rango en la Provincia se había presentado a su cuartel, le dió un vuelco el corazón. Jamás se había imaginado que iba a tener esa suerte.

—¡Métnlo a un calabozo! —le ordenó el Capitán Fernández, a su Teniente Ayudante y agregó con sorna—: ¡Primero tendrá que conversar con el Sargento Águila!

En los tres días que duraba la «Guerra Privada» del Capitán Fernández, el Sargento Águila había ganado una justa fama como torturador despiadado y asesino sin entrañas.

Durante dos días, el ex Gobernador fue torturado sin ninguna consideración al hecho de que se encontraba convaleciente de una grave enfermedad.

En la madrugada del 19 de septiembre, Santiago Aguilar fue sacado de la celda que compartía con otras personas.

En el corredor, en tono burlón, el Sargento Águila le dijo:

—¡Despídete de tus compañeros!

Una vez en el patio, Santiago Aguilar rehusó entrar al furgón de Carabineros, pero éstos lo golpearon obligándolo a subir.

Aquella misma noche lo llevaron a Valdivia donde los Militares estaban interesados en interrogarlo acerca del Partido Comunista en la zona sur.

Durante todo el tiempo en que fue interrogado y torturado en Valdivia, permaneció incomunicado en la cárcel de dicha ciudad.

El 6 de octubre, cuando la quebrantada salud de Aguilar no les permitía continuar con los interrogatorios, los Militares lo entregaron a los hombres del Capitán Fernández.

A partir de aquel momento, se perdió su rastro.

Los «consejos» del Capitán Fernández

El 16 de septiembre, un Bando del Jefe de Plaza llamó a presentarse al Presidente y al Secretario del Comité de Pobladores Sin Casa de Osorno, ambos militantes socialistas.

Al día siguiente, los domicilios de ambos fueron allanados. Este hecho les determinó a recurrir al Capitán Fernández, a quien consideraban su amigo. Fueron a pedirle consejo.

Al abrir la puerta de su casa, el Capitán se asustó porque pensó que ambos Dirigentes, enterados de su «Guerra Privada», habían ido a matarlo. Pero los jóvenes andaban desarmados y llevaban otro propósito. Le explicaron al Oficial que iban a pedirle consejo, dado que los estaban llamando a presentarse.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué nos aconseja?

—¡Muchachos! —les respondió el Oficial en tono falsamente amistoso—. Yo les aconsejo que se vayan a presentar a la Tercera Comisaría de Rahue.

Por temor a la reacción de los jóvenes, el Capitán Fernández no los detuvo inmediatamente. Pero luego, al darse cuenta que los Dirigentes realmente confiaban en él, les dijo:

—Si quieren, yo mismo los voy a dejar.

En el jeep policial los llevó a la Comisaría de Rahue.

Cuando se sintió seguro y protegido entre sus hombres, el Capitán Fernández ordenó que encerraran a sus acompañantes.

De inmediato, los Carabineros comenzaron a torturarlos.

En la madrugada del 19 de septiembre, los dos Dirigentes de los Pobladores fueron sacados de la unidad policial y conducidos al puente colgante sobre el río Pilmaiquén. Allí los mataron a balazos.

(En enero de 1974, en un remanso del río Pilmaiquén fue hallado el cuerpo de Raúl Santana, el ex Presidente del Comité de Pobladores Sin Casa. El cadáver, dentro de unos sacos rotos, estaba sin brazos ni piernas, pero con sus documentos de identidad en un bolsillo de su chaqueta)

El precipicio infranqueable

El 20 de septiembre el sol asomó radiante, pero yo me levanté cerca del mediodía. Estaba terminando de llenar la mochila bajo los árboles, cuando escuché el motor de un avión que pasaba a baja altura, pero no alcancé a verlo. Esperé que regresara, pero la avioneta no volvió.

De acuerdo con el mapa mental de la zona que me hice en aquellos momentos, por la quebrada ubicada a mi izquierda bajaba el río que llevaba a la emboscada. Descendiendo en línea recta por

la vertiente del monte en el que yo me encontraba, se debería llegar a una casa campesina en cuyos alrededores tendría que estar ubicado el campamento de los Militares que mantenían la emboscada río arriba. Pensé que llegando a ese lugar por la noche, había muchas posibilidades de pasar inadvertido a cierta distancia del campamento militar, y escabullirse por la planicie hacia mi destino.

Con este propósito inicié el descenso por la ladera donde el bosque talado conservaba, nítidas, las huellas del trajín de troncos y de bueyes. Los espacios que habían quedado libres de árboles y los antiguos caminos madereros estaban parcialmente cubiertos de matas de maqui sembradas por los pájaros, que crecían formando barreras vegetales impenetrables.

En mitad del descenso me detuve en un espacio donde el sol daba de lleno. Sobre unos troncos apolillados, abandonados por los madereros, puse a secar al sol mis ropas, las botas, la radio desarmada, las pilas eléctricas, el reloj pulsera abierto, la brújula, las diferentes partes de mi pistola, los cargadores y las balas.

Mientras el sol evaporaba lentamente la humedad de la ropa y de todos los demás objetos, yo escuchaba atentamente para detectar el avión de reconocimiento antes de que éste apareciera sobre el lugar. Preparado para cubrir las piezas brillantes con mi manta a fin de evitar que los reflejos del sol denunciaran mi presencia.

Cuando el sol desapareció detrás de los árboles, armé la radio y la pistola, que ya se habían secado. Luego, aún húmedas, me puse la ropa y me calcé las botas.

Después bajé por una abrupta ladera donde la vegetación no era muy compacta. Pronto llegué hasta un conjunto de rocas de

gran tamaño, entre las cuales crecían, con sus troncos retorcidos, unos árboles que los madereros habían desdeñado.

Mi descenso fue interrumpido por un profundo precipicio que de pronto apareció entre las rocas, bajo mis pies. Aunque parezca una exageración, estuve a punto de caer en él.

Abajo se veía una oscura quebrada, sin salida hacia el valle. Sin una cuerda ni aparejos, no era posible bajar por ese abrupto y húmedo corte entre los cerros. No se podía seguir en esa dirección, y, además, no tenía sentido.

Entre aquellas rocas había profundas grietas y me costó un inesperado trabajo regresar hasta un lugar apropiado para pasar la noche. Con súbita rapidez, la oscuridad había comenzado a envolver el bosque y no tuve más remedio que armar el campamento debajo de la primera mata de quilas que encontré. Alcancé a acostarme en el momento en que la negrura se hizo total.

Las radios internacionales

Aquella noche, además del programa «Escucha Chile» de Radio Moscú, que se había transformado en una voz amiga inseparable, escuché la «BBC de Londres», que comentó los sucesos acaecidos en Chile con la clásica flema inglesa, insinuando que no había sido correcto derrocar por la fuerza un gobierno democráticamente elegido, pero sin esgrimir ninguna condena; la «Voz de América», que entregó sin comentarios unas escuetas informaciones sobre el Golpe Militar que había derrocado a Salvador Allende, y «Radio Pekín», que dedicó todo su extenso programa especial para América Latina a difundir unos pretendidos logros de los campesinos chinos de la Provincia de Changchun, sin decir ni una

sola palabra acerca de los terribles acontecimientos que estaban ocurriendo en Chile. Pensé que aquello se debía al hecho de que el Partido Comunista chileno, uno de los integrantes de la Unidad Popular, mantenía fuertes vínculos de amistad con la Unión Soviética.

El extravío de la mochila

El 21 de septiembre, el día en que según el calendario astronómico llegaba la primavera, amaneció lloviendo y yo me levanté tarde. La mata de quilas, debajo de la que había acampado, estaba a su vez protegida por un frondoso ulmo de tronco inclinado y retorcido, que le impedía a la lluvia caer sobre mi campamento.

Al mediodía escuché las noticias y después abandoné mi refugio con la intención de regresar al filo del cerro, desde donde había bajado, para desde allí explorar una nueva ruta. Al mirar hacia arriba, me admiré de lo distinto que se veía el bosque, visto desde aquella perspectiva. La pendiente por la que subí era la misma por la cual había descendido, sin embargo, la montaña parecía ser otra.

Intenté subir en línea recta, pero a poco andar desistí debido a que la ladera, en la dirección en que yo estaba subiendo, era muy abrupta y la ascensión me resultaba mucho más penosa de lo que había calculado.

Me vi obligado a seguir una antigua senda maderera que zigzagueaba entre los muñones de los troncos y los escasos árboles apolillados que el hacha de los madereros no se molestó en derribar. De trecho en trecho, el sendero era interrumpido por

compactos bosquecillos de maqui, entre los cuales feroces zarzas se estiraban famélicas, luchando por alcanzar los esporádicos rayos del sol.

Casi al final de la tarde pasé cerca de una pequeña quebrada, por cuyo fondo, entre tupidos matorrales, se escuchaba discurrir una corriente de agua. Como me pareció que estaba llegando a la cima, no me detuve a aprovisionarme de agua.

Llegué a una altura que desde abajo se veía como el filo del cerro, pero resultó ser una especie de gran escalón. Desde allí comprobé que me faltaba un buen trecho por subir.

El sorprendente alejamiento de la meta me obligó a tomar un descanso durante el cual me invadió la sed, una sensación apremiante, casi dolorosa.

Junto a un grupo de árboles, que me parecieron ser diferentes del resto, dejé mi mochila para bajar sin peso en busca de agua.

Descendí de prisa. Pero la quebrada del agua estaba mucho más abajo de lo que yo recordaba. Finalmente, orientándome por el rumor del esterillo encontré la vertiente. No me fue fácil llegar al chorrillo porque éste estaba protegido por una tupida masa de arbustos. Finalmente pude beber hasta saciarme y llené el tarrito que usaba como cantimplora para llevar agua de reserva.

Regresé rápidamente porque había comenzado a llover y la noche caía de prisa. Cuando llegué hasta los árboles donde creía haber dejado la mochila, descubrí que me había extraviado. En realidad había muchos grupos de árboles semejantes a los que yo había elegido para dejar mis pertenencias.

A medida que oscurecía, los árboles se fueron volviendo todos idénticos a los que yo trataba de encontrar. Busqué la mochila hasta que la oscuridad se hizo completa y ya me fue imposible distinguir una roca de un tronco, o de una mochila.

Bajo la intensa lluvia corté una gran cantidad de hojas de helechos gigantes con las cuales hice un colchón entre las piedras. Con ramas construí una especie de envigado que cubrí con helechos. Dejé una cantidad apreciable de hojas para cubrirme. Luego me metí en mi precario refugio, tapándome las piernas con el chaquetón y, el resto del cuerpo, con los helechos.

Cuando una hora después arreció la tormenta, el techo no resistió el ventarrón y se derrumbó. Comencé a recibir la lluvia directamente. En unos minutos estuve completamente empapado.

En aquellas condiciones me fue imposible conciliar el sueño. La noche transcurría lentamente, demasiado lentamente y la tormenta no amainaba.

Estuve todo el resto de la noche temblando de frío, orinando a cada rato y sin poder buscar otro lugar, porque el terreno estaba cubierto de filudas piedras cubiertas de musgo, de diversas formas y tamaños, sobre las que era muy peligroso caminar. La lluvia las había puesto muy resbalosas.

Los brotes de helecho

Al amanecer continuaba lloviendo con fuerza. En tanto aclaró lo suficiente reinicié la búsqueda de mi mochila. Tomando como referencia un árbol provisto de un alto follaje, me alejé de él con la intención de describir una espiral.

En realidad, en aquella accidentada pendiente de la montaña era tan imposible trazar una espiral, como caminar en línea recta. No obstante la tenaz oposición del terreno y los obstáculos de la

vegetación, traté de describir círculos en torno a mi punto de referencia.

La constancia y la locura tienen a veces su premio. En mi caso, luego de una hora de esfuerzos, al salir trabajosamente de un tupido bosquecillo de maquis, que me ví obligado a atravesar, encontré mi mochila. Justo en aquel momento, como para celebrar mi hallazgo, dejó de llover.

Con la mochila a la espalda subí casi sin detenerme hasta el filo del cerro. Allí crecían helechos gigantes. Bajo un árbol de mediano tamaño y de gran follaje, sin sacarme la mochila, me tendí a descansar y me quedé dormido.

Al despertar ví a mi lado el pecíolo quebrado de la hoja de un helecho, del cual manaba savia. Se me ocurrió probarla. Tenía un gusto ligeramente mucre y desagradable. Estuve a la espera de sentir algún malestar, pero nada me ocurrió. Entonces corté un brote tierno de helecho y lo pelé con mi cortaplumas. Tenía una pulpa jugosa y de áspero gusto. Le agregué una pizca de sal y su sabor mejoró. Salándolo mastiqué el brote entero, tragué su jugo, pero escupí las fibras. Reloj en mano, durante una hora aguardé alguna reacción de mi organismo, pero no sentí ninguna molestia.

Antes de continuar la marcha corté media docena de brotes y me los guardé en un bolsillo del chaquetón. Luego seguí el sendero que había en el filo del cerro. En todas las crestas de los cerros había senderos semejantes, utilizados por los animales de la cordillera. Más adelante, en algunos sitios encontré huellas de puma impresas en el suelo y sus restos fecales.

Desde el sitio en que me encontraba se podía ver la cordillera, cubierta de niebla y vegetación, extenderse hacia el sur, hasta donde alcanzaba la vista.

El último fruto

Sorpresivamente, me encontré en un lugar perfumado. De inmediato reconocí la inconfundible fragancia de la murtila. Al caminar entre aquellos arbustos de pequeño tamaño, el roce de mis piernas lanzaba al aire aquel exquisito aroma. Me encontraba en medio de un manchón de arbustos de murtila. Alentado por aquella fragancia, a pesar de que hacía ya varios meses que la temporada de aquella fruta había concluído, me puse a revisar las matas en busca de un fruto, sin encontrar ninguno.

El sendero descendía por la cresta del cerro y más abajo atravesaba otro manchón de murtillas. Allí me desprendí de la mochila y me senté a descansar, gozando al mismo tiempo con el aroma.

Un momento después, al cambiar de posición, delante de mis ojos descubrí un fruto redondo, pequeño y sobremaduro. Pensé que era una alucinación, pero el fruto de murtila era real. Se encontraba suspendido a la altura de mi rostro. Lo recogí directamente con la boca y en ella lo dejé disolverse lentamente. De aquella forma pude saborear largo rato aquel milagro que el azar había reservado para mí en la cumbre de aquella montaña.

La intervención de las Municipalidades

Más adelante, el sendero desembocó en un pequeño terraplén donde había un tronco de luma con forma de arado, a medio

elaborar. Al examinarlo me pareció que había sido cortado, a lo sumo, dos meses atrás. Pensé que el campesino lo había dejado con la intención de volverlo a buscar en compañía de otra persona.

Allí tuve la certeza de que aquel sendero conducía fuera de la montaña.

Al terminar la tarde comenzó a llover suavemente, pero las negras nubes que se acercaban desde el norte estaban anunciando una tormenta. De prisa, busqué un sitio para pasar la noche.

Encontré un árbol que había crecido inclinado por la fuerza del viento. Debajo de su tronco había un espacio seco donde no llegaba la lluvia.

En el hueco extendí mi saco de dormir, pero el tronco no alcanzaba a cubrirme los pies. En aquel extremo improvisé un techo con la manta pequeña, colgándola de las ramas de unos arbustos.

Acomodado en mi precario campamento escuché las noticias de la «Cadena Nacional». Aquella tarde leyeron un Decreto Ley de la Junta Militar:

—Declárase que los Alcaldes y Regidores de las Municipalidades del país cesaron en sus funciones a contar del día 11 de septiembre de 1973.

—Desde la vigencia del presente Decreto Ley, los Alcaldes serán designados por la Junta de Gobierno y serán de su exclusiva confianza.”

De esta forma, los Militares Sediciosos terminaron con la tradición democrática de los Gobiernos Comunales, que había nacido en los albores de la Conquista cuando los españoles, luego de fundar una ciudad creaban los Cabildos que las gobernaban con participación directa de sus vecinos.

Pedro de Valdivia, el Conquistador de Chile, junto con fundar Santiago del Nuevo Extremo creó el primer Cabildo que habría de administrar el Municipio, y otro tanto hizo al fundar las demás ciudades a lo largo del país.

«Tiempo de Guerra»

Todavía no se reponían del golpe los Regidores y los Alcaldes Municipales de todo el país, que seguramente también estaban escuchando las noticias, cuando el locutor leyó:

—Declárase que el «Estado de Sitio» decretado, en las circunstancias que vive el país, debe entenderse «Estado o Tiempo de Guerra» para los efectos de la aplicación de la penalidad de ese tiempo que establece el Código de Justicia Militar.

—Agrégase al Artículo 281 del Código de Justicia Militar, el siguiente inciso: «Cuando la seguridad de los atacados lo exigiere, podrán ser muertos en el acto él o los hechores».

Con este Decreto Ley los Militares Golpistas nos declararon formalmente la guerra a los partidarios de la Unidad Popular, pero también a todos los que no estuviesen de acuerdo con ellos.

Aumentando las penas establecidas por el Código de Justicia Militar y autorizando el fusilamiento sin juicio de los chilenos, además de crear el pánico entre la población, los sublevados daban rienda suelta a todo tipo de atropellos contra los derechos humanos.

Estimé que en aquellas circunstancias, mi situación se había tornado muy grave. Pero mantuve mi convicción de que todas las actuaciones de los Militares, no solo eran ilegales sino también

inmorales, por lo que me reafirmé en mi disposición a seguir desconociendo su «autoridad».

Los pepinos dulces

No había bebido agua en todo el día y la sed me atormentaba. Al acostarme me vino a la memoria el gusto de las sandías y me dormí pensando que aquella noche iba a soñar comiendo su roja pulpa.

Pero no soñé con sandías, sino con pepinos dulces, eso sí, inmensos como sandías. El quiosco donde los vendían era también un pepino gigante, con un ventanuco por el que se asomaba una sonriente y gorda vendedora.

Mi amigo Sergio, me decía:

—¡Lleve los pepinos que quiera, compadre! ¡Yo ando con plata!

Yo elegía dos pepinos de mediano tamaño, sospechando que los más grandes estarían desabridos.

—Me llevo estos dos, compadre. ¡Muchas gracias!

Pero los pepinos no estaban dulces, ni me calmaban la sed.

La masacre de Tejas Verdes

El 22 de septiembre, efectivos militares del Regimiento «Tejas Verdes» asesinaron al Secretario Regional del Partido Socialista de

San Antonio, junto a cinco Dirigentes del Sindicato de Estibadores de Chile, entre ellos un militante demócrata cristiano.

La masacre se efectuó en el patio del Regimiento, pero el Jefe de Zona inventó una versión de los hechos que resultó inverosímil. Por Bando explicó que los Dirigentes eran conducidos al Campo de Prisioneros de Bucalemu, en medio de la noche; que el vehículo en que eran transportados había sufrido un desperfecto por lo que tuvo que detenerse; que aprovechando esta parada del camión, los detenidos habían intentado emprender la fuga y que debido a ésto la patrulla que los custodiaba había hecho uso de su armas de fuego, dando muerte a los profugos.

(En 1992, la «Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación» informó: “Los cuerpos de las seis víctimas llegaron a la Morgue casi destrozados por heridas de arma blanca. Los impactos de bala que presentaban habían sido hechos «post mortem» y con los cuerpos de las víctimas en el suelo.”)

(Decenas de homicidios cometidos por los Soldados de Chile, pretendieron ser justificados con la «Ley de Fuga». Casualmente, según las versiones de los Militares, siempre los vehículos se habían detenido en medio de la noche por fallas eléctricas o mecánicas, lo que había dado lugar a los intentos de fuga de los presos. De estas increíbles coincidencias se desprendía, también, que los soldados chilenos eran incapaces de mantener sus equipos de transporte en condiciones de funcionamiento. ¿Qué le habría ocurrido a Chile si realmente hubiese estado en guerra con un enemigo exterior, con los camiones del Ejército fallando a cada paso?)

La sed

El 23 de septiembre desperté con los pies completamente mojados. El viento había derribado la manta pequeña de las ramas donde la había colgado y el extremo del saco de dormir estaba empapado por la lluvia.

La sed volvió a atormentarme. Tenía la boca reseca y me ardía la garganta. Con el tarrito que usaba como jarro comencé a recolectar el agua de lluvia que corría por las hojas y las ramas de los arbustos. Gota a gota reuní un centímetro de agua en la latita y, a pesar de que el líquido estaba lleno de pequeñas arañas y diminutos insectos, lo bebí con fruición. Sin embargo, aquella pequeña cantidad de agua no sólo no me calmó la sed, sino que la hizo más intensa.

Directamente con la lengua comencé a beber las gruesas gotas de agua que corrían por el lado inferior de las quilas, pero la sed crecía en vez de aplacarse.

Guardé mis cosas en la mochila y bajo la lluvia seguí el sendero que descendía por el filo del cerro.

Cerca del mediodía, cuando la senda se hizo más amplia, tuve la sensación de que pronto iba a encontrar campesinos.

De improviso bajó la temperatura y se puso a granizar. Luego el granizo cedió paso a la nieve.

La sed, implacable, seguía martirizándome.

En un sector en que el sendero pasaba entre unos frondosos árboles, escuché que desde el fondo de la quebrada llegaba el inconfundible rumor que produce un arroyo discurriendo entre las piedras.

Impelido por la sed, escondí la mochila entre unos arbustos y, para no extraviarla nuevamente, coloqué unas marcas visibles en

el suelo. Luego, marcando el camino bajé por la quebrada en busca de la corriente de agua. Dado que el pequeño estero era accesible, regresé hasta donde había dejado la mochila en busca de los útiles de aseo. Había decidido bañarme, pese a la nieve que seguía cayendo. Mi objetivo era estar presentable a la hora de encontrarme con los campesinos.

Una vez en el estero bebí, uno tras otro, cuatro tarritos llenos de agua y comencé a desvestirme. Al sacarme las botas me sentí mareado y comencé a vomitar. Los primeros vómitos fueron de agua, todavía helada, pero en los últimos el agua salió mezclada con sangre.

Pensé que se me había reventado el estómago con el agua fría o que los brotes de helechos me habían provocado úlceras. Me senté sobre un tronco hasta que se me pasó el mareo y cesó el sudor helado. Luego me dí un baño bien jabonado y me sentí mejor.

Después subí hasta donde tenía la mochila, desocupé el tarro donde llevaba el té y bajé a llenarlo de agua. De regreso a la orilla del sendero, dejando de lado las precauciones que hasta ese momento venía tomando, encendí una pequeña fogata donde puse a calentar el tarro con agua. Cuando el líquido comenzó a hervir le añadí té y dos cucharadas de azúcar. Apagué la fogata y bebí la infusión lo más caliente que pude. Luego de todos aquellos días sin probar nada caliente, aquel litro de té me produjo un placer indescriptible.

La senda me llevó hasta una planicie con frondosos árboles, desde donde salían senderos en cuatro direcciones. Frente a uno de ellos, que bajaba hacia una quebrada, alguien había hecho en el suelo una flecha con palos y piedras.

En aquella planicie, los árboles tenían gruesos y cortos troncos pero sus follajes eran gigantescos. Entre los árboles había grandes rocas que formaban rincones protegidos de la lluvia y del viento. En aquellos sitios las hojas se habían ido acumulando año tras año, formando mullidos colchones. En uno de aquellos lugares armé mi campamento en la forma acostumbrada.

El lugar era ideal debido a que dejaba una expedita vía de escape hacia una quebrada. Antes de escuchar las noticias, reparé en que la avioneta de reconocimiento no había aparecido en los días de lluvia.

Aquella noche, las radios argentinas informaron que Juan Perón había ganado las elecciones presidenciales. El líder de la «tercera vía», el peronismo, había derrotado largamente al radical Ricardo Balbín, más que doblándolo en número de votos. Al viejo General parecía perseguirlo el fantasma de Evita, ya que en aquella ocasión postuló como Vicepresidente de la República a Isabel, su tercera esposa.

El 24 de septiembre

Durante toda la noche llovió con furia y sopló un fuerte viento. No obstante, ni una sola gota de agua llegó a mi refugio debajo del frondoso ulmo.

Durante la mañana continuó lloviendo y por eso yo no quise abandonar la protección de aquel árbol. Me quedé dentro del saco de dormir hasta pasado el mediodía, escuchando la radio. Me levanté después que el temporal hubo amainado.

No quise bajar por el sendero que estaba indicado por la flecha de ramas y piedras, sino que seguí el que subía por el cerro.

Este sendero me condujo hasta una amplia planicie cubierta de árboles de regular tamaño y escaso follaje, debajo de los cuales las matas de quilas crecían en manchones dispersos. El terreno era semi pantanoso, con una gruesa capa de musgo. Cuando llegué al lugar atardecía y llovía con fuerza.

Debajo del árbol que me pareció el más frondoso del conjunto coloqué en forma paralela, a un metro de distancia entre sí, dos troncos semi podridos de dos metros de largo y de aproximadamente el mismo grosor. Sobre ellos, atravesados ordenadamente, puse gran cantidad de coligües secos que quebré a taconazos. A modo de techumbre, encima de aquella improvisada tarima hice un armazón de coligües que cubrí con la manta pequeña y una gruesa capa de ramas de laurel, sobre el sitio donde iban a quedar mis pies.

Después de acostarme, encendí la radio. Aquella noche, en el programa «Escucha Chile» dieron una triste noticia: había fallecido Pablo Neruda.

Pablo Neruda

A Pablo Neruda lo encontré personalmente sólo en una oportunidad. Fue en Osorno, en el otoño de 1969.

Neruda estaba en el automóvil de una señorita con arrestos de poetisa que vivía en las tierras heredadas de sus padres. Ella se complacía invitando a su fundo a escritores y poetas, pensando tal vez que los dones literarios se contagiaban como los resfríos. El

pequeño vehículo estaba estacionado frente a las puertas del Correo de Osorno.

Con mi amigo Antonio íbamos por la amplia acera, cuando la poetisa salió corriendo del correo con sus manos llenas de huidizos sobres. Algunas cartas cayeron al suelo, a nuestros pies, y nosotros nos apresuramos a recogerlas.

Al reconocer a mi amigo, con un tonillo de orgullo en la voz, la joven le dijo:

—Don Pablo ha venido a pasar una temporada en mi casa, está ahí en mi auto, ¿no quieres saludarlo?

Neruda llenaba completamente el asiento posterior del vehículo y dormitaba arrebozado en un amplio poncho de lana blanca, adornado con dibujos indígenas.

Conociendo su gran afición por los caracoles marinos, al verlo refugiado de aquella forma dentro del vehículo, no pude dejar de compararlo con un enorme caracol. Un genial gasterópodo que iba por el mundo devorándolo todo y dejando una estela de poesía a su paso.

Tuve la clara impresión que Neruda se molestó cuando su anfitriona lo despertó para hacer las presentaciones. Lentamente, como la antena de un gigantesco caracol, una de sus manos emergió de entre los pliegues del poncho y majestuosamente, sin ningún entusiasmo, estrechó suavemente las nuestras sin intentar abandonar su caracola, es decir, sin bajarse del auto.

—Me siento cansado —dijo lentamente, con voz adolorida, como disculpándose.

Al oír su voz, no me quedó ninguna duda: si los caracoles hablaran, sus voces serían gangosas, con la clásica entonación nasal del poeta.

Aprovechando la ocasión, le expliqué rápidamente que dentro de unos días íbamos a celebrar la fundación del Instituto Chileno-Cubano de Cultura de Osorno, el segundo o tercero que funcionaría en el país, con un acto que realizaríamos en el Teatro Municipal, donde yo iba a dar una conferencia sobre mi reciente viaje a Cuba. Terminé invitándolo cordialmente.

Pareció entusiasmarse al enterarse de que no éramos cazadores de autógrafos, sino profesores de la Sede Universitaria de la ciudad y amigos de Cuba. Prometió responder a nuestra invitación.

Efectivamente, el día anterior al acto recibimos una carta manuscrita de Pablo Neruda en la cual éste se lamentaba de no poder asistir a la fundación del organismo cultural y nos deseaba mucho éxito en el trabajo futuro.

Desgraciadamente, aquella carta desapareció en septiembre de 1973 en una hoguera, junto con los afiches, las revistas y los libros del Instituto Chileno-Cubano de Cultura, el día en que los Militares Golpistas «limpiaron» el edificio de la Sede de la Universidad de Chile en Osorno de las sustancias culturales que habían producido el «cáncer marxista».

Avanzando y retrocediendo

Pasé la noche en mi inseguro refugio, tratando de dormir sin estirar las piernas por temor a que se me mojara por segunda vez el saco de dormir. Pero al día siguiente comprobé que el techo construído en la víspera había resistido perfectamente la intensa lluvia nocturna.

Al llenar la mochila decidí deshacerme de la ropa interior sucia que llevaba con la intención de lavarla en la primera oportunidad. Sin pensar en las consecuencias, colgué las prendas de unas ramas, cual banderas.

Antes de salir de la planicie hice un reconocimiento del lugar, a consecuencia del cual perdí la orientación que tenía al llegar.

Elegí un sendero y por él caminé durante toda la mañana y parte de la tarde. En un sector de tierra blanda encontré huellas de botas iguales a las mías, marcadas en sentido contrario. Al no reconocer el sector, pensé que aquellas huellas las había dejado un campesino.

Poco más adelante llegué a un lugar que reconocí porque allí había dejado unas ramas formando un triángulo. Entonces me di cuenta de mi error. Las huellas en sentido contrario las había dejado yo mismo. De manera que durante todo el día había desandado el camino recorrido el día anterior.

Regresé sobre mis pasos, enojado conmigo mismo, hasta llegar a la planicie donde estaba marcada la flecha en el suelo. Llegué anocheciendo. En un sitio distinto al de la vez anterior, pero también seco, con hojas y resguardado del viento, preparé mi campamento para pasar la noche.

Las noticias internacionales no variaban: en todo el mundo seguían las protestas contra la Junta Militar que en Chile había usurpado el poder y estaba masacrando al pueblo indefenso.

Los estragos de la erosión

El 26 de septiembre me levanté temprano, decidido a recuperar el tiempo perdido. Sentía que el encuentro con los campesinos se estaba aplazando demasiado.

Pronto regresé al lugar donde había hecho la cama de coligües y pude ver desde lejos, flameando, las prendas de ropa interior que había dejado colgando en las ramas.

Entonces me dí cuenta que había cometido una tontería. Si los Militares andaban con perros, les había hecho un regalo al dejarles aquella ropa, que les habría servido para seguirme el rastro.

Recogí la ropa sucia y la enterré debajo del musgo en un sitio alejado de los restos de la cama de coligües y encima puse unos troncos semi podridos.

Con la idea de salir de aquel sector tomé el primer sendero que encontré y caminé por él cerca de una hora, hasta que nuevamente encontré las huellas de mis botas impresas en el suelo.

Regresé por segunda vez a la cama de coligües, marcando con trocitos de ramas secas el camino. De aquella forma, después pude alejarme en sentido contrario al que había venido.

Cerca del mediodía descubrí, a un costado del sendero, una huella abierta a machete en la vegetación. Oculté la mochila entre unos tupidos arbustos y bajé por la senda a explorar.

La brecha descendía por el costado de la montaña, pasaba por sobre un extenso manchón de matas de quilas y desembocaba en una planicie arbolada. Más adelante, la senda salía a la ladera del cerro desprovista de árboles y por ella seguía horizontalmente.

En aquel sector la quebrada a mis pies era muy profunda y no se escuchaba rumor de agua. Dí por terminada mi exploración y regresé al lugar donde había dejado la mochila.

El sendero pasaba por una zona de enormes árboles, donde había sectores que parecían cuidados parques. En uno de esos sitios me tendí sobre el musgo a descansar. Allí me entretuve mirando a los pájaros carpinteros que recorrían los troncos, sistemáticamente, en busca de larvas de insectos. Pensé que si hubiese tenido un rifle de aire comprimido habría podido cazar aquellos pájaros sin hacer demasiado ruido y habérmelos comido asados.

Más adelante, el sendero bajaba abruptamente y a medida que descendía, iban apareciendo las señales irreparables del fuego que no mucho tiempo atrás había arrasado la vegetación.

Sólo quedaban en el paisaje, como mudos testigos del crimen, los troncos carbonizados de los árboles. Nada había reemplazado a la vegetación. El suelo mostraba las rojas heridas de la erosión.

El agua se había llevado la capa de tierra vegetal que la naturaleza había demorado siglos en producir, dejando las piedras al desnudo como al comienzo de la creación.

Profundos canales cortaban la roja greda, mostrando los efectos negativos del agua cuando no existe el bosque que controla y regula su fuerza.

La ranca inconclusa

El sendero terminaba en una profunda hondonada que había sido creada por el agua de la lluvia, la que allí se había llevado cerro abajo muchas toneladas de tierra y piedras.

Al otro lado del corte se extendía una planicie sembrada con pasto, que ningún animal había comido en muchos años, ni nadie había ido a cosechar. El pasto sin cortar, con los años había formado un grueso colchón donde los pies se me hundían al caminar. Había allí unas hileras de matas de grosellas y de frambuesas que habían sido plantadas por alguien que nunca regresó.

A un costado de las grosellas yacía una enorme pila de tejuelas de alerce, esperando en vano ser transformadas en una ranca.

Durante la tarde, la lluvia se había transformado en granizo y luego en nieve, antes de cesar. Grandes manchones blancos, que se habían acumulado sobre las champas de pasto, me propocionaron agua potable en abundancia.

Al caer la noche hice mi cama debajo de un lingue, pequeño y frondoso, que se erguía solitario en medio de la ladera. Sus ramas llegaban hasta el suelo y ofrecían protección del viento y de la lluvia. Desde mi campamento podía ver los potreros con pastizales del valle flanqueado por un cerro con restos de bosque natural en su cima.

Por vez primera, ví caer la noche directamente sobre el valle. La oscuridad parecía ir surgiendo de entre los árboles y extenderse sobre la vegetación, tal como si un gigante estuviese pintando una enorme acuarela. La noche fue borrando el paisaje con gigantescas pinceladas de oscuros tonos grises hasta que el contorno de los matorrales se fue difuminando, hasta fundirse en una masa oscura.

Como de costumbre, después de acostarme encendí la radio y antes de dormirme escuché las noticias.

La avioneta imprevista

Me despertó el ruido de un motor. Los rayos del sol todavía no caían sobre la pendiente donde estaba mi campamento. Me incorporé semi dormido, creyendo que se trataba de un lejano tractor, pero ví a la avioneta de reconocimiento de los Militares que pasaba a la misma altura de la ladera donde me encontraba, a no más de cincuenta metros de distancia.

Con el motor al mínimo, casi rozando las copas de los árboles, el avión volaba lentamente. Ví con toda nitidez al piloto y al militar sentado a su derecha.

A mis pies, parte del saco de dormir color rojo había quedado al descubierto. No intenté taparlo para no llamar la atención, con mi movimiento, de las personas que iban en el avión. Sólo atiné a bajar una rama del arbolito delante mío y tomar mi pistola.

Tuve la fugaz impresión de que el copiloto me había visto, porque al pasar delante de mi campamento miraba en mi dirección, pero la avioneta siguió su recto vuelo hasta perderse detrás del primer repliegue del cerro.

En tanto el aparato desapareció, me levanté de prisa y escondí la mochila, el saco de dormir y las mantas en unos arbustos cercanos. Luego, calzándome las botas corrí hasta unos árboles en busca de protección. Allí me sumergí de cabeza entre los matorrales.

Esperé el regreso de la avioneta, pero ésta no volvió. Entonces cargué la mochila en tiempo record y regresé a la montaña.

Pensando acortar camino seguí por una pequeña hondonada. Pero la grieta, luego de dar un rodeo, comenzaba a descender de la

montaña. Tardé casi media hora en encontrar el camino correcto. El sendero que atravesaba el bosque quemado, por el que había bajado la tarde anterior, era bastante empinado, por lo que el ascenso me resultó muy fatigoso.

El día había amanecido claro y despejado, pero la lluvia se hizo presente al mediodía. Después se transformó en nieve y luego en granizo, antes de cesar bruscamente, tal como había llegado.

Para ese entonces yo ya me encontraba en un sector donde el bosque tenía aspecto de parque. Salí del sendero, tratando de no dejar huellas en el musgo, y lejos del camino armé mi campamento detrás de unos troncos al borde mismo de la quebrada, pensando en ésta como una vía de escape en caso de emergencia.

Una vez dentro del saco de dormir me puse a pensar en la situación de mi familia. Para no amargarme, me hice la ilusión que mi mujer y mis cuatro hijos, que se encontraban en Santiago, estaban fuera de peligro.

De mis camaradas Dirigentes Provinciales no sabía nada. ¿Qué sería de ellos? ¿Dónde se encontraban? ¿Por qué ninguno había venido a la montaña? ¿Los habían asesinado los Militares?

Me coloqué el auricular y encendí el radioreceptor. Escuché las noticias locales y los informativos de las radios internacionales. Los rusos habían colocado en órbita de la Tierra a la nave espacial Sojus 12, con dos astronautas a bordo. Durante dos días, los pilotos soviéticos iban a preparar el encuentro en el espacio que dos años más tarde efectuarían con los astronautas norteamericanos.

El helicóptero nocturno

No supe en qué momento me dormí. Cerca de la medianoche me despertó el ruido de un motor que al principio lo sentí sobre los árboles. Pensé que se trataba de un helicóptero. Cuando estuve bien despierto, el ruido se había alejado y lo escuchaba como procedente de la planicie en la que había pasado la noche anterior, allí donde la avioneta había sobrevolado mi campamaneto. Pensé que los tripulantes del avión me habían visto y que aquella noche los Militares habían regresado en un helicóptero.

De pronto, el ruido cesó. Imaginé que los soldados ya habían desembarcado, pero que no se iban a mover en la oscuridad, ni iban a subir hasta donde yo me encontraba sin antes rastrear la planicie y sus alrededores. Convencido de ésto, volví a quedarme dormido.

El Director Provincial de Educación

El Golpe Militar sorprendió en Santiago a César Ávila, el Director Provincial de Educación de Osorno, donde asistía a un curso de perfeccionamiento del Magisterio.

Informado de que su esposa, también profesora, había sido detenida en Osorno, regresó a la Provincia para hacerse cargo de sus numerosos hijos menores.

El 27 de septiembre fue a la Penitenciaría a ver a su mujer. En los momentos en que salía de dicho establecimiento fue detenido por una patrulla de Carabineros que viajaban en un furgón policial.

En la Tercera Comisaría de Rahue, luego de ser sometido a torturas, Ávila fue encerrado en una celda junto a otros

compañeros. A raíz de los malos tratos y a la falta de su medicina para el asma, al llegar la noche César se encontraba en muy precarias condiciones de salud. Cerca de la medianoche, perdió el conocimiento.

Entonces los Carabineros lo sacaron de la celda y lo subieron a un furgón policial. El vehículo se dirigió al puente colgante sobre el río Pilmaiquén. Una vez allí, César Ávila fue ultimado con arma blanca. Después de quemarle el rostro y las manos con alquitrán hirviendo, los Carabineros lanzaron su cuerpo ensacado a las aguas del río.

Los soldados fantasmas

El 28 de septiembre desperté al alba. No queriendo que los Militares me sorprendieran en aquel sitio, llené mi mochila y continué la ascensión por el mismo sendero que había utilizado al bajar.

Pronto llegué a un parque natural de grandes dimensiones que tenía, a ambos lados, profundas quebradas con tupida vegetación, ideales como vías de escape ante una emergencia.

Tratando de no dejar huellas subí a una pequeña altura donde había grandes piedras. Desde allí, la configuración del terreno me permitía tener una vista completa del mismo y del sendero, que pasaba alejado a mi derecha. Pensé que las piedras me podrían servir de parapeto. A mi izquierda, una profunda quebrada se ofrecía como vía de escape para un caso de emergencia.

Dado mis precarias condiciones físicas y pensando que los Militares estarían bien entrenados, se me ocurrió que lo mejor sería

esperarlos en aquel lugar, con la intención de dejarlos pasar. Si las cosas no sucedían así, tenía la alternativa de hacerles frente o de huir por la quebrada.

Dejé mi mochila al borde de la quebrada y me senté entre las piedras a vigilar el sendero. Había calculado que los Militares se demorarían alrededor de dos horas en llegar hasta aquel lugar. Tres horas después, no había aparecido ninguno. Tampoco volví a escuchar el ruido del helicóptero.

La casa campesina

Cuando nuevamente llegué a la trocha abierta a machete, bajé por ella con la mochila a la espalda, pensando que si la senda había sido abierta por los campesinos, era porque conducía a un lugar habitado.

Más allá de la explanada con árboles, la senda continuaba por la ladera del cerro. Al pasar al lado de unas matas de nalcas, corté un par de tallos para reemplazar los brotes de helechos que ya me tenían hartos.

La huella me condujo hasta un sitio donde el cerro sólo estaba cubierto de arbustos. Desde allí pude ver una casa campesina en el fondo de la ladera. Cerca de las construcciones pastaba un grupo de vacunos. Aquella vivienda no era la que yo conocía.

Para llegar a la casa había que bajar por una ladera desprovista de arbustos. En la falda del cerro sólo se veían algunas dispersas matas de chupones. Salvo la montaña donde me encontraba, no existía ninguna otra vía de escape.

Aquel lugar no era apropiado para tomar contacto con los campesinos. Si ellos me eran hostiles tendría que regresar a la montaña bajo sus miradas y yo no quería delatar el lugar donde me encontraba. Además, si en la casa o cerca de ella había Militares, les iba a resultar muy sencillo dispararme mientras me encontrase en la ladera del cerro.

Desde el fondo de la abrupta quebrada que tenía a mi derecha, el inconfundible rumor de un estero cordillerano discurriendo entre las piedras, me invitaba a continuar mi camino en aquella dirección.

Comencé un peligroso descenso. En la pendiente, la escasa vegetación me prestaba poca ayuda al bajar. Después de descender cerca de cien metros, el canto del arroyo lo escuchaba con mayor claridad, pero seguía sin aparecer.

La tarde estaba llegando a su término.

Detuve mi descenso y avancé por la ladera en forma horizontal hasta salir a una pequeña elevación cubierta de tupidos matorrales. Allí armé mi campamento, cuidando de camuflarlo con ramas para que los tripulantes de la avioneta no pudieran descubrirlo desde el aire.

Bienvenida la clausura del Parlamento

Aquél día se dio a conocer una Declaración Pública sobre la clausura del Congreso Nacional, entregada la víspera por los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, las dos ramas del Parlamento chileno, ambos demócratas cristianos.

En la declaración, difundida once días después de haber sido clausurado el Parlamento, no existía una sola frase de protesta por el cierre del mismo. Esto era comprensible. Ambos personeros habían propiciado decididamente el alzamiento.

Consecuentemente, en aquel documento tampoco protestan en contra del Golpe Militar que acabó con la democracia y con la vida del Presidente Constitucional.

Faltando sin escrúpulos a la verdad histórica, la nota hacía recaer toda la responsabilidad de lo ocurrido en Salvador Allende, precisamente el hombre de honor que entregó su vida en defensa de los principios democráticos.

El regreso del helicóptero

Después de cobijarme en el saco de dormir escuché las noticias en la «BBC de Londres» y el programa «Escucha Chile».

Alrededor de las diez de la noche me despertó el ruido de un motor que se escuchaba nítidamente en medio del silencio de la noche. Había regresado el helicóptero, el sonido era el mismo que había escuchado en la ocasión anterior.

El helicóptero parecía volar lejos, al fondo del valle, a varios kilómetros de distancia de la montaña.

Escuché atentamente. El helicóptero parecía no moverse del lugar. De pronto me di cuenta de que me había equivocado y terminé riéndome de mí mismo.

Aquel ruido provenía de un motor a gasolina que activaba el generador eléctrico de una casa campesina. Me admiré de la distancia que recorría aquel sonido en el silencio de la noche.

No había escuchado en otras ocasiones aquel motor, debido a que el ruido nocturno no se escuchaba en el lado oriental de la primera cadena de cerros de la cordillera, donde yo había dormido la mayoría de las noches.

Aclarado el equívoco, me quedé dormido.

El bosque encantado

El 29 de septiembre, al despuntar el alba me despertó la lluvia que caía sobre mi cara.

Rápidamente levanté el campamento y me lancé pendiente abajo, entre los árboles, en dirección al arroyo que me llamaba desde el fondo de la quebrada.

El chorro de agua era pequeño, pero hacía mucho ruido al descender saltando y formando cascadas sobre un lecho de rocas.

Un poco más abajo del lugar donde me detuve a beber hasta saciar mi sed, el arroyo se precipitaba al vacío en un salto vertical de varios metros.

No pudiendo seguir el curso del estero, continué bajando por la ladera contraria de la quebrada hasta encontrarme en un intrincado sector del bosque jamás tocado por los madereros.

El lugar estaba completamente cubierto con los troncos de los árboles que, habiendo perdido la batalla por el sol, se habían secado y yacían derribados.

El entrecruzamiento de troncos, ramas, helechos gigantes y enredaderas hacían muy difícil avanzar. Las ramas secas cobraban vida y sujetándome me impedían avanzar por el bosque. Intentaban

arrebatarme la mochila. Como yo no cedía, me arañaban las manos y el rostro.

A medida que avanzaba sentía la mochila cada vez más pesada. Tenía que hacer mayores esfuerzos para levantarla, subirla arriba de los troncos, atravesados unos sobre otros en todas direcciones, y lanzarla al lado opuesto. Luego cruzaba la barrera subiéndome sobre los maderos, siendo arañado y pinchado por sus ramas. Decenas de veces repetí aquella operación, hasta que comencé a delirar.

Comencé a escuchar a mis hijas que, a duo y entre risas, me gritaban:

—¡Yá, papi! ¡Yá, papi! ¡Dále, papi! ¡Dále!

Pena máxima para los «subversivos»

Por medio del Bando Número 27, del 29 de septiembre, el Jefe de Plaza de la Provincia de Osorno, dispuso:

—VISTO: La necesidad de mantener el orden público dentro del territorio, velando por la seguridad de los ciudadanos y la estabilidad del Gobierno constituido.

ORDENO:

1.—Se aplicará la pena máxima o lo que resuelvan los Tribunales Militares en Tiempo de Guerra, a toda persona que en cualquier forma o por cualquier medio atentare en contra del orden público o del Gobierno constituido.

2.—Para estos efectos y sin que la enumeración sea restrictiva se estimará que atentan en contra del orden público o del Gobierno constituido:

a) Los que inciten o induzcan en cualquier forma a la subversión del orden público, a la revuelta o la resistencia al Gobierno.

b) Los que en cualquier forma castiguen, ofendan o ataquen a miembros de las Fuerzas Armadas, Carabineros, Investigaciones, o a quienes desempeñen funciones por mandato del Gobierno o a las familias de ellos.

c) Los que presten ayuda, oculten o faciliten la huída de personas que sean requeridas por la autoridad o que hubieren cometido algún delito contemplado en este Bando o en otras disposiciones.

Firmado: Lizardo Abarca Maggi, Teniente Coronel, Jefe de Zona en Estado de Sitio.

Los chupones

Cerca del anochecer salí del bosque encantado y subí a una elevación rocosa entre dos abruptas quebradas. Crecían allí, inclinados por la fuerza del viento, dos árboles gemelos cuyos troncos dejaban un espacio protegido de la lluvia, que me pareció apropiado para extender mi saco de dormir.

Después de preparar el lecho, ví que un poco más arriba de mi ubicación crecían unas matas de chupones. Subí y las examiné. Una de ellas tenía varias cajetillas con frutos.

Las finas, alargadas y flexibles hojas de esta planta tenían espinas curvadas hacia adentro, que me permitían introducir la mano con facilidad, pero me impedían sacarla.

Luego de varios intentos, logré sacar unos frutos agusanados, al precio de quedar con el dorso de las manos surcados de sangrantes y dolorosos rasguños. Finalmente, para mi alegría, saqué dos cajetillas con chupones maduros.

Devoré aquellos dulces frutos, saboréandolos lentamente.

Luego, entusiasmado con el hallazgo, revisé las otras matas. Sólo encontré frutos verdes. De todas formas, saqué una cajetilla para probarlos. Descubrí, lleno de gozo, que tenían el sabor y la consistencia de las alcachofas.

Antes de regresar al sitio donde tenía el saco de dormir y las mantas, me comí todos los frutos verdes que encontré. Después, mientras duró la luz del día estuve sacándome espinas de las manos con la pinza de mi cortaplumas.

Junto con la oscuridad, llegó la lluvia. Me introduje en el saco de dormir. En aquel lugar estaba bien protegido del agua por los troncos y el denso follaje de los árboles. Además era imposible que me pudieran descubrir desde el aire.

En la radio escuché que los Militares habían decidido suspender «transitoriamente» los reajustes automáticos de sueldos mínimos y de las pensiones, una conquista de los trabajadores chilenos que les permitía defender sus salarios, aunque malamente, de la permanente inflación de los precios. Con el correr de los meses, y de los años, los asalariados iban a poder comprobar qué entendían los Militares por «transitorio».

Las radioemisoras internacionales no cesaban de informar acerca de los sucesos que ocurrían en Chile. Después de escuchar las noticias me preparé a dormir, satisfecho con el rechazo que la Junta Militar provocaba en el mundo y con la sensación de bienestar que me producía el estómago a medio llenar con los chupones.

Prosigue la «Guerra Privada» del Capitán Fernández

En la madrugada del 29 de septiembre, una patrulla de Carabineros encabezada por el propio Capitán Fernández irrumpió en el domicilio de los hermanos Igor.

En medio de golpes, insultos y amenazas sacaron a Juan y a Gustavo y se los llevaron a la Comisaría de Rahue. Ya en el recinto policial, los hermanos fueron separados. Juan fue inscrito en el «Libro de Partes» y llevado a un calabozo; mientras Gustavo era incomunicado sin registrarlo en dicho libro.

Juan fue dejado en libertad ese mismo día cerca de las ocho de la noche. Al preguntar por su hermano, nadie le dio una respuesta.

Cerca de las 21 horas, el Sargento Águila sacó a Gustavo de su celda y lo bajó al sótano de la Comisaría. Allí lo torturaron hasta que el joven perdió el conocimiento.

Después de la medianoche, en un furgón policial lo llevaron al puente colgante sobre el río Pilmaiquén, donde lo mataron. Luego ensacaron el cadáver y lo lanzaron a las aguas del río.

(El 9 de enero de 1974, unas personas que rastreaban el río Pilmaiquén, encontraron el mutilado cadáver de Gustavo Igor y lo llevaron a la morgue local, donde fue reconocido por sus familiares)

La inutilidad de la brújula

El 30 de septiembre, temprano por la mañana, subí a un roquerío a observar los alrededores con la finalidad de orientarme. La brújula no me había servido de nada en aquellos intrincados senderos de la cordillera. Como las sendas siguen las caprichosas formas de los

cerros cubiertos de vegetación, allí la orientación se pierde a cada paso.

Al principio de la travesía por la ruta imposible había tratado de guiarme por la brújula, pero el rumbo sur, que desde el principio había decidido seguir, la porfiada naturaleza de la montaña lo había transformado en un sinuoso e interminable avanzar y retroceder.

La brújula había sido completamente inútil. Por eso me la saqué de la muñeca, donde a cada momento corría el riesgo de romperse, y la guardé en uno de los bolsillos interiores del chaquetón. Sólo la consultaba antes de iniciar la jornada diaria y al término de ella.

Desde la ubicación en que me encontraba aquel día pude ver las cadenas de cerros, cubiertos de vegetación y restos de niebla, extenderse hacia el sur semejando un océano de olas petrificadas.

Hacia el este, unos abruptos lomajes de pastizales, decorados con oscuros manchones de zarzas, reemplazaban el valle que había divisado días atrás.

La manta pequeña

La altura donde había pasado la noche estaba rodeada de quebradas. Decidí bajar hacia el sur, según indicaba la brújula.

La pendiente era muy inclinada en los primeros metros pero, sujetándome en los arbustos, bajé hasta un sector donde la ladera era menos abrupta.

Allí la erosión había hecho ya parte de su destructivo trabajo. La capa de musgo había desaparecido, dejando la roja greda al descubierto. El terreno estaba muy resbaloso a causa de la lluvia.

Más abajo llegué a un corte entre los cerros con una pequeña corriente de agua en el fondo. Como de costumbre lancé la mochila al vacío y bajé tras ella.

Al recoger la mochila descubrí que faltaba la manta pequeña, que llevaba amarrada en la parte superior. Pensé no regresar a buscarla, pero al recordar la utilidad que me había prestado hasta ese momento, escalé la pendiente de regreso.

Fue difícil y cansador trepar por la resbaladiza greda, pero la manta no estaba muy lejos. En el suelo, el pequeño rollo de tejido parecía un perrito esperando a su amo. Alegre, la recogí y regresé a donde había dejado la mochila.

Agarrándome con dificultad de unas matas de quilas subí por el corte que había labrado el estero hasta alcanzar los primeros árboles de la pendiente contraria a la ladera por la cual había bajado. Allí el bosque crecía en un terreno muy inclinado.

Me senté a descansar. Entonces me dí cuenta de que había extraviado el jockey de cuero. Como estaba muy cansado, no tuve ánimos para regresar a buscarlo y lo dejé para después.

En aquel momento pasó la avioneta volando de sur a norte, pero su presencia no me preocupó. A causa de la exuberante vegetación del lugar donde me encontraba, era imposible que me descubrieran desde el aire.

En aquella pendiente, el viento había derribado un coigüe de grandes dimensiones. Al caer, las raíces del coloso habían levantado la tierra dejando una caverna debajo de su enorme tronco.

Con la ayuda de un palo profundicé y emparejé la tierra debajo del árbol. En aquel lugar la tierra estaba completamente seca, indicando que hasta allí no llegaba la lluvia.

Después de introducir la mochila en el espacioso hueco debajo del tronco, con la manta chica hice una especie de cortaviento y botagua sobre la entrada. Luego extendí mi cama y me acosté.

Quince días de marcha

Durante toda la mañana del primero de octubre llovió a raudales, mientras el fuerte viento agitaba con gran entusiasmo la vegetación de la montaña y hacía ondear la manta que protegía la entrada de mi campamento, debajo del árbol caído en la ladera.

Al revisar mis anotaciones, comprobé que cumplía quince días intentando cruzar la cordillera. Para celebrarlo decidí no levantarme.

Poco después del mediodía cesó la lluvia y el viento se calmó. Un par de horas después, la avioneta de reconocimiento sobrevoló la montaña. En aquella ocasión pasó lejos del lugar donde yo me encontraba.

Permanecí dentro de aquella acogedora cavidad el resto del día, descansando, escuchando la radio, contemplando la vegetación y pensando en lo que iba a hacer cuando me encontrara con los camaradas que estaban en el fundo.

La pancora

El 2 de octubre desperté con la gran tentación de permanecer otro día en aquel refugio. A fin de forzar la continuación de la marcha, antes de levantarme me serví la ración diaria de harina tostada mezclada con azúcar. Tal como lo había pensado, al poco rato la sed me obligó a partir.

Quise continuar hacia el sur, pero la topografía del terreno lo hizo imposible. Me ví obligado a descender a un barranco donde se escuchaba discurrir a un río cordillerano.

Antes de meterme al agua, única vía para seguir avanzando, tuve que pasar sobre las espesas matas de quilas que cubrían de lado a lado la corriente. Lo hice de la misma forma como antes lo había practicado, es decir, llevando la mochila por delante y arrastrándome detrás de ella con las piernas y los brazos extendidos.

De pronto me dí cuenta de que con el ruido del agua me sería imposible escuchar al avión si éste se aproximaba. Además, mi figura tendida sobre las matas de quilas era muy visible desde lo alto. En el primer hueco entre las quilas baje al lecho del río y seguí caminando debajo de las ramas.

El riacho no era profundo, sólo me llegaba a las rodillas, pero el agua era muy fría. En un lugar donde había unos troncos sumergidos, traté de capturar camarones con las manos. Sólo logré atrapar una pequeña pancora, un cangrejo de agua dulce, y me la comí cruda.

Más adelante el estero pasaba por un bosque, donde salí del agua. Me saqué la ropa mojada, la estrujé y la tendí en las ramas bajas de los árboles.

En una suave pendiente había matas de chupones a las cuales les saqué los frutos que aún estaban verdes. Comí todos los que pude, hasta hartarme.

Luego me lavé las manos en el arroyo, sin poder sacarme el limo que se me había inscrustado, como un tatuaje, en los rasguños.

El lugar me pareció apropiado para levantar mi campamento. Con calma, como en una excursión deportiva, hice una choza con las abundantes ramas a mi alcance.

La ramada que levanté junto al riacho estaba a su vez protegida por el follaje de los árboles que crecían en aquel bello sector de la montaña.

Los abogados se «abstienen»

El 2 de octubre, el Diario «La Prensa» publicó la Declaración del Presidente de la Asociación de Abogados de Osorno:

—Los abogados de nuestra ciudad, en su última sesión, teniendo presente la gran demostración de patriotismo y sacrificio realizada por las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, en orden a exponer sus vidas, carreras profesionales y bienestar de sus familias, entre otras cosas, a fin de volver a la Patria a los cauces normales y extirpar la cizaña del comunismo, acordaron aconsejar a sus colegiados democráticos abstenerse de ejercer defensas de reos que signifiquen atropellos a la economía, libertades, leyes y Constitución Política, cuyo conocimiento esté entregado a los Tribunales Militares en Tiempo de Guerra.

La intervención de las Universidades

Al anochecer, el locutor de la «Cadena Nacional», leyó:

—Considerando la necesidad de facilitar la unificación de criterio en la dirección de la Enseñanza Superior, la Junta de Gobierno designará en su representación «Rectores-Delegados» en cada una de las Universidades del país.

El asalto a las Universidades había comenzado. El carácter fascista de la Junta Militar, se ponía cada día más en evidencia.

Don Edgardo, el iluso Rector de la Universidad de Chile, comprobaba aquel día, demasiado tarde, que de nada le había valido asistir a «orar por la paz» y rendirle pública pleitesía a los Generales Sediciosos. Tampoco le había servido haber facilitado el Salón de Honor de la Universidad para que funcionara el «comando» que coordinaba a los gremios patronales durante el paro sedicioso contra el Gobierno Democrático. Aquel día, el ex Rector y don Lalo, eran los ciudadanos demócratacristianos más decepcionados de Chile.

El asalto a las arcas fiscales

A continuación, la radio informó que la Junta Militar había otorgado una «asignación mensual especial», agregada a los sueldos de los valientes soldados de las Fuerzas Armadas y de los Carabineros. Este sobresueldo, de carácter permanente y con efecto

retroactivo a partir del primero de julio de 1973, fue la recompensa por haber «salvado la Patria».

Por su parte, los reclutas recibieron un veinte por ciento de la asignación mensual especial, más una bonificación extraordinaria de 5.000 escudos, por una sola vez.

Los Generales Golpistas habían iniciado el asalto a las arcas fiscales repartiendo entre sus subordinados la parte del botín que no enviaron a los bancos suizos. De aquel modo pagaban al contado la obediencia total y servil, que ellos llamaban «irrestringido respeto a la verticalidad del mando».

Siguiendo mi rutina diaria, después de escuchar las noticias de las emisoras internacionales, me quedé dormido.

El muro de zarzas

Al alba me despertaron ladridos de perros mezclados con mugidos de vacunos y los gritos de dos hombres.

Con rapidez recogí mis cosas y subí al cerro, internándome en la espesura, porque quería tener la iniciativa cuando se produjese mi primer encuentro con los campesinos.

A media mañana me encontraba descansando bajo un árbol de escaso follaje, cuando la avioneta de reconocimiento sobrevoló las cumbres de la cadena de cerros de la que yo había descendido el día anterior.

En aquel sector, el monte presentaba señales de haber sido talado pocos años atrás. Aún estaban sin cubrirse de matorrales los caminos madereros. Seguí uno de éstos hasta que el sol estuvo alto y comenzó a calentar. Aproveché sus rayos para secar mis ropas,

colgándolas camufladas entre las ramas. Tendido bajo el sol, dormí una corta siesta.

Después de descansar me vestí y seguí la huella, dando una vuelta completa en torno al cerro. A media tarde había regresado al punto de partida. Volví a tender mis ropas hasta que los rayos del sol fueron reemplazados por las sombras de los arbustos. Luego de vestirme inicié el descenso hacia el sur.

Bajé en aquella dirección hasta llegar a una quebrada a la cual no bajé porque en aquel lugar era muy inclinada y profunda. Por la ladera del cerro, siempre a la misma altura, caminé hasta un tupido muro de amenazantes zarzas que me impidió seguir avanzando.

Retrocedí unos cincuenta metros y me tendí a descansar debajo de unas frondosas matas de quilas. Estando allí me dí cuenta de que la hora había avanzado y de que pronto empezaría a oscurecer.

Dando por terminada la exploración del cerro, en aquel lugar armé mi campamento y me acosté.

Aquella noche sintonicé, por vez primera, «Radio Habana».

En la pradera

El 4 de octubre, exactamente a las nueve de la mañana, me despertó el ruido de la avioneta que pasó sobre mi campamento, pocos metros más arriba de la copa de los árboles que cubrían las quilas.

No le hice caso porque los tripulantes del avión no podían verme y permanecí acostado hasta las diez.

Aquel día se cumplía el décimo octavo día en la ruta imposible de la montaña. Tenía el presentimiento de que estaba a punto de alcanzar mi meta.

Después de cargar mi mochila, estuve pensando en la forma de pasar entre las zarzas para continuar el descenso. Con mi cuchillo de monte me hice una especie de cayado con una larga rama de gualle que tenía un extremo grueso y contundente.

Con aquel bastón fuí golpeando las flexibles y espinudas ramas de las zarzas para luego pasar por el espacio abierto entre ellas. Cuando llegué al otro lado de las zarzas encontré un sendero con huellas de vacunos.

El sendero bajaba hasta un abrevadero que los campesinos habían hecho con troncos, aprovechando el desnivel del terreno por donde pasaba un arroyuelo. Era una especie de batea que el estero mantenía permanentemente llena de agua.

Examiné el lugar y no encontré huellas recientes ni de hombres ni de animales. Decidí tomar un baño y afeitarme.

El sol proporcionaba cierta tibieza, pero el agua estaba muy fría. Después de afeitarme y vestirme saqué algunas cajetillas de chupones de las matas que había en la colina por la cual bajaba una huella de animales hasta el abrevadero.

Las semillas de los chupones habían comenzado a madurar y los frutos ya no sabían a alcachofas. Tenían un fuerte sabor mucre y ácido, que los hacía incomibles.

Cerca de las tres de la tarde salí de aquel potrero hacia la vecina pradera, atravesando un viejo portón con el aspecto de haber permanecido cerrado durante mucho tiempo.

Río Verde

Caminé hacia el sur por un sendero que bordeaba la pradera de pastizales. Atento en todo momento a la aparición de la avioneta de reconocimiento, llevaba la mochila como si fuera una maleta. Si el avión hubiese aparecido sobrevolando la meseta, yo habría dejado con disimulo la mochila entre los matorrales a la vera de la senda, para seguir mi camino, sin tratar de esconderme ni demostrar temor. Pero la avioneta no apareció.

Más adelante, donde el sendero comenzaba a descender a un profundo y estrecho valle, encontré un piño de novillos pastando. Sin dejar de comer, los animales me miraron pasar.

Desde aquel lugar se podía ver un río cordillerano que corría por el fondo del valle, siguiendo un lecho de piedras. En la ladera del cerro de la ribera contraria se divisaban dos casas campesinas.

Estuve largo rato examinando aquellas viviendas, a la espera de la caída de la tarde. Tenía la intención de dirigirme, al anochecer, a la más modesta de las dos.

Cuando comenzó a atardecer inicié el descenso por la inclinada pendiente. La senda bajaba zigzagueando entre matorrales y árboles de regular tamaño.

En mitad del descenso escuché, al otro lado de una quebrada cubierta de vegetación que había a mano izquierda, a una pareja de campesinos que conversaban en voz alta. Al poco rato comprobé que también iban bajando hacia el río.

Invisible para ellos los acompañé hasta un lugar desde donde pude ver el río. Ahí me detuve y dejé que ellos se adelantaran. Las voces de los campesinos se alejaron hacia la derecha, remontando el curso del río.

Cuando calculé que faltaba alrededor de una hora para la llegada de la noche, bajé hasta el lecho del río. Desde aquel lugar, mirando hacia arriba sólo se veía una de las casas campesinas de la ladera opuesta.

Los campesinos habían seguido por la ribera izquierda del río, por un sendero paralelo a su curso. En el fango estaban marcadas las botas de un hombre y de un niño, junto a unas huellas de vacunos.

Había muchas huellas antiguas en ambas direcciones, por lo que comprendí que el sendero era usado continuamente por las mismas personas.

Más adelante, el sendero llegaba a una pequeña vega donde, doblando a la derecha, se alejaba del río.

Desde el recodo pude divisar en aquel sector otras dos casas campesinas de modesta apariencia. El humo salía apaciblemente por sus chimeneas.

Volví sobre mis pasos. Escondí la mochila entre unos arbustos alejados del sendero. Me colgué la pistola del cuello con una soga y la disimulé debajo del chaquetón. Quería dar la impresión de andar desarmado y al mismo tiempo tener las manos libres. Tenía que estar preparado, pues no sabía con quién me iba a encontrar.

Doblé la curva del sendero y aparentando tranquilidad me dirigí a la casa más cercana. Me acerqué resueltamente pero precavido.

Cuando me encontraba a menos de cincuenta metros de la vivienda, dos perros me vieron, comenzaron a ladrar y se me vinieron encima amenazantes. Con mi bastón los mantuve a raya, cuidando de no hacerles daño.

A pesar de la amenaza de los canes, que sin dejar de ladrar corrían a mi alrededor, en todo momento seguí acercándome a la vivienda. Cuando sólo me separaban unos cuarenta metros de la casa, salió un campesino.

Hizo callar a los perros, que le obedecieron de inmediato, aunque se quedaron alertas, cerca de su amo.

—¡Buen día! —le dije.

El campesino respondió a mi saludo mirándome con atención.

Era un hombre joven, bajo y delgado. En su cara chispeaban sus ojos negros. Me miraba de frente, ladeando un poco la cabeza.

Me llamó la atención este detalle porque los campesinos, por lo general, bajan sus ojos ante los extraños y no miran de frente.

La primera idea que se me ocurrió, dado su aspecto juvenil, fue que su padre le había enviado a ver quién era el recién llegado.

—¿Cómo se llama este lugar? —le pregunté.

—Río Verde.

LA GENEROSIDAD CAMPESINA

El campesino se mantenía tranquilo, observando con atención mis botas, mi ropa y mis manos, sobre todo mis manos.

A mi vez, yo hacía otro tanto con él, tratando de interpretar correctamente cada uno de sus gestos; de captar cualquier signo de desconfianza, de miedo o de nerviosismo; preguntándome si aquel campesino era o no un compañero.

Dándome tiempo, le pregunté:

—¿De quién son estas tierras?

—De la Fundación Mathei —me respondió—. Pero el fundo está intervenido.

Su última frase, fue clave.

“Este es el fundo”, pensé con alegría.

Aunque el camarada Darío me había asegurado, durante la campaña electoral, que en aquel fundo todos los campesinos eran socialistas, en aquel momento yo dudaba, porque nunca se sabe.

Arriesgándome a dar un paso en falso, le pregunté:

—¿Han venido los Militares?

—Los Militares, no. Pero los Carabineros estuvieron en las casas del fundo.

Indicando en la dirección de donde yo había venido, agregó:

—Aunque parece que ahora hay Militares acampados al otro lado de aquellos cerros

Yo seguía dudando, no me atrevía a pedirle ayuda. Si me equivocaba, tenía el recurso de mi pistola. Podía amenazarlo con

ella. Pero no me decidía a hacer algo tan drástico en contra de un campesino indefenso.

De pronto, el hombre sonrió. Fue como si me abriera su alma.

—Vengo saliendo del monte —le dije, sin poder evitarlo—. ¡Necesito ayuda!

El campesino se puso serio, pero no se movió. Por primera vez bajó los ojos y los posó alternativamente en mis botas y en mis manos. No capté ningún movimiento que demostrara preocupación o nerviosismo. Sólo estaba pensando. Luego volvió a mirarme a la cara.

—Bien —me dijo con toda sencillez—, pase a tomar onces con nosotros.

—Mi nombre es Hugo —le dije, dando un paso al frente y estirándole mi mano.

—Yo me llamo Eladio —me respondió, al tiempo que me estrechaba la mano.

Las onces campesinas

La casa era pequeña, con ventanas con vidrios, paredes de madera sin forro interior, piso de tablones y techo de tejuelas de alerce. Tenía dos dormitorios, uno de los cuales usaban como bodega.

Desde el exterior se entraba a una habitación rectangular que abarcaba la mitad de la casa. Esta pieza hacía las veces de cocina y comedor. Una cocina de hierro a leña, con tres platos y hornillo, permanecía encendida día y noche calentando toda la casa.

Don Eladio tenía alrededor de treinta años de edad, aunque aparentaba mucho menos. A pesar de su delgadez era muy fuerte, ágil e inteligente.

Doña Elisa, su mujer, era baja, delgada y estaba embarazada. Había cumplido veintitrés años pero, al contrario de su marido, se veía mucho mayor.

Con ellos estaba Rosalino, uno de los hermanos menores de don Eladio. En aquellos días, ambos se encontraban haciendo leña para todos los trabajadores del predio. Rosalino vivía habitualmente con sus padres en las ex casas patronales del fundo.

Me sirvieron té de yerba mate, pan amasado recién salido del horno y papas cocidas sazonadas con un caldito de ají picante que don Eladio preparaba echando chorritos de agua hirviendo y sal, a medida que se necesitaba, en un mortero de madera donde yacían machacados unos ajíes «cacho de cabra».

Del mortero íbamos sacando el caldito con una cuchara y lo regábamos sobre las humeantes papas que doña Elisa iba poniendo en los platos, a medida que las anteriores desaparecían en nuestras bocas.

Creyendo que aquella era la última comida del día, acepté repetirme de todo.

El calendario que colgaba en la pared al lado de la ventana, mostraba que aquel día era el jueves cuatro de octubre. Don Eladio marcaba el paso del tiempo haciendo una cruz sobre las fechas transcurridas.

“Dentro de una semana”, pensé, “la Dictadura Militar cumplirá un mes en el poder.”

El pollo a la cacerola

Conversando sobre mis aventuras en la montaña, les conté que mi régimen alimenticio había consistido únicamente en harina tostada con azúcar, brotes nuevos de helechos y chupones verdes.

Quedé muy sorprendido ya que al escucharme, doña Elisa no pudo reprimir las lágrimas.

—¿Y no le daban ganas de comer otra cosa?

—¡Cómo no! Soñaba con un pollo a la cacerola y una botella de vino tinto.

—Vino no tenemos, pero ¿quiere que le prepare un pollito?
—me preguntó doña Elisa, sonriendo.

A pesar de que se tapó la boca con una mano, su sonrisa me mostró su incompleta dentadura. Entonces comprendí por qué su rostro se veía hundido y avejentado.

Pensando que la oferta de cocinar un pollo se refería al futuro, a los días siguientes, le respondí:

—¡Claro que sí! Pero yo se lo pago.

Sin prestar atención a mi oferta, doña Elisa le dijo a su marido que mandara a su hermano a comprar chicha de miel a la casa vecina. El compañero respondió que iría él mismo y, sin decir más, tomó una chuica de cinco litros con forro de mimbre y la fue a enjuagar al estero que pasaba frente a la vivienda.

Salí en pos del dueño de casa para decirle que no le contara al vecino que yo era un perseguido político, aunque no le había dado mi verdadero nombre.

Don Eladio me respondió, sonriendo con picardía campesina, que había pensado decirle al vecino que yo era un pariente de su señora que había llegado de visita.

La ocurrencia del compañero era perfecta. Su mujer no era del sector y la gente del fundo no conocía a su parentela.

Mientras don Eladio iba a la casa del vecino, doña Elisa salió al patio acompañada de Rosalino y en un dos por tres regresaron con un pollo al que le habían tirado el cogote.

Rosalino trajo agua en un balde, llenó una gran olla hasta la mitad y la puso sobre la cocina. En tanto el agua comenzó a hervir, doña Elisa retiró la olla del fuego y metió el pollo adentro. Unos instantes después, tomándolo de las patas lo sacó chorreando agua. Lo colocó en un lavatorio enlozado y comenzó a desplumarlo.

Cuando el pollo estuvo desnudo, lo destripó y lo despresó. En una olla echó un poco de manteca y puso a freír un par de cebollas cortadas en rebanadas. Luego puso en el tiesto las presas del pollo, unas papas cortadas en cuatro, dos jarritos de agua, un ají seco machacado, sal, diversos aliños secos que colgaban de la muralla detrás de la cocina y hierbas frescas que había ido a buscar a la huerta.

Cuando don Eladio regresó con la damajuana llena con chicha de miel, la cacerola con el pollo ya había comenzado a hervir.

Mientras sobre el campo caía una lluvia torrencial, nosotros estuvimos junto a la cocina, conversando y bebiendo chicha dulce en plena fermentación, hasta que el pollo estuvo listo.

—Suerte que llegó —me dijo don Eladio en broma—. ¡Por fin voy a probar un pollo de los que mi mujer tenía de reserva!

Doña Elisa se puso colorada y todos nos reímos.

Durante la comida mis anfitriones estuvieron muy amables y relajados, esmerándose por atenderme.

“Aquí puede pasar la noche”

Después de cenar estuvimos conversando de diversos temas hasta que, bien entrada la noche, les dije:

—Ha llegado la hora de irme.

—¿Y dónde va a pasar la noche? —me preguntó doña Elisa.

—Por ahí —le respondí.

—¡Está lloviendo muy fuerte!

—Ya encontraré un lugar apropiado.

—Podría haber dormido aquí en la casa —terció don Eladio—. Pero mi hermano está ocupando la cama que tenemos en la bodega.

—No se preocupe, yo estoy acostumbrado a dormir a la intemperie.

Permanecimos unos instantes en silencio.

—Le puedo preparar una cama en la cocina vieja —me dijo don Eladio.

Le agradecí su oferta, informándole que por cama no se preocupara porque yo andaba trayendo una mochila con mantas y un saco de dormir.

Don Eladio me acompañó a buscar la mochila y al regreso entramos a una construcción de una sola pieza, separada de la casa, donde había un fogón. Antiguamente aquella rancha había servido de cocina.

En el centro de la pieza, directamente sobre el piso de tierra, estaba el fogón, que se encontraba en desuso desde la instalación en la casa de la cocina de hierro fundido.

En un extremo de la habitación, don Eladio había construido un corralito donde por las noches encerraba al ternero, mientras fue pequeño, para apartarlo de la vaca que les daba la leche.

Don Eladio despejó de trastos y herramientas una tarima de tablones adosada a una de las murallas.

—Aquí puede pasar la noche —me dijo.

Después de ayudarme a tender mi cama, don Eladio se fue dándome las buenas noches, aunque extrañado porque no le quise aceptar una frazada extra.

Mi negativa se debió a que mi ropa de cama era suficiente y también a que pensé que si por la noche venían los Militares y me veía obligado a escapar, a los campesinos le iba a resultar difícil explicar la presencia de ropa de cama en la cocina vieja.

Continúa la matanza en Entre Lagos

Aquella noche, alrededor de las diez, un Dirigente Sindical y cuatro campesinos que se encontraban detenidos en el Retén de Carabineros de Pilmaiquén, fueron sacados de la unidad policial.

Los Carabineros los llevaron hasta el borde del acantilado del salto del río Pilmaiquén y allí los mataron a balazos. Luego abrieron sus cuerpos en canal y los lanzaron al agua.

Los restos mortales de estas personas no fueron encontrados. No obstante, la Fiscalía Militar de Valdivia entregó a sus familiares los certificados de defunción de tres de ellos.

La guitarra

Desperté a la medianoche, sintiéndome muy mal. Camino a la puerta de la rancho, sólo alcancé a llegar al corralito, donde vomité la mitad de todo lo que había comido antes de acostarme. La otra mitad la expulsé durante el resto de la noche, en partes iguales, por ambos extremos. Mi organismo no resistió el repentino exceso de comida.

Llovía con fuerza al acostarme y continuaba lloviendo en la madrugada. Antes del amanecer guardé todas mis cosas dentro de la mochila y salí de la rancho.

Subí por la ladera del cerro hasta cruzar el cercado de troncos que circundaba el potrero donde pastaba el caballo de don Eladio. Al otro lado de aquel cerco había una quebrada con vegetación que alcanzaba hasta el bosque de la cima del cerro.

Escondí la mochila quebrada arriba y regresé hasta el cercado. Desde allí se podía ver una de las dos casas campesinas ubicadas en la ladera contraria, el sendero que subía desde el río a la planicie, la casa de don Eladio y la de su vecino.

Estuve observando aquel tranquilo paisaje matinal hasta que, por sobre el rumor del río, sobresalieron los ruidos que indicaban que mis anfitriones ya se habían levantado.

Don Eladio salió bajo la lluvia con un balde, lo llenó con agua del estero y regresó de prisa a su casa. Poco después salió al portal y lanzó al patio el agua de un lavatorio. Otro tanto hicieron su mujer y su hermano.

Algunos minutos más tarde, Rosalino salió al patio, lo cruzó a la carrera y entró a la rancho del fogón donde yo había pasado la mayor parte de la noche. Transcurridos unos momentos, de nuevo corriendo bajo la lluvia, el joven regresó a la casa.

Estimé que había llegado el momento de hacerme presente.

Lo primero que me preguntaron fue por qué no estaba en la cocina vieja. Yo les conté, omitiendo los detalles desagradables, lo que me había sucedido aquella noche.

Desayuné con ellos, comiendo esta vez en forma moderada. Afortunadamente, no volví a sentirme mal.

Los campesinos que laboraban a la intemperie, no trabajaban los días de lluvia. Como aquella mañana llovía sin parar, don Eladio y Rosalino no fueron a cortar leña.

Mientras conversábamos, don Eladio tomó la guitarra de Rosalino, que se encontraba colgada de uno de los muchos clavos que había en las murallas de la cocina, y comenzó a pulsar las cuerdas. Su hermano le dió algunas cortas intrucciones y, casi de inmediato, don Eladio comenzó a sacar notas del instrumento. Al cabo de unos minutos, tocó una corta melodía.

—¿Así que toca la guitarra? —le dije.

—Es la primera vez que tengo una guitarra en mis manos.

Pensé que estaba bromeando, pero era cierto. Lo confirmaron su mujer y su hermano.

La sensación de seguridad

Después de almuerzo dejó de llover y los campesinos salieron a cumplir con su trabajo.

Aproveché la tarde para realizar un rápido reconocimiento operativo en la ladera del cerro detrás de la casa. Un sendero subía por el borde de la quebrada y luego se dividía. La bifurcación de la derecha bajaba a la quebrada hasta el estero que corría por el

fondo. Allí don Eladio había abierto a machetazos el último tramo de aquella brecha, para que su caballo pudiera bajar a beber.

El sendero de la izquierda subía hacia la parte superior del cerro hasta penetrar bajo los frondosos árboles. En caso de emergencia, aquella pendiente ofrecía algunas posibilidades de huída.

Regresé al anochecer. Me reprocharon no haber ido a tomar onces con ellos, pero yo les aseguré que me bastaba con compartir el desayuno y la cena.

Aquella noche no volví a dormir en la ranca del fogón. Tampoco lo hice en los días siguientes. Me sentía mejor bajo los árboles, al borde de la quebrada. Allí tenía la sensación de seguridad que había perdido dentro de la cocina vieja.

Las viviendas podían ser fácilmente rodeadas durante la noche, mientras uno se encontraba durmiendo. En cambio, sin conocer mi exacta posición en el monte, a los Militares le sería muy difícil tenderme un cerco completo. En este caso, siempre habría alguna posibilidad de escapar.

Pronto doña Elisa se acostumbró a verme llegar a comer sólo una vez al día.

El «enfrentamiento» en Bahía Mansa

Bahía Mansa debiera llamarse caleta brava, porque no es bahía, sino caleta; ni es mansa, sino llena de traicioneras corrientes. A poco de inaugurarse el muelle, el primer barco que visitó Bahía Mansa naufragó en los roqueríos a la salida de la caleta, sorprendido por las corrientes submarinas.

De aquella forma murió la ilusión de los osorninos de contar con un puerto. Idea introducida por los descendientes de los colonos alemanes quienes, durante la Segunda Guerra Mundial, recibían en Bahía Mansa las armas que les llevaban los submarinos nazis.

Atraídos por la esperanza de que iba a funcionar un puerto, centenares de cesantes, de pobladores sin casa y de campesinos expulsados de los fundos de Osorno y de las Provincias vecinas, poblaron los cerros de Bahía Mansa.

Al cerrarse el puerto, como consecuencia del naufragio, la mayoría de los recién llegados se fue de la zona, pero allí se quedaron los desamparados que no tenían a dónde ir.

Desde entonces, Bahía Mansa contaba con una población estable de varios centenares de habitantes. Aquellos desventurados, sin ingresos fijos, sobrevivían muy por debajo del nivel de extrema miseria.

El 11 de septiembre, luego de conocerse el Alzamiento Militar, un grupo de jóvenes partidarios de la Unidad Popular se trasladó a un sector cercano a Bahía Mansa. Unos días después fueron sorpresivamente atacados por fuerzas de Carabineros. Tres de ellos buscaron refugio en la choza de un pescador de Bahía Mansa.

El 5 de octubre irrumpió en aquella ranca un contingente de Carabineros de Rahue y del Retén de Bahía Mansa. Hicieron salir a los jóvenes y, sin mediar palabra, les dieron muerte.

Entre ellos cayó el Presidente del Comité Provincial de la Unidad Popular de Osorno, un joven militante del Partido Radical.

El Jefe de Plaza informó que los tres jóvenes eran extremistas y que habían resultado muertos “cuando el grupo llevó a cabo una acción terrorista contra el Retén de Bahía Mansa”; que

“estaban involucrados en un plan subversivo contra las Fuerzas Armadas”, y que “en su poder se había encontrado gran cantidad de armamentos y explosivos.”

Aquel mismo día desapareció sin dejar rastros el hermanastro de uno de los ejecutados en Bahía Mansa, cuando iba a dicho lugar llevándole alimentos a su familiar y sus acompañantes.

Reinaldo Huentequero

Reinaldo Huentequero estaba casado con María Queule y tenían cinco hijos: el mayor de nueve años de edad y el menor, de dieciocho meses.

La vivienda del matrimonio había sido construída en la ladera de una pequeña elevación del terreno, cuya pendiente terminaba al borde del camino de tierra que, siguiendo las sinuosidades del terreno, unía las casas de la colonia Mantilhue.

La casa se calentaba con el fuego que ardía permanentemente en una pequeña cocina de hierro fundido. María se pasaba casi todo el tiempo en aquella habitación preparando la comida para su marido y sus hijos; amamantando a su hijo menor, y haciendo pan con sus hacendosas manos que amasaban la harina con fuerza y destreza.

El resto del día lo ocupaba en ordeñar a la vaca; dar de comer a media docena de gallinas alborotadoras y chismosas, a los flacos y descoloridos perros y a los chillones cerdos de olor penetrante; lavar y remendar la escasa ropa de la familia; hilar lana cruda de oveja; tejer chalecos y calcetines para sus hijos, su marido

y ella misma, y desmalezar la huerta donde las verduras crecían bajo la cálida mirada de sus verdes y misteriosos ojos.

En ocasiones, y sólo por breves instantes, María se quedaba en silencio, quieta, mirando al cielo como hipnotizada, sin siquiera pestañear, observando volar entre las nubes a los grandes pájaros negros que vigilaban atentos desde la altura. En aquellos momentos recordaba el sueño que había tenido y se estremecía.

Sus hijos, como todos los demás niños campesinos, habían aprendido desde pequeños a valerse por sí mismos y a prestar ayuda en los quehaceres de la casa. El mayor de ellos estaba encargado de apartar al atardecer el ternero de la vaca, que su madre ordeñaba por la madrugada, mucho antes de preparar el desayuno. Todas las tardes, secundados por los perros a los cuales esta faena siempre les resultaba muy divertida, los niños rodeaban el pequeño rebaño de ovejas para encerrarlo en el corral de estacones levantado cerca de la casa.

Antes del camino pasaba un estero, que en la propiedad de Reinaldo formaba un pantano cubierto de juncos donde los tres gansos sobrevivientes del hambre del invierno buscaban comida en el fango y media docena de patos negroverdosos sumergían sus cabezas en el lodo, levantando sus patas al aire al darse impulso.

El reducido terreno familiar apenas les permitía mantener la vaca parida, que cada día les proporcionaba unos pocos litros de leche; media docena de ovejas indianas, y tres famélicos chanchos que rondaban la casa prestos a abalanzarse sobre los desperdicios y, al menor descuido de María, introducirse en el sembrado de papas.

Para sobrevivir, Reinaldo, y los demás pequeños agricultores de la colonia, debían trabajar a sueldo en los fundos cercanos.

Los campesinos apenas si tenían conciencia de sus miserables condiciones de vida, pues todos los vecinos del entorno vivían en la misma forma.

Una perra de color indescifrable y sus dos cachorros de padres desconocidos, formaban la guardia de la casa. Cada vez que sentían ruidos extraños en la cercanía o que alguien se acercaba a la vivienda o pasaba por el camino, armaban un gran alboroto con sus destemplados ladridos. El menor de los perros ladraba siempre por cualquier cosa, era el primero en comenzar y el último en callarse.

El sábado 6 de octubre estaba frío y llovía. Después de almorzar, toda la familia se había quedado en la cocina. Reinaldo y María tomaban mate comentando las noticias que circulaban de boca en boca. La tranquila y somnolienta conversación entretejía los rumores con los problemas concretos de la casa: que la harina estaba subiendo de precio todas las semanas; que había que reparar el techo del gallinero; que unos Dirigentes Sindicales campesinos habían desaparecido de sus casas; que el techo de la bodeguita también se goteaba; que se había visto cadáveres flotando en el río Pilmaiquén; que el cerco de la huerta se estaba cayendo solo de podrido; que el patrón del fundo vecino aún no había venido y no había nadie a quien pedirle un anticipo; que el serrucho apenas cortaba, que había que trabararlo y afilarlo; que los Carabineros recorrían los campos en las camionetas de los dueños de fundo; que el astil del hacha estaba por romperse, que habría que ir al monte a buscar un palo de luma para repararla; que no pensaba huir porque nunca le había hecho mal a nadie; que “si me fuera, qué sería de tí y de los niños”; “que estará de Dios que sucedan estas cosas”.

Reinaldo mateaba mientras sus hijos menores jugaban debajo de la mesa. De vez en cuando sopeaba un trocito de pan, que María recién había sacado del horno, en el caldito de ají picante preparado con agua hirviendo directamente en el mortero de piedra.

De pronto los perros comenzaron a ladrar y el cachorro, como de costumbre, se lanzó a la carrera hacia el camino.

—¿Quién podrá ser? —dijo Reinaldo.

El mayor de los niños se levantó con presteza y miró por la ventana a través del plástico semi transparente que reemplazaba los vidrios rotos.

—¡Vienen los Carabineros! —dijo.

Un pelotón de Carabineros armados de fusiles automáticos subía hacia la casa tomando precauciones de guerra. En el patio de la pobre vivienda, ante la extrañeza y el pánico de sus moradores, los uniformados se desplegaron tomando posiciones de combate, sin dejar de apuntar sus armas hacia la casa.

Los dueños de fundo que conducían las camionetas, se habían quedado en el camino protegidos detrás de sus vehículos.

Reinaldo se puso el sombrero y, sin chaqueta, se asomó a la puerta. Allí se encontró apuntado por una docena de amenazantes fusiles.

—¡Buenas tardes! —saludó el campesino, al tiempo que empujaba hacia adentro las cabecitas de sus hijos que se asomaban por sus costados—. ¿Qué se les ofrece?

—¿Reinaldo Huentequero?

—Pa' servirle.

—¡Arriba las manos!

—Pero, ¿qué he hecho yo?

—¡Cállate, mierda! ¡Manos a la nuca y camina pa' cá!

—¡Apúrate, desgraciado!

Vacilante, Reinaldo salió al patio, bajo la lluvia. El vacío que dejó en el rectángulo de la puerta lo llenó de inmediato su mujer.

—¿Qué pasa con mi marido?

—¡Atrás! —gritó amenazante un Carabinero que se interpuso entre la mujer y su esposo.

Al lado de María, cinco pares de ojitos miraban con espanto cómo su padre era castigado por los Carabineros. Al escuchar el llanto de sus hijos y los desesperados gritos de su mujer, Reinaldo se resistió a caminar, pero entonces arreciaron los culatazos. No le quedó más remedio que seguir hasta el camino.

Al ver cómo el fuerte viento agitaba las mantas de los Carabineros, mientras éstos golpeaban sin piedad a su marido, María recordó aquel sueño en el que los grandes pájaros negros descendían desde lo alto y se abatían sobre Reinaldo para destrozarlo a picotazos.

Entonces, gritó:

—¡No lo maten! ¡No lo maten!

Pero se arrepintió de inmediato, atemorizada, al recordar que su madre siempre le había dicho que los sueños malos no se debían contar, para que no salieran ciertos.

Desde el camino, en medio de los golpes y de la lluvia, Reinaldo escuchó los gritos de su mujer y se estremeció.

En la camioneta estacionada a la vanguardia había dos campesinos del lugar. Estaban sentados en el piso de la bandeja del vehículo, con las manos atadas. Antes de subir a Reinaldo junto a los campesinos, le amarraron las manos a la espalda.

Cuando todos los Carabineros estuvieron arriba de los vehículos, un Oficial ordenó:

—Al primer movimiento sospechoso: ¡Tiren a matar!

—¡A su orden, mi Teniente! —respondieron los Carabineros y luego se acomodaron en las bandejas de las camionetas, tapándose con sus mantas para guarecerse de la lluvia que, indiferente a estos luctuosos sucesos, caía con entusiasmo.

Cuando los vehículos se pusieron en marcha, Reinaldo pudo mirar hacia su casa. Vió a su mujer con el menor de los niños en sus brazos y a sus otros hijos formando un coro de llanto encaramados en los estacones del cerco de la huerta. Una vecina subía hacia su casa bajo el aguacero, cubriéndose la cabeza con un chal. Al tomar la camioneta la primera curva del camino, la escena desapareció de golpe y la lluvia, dándole de lleno en la cara, disimuló sus lágrimas.

Rumbo al pueblo de Río Bueno, los vehículos se fueron por el camino enripiado atravesando los campos cubiertos de fértiles lomas empastadas. Dando tumbos en los baches, las camionetas iban espantando a las bandadas de tordos que huían a refugiarse en las profundidades de los bosquecillos de las quebradas.

A la Comisaría de Carabineros de Río Bueno entraron por un portón que daba a una calle lateral. En el patio del recinto policial, los Carabineros bajaron a los prisioneros de los vehículos en medio de golpes, insultos y amenazas.

En la Sala de Guardia, los despojaron de sus documentos de identidad y objetos de valor y después, sin registrarlos en el «Libro de Partes», los encerraron en un pestilente calabozo.

Era una antigua caballeriza donde había otros tres campesinos, desconocidos para los recién llegados. Cuando los Carabineros cerraron las puertas de la pesebrera, los detenidos conversaron entre sí. Ninguno sabía el motivo por el cual había sido detenido y nadie se sentía culpable de nada.

Cada cual pensaba que, en su caso, había un error, una equivocación, un mal entendido que pronto sería remediado. Todos tenían la esperanza de que más temprano que tarde serían puestos en libertad.

Sin embargo, las horas pasaron y nada sucedía. Finalmente, la noche llegó junto con los primeros síntomas de desaliento.

Cerca de la medianoche, cuando los campesinos ya estaban dormitando, los despertó la puerta que se abrió con gran estrépito.

Entraron los Carabineros y a golpes los sacaron a todos al patio. Allí los subieron a un furgón cerrado y aseguraron las puertas por fuera. Un pelotón de Carabineros subió a un segundo vehículo y ambos furgones salieron de la Comisaría.

Los vehículos abandonaron Río Bueno por el camino viejo a San Pablo y por aquella vía llegaron hasta el puente colgante para peatones sobre el río Pilmaiquén.

Los Carabineros descendieron en silencio y se apostaron al borde del barranco. Un Oficial abrió las puertas del furgón, hizo bajar a los campesinos y les ordenó:

—¡Vamos, crucen el puente!

El río venía crecido con las últimas lluvias. Una decena de metros por debajo del angosto puente pasaban las aguas, oscuras y arremolineadas. Cuando el primer campesino de la fila llegó a la mitad del puente, los Carabineros comenzaron a disparar sus fusiles automáticos.

Reinaldo escuchó la primera ráfaga mezclada con los gritos de espanto y de dolor de sus compañeros y, sin pensarlo dos veces, saltó al río. Se sumergió profundamente y las aguas lo arrastraron. Salió a la superficie medio centenar de metros río abajo.

Los Carabineros corrían como fieras enloquecidas por la alta ribera, disparándole a los campesinos para rematarlos. Antes de

que la corriente lo alejara de los asesinos, Reinaldo recibió una ráfaga en una pierna.

Un Carabinero, que lo vió luchando para no hundirse, exclamó:

—¡Quedó uno vivo, mi Teniente! ¡Quedó uno vivo!

—¡Va herido, mi Teniente, yo le dí! —gritó otro.

—Entonces no irá muy lejos —dijo el Teniente—. Mañana lo rastreamos.

Reinaldo sentía su pierna izquierda inmovilizada. El dolor era intenso, pero el frío del agua le impedía perder el conocimiento. A duras penas podía mantenerse a flote. Braceando para no hundirse, se dejaba arrastar por la corriente salvadora.

Comprendía que su vida dependía del río, de la fuerza de la corriente que lo alejaba de los asesinos, pero sentía que las fuerzas lo estaban abandonando. Sólo el recuerdo de su mujer y sus hijos llorando frente a su casa, le daba ánimos para seguir luchando.

Por un momento le pareció estar soñando una dolorosa pesadilla. Se abandonó al sueño pero, inmediatamente, las aguas lo cubrieron. Entonces reaccionó y siguió luchando.

La distancia y el rumor del río finalmente apagaron los gritos de los Carabineros. También dejaron de escucharse los disparos.

Entre los arbustos de la orilla, sobre el barranco, divisó una lejana lucecilla. Era una casa campesina. No intentó salir del río en ese lugar pensando que aún estaba demasiado cerca de sus verdugos.

Flotando Río abajo, vio cómo otros puntos de luz asomaban y desaparecían al ser ocultadas por los matorrales de la ribera.

Sentía el cuerpo adormecido por el frío y perdió la noción del tiempo transcurrido. Le pareció escuchar de nuevo las

detonaciones y los gritos de dolor de sus compañeros. Comprendió que estaba delirando.

Una extraña sensación de abandono le producía el deseo, cada vez más irresistible de entregarse, de dejarse tragar por las aguas, de hundirse para siempre.

La pierna herida no la podía mover, le pesaba como un tronco. Comenzó a temblar. Primero le tembló la boca, luego le temblaron los brazos y, por último, sintió un calambre en el estómago.

Ya no resistía más, se estaba quedando sin fuerzas. Tuvo la certeza de que si no salía del río de inmediato, moriría ahogado sin remedio. Haciendo un esfuerzo supremo comenzó a bracear para acercarse a la orilla más próxima.

Con desesperación, se tomó de los mimbres de la ribera. A punto de desfallecer, comprobó con desaliento que los troncos y las raíces entreverados en el agua, no le permitían salir a tierra firme.

Sujetándose de las ramas, que besaban el agua, avanzó río abajo hasta una pequeña ensenada donde flotaba un pequeño bote de madera. Allí, antes de desmayarse, logró pasar medio cuerpo sobre unas raíces que sobresalían del agua.

El dueño de aquella embarcación era un viejo campesino que todas las noches, antes de acostarse, iba a lanzar su anzuelo al río para probar suerte. Aquella noche llegó a la ensenada en compañía de sus perros, con una larga picana de coligüe en sus manos. Arriba del bote preparó la carnada y, en el instante en que lanzaba la plomada con el anzuelo a la corriente, lo vio.

No era el primero. Otros ya habían pasado por el río en los últimos días. Incluso a uno, que también se había enredado en las

raíces, muy cerca de allí, lo había empujado a la corriente con la misma garrocha que tenía en sus manos.

Había procedido de aquella manera para evitarse los problemas que tuvo uno de sus vecinos con los Carabineros, cuando fue a dar cuenta de que el cadáver de un desconocido se había varado en la playita de su propiedad. Los Carabineros le habían dado una zumba de palos, ordenándole que lanzara el muerto al agua y se olvidara de todo. Si así no lo hacía, le habían amenazado, él mismo iría a parar al fondo del río.

Santiguándose, el viejo empujó al muerto con su coligüe, tratando de desenredarlo de las raíces donde se encontraba.

Al tercer picanazo, el muerto agarró el palo y le dijo:

—¡Ayúdeme!

El viejo casi se cayó al agua del susto. Quiso retirar el coligüe pero el muerto, que no le soltaba la picana, volvió a decir:

—¡Ayúdeme, por favor!

Aterrado, el viejo no sabía qué hacer. Una cosa había sido empujar a la corriente a un muerto silencioso e inmóvil y otra muy distinta era negarle ayuda a un muerto que la imploraba y que, más encima, no le soltaba la garrocha.

Presa del pánico, el viejo seguía tirando con fuerza de su caña, en su afán por quitársela al muerto. Como éste no la soltaba, terminó arrastrándolo hasta el bote.

Los perros, al ver a Reinaldo, comenzaron a ladrar.

Los ladridos de sus animales devolvieron al viejo la calma. Entonces tomó conciencia de que el muerto era un herido y no un hombre muerto.

Haciendo grandes esfuerzos, el anciano ayudó al herido a llegar hasta su casa.

—¡Ave María, cómo viene este cristiano! —exclamó la mujer del viejo cuando Reinaldo entró a la cocina—. ¡Dios santo, está sangrando!

—Está herido —dijo el viejo.

—¿Qué le pasó?

—Nos balearon en el puente colgante. Éramos seis. Yo me tiré al río, pero igual me dieron.

—¿Y los demás?

—Me creo que todos están muertos.

—¿Quiénes lo hicieron?

—Los Carabineros de Río Bueno.

—Mañana se tendrá que ir —sentenció el viejo.

—No puedo caminar.

—Aquí no se puede quedar.

—Tengo cinco hijos.

—Aquí todos corremos peligro.

—¡Cállate, viejo! —terció la anciana—. ¡Tenemos que socorrer a este cristiano!

Ayudaron a Reinaldo a sacarse la ropa, lo tendieron sobre una pallasa que el viejo trajo de algún lugar de la casa y lo cubrieron con una manta. Con la ayuda de un inmenso y antiquísimo par de tijeras, la mujer comenzó a transformar en vendas una vieja sábana hecha con sacos harineros. Luego, mientras el viejo estrujaba la ropa de Reinaldo antes de colgarla en los alambres que había detrás de la cocina a leña, la anciana le examinó y le vendó las heridas. Cuatro proyectiles le habían impactado en la pierna, provocándole horribles heridas.

—Tiene que verlo un médico —dijo la anciana—. La pierna está destrozada. Así usted no se puede ir a ninguna parte.

El viejo, que había puesto la tetera con agua sobre la cocina, se ocupaba de atizar el fuego. Después de vendarle la pierna herida, le sirvieron una taza de té y un par de aspirinas.

—Es lo único que tenemos —le dijo la anciana.

—Usted no puede quedarse mucho tiempo —insistió el viejo.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Dios mío! —exclamó la anciana—. Aquí no hay dónde esconderlo.

—Si vienen, lo van a encontrar —terció el viejo.

—Mis amigos me podrían ayudar —explicó Reinaldo—. Pero habría que avisarles.

—Eso haremos —dijo la anciana—. Pero ahora, será mejor que duerma.

Reinaldo trató de dormir pero le dolía la cabeza y le había subido la temperatura. Le parecía que la pieza daba vueltas y que él giraba junto con ella.

De pronto los perros ladraron y salieron a la carrera hacia el camino. El miedo le hizo temblar, casi no podía respirar. Los perros regresaron, había sido una falsa alarma. Tal vez alguna liebre había pasado demasiado cerca de la casa.

De nuevo el silencio, roto por pequeños ruidos nocturnos, envolvió la vivienda. En la pieza contigua, los ancianos dormían. El viejo se revolvía intranquilo en su lecho y roncaba lanzando asmáticos silbidos.

Reinaldo no lograba conciliar el sueño. Cuando el agotamiento terminó por dormirlo, tuvo una pesadilla: sus hijos corrían llorando por la alta ribera del río, mientras los Carabineros, saltando entre los niños, reían, le hacían morisquetas y le disparaban; se encontraba de nuevo en el puente colgante, sin poder saltar al río, enredado en las viscosas pasarelas que lo retenían; caía al agua lentamente, una y otra vez, entre los gritos de

agonía de sus compañeros; las balas lo alcanzaban nuevamente en la pierna.

Entonces despertó. La pierna le dolía. Estaba empapado en sudor y, sin embargo, sentía frío. La cabeza le zumbaba.

El silencio de la noche amplificaba todos los mínimos ruidos del campo. A cada instante, Reinaldo creía escuchar las pisadas de los Carabineros que venían en su busca.

Cuando una tenue claridad anunció la llegada del amanecer, la anciana se levantó y encendió el fuego. Reinaldo quiso acomodarse en su lecho, pero no pudo. Tenía la pierna muy hinchada y cuando la quiso mover, el dolor le arrancó un gemido.

Pronto la tetera comenzó a hervir y la dueña de casa regresó a la cocina a preparar el desayuno. Afiebrado, por un momento Reinaldo confundió a la anciana con María, su mujer, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Aquel mismo día, el viejo escribió una carta citando a un amigo de Reinaldo a la parada de autobuses de Río Bueno. Dos días después, la anciana se reunió con un hombre joven que se le acercó en tanto ella descendió del bus, vestida con su abrigo azul.

—¿Cómo está mi amigo? —preguntó el joven, después de comprobar que aquella mujer era la persona vestida de azul con la cual iba encontrarse.

—Mal. Está herido, tiene que verle un médico y se encuentra en peligro.

—Mañana lo iremos a buscar, señora.

—¿Y no podría ser hoy mismo?

—Es muy difícil. Tenemos que conseguir un vehículo y ubicar un lugar seguro donde llevarlo.

A la mañana siguiente, un automóvil llegó frente a la casa de los ancianos. Dos hombres jóvenes descendieron y se encaminaron

hacia la vivienda. Ladrando, los perros los salieron a recibir. Detrás de los canes llegó el dueño de casa haciéndolos callar.

—Anoche vinieron los Carabineros —dijo llorando la anciana.

—Sí —confirmó el viejo—. Y se lo llevaron.

“Nadie ha venido”

Al tercer día en casa de don Eladio, ya no tenía ninguna duda acerca de la lealtad de aquellos campesinos. Por lo que decidí retribuirles de igual modo. Cuando don Eladio regresó por la tarde de su trabajo, yo le estaba esperando en el sendero de la ribera del río cordillerano. Quería darle a conocer un par de asuntos muy importantes.

—Don Eladio —le dije—: Tengo que ser leal con usted, del mismo modo como usted lo es conmigo. Quiero que usted sepa que si los Carabineros o los Militares me encuentran viviendo en su casa, usted también será fusilado. Si ésto a usted le da miedo o si tuviera miedo en el futuro, le ruego que me lo haga saber para irme a otra parte.

—Eso ya lo sabía, don Hugo —me respondió don Eladio con toda sencillez—. Usted no necesita irse a ninguna parte.

La respuesta del campesino me emocionó y no pude encontrar las palabras para responderle. Se me hizo un nudo en la garganta. Luego de un largo silencio le estreché la mano, diciéndole:

—¡Gracias, compañero!

Después de un momento, pude agregar:

—Necesito preguntarle algo muy importante, don Eladio, y quiero que usted me responda con toda confianza.

—¿Qué sería?

—¿Sabe usted si en el fundo hay Dirigentes de Osorno?

—Que yo sepa, no hay nadie.

—Después del golpe, ¿vino algún Dirigente?

—No, don Hugo. Nadie ha venido.

La comprobación de que era falso el relato de mi guía, acerca de la presencia en aquel fundo de Darío y de otros Dirigentes Regionales, me produjo una gran decepción. Me encontraba solo en aquel rincón de la Provincia de Osorno, aislado y sin ningún contacto con el Partido. Mi situación era sumamente delicada. Tendría que ingeniármelas para salir adelante, partiendo de cero. No tan de cero, pues contaba con el apoyo de aquellos campesinos.

—Don Eladio —le dije—: ¿Me podría cortar el pelo? Creo que lo tengo demasiado largo.

—Yo no sé cortar el pelo —me respondió—. Y mi señora tampoco. Tendría que pedirle al peluquero del fundo que viniera.

—¿Es una persona de confianza?

—Es hermano mío. Pero no hay necesidad de decirle quién es usted. Le diré que es un familiar de mi señora.

—Entonces, pídale que venga, por favor. Para que no tenga dudas, le pagaré por su trabajo.

El Regidor de Río Negro

Mario Sandoval, Regidor Comunista de Río Negro, desapareció el 7 de octubre. Después de haber sido aprendido el 17 de septiembre,

estuvo detenido sucesivamente en la Comisaría de Carabineros de Río Negro, en el Regimiento «Arauco», en la Penitenciería de Osorno y, finalmente, en el Estadio Español, convertido en campo de concentración por los Militares.

Casi a diario lo llevaban al Hospital nuevo, que los Militares eufemísticamente llamaban «Centro de Interrogatorios», donde funcionaban los equipos de torturadores de la Fiscalía Militar.

El 7 de octubre, Sandoval volvió alegre y optimista de su rutinaria visita al Hospital nuevo. El Fiscal Militar le había comunicado que aquel mismo día iba a quedar libre. En el Estadio Español recogió sus frazadas y se preparó para regresar a su casa en Río Negro.

Cuando llegó la hora, salió por la puerta principal. Afuera lo estaban esperando los Carabineros de su pueblo, quienes lo subieron a una camioneta y partieron. Desde aquel momento, Mario Sandoval desapareció para siempre.

Osorno y la «Reconstrucción Nacional»

El 8 de octubre, el Diario «La Prensa» de Osorno informó:

—Que, en la Provincia, los aportes a la Reconstrucción Nacional superaban los cinco millones de escudos; que más de dos millones y medio de escudos correspondían a las donaciones en efectivo, alrededor de un millón ochocientos mil escudos en dólares, más de un millón de escudos en marcos alemanes, y casi cien mil escudos en pesos oro; que el Obispo de la Diócesis, Monseñor Francisco Valdés, se había apersonado al Banco Central de Chile, Sucursal Osorno, a donar su anillo episcopal de plata con aplicaciones de piedra amatista, regalo de su familia en ocasión de su consagración como sacerdote y de una Cruz de Malta

Pectoral de plata con incrustaciones de piedras finas y cadena también de plata, de fabricación mexicana, y que el Obispo había declarado —con suma modestia—, que se sumaba a la Patriótica Campaña en favor de Chile.

Las donaciones del prelado a la «Reconstrucción Nacional» no causaron demasiado impacto entre los fieles de la Diócesis, debido a que su aporte sólo consistió en joyas de plata de valor meramente simbólico.

El Obispo tuvo la acertada premonición de no entregarle a los Militares sus joyas de oro fino, ya que después se sabría que las joyas más valiosas fueron a parar a manos de las esposas de los más Altos Oficiales.

Dos semanas más tarde, el Diario se vio obligado a rectificar artificialmente la cifra recolectada, subiéndola a más de cincuenta millones de escudos.

Suprimido el «Día de la Raza»

El 8 de octubre, por la noche, el locutor de la «Cadena Nacional de Radiodifusión», informó que la Junta Militar,

“teniendo presente la imperiosa necesidad de incrementar la actividad del país para la consecución de los objetivos de la Reconstrucción Nacional”,

había suprimido como feriado el 12 de octubre, aniversario de la llegada a América de Cristóbal Colón, que en Chile se conmemoraba con el nombre de «Día de la Raza».

Doña Elisa y el peluquero

Doña Elisa era una campesina hacendosa, preocupada de mantener limpia y ordenada su casa; preparar la comida; amasar la harina, repitiendo cotidianamente el milagro del pan; satisfacer a su marido hasta en los detalles más nimios; lavar, remendar y apluchar la ropa; dar de comer a las gallinas, que por nada creaban bulliciosos tumultos en el patio, y a los patos, que nunca tenían suficiente con lo que obtenían en el fango del pajonal a la orilla del estero; alimentar a la pareja de cerdos, que merodeaban alrededor de la vivienda en busca de desperdicios comestibles y recorrían incansables el cerco de estacones prestos a abrir una brecha para realizar fulminantes y dañinas incursiones en la siembra de papas; atender la huerta, y cuidar a los perros guardianes de la casa, a quienes el invierno había debilitado al punto de que sólo ladraban en caso de fuerza mayor, cuando ya no les quedaba más remedio.

Doña Elisa, su marido y la mayoría de los campesinos de la zona, eran analfabetos. Sus conocimientos y su sabiduría no les había llegado a través de los libros.

Después de la jornada de trabajo, don Eladio llegó aquel día en compañía del peluquero del fundo. Era un joven campesino que había aprendido a cortar el pelo en la milicia.

Sentado al aire libre, con el torso desnudo, porque nunca he soportado que los pelos se me metan por el cuello de la camisa a irritarme la espalda y el pecho, me puse en manos del peluquero. Premunido de tijeras y una peineta, el joven acometió su tarea con

seguridad y luego emparejó el corte con una gastada maquinilla de peluquero.

Cuando hubo terminado su trabajo, me miré al espejo y ví con satisfacción que me había cortado el cabello al estilo campesino, precisamente como yo lo quería. Nadie que me hubiese visto entre ellos habría podido descubrirme por el corte de pelo.

Como los días ya no eran tan fríos, yo no usaba mi chaquetón de cuero. Vestía un chaleco de lana sobre la camisa. De esta forma, mi apariencia campesina era casi perfecta.

El peluquero recibió la paga prometida y se fue muy contento con la generosa propina.

El Almirante Huerta en las Naciones Unidas

Aquel día se presentó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el Canciller de la Junta Militar, el Almirante Huerta.

La «Cadena Nacional de Radiodifusión» había anunciado de antemano que iba a transmitir el discurso completo del Almirante, adelantando que éste “iba a emplazar al marxismo internacional y de paso desmentir su campaña de calumnias en contra de la Junta Militar que gobernaba Chile.”

Al llegar la hora del discurso, todo Chile, por distintas razones, contuvo el aliento. En tanto el Presidente de la Asamblea General le dió la palabra al «enviado especial» de la Junta, en la sala de las Naciones Unidas estalló una rechifla fenomenal, que duró más de media hora. Fue la muestra de rechazo más contundente jamás escuchada en la historia de aquel organismo internacional.

La «Cadena de Radiodifusoras» de los Militares transmitió completo el incidente, no pudiendo cortar la transmisión, para no perderse las primeras palabras del Almirante.

Cada vez que el Almirante Huerta intentaba iniciar su discurso, era interrumpido por los gritos y la silbatina.

En las cárceles de todo Chile, los presos políticos, que habían sido obligados a escuchar al representante de la Junta Militar, no cabían en sí del regocijo.

En medio de las interrupciones, entre otras muchas cosas que prometieron y que nunca cumplieron, el Almirante dijo:

—Las Fuerzas Armadas y Carabineros han asumido la tarea de reorientar a nuestro país por la senda de la libertad y de la ley. Una vez alcanzada nuestra meta, no titubaremos en retirarnos a nuestros cuarteles y barcos.

Debemos actuar de buena fe y reconocer que el progreso en la comunidad internacional organizada se alcanza fundamentalmente a través del respeto a los principios básicos de la organización tales como la Declaración de Derechos Humanos.

Se perdió el rastro de Panguinamún

El indígena huilliche José Panguinamún, Dirigente del Comité de Pobladores Sin Casa de Osorno y ex candidato a Regidor del Partido Socialista, fue llamado por Bando y se presentó ante la Fiscalía Militar.

Después de ser interrogado con golpes y descargas eléctricas, amarrado desnudo sobre un catre metálico, Panguinamún fue dejado en libertad a fines de septiembre.

El 9 de octubre Panguinamún estaba trabajando en el cruce Lynch, donde fue detenido por un Carabinero retirado que en aquellos días recorría las calles de Osorno a la caza de partidarios de la Unidad Popular.

En una camioneta particular fue llevado a la Tercera Comisaría de Carabineros de Rahue, donde fue bárbaramente torturado.

A medianoche lo sacaron del calabozo y desde entonces se perdió todo rastro de su persona.

La avioneta de reconocimiento

El 10 de octubre, a media mañana, bajé al río a bañarme. El rápido río cordillerano discurría por un amplio lecho de redondas piedras, produciendo un fuerte rumor. Junto a la corriente, el ruido del río ahogaba casi todos los sonidos que procedían del entorno.

Frente al desvío del camino que llevaba a la casa de don Eladio, en la ribera del río crecían unos árboles de pequeño tamaño. Junto a ellos había unas rocas donde el río formaba un pozón.

Siempre pendiente de la súbita aparición de la avioneta de los Militares, me bañé de prisa cerca de los matorrales. Pensando que en caso de haber sido necesario, entre ellos me habría podido ocultar.

La razón de mis precauciones era que en aquella época del año, un campesino bañándose en el río habría despertado las sospechas de los tripulantes del avión.

El frío chorro de agua que entraba al pozón del río me sacó el jabón del cuerpo en pocos segundos y de inmediato salí a secarme con mi toalla.

Luego me vestí con rapidez y antes de ponerme las botas, fui hasta un sitio donde el río pasaba sobre unas piedras lisas a lavarme los pies, que se me habían ensuciado con la greda de la ribera junto al pozón.

Cuando regresaba a recoger la toalla, apareció la avioneta.

El rumor del río había ahogado por completo el ruido de su motor. Como ya era muy tarde para refugiarse entre los matorrales, regresé hacia el río tratando de mostrar completa calma.

El aparato venía a poca altura remontando el curso del río. Nunca antes, como en aquellos momentos, un avión había volado más lentamente que aquél. Casi directamente sobre mi cabeza giró hacia el norte y el piloto aceleró el motor para tomar altura y volar sobre la meseta.

Entonces miré hacia arriba, pensando que ningún campesino en aquellas circunstancias iba a dejar de hacerlo. Me puse la mano a modo de visera ante los ojos, porque fue lo único que se me ocurrió para ocultar a medias mi rostro.

Confundiéndome con un campesino, los tripulantes de la avioneta pusieron rumbo al norte en busca de los guerrilleros.

El primer contacto con el Partido

El 10 de octubre le pregunté a don Eladio si conocía a don Pablo, un viejo campesino Socialista que vivía en el caserío cercano.

Don Pablo era un pequeño agricultor conocido y respetado en la zona. Aconsejado de su instinto, el viejo se había marchado a Santiago inmediatamente después del golpe.

Don Eladio conocía a don Rudecindo, un pequeño agricultor también vinculado al Partido, quien había sido pasado por alto por la represión. Después de asegurarme, mediante una serie de preguntas a mi anfitrión y recurriendo a mi memoria, que aquel campesino era un hombre de confianza, decidí enviarle una nota para informarle de mi presencia en la zona.

Don Eladio me había dicho que era analfabeto, por eso le entregué un pequeño papelito donde había escrito mi apellido, con la recomendación de que se lo comiera si era interceptado por los Carabineros antes de entregárselo a su destinatario.

Don Rudecindo recibió mi mensaje. Después de leerlo encendió un cigarrillo y con el mismo fósforo quemó el papelito.

—Dígale al compañero que iré a verlo a fines de la próxima semana —le dijo a don Eladio.

El banquete

El 11 de octubre, doña Elisa me comunicó que la señora Ernestina, su vecina, me invitaba a tomar onces a su casa. Temprano por la mañana había venido el hijo de la vecina con el recado.

Me sorprendió la invitación. Los vecinos de don Eladio no sabían quién era yo y, sin embargo, me invitaban. Aquella demostración de amistad era muy favorable, pero yo no dejaba de pensar que no era conveniente que todo el mundo estuviese enterado de mi presencia en el fundo.

A doña Elisa le participé mi duda: iba o no iba.

—Si yo fuera usted —me dijo doña Elisa—, yo iría. Y agregó con picardía—: Por la mañana, los vecinos andaban corriendo detrás del pavo.

En los alrededores de la casa vecina yo había visto un enorme pavo de color negro, pavoneándose entre los gonzos, los patos y las gallinas que lo miraban de reojo, coquetamente. Miré por la ventana. En la explanada delante de la casa de doña Ernestina pude ver los cuatro gonzos de siempre, pastando orgullosamente alejados de los patos. También estaban las gallinas que escarbaban con energía la tierra cerca de la casa, recogiendo lombrices y gusanos a picotazos, mientras el gallo caminaba entre ellas como de costumbre, dándose importancia. Pero el negro y orgulloso pavo de roja cabeza y papada no se veía por ninguna parte, parecía haberse esfumado. El delicioso recuerdo del sabor de la carne de pavo me decidió a aceptar la invitación de la vecina. Mi mala conciencia la calmé explicándole a doña Elisa que iría para no desairarla.

Don Ligorio, el vecino, también era trabajador del fundo. En aquella casa vivía con doña Ernestina, su mujer y los dos hijos de ambos. La vivienda era exactamente igual a la que ocupaban mis anfitriones. La casa de don Ligorio estaba ubicada río arriba sobre una elevación del terreno, a unos trescientos metros de distancia de la vivienda de don Eladio.

La montaña cubierta de bosque comenzaba doscientos metros más allá de la casa de don Ligorio. A la izquierda, el río cordillerano salía por un cañadón de entre los cerros.

Las casas campesinas ubicadas al otro lado del río, en la falda del cerro, pertenecían a dos pequeños propietarios cuyos

terrenos colindaban con el predio intervenido. El río era el límite natural entre aquellas parcelas y el fundo.

A media tarde me dirigí a la casa de don Ligorio. Tres enormes canes me salieron al encuentro y estuvieron a punto de morderme porque el hijo de la vecina se demoró un poco en salir en mi socorro y yo no quise presentarme ante mis anfitriones dándole de palos a sus perros guardianes.

Muy contenta, Doña Ernestina salió a recibirme en compañía de su única hija, una muchacha de trece años que se mantuvo a cierta distancia entre curiosa y avergonzada, mientras su hermano menor a duras penas mantenía alejados a los perros.

La señora me hizo pasar a la cocina donde un gran puchero hervía sobre el hornillo de la cocina de hierro con las alas, el cogote, las patas y las vísceras del gigante gallináceo. Entretanto, la pechuga y un muslo del enorme pavo se asaban en el horno.

Mientras esperábamos al dueño de casa, doña Ernestina me sirvió chicha de miel, aquella que había probado el día de mi llegada a la casa de don Eladio. Avisado del sacrificio del plumífero y de mi visita, Don Ligorio regresó temprano.

Aquella tarde me sirvieron un menú de reyes: una cazuela de pavo como nunca antes había probado y pavo asado con papas doradas al horno, todo abundantemente regado con chicha de miel, que era una especialidad de don Ligorio.

Después de la comida conversamos largamente. Al enterarse que yo había extraviado mi jockey y andaba sin sombrero, Don Ligorio fue a la huerta y me trajo el viejo y deteriorado sombrero que tenía puesto el espantapájaros. Con toda seriedad, me lo regaló.

Luego me informó en detalle hacia donde conducía cada uno de los senderos que se adentraban en la montaña, por diferentes puntos, detrás de su casa.

Ya entrada la noche, con el pretexto de la lluvia torrencial que caía implacable, no dejaron que me fuera. Dormí en la cabaña del fogón, con el fuego encendido durante toda la noche y tapado con unas mantas que ellos me facilitaron.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, tuve que aceptarles la invitación a cenar por la tarde, donde devoramos la mitad de la pechuga sobrante del día anterior. Aquella noche debí prometerle a la dueña de casa que volvería a menudo a comer con ellos.

Esta invitación de doña Ernestina me sirvió para aliviarle en parte el trabajo a doña Elisa.

El «Día de la Raza»

En cumplimiento de lo dispuesto por la Dictadura Militar, aquel 12 de octubre, el renombrado «Día de la Raza», no fue festivo.

Don Eladio salió temprano a trabajar, como todos los días, y yo aproveché el tiempo para enseñarle a leer y escribir a doña Elisa.

Recordando que en las campañas de alfabetización de Cuba, los alfabetizadores lograban mucho éxito comenzando por enseñarle a escribir su nombre a los adultos analfabetos, yo hice otro tanto.

Al comienzo doña Elisa tenía vergüenza, pero en tanto pudo dibujar la letra «E» se fue entusiasmando y aprendió a escribir su

nombre con una rapidez que me dejó asombrado. Quedamos de acuerdo en que las clases continuarían en forma periódica.

Al término de la tarde, mientras me encontraba partiendo leña en el patio de la casa, sorpresivamente llegó un campesino. Era el Secretario de la Directiva del fundo que había ido a tratar asuntos de trabajo con don Eladio, pero éste aún no había regresado.

Antes de que doña Elisa saliera a recibir a la visita, nos saludamos al estilo campesino.

Ocultando como pudo su nerviosismo, ella lo invitó a tomar té en la cocina, a la espera del dueño de casa. Yo continué en el patio picando leña, como si tal cosa.

Después que el Dirigente se fue, con don Eladio conversamos en general sobre las costumbres del fundo y, en detalle, sobre los trabajadores que allí vivían. Así me enteré que la mayoría de ellos no pertenecía formalmente a ningún partido político, que todos eran simpatizantes socialistas y que sólo unos pocos eran miembros de la Juventud socialista.

Otra cosa que me sorprendió, fue saber que más de la mitad de los trabajadores de aquel fundo no estaban inscritos en los Registros Electorales porque, como eran analfabetos, creían que no tenían derecho a votar. Por lo tanto, ninguno de ellos había participado en la última elección.

Ellos creían haber cumplido con el Partido Socialista y con el Presidente Allende, al haber asistido a una concentración que habíamos realizado en un pueblo cercano. Don Eladio, doña Elisa, don Ligorio y doña Ernestina eran todos analfabetos y no estaban inscritos en los Registros Electorales, aunque una Ley promulgada por Salvador Allende les había dado derecho a sufragio.

Aquella noche, el locutor de la «Cadena Nacional», leyó:

—Auméntase en cuatro horas semanales la jornada ordinaria de trabajo de los sectores público y privado.”

Me vino a la memoria aquella frase tantas veces repetidas en los primeros días de la Sublevación Militar:

—Los derechos de los trabajadores serán respetados.

La Unidad Popular, «fuera de la Ley»

El 13 de octubre, los Militares publicaron el Decreto Ley Número 77 cuyo texto seguramente algún día figurará en una «Antología».

En sus partes medulares, expresaba:

—Considerando:

—Que la doctrina marxista encierra un concepto del hombre y de la sociedad que lesiona la dignidad del ser humano.

—Que la doctrina marxista sobre el Estado y la lucha de clases es incompatible con el concepto de unidad nacional.

—Que sobre el nuevo Gobierno recae la misión de extirpar de Chile el marxismo.

—La Junta Militar acuerda dictar el siguiente

Decreto Ley:

—Artículo primero. Prohíbense, y, en consecuencia, serán consideradas asociaciones ilícitas, los Partidos Comunista, Socialista, Unión Socialista Popular, Movimiento de Acción Popular Unitario, Radical, Izquierda Cristiana, Acción Popular Independiente.

Decláranse disueltos, en consecuencia, los Partidos a que se refiere el inciso anterior (...) Sus bienes pasarán al dominio del Estado y la Junta Militar los destinará a los fines que estime convenientes.

—Artículo segundo. Las asociaciones ilícitas a que se refiere el Artículo anterior importan un delito que existe por el solo hecho de organizarse, promoverse o inducirse a su organización”

Al poner «fuera de la Ley» a los Partidos populares chilenos, aquellos que integraban la Unidad Popular, los Militares Golpistas avanzaban un paso más en la escalada antidemocrática que se abatía sobre el país, dando cumplimiento a una vieja aspiración de los reaccionarios chilenos. El objetivo inmediato era tener un motivo, con «visos de legalidad», en la campaña represiva que llevaban adelante.

La liberación de los precios

Como resultado de largas luchas, los trabajadores chilenos habían alcanzado algunas conquistas que les permitía defender, en parte, los sueldos y salarios de la endémica inflación que sufría el país.

Uno de estos logros era el control de los precios de los bienes y servicios declarados de primera necesidad o de consumo habitual, a los que el Ministerio de Economía les fijaba los precios, reajustándolos de acuerdo al alza real de los costos de producción.

Como los chilenos habíamos comprobado durante muchos años, este control de los precios evitaba, en cierta medida, que se especulara con las necesidades fundamentales de la población e iba en beneficio directo de los consumidores de escasos recursos

Consecuente con los intereses de la clase social que defendía, la Junta Militar de Gobierno dictó el Decreto Ley Número 83:

—Teniendo presente la imperiosa necesidad de reordenar la economía nacional, actualmente distorsionada,

Facúltase al Ministerio de Economía para dejar sin efecto todos los precios fijados por los organismos del Estado a los artículos y/o servicios declarados de primera necesidad o de consumo habitual,

nacionales y/o importados, y/o crear nuevos regímenes y mecanismos de fijación de precios.”

Don Rudecindo

Temprano por la mañana, el domingo 14 de octubre llegó don Rudecindo, acompañado de dos de sus perros.

Para venir a verme sin despertar sospechas había inventado el extravío de un ternero de su propiedad, que él mismo había llevado durante la noche anterior a un potrero alejado.

El compañero se alegró de verme y me entregó una botella de vino blanco que me traía de regalo. Durante su visita me informó en detalle de la situación en la zona, del alcance de la represión y del destino de los camaradas del sector.

En el caserío cercano, los Carabineros habían recibido la entusiasta colaboración del Cuerpo de Bomberos Voluntarios, en las tareas de represión y vigilancia de las personas que vivían en la zona.

Según su opinión, la situación era delicada para los partidarios del Gobierno derrocado, sobre todo si habían sido Dirigentes. Don Rudecindo pensaba que lo más aconsejable era mantenerse inactivo, lo más inactivo posible.

Él había escuchado que los Militares ofrecían 500.000 escudos por mi cabeza, pero yo le hice ver que aquella recompensa era por la cabeza del Secretario General del Partido y no por la mía. No obstante, tomé nota de aquel equívoco, muy difundido entre los campesinos, que podría tentar a cualquiera que se enterara del lugar dónde yo me encontraba.

Le expliqué a don Rudecindo que mi problema principal en aquellos días era la falta de alimentos, carencia que pensaba solucionar tomando contacto con los camaradas de Osorno.

Finalmente, antes de despedirnos, quedamos de acuerdo en que él no haría nada por el momento y que nos veríamos dentro de dos o tres semanas.

El llamado de un «rehén»

—PUNTA ARENAS (ORBE).— Un dramático llamado para que su padre, Sergio Loguercio Da Nicola se presente voluntariamente a las Fuerzas Armadas, está formulando por los medios de difusión de Punta Arenas, su hijo Sergio Loguercio Cruzat.

En su mensaje, el joven solicita a su padre se entregue para responder por los cargos que se le puedan formular, para evitar que mayores problemas y dificultades se sumen a los que ya existen en su hogar.

Sergio Loguercio da Nicola ha sido calificado en la Junta Local de Gobierno, como «uno de los extremistas más buscados de la Provincia de Magallanes», desconociéndose su actual paradero.

El afiche de la campaña electoral

El 15 de octubre, don Ligorio me facilitó unas pequeñas planchas de zinc, con las cuales construí un techito sobre la plataforma de tablas que utilizaba para dormir en el monte, al borde mismo de la quebrada. Además me prestó unos cueros de oveja sin curtir que comencé a usar como colchoneta.

Al tercer día después de mi llegada, yo le había entregado dinero a don Eladio para que comprara alimentos. Al principio, él no lo quería recibir, pero terminé convenciéndolo que era necesario ir a comprar dos quintales de harina, antes de que ésta subiera de precio.

Don Eladio pensaba que el valor de las cosas iba a seguir igual que antes, que los precios no subirían. Por ese motivo se demoró poco más de una semana en ir a comprar la harina y cuando fue al almacén más cercano, sólo pudo adquirir un quintal de harina con el dinero que yo le había dado para dos.

Para ese entonces, los Militares ya habían decretado la libertad de precios de los artículos de primera necesidad y habían suspendido todos los mecanismos automáticos de reajuste de sueldos y pensiones.

Como consecuencia de estas medidas, los precios se habían ido a las nubes, pasando a ser lo único verdaderamente libre que había en Chile.

Aquel mismo día, por la tarde, don Eladio me invitó a pasar al dormitorio de su casa para mostrarme unas herramientas que tenía colgadas en la muralla de aquella pieza.

Con sorpresa descubrí que en la parte interior de la puerta del dormitorio, don Eladio había pegado un pequeño afiche de la pasada campaña electoral, con mi foto y mi nombre.

Le dije que sacara de inmediato aquel afiche, porque si los Militares lo veían, todos ellos lo iban a pasar mal.

Lo positivo del caso fue que don Eladio, a pesar de que tenía mi foto en su dormitorio, no me había reconocido el día en que yo había llegado. Eso significaba que mi aspecto era distinto, lo cual me daba un margen de seguridad en mis desplazamientos por el sector y en los encuentros imprevistos con desconocidos.

Cuando le pregunté a don Eladio si sabía quién era la persona de la foto, me respondió:

—Usted, compañero.

—¿Y desde cuándo lo sabe usted?

—Desde el día en que usted me dió el papelito para don Rudecindo.

—¿Y no me había dicho que no sabía leer?

—Sí, es cierto. Pero esa noche comparé el nombre que usted había escrito en el papelito con el que estaba en el afiche.

—Don Eladio, usted debe olvidarse de mi nombre verdadero y seguir llamándome Hugo.

—Ya me había olvidado, don Hugo —me respondió con una pícara sonrisa.

—¿Quién es el compañero de la Juventud, que a usted le merece mayor confianza?

—Vicente.

—¿Podría pedirle que venga a verme? Necesito hablar con él con urgencia.

—Como no, don Hugo. En estos días tengo que ir a las casas del fundo y allá ubicaré al compañero.

El reparto de las joyas

El 16 de octubre, la Junta Militar lanzó la idea de crear un fondo para la «Reconstrucción Nacional» con el aporte «voluntario» de los chilenos.

Afirmando falsamente que la idea había surgido en forma espontánea en el seno de la ciudadanía, los militares dictaron un Decreto Ley:

—Vistos: Que la ciudadanía ha iniciado en forma espontánea una erogación en especies, valores y dinero destinada a contribuir a los propósitos de la Junta Militar encaminados a recuperar económicamente a la Nación, (...) la Junta Militar ha acordado dictar el siguiente Decreto Ley:

—Las donaciones que las personas naturales o jurídicas realicen al Estado con el objeto de cooperar a la recuperación económica del país, ya sea que éstas se efectúen en especies, valores o dinero, estarán exentas del impuesto a las donaciones, como asimismo del impuesto sobre timbres, estampillas y papel sellado.

Muchos de los partidarios adinerados de la Junta Militar, a quienes la dictadura estaba favoreciendo, entregaron voluntariamente sus aportes para la «Reconstrucción Nacional».

En cambio, los funcionarios públicos, los empleados privados y los pensionados fueron obligados a hacerlo mediante presiones y chantajes.

Hubo también algunas damas que donaron parte de sus joyas, tal vez emulando el gesto de la Reina Isabel «La Católica» de España quien, según la leyenda, empeñó sus joyas para financiar el viaje de Cristóbal Colón.

(Posteriormente, en los saraos de los círculos burgueses, a los que al principio del Régimen Militar invitaban a ciertos uniformados, varias donantes reconocieron sus joyas en el pelo, cuello, pechera, brazos, muñecas y dedos de las esposas de ciertos Altos Oficiales de las Fuerzas Armadas, porque a las mujeres de los Carabineros no las consideraron en el reparto)

Los hermanos Barría

Aquel mediodía, en el aserradero donde trabajaban junto a su padre, los hermanos Guido y Héctor Barría fueron detenidos por un grupo de Carabineros de Río Negro comandados por el Teniente José Godoy. Un soplón de Riachuelo transportó a la patrulla en su camioneta.

La detención fue presenciada por el padre de los jóvenes y una quincena de personas, todos impotentes testigos del maltrato que los Carabineros le dieron a ambos hermanos, antes de subirlos a la camioneta y partir con rumbo desconocido.

Desde aquel mismo día, los hermanos Barría se encuentran desaparecidos.

Los «Ángeles de la Muerte»

Mientras en Osorno los Carabineros detenían a los hermanos Barría, efectivos militares del Regimiento «Arica» con asiento en la ciudad de La Serena, Capital de la Provincia de Coquimbo, iban a la cárcel de la ciudad y sacaban a quince detenidos, cuyos nombres figuraban en la lista que portaba el Oficial al mando de la tropa. Entre ellos estaba Mario Ramírez, el Secretario Regional del Partido Socialista de la Provincia de Coquimbo.

Los detenidos fueron trasladados al Regimiento donde les esperaba el General Sergio Arellano Stark, al mando de un grupo

de Oficiales enviados en «misión especial» por el General Pinochet.

Sin mediar juicio, a las 16 horas todos fueron fusilados. La única excepción fue el Secretario Regional Socialista quien, al darse cuenta de que los iban a matar, intentó arrebatarse el arma a un Conscripto y murió baleado por éste.

El Jefe de Plaza difundió un Comunicado en el cual afirmaba que las quince personas habían sido ejecutadas conforme a lo dispuesto por los Tribunales Militares en Tiempo de Guerra; que se había celebrado un «Consejo de Guerra» el 16 de octubre, el que había condenado a muerte a los quince detenidos, y que el Tribunal sentenciador había ido especialmente desde Santiago.

Los cuerpos de las víctimas jamás fueron entregados a sus familiares para su sepultura.

La muerte voló a Copiapó

El General Arellano Stark, junto a su comitiva, viajó aquel mismo día a la Provincia de Atacama. Alrededor de las 19 horas, su helicóptero llegó a Copiapó, la Capital de la Provincia, donde fueron recibidos por el Jefe de Plaza.

Cerca de la medianoche, la comitiva del General Arellano, en «Misión Especial» por orden del General Pinochet, sacó del Regimiento de Copiapó a trece prisioneros que se encontraban allí detenidos.

Uno de ellos, Leonello Vincenti, Secretario Regional del Partido Socialista de la Provincia de Atacama, al percatarse de que los iban a matar, atacó a uno de los guardianes. En el mismo sitio

fue ultimado con arma blanca. Su cuerpo sin vida lo tiraron arriba de un camión militar, al que después obligaron a subir a los otros prisioneros.

A las 01:00 horas del 17 de octubre, en pleno desierto, los doce detenidos que quedaban con vida fueron muertos por los Militares.

Como en todos los otros casos semejantes, el Jefe de Plaza recurrió a la «Ley de Fuga» para explicar las circunstancias del crimen. Según el Comunicado difundido por el Comandante del Regimiento de Copiapó, una falla eléctrica había obligado a detenerse al camión que transportaba a los detenidos, lo que éstos habían aprovechado para intentar escapar. A consecuencia de los disparos de sus guardianes, todos los fugados resultaron muertos.

Los cuerpos de las víctimas permanecieron durante todo el día 17 en el patio del Regimiento, arriba del camión militar, y fueron enterrados subrepticamente en las primeras horas de la madrugada del día 18, en un lugar que no fue dado a conocer a sus familiares.

(Años después pudieron ser exhumados los restos de estas personas y tras su identificación fueron entregados a sus familiares para su sepultura definitiva. Según se pudo comprobar, el estado en que se encontraban los restos indicaba que todas estas personas fueron ejecutadas en circunstancias que se hallaban bajo el total control y a merced de los efectivos Militares, lo que resultó inconsistente con la versión oficial. Inclusive, varios de ellos habían sido mutilados con arma blanca y no presentaban impactos de bala)

El receso de los Partidos Políticos «democráticos»

El 17 de octubre, la Junta Militar publicó un Decreto Ley:

—Declárase en receso todos los partidos políticos y entidades, agrupaciones, facciones o movimientos de carácter político no comprendidos en el Decreto Ley Número 77.

Les había llegado el turno a los Partidos Políticos que hasta 1973 se habían autodenominado «democráticos» los que, de acuerdo con este Decreto Ley, dejaban de funcionar.

Esta medida afectó a los Partidos Demócrata Cristiano, Democrático Nacional, Izquierda Radical, Democracia Radical y Nacional.

Los nacionales fueron los únicos que recibieron con alegría esta medida, pues ellos habían comenzado a propiciar el receso de la actividad política, en tanto los Militares tomaron la sartén por el mango.

Los Demócratas Cristianos, que habían propiciado el «Golpe Militar» porque pensaban que ellos iban a resultar favorecidos, se sintieron defraudados.

La «Justicia Militar» en Antofagasta

Pocos minutos después de la una de la madrugada del 19 de octubre, la «Comitiva Especial» enviada al norte de Chile por el General Pinochet, al mando del General Arellano, asesinó en Antofagasta a catorce detenidos. Todos ellos se encontraban en la Cárcel a la espera de ser juzgados.

Entre los fusilados se encontraba Mario Silva, el Secretario Regional del Partido Socialista de Antofagasta quien, convencido de su correcto desempeño durante el Gobierno de la Unidad Popular, había viajado desde Santiago para presentarse ante las autoridades de facto.

Con toda inocencia, el 12 de septiembre se presentó en la Intendencia de la Provincia de Antofagasta.

Por medio de un Comunicado, el Jefe de Plaza informó que las ejecuciones fueron ordenadas por la Junta Militar de Gobierno.

“Los cuerpos están deshechos”

A las diez y media de la mañana del 19 de octubre, el helicóptero del General Arellano y su «Comitiva», aterrizó en Calama. Allí le rindió los honores militares el Coronel Rivera, Comandante del Regimiento «Calama» y Jefe de Plaza.

Ya en las oficinas del Regimiento, el General Arellano le mostró al Coronel Rivera el Documento firmado por el General Pinochet, en su calidad de Presidente de la Junta Militar, donde lo nombraba «Delegado Especial». Luego pidió que le entregaran las carpetas de todos los procesos, tanto los fallados como los en trámite, y las estuvo revisando hasta la hora del almuerzo en su honor que le ofreció el Coronel Rivera.

Antes de ir al comedor, el General Arellano ordenó que a las 14:30 horas se reuniese el «Consejo de Guerra» y le entregó al Coronel Arredondo, miembro de su «Comitiva», la nómina de prisioneros que había elegido.

Después del ágape, mientras el General Arellano y el coronel Rivera salían hacia Chuquicamata, se instaló el «Consejo de Guerra». Entre tanto, los Oficiales integrantes de la «Comitiva Especial», reforzados por efectivos del Regimiento local, se encaminaron a la Cárcel Pública.

De la prisión sacaron a los veintiséis detenidos seleccionados por el General Arellano. Entre los cuales había cinco presos que ya habían sido juzgados y condenados a diversas penas menores, por un «Consejo de Guerra» anterior.

Los Militares llevaron a los prisioneros a los cerros Topater, cercanos al Regimiento, y allí los mataron. El Coronel Arredondo, responsable del grupo ejecutor, le ordenó al Capitán Minoletti que enterrara los cuerpos masacrados en el desierto.

Cuando el Coronel Rivera se enteró de lo ocurrido, como Jefe de Plaza, se le presentaron tres problemas.

El primero fue cómo dar a conocer el crimen sin involucrarse ni delatar al General Arredondo, su superior jerárquico.

Conforme al Reglamento de Disciplina del Ejército, Artículo Veinte, las órdenes no deben ser contrarias al espíritu y letra de las Leyes y Reglamentos en vigor. Toda Orden de Servicio impartida por un Superior debe cumplirse sin réplica, salvo aquellas que el Subordinado tema, con razón, que de su ejecución resulten graves males que el Superior no pudo preveer o la Orden tienda notoriamente a la perpetración de un delito.

El Coronel Rivera hizo caso omiso del problema legal y moral que le planteaba el asesinato premeditado, con alevosía y en despoblado de veintiséis personas indemnes, perpetrado por la cuadrilla del General Arellano y se refugió en el discutible «concepto militar» de «el Jefe responde». “Si yo me interiorizo del asunto, me involucro”, revelaría después.

Al día siguiente del crimen, a sus Oficiales, el Coronel Rivera les dijo:

—Señores, aquí nosotros no tenemos ninguna responsabilidad ante estos hechos. Y yo no quiero saber nada de este asunto porque no es responsabilidad de nosotros.

El segundo problema, el propio Coronel Rivera se lo explicó a una periodista:

—Yo no podía acusar a un Superior. Tenía que proteger al General Arellano en su categoría de General y, en segundo lugar, había que proteger al Ejército de esta aberración y, en tercer lugar, proteger también a la «Junta» porque iba a ser un golpe tremendo que se hubiera cometido esta barbaridad por un Delegado de ella.

Este dilema, el Coronel Rivera creyó resolverlo mintiendo.

El 20 de octubre publicó un Bando en el que afirmaba que los detenidos habían intentado huir (una vez más la tristemente célebre «Ley de fuga») aprovechando un desperfecto eléctrico del vehículo que los trasladaba a la Cárcel de Antofagasta. Se les había aplicado la «Ley de Fuga» y todos estaban muertos.

El tercer problema que tenía el Coronel Rivera fueron los cadáveres de las víctimas, que los familiares exigían para verlos, decirles adiós y darles sepultura. La primera reacción del Coronel Rivera fue entregar los cuerpos. Pero sus Oficiales se apresuraron a disuadirlo.

—Los cadáveres están dispersos por la pampa, mi Coronel.

—A varios no los mataron con un balazo, sino que les iban disparando con pausas, mi Coronel. Les pegaban un tiro en una

pierna, luego otro en el pecho, al lado contrario del corazón. Al final, después de hacerlos sufrir, terminaban rematándolos.

—Los cuerpos no se pueden entregar —dijo el médico—, porque están deshechos, irreconocibles, masacrados.

—¿Masacrados?

—Sí, masacrados, mi Coronel —informó un Oficial—. El Teniente Fernández insultaba a los prisioneros y luego los despedazaba con el «corvo».

Se produjo un tenso silencio. Desesperadamente, el Coronel buscaba una solución al problema. Finalmente, sugirió:

—Se podrían entregar en urnas selladas.

—No, mi Coronel, porque las van a abrir —afirmó el médico—. ¡Imagínese cómo vamos a quedar si llegan a verlos!

El Coronel Rivera, convencido al fin por sus Oficiales, decidió prometerle a los familiares que iba a entregar los cuerpos en el plazo de un año. De aquella forma resolvió su tercer problema.

Poco tiempo después, al ser trasladado, su promesa fue aventada por el seco y despiadado viento de la pampa. Tal como ocurrió con todas las promesas de los Militares.

El Ejército patrulla el litoral de Osorno

Los enviados especiales del Diario «La Prensa» describieron parte del Operativo que el Regimiento «Arauco» realizó, en la segunda semana de octubre, en una zona costera de la Provincia:

—*Intensos Patrullajes por la Costa de Osorno*

La colina era una ancha serranía situada al oriente de los acantilados cortados a pique, en las inmediaciones de Bahía San Pedro. Desde alta mar, el bosque se veía compacto, cubierto en su parte superior por una densa neblina.

Los comandos que formaban parte del Operativo Militar, intentan desembarcar en Bahía San Carlos. Sólo una fracción de ellos alcanza a cumplir el cometido en medio del bravo oleaje que provoca el mar de olas encrespadas. La operación de desembarco se suspende, frente a los peligros que significa esta acción.

Las primeras luces del alba permiten vislumbrar claramente el horizonte. La embarcación, con su valiosa carga humana y de materiales bélicos, pone proa hacia el sur.

Media hora más tarde fondeamos en Bahía San Pedro. Hace ya bastante tiempo que la nave está surcando las aguas del Pacífico, correspondientes a la Provincia de Llanquihue. La caleta, cuyas aguas muestran mayor tranquilidad que los otros puertos de atraque, es rápidamente invadida por los efectivos uniformados que silenciosamente van adoptando posiciones estratégicas. En un despliegue en que solamente se escucha el graznido de alguna madrugadora gaviota y el choque de las olas sobre los roqueríos, los efectivos del Regimiento «Arauco» comienzan a avanzar.

Objetivo

Las acciones descritas corresponden a un pasaje de un nuevo Operativo Militar llevado a cabo por los soldados con guarnición en Osorno. La labor que ha comenzado nueve horas antes, tiene como objetivo el rastreo de eventuales refugiados en los cordones cordilleranos de la costa. Dos son los puntos clave: Centro de Producción de Manquemapu y el Asentamiento «Los Pabilos», ambos dominados desde hace algunos años por elementos extremistas de la Unidad Popular.

Ascensión lenta y peligrosa

Para avanzar a través de las serranías, los soldados tuvieron que vadear varios pantanos, cruzar selvas vírgenes, saltar esteros y atravesar ríos. No contaban para ello con más recursos que su alto espíritu disciplinario y una capacidad física a prueba de toda contingencia.

La primera jornada se prolonga en más de catorce horas de permanente escalamiento. A ratos, algunos desmayan, pero ante las

órdenes de sus superiores reemprenden la marcha. Cerca del anochecer, el «Grupo Lavairo» llega hasta un inmueble de excelentes condiciones materiales. Media hora más tarde, éste sirve de eventual refugio para los agotados Militares. Sin embargo, la rígida disciplina —además de la táctica y la estrategia— se impone nuevamente: varios soldados deben ubicarse en lugares adecuados para dar comienzo a la guardia nocturna.

El otro grupo, a cargo del Teniente Bravo, comienza su labor con una serie de allanamientos en diversas viviendas y sedes de agrupaciones campesinas. Entre ellas, una escuela (que no funciona por falta de profesor) y algunas casas en construcción. También en algunas bodegas e instalaciones en las que se guardan pequeñas embarcaciones marítimas. Posteriormente se da la orden. Punto de referencia: Los Pabilos. Hacia allá se dirige la columna. Son centenares de soldados que caminan silenciosamente, mientras algunos comienzan a jadear al subir las primeras colinas. Poco a poco la pendiente se va intensificando. La ascensión se va haciendo más lenta. Desaparecen las huellas dejadas por el pie humano. A fuerza de hacha y machete, los comandos comienzan a abrirse paso. Los costalazos aumentan...”

La devolución de las industrias

El 20 de octubre, la Junta Militar ordenó a la «CORFO» por medio de un Decreto Ley, restituir a sus dueños las industrias que se encontraban intervenidas por diferentes motivos.

—El Vicepresidente Ejecutivo de la Corporación de Fomento de la Producción podrá dejar sin efecto total o parcialmente los Decretos de Reanudación de Faenas en empresas o establecimientos industriales, remover a las personas designadas como Interventores o reemplazarlos y proceder, cuando las circunstancias así lo aconsejen a la restitución de los establecimientos afectados a sus propietarios o a sus representantes legales.

(El señor industrial no pudo ocultar las lágrimas de felicidad cuando las nuevas autoridades le restituyeron la fábrica que había permanecido cerca de dos años en manos de los trabajadores que se la habían tomado cuando él y sus empleados incondicionales comenzaron a boicotear la producción para desestabilizar al Gobierno. La ceremonia fue breve, como correspondía a la austeridad de los Militares que habían tomado en sus manos los destinos de la Patria. Cuando el señor industrial revisó las instalaciones comprobó con sorpresa y no oculta satisfacción que había varias máquinas nuevas en reemplazo de las que él había heredado de su padre, un ex obrero alemán emigrado al país en el siglo pasado. La primera medida que tomó el señor industrial fue despedir a todos los obreros que el día de la toma de la industria le hicieron salir de sus oficinas sin permitir que se llevara los planos ni vaciara de documentos la caja de fondos. A los Dirigentes Sindicales y al Interventor no los alcanzó a ver el señor industrial, pues a ellos se los habían llevado los uniformados el mismo día de la Rebelión y, para el día en que él había recuperado su fábrica, sus nombres ya figuraban en la larga lista de personas detenidas que habían desaparecido sin dejar rastro. Después de borrar de la plantilla de la empresa a todos los «elementos subversivos», el señor industrial se encerró en sus oficinas a celebrar el acontecimiento junto a las autoridades presentes, sus empleados de confianza y los colgados que nunca faltan. Los meses siguientes fueron de completa felicidad para el señor industrial ya que subieron los precios de los productos de su fábrica y los salarios de sus obreros se mantuvieron bajos por efecto de la presión de los vehículos blindados que recorrían las calles de las principales ciudades del país manteniendo el orden y patrullando el descontento. La felicidad del señor industrial comenzó a disminuir

cuando le notificaron el alza de los precios de las materias primas importadas que precisaba para los artículos que producía en su fábrica. Y siguió disminuyendo en la misma medida en que las ventas fueron mermando hasta llegar al punto crítico, cuando las flamantes nuevas autoridades de Gobierno decidieron bajar los aranceles aduaneros a todos los productos importados y la gente que tenía dinero prefirió comprar los artículos «Made in Hong Kong» a mitad de precio. La felicidad se le anduvo acabando al señor industrial cuando fue a quejarse al Ministerio respectivo y allí un funcionario joven y engominado le respondió de mala manera que él era un industrial «no competitivo» y que su industria no era «viable». En corto tiempo, la situación del señor industrial se volvió económicamente insoportable. Se vio obligado a visitar al Síndico de Quiebras para llenar un formulario declarando que la industria heredada de su padre y luego recuperada del «área de propiedad social» por obra y gracia de los señores Militares, había llegado a su fin. La liquidación practicada después del remate público de las maquinarias e instalaciones y de los bienes muebles e inmuebles arrojó un déficit que el señor industrial tuvo que apresurarse a cubrir mediante la intempestiva venta, a menos de la mitad de su precio, de su casa habitación con piscina, del automóvil y de las joyas de su esposa que ella, premonitoriamente, no había querido entregar a los señores Militares para el financiamiento de la «Reconstrucción de la Patria»)

Contacto con los jóvenes socialistas

El domingo 21 de octubre recibí la visita de tres miembros de la Juventud Socialista del sector.

Estuvimos conversando de lo que había ocurrido en el fundo y en la Provincia y de lo que se sabía del resto del país y del mundo.

En cuanto a mi situación, los jóvenes me ofrecieron su ayuda incondicional.

Acordaron regresar el fin de semana siguiente a construirme una rancho en la montaña. En un lugar cercano a un aserradero abandonado.

El «blanqueo» de los autos robados

El 24 de octubre, la Junta Militar dictó un Decreto Ley:

—Las personas que sean poseedoras de automóviles adquiridos en situación irregular, podrán normalizar estos vehículos hasta el 31 de octubre del presente año.

Aprovechando este Decreto, los uniformados inscribieron a su nombre los automóviles de los partidarios del Gobierno derrocado que habían sido muertos, que se encontraban detenidos o que, simplemente, habían «desaparecido».

Igual suerte siguieron los vehículos de quienes vivían en la clandestinidad, como el mío, o de los que se habían asilado para escapar de la muerte.

Pena de muerte y guerrilleros cubanos

En su edición del 25 de octubre, el Diario «La Prensa» de Osorno, entregaba la siguiente información:

—Piden Pena de Muerte Contra un Detenido

Por traición a la Patria, un militante del Partido Socialista se encuentra en capilla en la Penitenciaría de Osorno. De acuerdo a informaciones obtenidas en fuentes oficiales, Alfonso Olivero, de 23 años, estaría confeso de haber participado en diversas acciones de organizaciones paramilitares en esta Provincia.

Pero, lo más grave del caso, es que al ser detenido por los efectivos de los Operativos Militares y Policiales se encontraba preparando la introducción subrepticia al país de un grupo de 150 guerrilleros cubanos, que se encontraban a la espera en la República Argentina.

De acuerdo a los antecedentes que se encuentran en poder de la Fiscalía Militar, Olivero proyectaba colaborar en una invasión de extremistas de nacionalidad cubana, por uno de los pasos cordilleranos, solamente conocidos por expertos baqueanos de la zona.

El proceso de petición de muerte «por alta traición a la Patria» en contra de Olivero sería incoado una vez que el Alto Mando de la Quinta División del Ejército, con asiento en Valdivia, autorice la constitución del «Consejo de Guerra» para la Provincia de Osorno.

En el caso de ser aplicada la pena capital, el fusilamiento se efectuaría probablemente en el recinto de la Penitenciaría, donde el detenido se encuentra fuertemente custodiado por los funcionarios del Servicio de Prisiones.

“Tendrán que morir en combate”

El 25 de octubre al atardecer, el General Pinochet, que viajaba en un helicóptero militar, aterrizó en el patio del Regimiento «Cazadores» de la ciudad de Valdivia.

Después de recibir una somera cuenta de la situación en la Provincia, de parte del Comandante del Regimiento, el Presidente de la «Junta Militar de Gobierno» se reunió con los miembros del Estado Mayor del Regimiento para imponerse en detalle de los resultados de la actuación en la zona de su «Delegado Especial», el General Sergio Arellano Stark.

Satisfecho con los informes de las matanzas efectuadas en su nombre y del terror creado en la zona, hizo cortas declaraciones a los medios de comunicación.

Al día siguiente, en el noticiario de la Radio de Valdivia, transmitieron sus breves y amenazantes palabras:

—Sabemos que en la zona todavía hay algunos elementos operando en la clandestinidad. Si los extremistas se entregan serán sometidos a procesos de Guerra, si no se entregan tendrán que morir en combate.

La ranca en la montaña

Sólo dos de los jóvenes, Vicente y José, regresaron el domingo 28 de octubre a ayudarme a construir una ranca en la montaña. El tercero, que el día de nuestro encuentro se había mostrado como el más entusiasta y decidido en las palabras, jamás regresó.

Aquel aserradero había sido abandonado muchos años atrás y las construcciones originales yacían desplomadas por la acción de las termitas y del viento. No obstante, a pesar de la lluvia, había muchas tablas que aún se podían utilizar. Trabajando con desnudo,

contruímos una rancha en la espesura, debajo de un aromático y frondoso árbol que crecía cerca de un estero.

En el bosque que rodeaba al aserradero existía un espléndido ejemplar de luma. Hasta aquel entonces yo creía que las lumas eran arbustos, pero estaba equivocado. Aquel árbol medía quince metros de altura y su tronco tenía cerca de un metro de diámetro. Los campesinos me confirmaron que se trataba de una luma que todas las primaveras florecía y daba frutos.

Los compañeros me prestaron una cocinilla a parafina en la que podía calentar agua para preparar té y cocinar alimentos simples. Bucólicamente, en aquel lugar viví varias semanas.

La rancha estaba muy bien protegida de las miradas de los ocupantes de la avioneta que seguía sobrevolando la montaña. Pero si los Militares hubiesen llegado por tierra hasta el aserradero abandonado, no les habría sido difícil descubrirla.

Mi continuo ir y venir por el lugar, aunque trataba de evitarlo, fue marcando sendas en el pasto, que eran muy fáciles de encontrar y de seguir. Aunque la rancha tenía varias vías de escape, existía la posibilidad de que me sorprendieran durmiendo.

En aquellas circunstancias echaba de menos la compañía del guía que me había abandonado. Era necesario contar al menos con un camarada con el cual alternar la vigilancia y el sueño.

En resumen, la rancha me resguardaba de las inclemencias del tiempo, pero en ella no me sentía seguro.

Hasta antes de vivir en la rancha, evitaba dormir varias noches seguidas en un mismo lugar. Además había adquirido el hábito de cambiar de sitio en tanto me embargaba una sensación de peligro.

La detención del Presidente del fundo

El Presidente del fundo regresó de Osorno, después de haber estado más de una semana en manos de los Militares. Don Ramón había sido detenido por los Carabineros cuando se dirigía en un bus rural a Osorno con las planillas de sueldo que mensualmente tenía que presentar a la «CORA», la Corporación de Reforma Agraria, que administraba el fundo intervenido.

El edificio del Retén, ubicado en un cruce de caminos, estaba rodeado de sacos de arena hasta un metro de altura, preparado para la defensa. Todos los Carabineros portaban fusiles automáticos.

En tanto el bus rural se detuvo frente a la barrera policial, los Carabineros rodearon el vehículo. Hicieron bajar a los pasajeros apuntándoles con sus armas. Sin dar ninguna explicación, apartaron a todos los campesinos varones. El bus reemprendió la marcha sólo con las mujeres.

Los campesinos fueron registrados en busca de armas. Luego los hicieron entrar al patio del Retén con las manos sobre la cabeza. A medida que iban pasando, la doble fila de Carabineros apostados en el portón los golpeaban con las culatas de sus armas. Adentro del cuartel, los campesinos fueron obligados a tenderse en el suelo.

Cuando los campesinos estaban tendidos boca abajo y menos se lo esperaban, los Carabineros comenzaron a apalearlos y a pasar corriendo sobre sus cuerpos. Aquellos que se quejaban, recibían patadas extras. A continuación los hicieron rodar por el suelo, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, a todo lo ancho del patio y sin dejar de golpearlos con los palos. No les importaba sobre qué parte del cuerpo caían las patadas y los garrotazos.

Terminado el ablandamiento, los campesinos fueron llevados, uno a uno, a la sala de guardia del Retén. Allí controlaban su identidad, su domicilio y su lugar de trabajo. A don Ramón, que era conocido de los Carabineros por su condición de Presidente del fundo, lo dejaron en el grupo de los sospechosos. El resto de los apaleados quedó libre.

A medida que iban quedando en libertad, los adoloridos y asustados campesinos regresaban directamente a sus casas.

En medio de golpes, a don Ramón le dijeron:

—Nosotros sabemos que tú tienes escondido al Diputado comunista.

—A él no lo conozco. Yo no soy comunista.

Sin dejar de golpearlo, le preguntaron:

—¿Han visto guerrilleros armados o pasar gente extraña por el fundo?

—No hemos visto gente extraña, ni menos con armas.

—¿Sabes dónde está Bongcam?

—No. Después de la campaña, no lo he vuelto a ver.

Las mismas preguntas se las hicieron varias veces en medio de la golpiza, hasta que llegó un momento en que los Carabineros ya no prestaban atención a las respuestas. Haciéndole daño, escuchando sus ayes de dolor, los uniformados parecían gozar.

Después del mediodía, don Ramón y los otros detenidos seleccionados fueron conducidos a Osorno, directamente al hospital nuevo donde funcionaba la Fiscalía Militar.

Luego de una nueva sesión de tortura e interrogatorio, llevaron a don Ramón al Estadio Español, que era un lugar de concentración de prisioneros políticos.

Don Ramón fue interrogado diariamente durante el resto de la semana. Las preguntas fueron siempre las mismas y la mayoría

de ellas no tenía nada que ver con sus actividades. Por último, lo dejaron en libertad.

Luego de entregar las planillas de sueldos en las oficinas de la «CORA» en Osorno, don Ramón regresó al fundo con el cuerpo lleno de moretones.

Los funcionarios de la «CORA», al enterarse de la detención de don Ramón, le habían rebajado del sueldo los días que había estado preso.

Después de conocer la odisea del Presidente del fundo, hice un cálculo del dinero que éste había dejado de percibir injustamente y se lo mandé con don Eladio.

Al principio don Ramón no quiso recibir el dinero que yo le enviaba, pero después terminó aceptándolo porque realmente le hacía mucha falta. El compañero tenía una prole numerosa y los precios de los alimentos no cesaban de subir, al contrario de los salarios que los Militares mantenían firmemente congelados.

El Fiscal contrabandista

En la madrugada del 30 de octubre, acompañados de un siniestro redoble de tambores, en el «Campo de Prisioneros de Pisagua» fueron llevados al lugar de la ejecución cuatro presos políticos. La sentencia de muerte había emanado de un «Consejo de Guerra» celebrado el día anterior. Entre los fusilados se encontraba Freddy Taberna, el Secretario Regional del Partido Socialista de la Provincia de Tarapacá.

Según denunciaron posteriormente los abogados defensores, cuya participación fue mañosamente limitada por los Militares

miembros del «Consejo de Guerra» a entregar una breve defensa por escrito, los delitos imputados, no sólo no fueron probados sino que de haber existido habrían sido cometidos antes del 11 de septiembre de 1973. Además, la pena de muerte se aplicó contrariando las normas básicas estipuladas por el propio Código de Justicia Militar.

Además, los cadáveres de las víctimas no fueron entregados a sus familiares y sus cuerpos jamás han sido encontrados.

Curiosamente, el papel de Fiscal en el «Consejo de Guerra» lo cumplió el Juez Mario Acuña, con el grado de Mayor de Ejército, quien antes de la Sublevación Militar había sido denunciado por algunos de los condenados a muerte, por sus actividades en el tráfico de drogas y de automóviles.

En un «Consejo de Guerra» anterior, el Juez Acuña, actuando como Fiscal Militar, había logrado la pena de muerte para otros dos funcionarios públicos que también investigaban sus delitos: el Procurador Fiscal del Consejo de Defensa del Estado en Iquique y un funcionario del Departamento de Investigaciones de la Dirección General de Aduanas.

Con anterioridad, con la excusa de la aplicación de la «Ley de Fuga», los Militares del «Campo de Prisioneros de Pisagua» habían asesinado a dos funcionarios del Departamento de Investigaciones Aduaneras, que estaban en «Comisión de Servicio» en Iquique investigando los delitos del Juez Mario Acuña y de sus cómplices.

Los cuerpos de todas estas personas tampoco fueron entregados a sus familiares.

{Como si todo lo anterior hubiese sido poco, el 29 de enero de 1974 desaparecieron del «Campo de Prisioneros de Pisagua» seis personas sin militancia política. Lo único común a todos ellos

era su implicancia en las actividades delictivas del Juez Mario Acuña en el contrabando de drogas. Un Comunicado Oficial afirmó que estas personas habían sido dejadas en libertad el día en que desaparecieron del campo. Sin embargo, en 1990 los cuerpos sin vida de estos desdichados, junto a los cadáveres de los dos investigadores aduaneros, fueron encontrados en una fosa clandestina en Pisagua, ensacados, con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados)

El saqueo de mi casa

El primero de noviembre, el Diario «La Prensa» de Osorno informó:

—**SAQUEAN LA CASA DE CARLOS BONGCAM**

Un grupo de muchachos que integran una activa y peligrosa banda de «pelusas», conjuntamente con otras personas, se han dedicado estos últimos días a saquear la casa que ocupaba el Dirigente Regional del Partido Socialista y peligroso activista, Carlos Bongcam Wyss, ubicada en calle Piloto Pardo 1363 de la población Cuarto Centenario.

La casa, que se encuentra abandonada desde hace más de dos meses, cuando toda la familia desapareció misteriosamente en vísperas de los hechos que culminaron con el Pronunciamiento de la Junta Militar de Gobierno, presenta en la actualidad una gran cantidad de vidrios quebrados, lo que facilita la tarea de los amigos de lo ajeno, que han convertido los bienes de esta familia de extremistas de izquierda, en campo propicio para sus fechorías.

En el interior de la vivienda, la familia Bongcam Rudloff, en su apresurada huida, dejó la casi totalidad de sus pertenencias, entre las que se cuentan los muebles, ropa de cama, ropa de los miembros del grupo familiar, utensilios diversos, que en estos momentos están siendo sustraídos impunemente por los integrantes de la banda de pelusas, los

que además de este hecho delictual, cometen otras actividades delictivas en contra de los habitantes de las poblaciones Anef, Cuarto Centenario, San Andrés y Nueva México.

El Diario no dijo que el Fiscal Militar había iniciado el saqueo de mi casa llevándose mi escritorio y mi sillón de trabajo a su oficina en el Regimiento. Tampoco dio a conocer que las hijas de un Carabinero que vivía cerca de mi casa, lucían las ropas de mis hijas y que los objetos de adorno de nuestra casa, se habían trasladado, misteriosamente, a la vivienda del periodista autor del artículo.

Los cuentos de Rosalino

La vivienda del fundo que se encontraba más cercana a las casas de don Eladio y don Ligorio, estaba ubicada a un kilómetro de distancia. En ella vivía don Roberto con su mujer y el pequeño hijo de ambos.

A comienzos del mes de noviembre me encontraba en la casa de doña Elisa cuando llegó Rosalino, el hermano de don Eladio. El joven ya había regresado a vivir con sus padres en las ex casas patronales del fundo.

Rosalino venía a decirme que a don Ramón, el Presidente del fundo, le habían avisado que los Carabineros harían un allanamiento en el predio. La noticia me la transmitió haciendo gestos ampulosos como para mostrar que estaba asustado, pero yo descubrí que sus ojos me observaban demasiado tranquilos.

Aquella mirada era como las que se ve en los ojos de los actores interpretando a un personaje.

Al parecer, el muchacho esperaba que yo me iba a asustar y saldría corriendo, pero aquello no ocurrió. Al contrario, lo abrumé con preguntas destinadas a precisar la fuente de sus informaciones y aclarar los detalles que a simple vista no calzaban. De pronto, para librarse de mi asedio, el joven me dijo:

—A don Roberto se lo llevaron preso los Carabineros.

Era algo nuevo. Había ocurrido recién y no tenía nada de futurista, como el allanamiento del fundo.

Ante mis preguntas, Rosalino también se vió obligado a precisar aquella información. Me aseguró que cuando venía en camino había divisado desde lejos a los uniformados llegando en un tractor hasta la casa de don Roberto. Luego, ya más cerca de la casa, había visto que el tractor se alejaba rumbo al poblado cercano, con don Roberto de pié en la pisadera del vehículo.

A pesar de las dudas que me produjo el relato de Rosalino y estando ausente don Eladio, tomé algunas medidas de precaución. Regresé a la rancha del aserradero y escondí la cocinilla a parafina, las ollas y los demás utensilios de cocina que me habían prestado los compañeros. Luego subí a la montaña, portando sólo mi mochila y algunos alimentos.

De nuevo en la cordillera

Subí a la cordillera por un sendero antaño utilizado para bajar, tirados por yuntas de bueyes, los troncos de los árboles derribados montaña arriba por los madereros. Anocheciendo llegué a la cima

de la primera cadena de cerros donde armé mi campamento debajo de un frondoso árbol, tal como lo había hecho en ocasiones anteriores.

A la mañana siguiente desperté temprano. Dejé la mochila oculta detrás de unos troncos a un costado del sendero y luego hice un reconocimiento del terreno.

El sendero seguía hacia el norte por el filo de un cerro. Me pareció que aquella huella llevaba hacia un sector de la montaña que yo había atravesado tiempo atrás. En aquella oportunidad, yo no tenía ningún interés en rehacer la ruta imposible en sentido contrario, ni tampoco en internarme en la espesura, sin una necesidad real.

Una cadena de cerros de menor altura se extendía hacia el sur, hasta el río cordillerano que pasaba frente a la casa de don Eladio. Estimé que no valía la pena atravesar la cordillera por allí dado que para ir a ese río me resultaba mucho más sencillo dar un rodeo pasando cerca de la casa de don Ligorio para entrar al cañadón por donde bajaba aquella corriente de agua. En una ocasión anterior, al relatarme una excursión de pesca que había realizado río arriba, don Eladio me había descrito la topografía de aquel cañón cordillerano.

Terminado el reconocimiento, regresé al lugar donde estaba mi mochila y me senté en un tronco a descansar. Frente a mí, a dos metros de distancia y a la altura de mis ojos, había unas matas de quilas entre las cuales me llamó la atención unas hojas que colgaban formando un pequeño pelotón. Mientras las observaba llegó volando un picaflor que se quedó suspendido en el aire frente al grupo de hojas que había llamado mi atención. Me pareció que picoteaba en el centro antes de regresar a la espesura.

Movido por la curiosidad me acerqué a mirar aquellas extrañas hojas. Cuando estaba a un metro de distancia del nudo de hojas, otra pequeña avecilla voló asustada. Se trataba de un nido de picaflores. Los pajarillos habían juntado y cocido algunas hojas de quila y en su interior, con hierbas y pequeñas plumas, habían construido un nido en miniatura. El nido de los picaflores colgaba a un metro y medio del suelo y en él había tres pequeñísimos huevos. Imaginándome el tamaño de las avecillas al salir del cascarón, me alejé sonriendo.

En la tranquilidad del bosque estuve analizando, durante todo el día, lo que me había contado Rosalino. La actitud del muchacho me hacía dudar de sus palabras. Me resultaba poco creíble el relato del apresamiento de don Roberto y no me parecía real el aviso anticipado del allanamiento.

Cediendo, además, al enorme interés por continuar la lectura del libro «Nuestra Señora de París», que se me había quedado en la cabaña, decidí regresar al día siguiente.

Pena de muerte para el regreso clandestino al país

El 6 de noviembre, la Junta Militar publicó un nuevo Decreto Ley:

—El que requerido por el Gobierno, por razones de Seguridad del Estado, desobedezca el llamamiento que públicamente se le haga para que se presente ante la Autoridad sufrirá la pena de presidio menor en su grado máximo o extrañamiento en su grado medio.

—Sin perjuicio de la responsabilidad penal, la Autoridad dispondrá administrativamente y desde luego, consumado que sea el delito, la cancelación del pasaporte respectivo si el inculcado se encontrare en el extranjero.

—El llamamiento se notificará por su publicación en el Diario Oficial, fecha en que se presumirá conocido, de derecho, y el delito se entenderá consumado cinco días después de esa publicación, si el llamado se encontrare en el territorio nacional, y 40 días después de ella, si estuviere en el extranjero.

—El que ingrese clandestinamente al país, burlando en cualquier forma el control de dicho ingreso, será sancionado con la pena de presidio mayor en su grado máximo a muerte.

“La mayoría estuvo de acuerdo”

Desperté temprano. De inmediato levanté el campamento e inicié el regreso. A medio camino, a un costado del sendero me llamó la atención un árbol recién derribado. Se trataba de un hermoso ejemplar de luma de más de diez metros de altura. Su tronco tenía alrededor de setenta centímetros de diámetro. Según calculé, aquel árbol había alcanzado a vivir cerca de cien años. Me intrigó el hecho de que aquel magnífico ejemplar yaciera intacto, allí donde había caído, sin que el leñador le hubiese cortado siquiera una rama.

Más adelante, mientras descendía por un sendero bordeado de vegetación, tomando muchas precauciones, de pronto escuché el zumbido del motor de un avión y me oculté bajo unos matorrales.

Aunque en forma intermitente, seguí oyendo el avión hasta que descubrí que se trataba de un moscardón que revoloteaba entre las flores del arbusto donde yo me había guarecido. Aquel insecto producía el sonido que yo había confundido con el motor de la avioneta. Entonces me dí cuenta de hasta qué punto se habían agudizado mis oídos durante el tiempo vivido en la montaña.

Sin haber detectado ninguna señal de peligro, llegué al aserradero abandonado. Escondí mi mochila cerca de la ranca y luego bajé hasta las casas de los campesinos amigos.

Don Eladio se sorprendió con las historias que Rosalino me había referido. Él no había visto ningún Carabinero en el fundo y don Roberto había estado todos aquellos días en su casa, como de costumbre.

—Lo que pasa es que hay algunos compañeros que tienen miedo y no quieren que usted esté aquí en el fundo.

—Entonces será mejor que me marche.

—No tiene por qué irse. La mayoría estuvo de acuerdo en que usted se podía quedar, siempre que ningún extraño lo viera.

—¡Cómo! ¿Han tenido una reunión sobre mi presencia en el fundo?

—Hicimos una reunión porque había algunos que tenían miedo y el problema había que tratarlo entre todos. Las mujeres fueron las más valientes. Todas estaban dispuestas a ayudarlo.

—¿Le puede decir a Vicente que venga a verme?

Vicente había sido el compañero de la Juventud que mejor me había impresionado.

Cortar un árbol sin razón, es un crimen

Vicente llegó a verme al aserradero abandonado y toda aquella tarde estuvimos conversando acerca de la situación en el fundo.

Al pasar al lado de la luma gigante que había en aquel sector, recordé la luma que había visto derribada en la montaña y se lo

dije a mi camarada. Vicente me contó que Matías, uno de los trabajadores del fundo, la había cortado.

Matías necesitaba un astil para su hacha y al examinar aquella luma, cuya madera es liviana y muy resistente, le pareció que una de sus ramas era apropiada. Derribó el árbol y estando éste en el suelo, comprobó que se había equivocado, que la rama elegida era demasiado corta.

Aquel relato me produjo indignación. Sin poder evitarlo, le dije:

—¿Cómo ha sido posible tamaño crimen?

—Pero si sólo es un palo.

—Ahora que se encuentra derribado es un «palo», pero antes era un ser vivo, que había necesitado cien años para alcanzar aquel tamaño.

—Pero botar un árbol no es crimen.

—Cortar un árbol sin razón, es un crimen. Nosotros los seres humanos tenemos inteligencia y somos responsables de nuestros actos. Aquella luma crecía allí sin poder defenderse y sin hacer ningún daño, al contrario, nos daba oxígeno. Pero entonces llegó Matías, lo derribó y lo dejó botado. ¡Eso fue un crimen!

—Y yo que pensaba cortar esta luma, porque necesito un astil para mi hacha y aquella rama de allá arriba me parece que está muy buena.

—No puedes hacer eso, Vicente. ¿Vas a cortar este árbol, que tiene más de cien años, sólo para aprovechar una rama? Yo no podría ser amigo tuyo si hicieras tal cosa.

Vicente me miró socarronamente.

—¡Estoy hablando en serio!

—Pero es que yo necesito un astil.

—Podrías sacarle un trozo al tronco, de manera que el árbol no se muera. ¿Qué te parece este lado que ha crecido liso y recto?

Vicente examinó aquel sector del tronco y me respondió:

—Sí, está bien. Pero mejor está la rama de allá arriba.

(Pero lo decía en broma, pues ya había aceptado seguir mi consejo. Un tiempo más tarde ví que Vicente le había sacado un segmento vertical al tronco del árbol y que éste seguía en su lugar, herido, pero no moribundo)

Terminamos nuestra entrevista con algunos acuerdos sobre mi seguridad. Yo viviría en la montaña en un sitio desconocido para todos, incluso para él. Nos contactaríamos cada dos semanas en un lugar y hora fijados de antemano. A partir de ese día yo dejaría de visitar, salvo caso de fuerza mayor, las casas de los campesinos amigos.

Además, Vicente accedió a viajar a Osorno a tomar contacto con el Partido.

Los universitarios ante el «Consejo de Guerra»

El Vicerrector de la Sede de la Universidad de Chile en Osorno, una vez enterado del «Golpe de Estado», se quedó en su casa. A pesar del cargo que desempeñaba, su nombre no apareció en los Bandos que llamaban a los Dirigentes a presentarse, pero él estaba seguro que tarde o temprano lo iban a detener.

Efectivamente, al día siguiente del alzamiento, hasta su casa llegó una patrulla de Carabineros de la Primera Comisaría de Osorno, ubicada a cinco cuadras de su vivienda. Tuvo suerte,

porque los Dirigentes que cayeron en manos de los Carabineros de la Tercera Comisaría de Rahue, fueron todos asesinados.

Cuando Luis, el Secretario General de la Sede Universitaria se enteró de que su amigo Nicolás había sido detenido, subió a su automóvil y fue a la Comisaría. Al llegar vió en la esquina de una calle adyacente una patrulla de Carabineros fuertemente armados con fusiles automáticos, pero no les prestó demasiada atención.

El acceso a la puerta principal del edificio policial estaba resguardado por Carabineros con casco y fusiles.

Con un dejo de prepotencia en la voz, como había que tratar a los Carabineros para que éstos se mostraran serviciales, a los uniformados de Guardia, les dijo:

—Soy el abogado Luis Silva y vengo a buscar a un detenido.

Viéndole prepotente, decidido y desarmado, le franquearon el paso.

Al Sargento que estaba al otro lado del mesón, escribiendo con dificultad en el «Libro de Partes», le repitió:

—Soy el abogado Luis Silva.

El Sargento de Guardia levantó calmadamente la vista del libro y lo miró a los ojos.

—¿Ah, sí? —le dijo en tono displicente.

—¡Soy el Secretario General de la Universidad!

—¿Así que usted es el Secretario General de la Universidad?

—Sí, señor —le respondió Luis, remarcando el «señor» como una forma de medir las distancias.

Luis no captó de inmediato el tono del Sargento. Creyendo que el Carabinero había comprendido que se encontraba ante una persona importante, sacó pecho.

—Vengo a exigir la libertad del Vicerrector de la Sede.

—¿Ah, sí?

Luis, pensando que los Carabineros irían inmediatamente a buscar a su amigo, hizo una serie de gestos habituales en él cuando estaba impaciente: se pasó una mano por el cabello, se acomodó los anteojos, dejó su portadocumentos sobre el meson de la Guardia y comenzó a pasearse pensando en otra cosa.

Se sorprendió cuando escuchó que el Sargento le decía:

—¡Vámos: Pasando pa'entro!

Sólo en ese instante el abogado comprendió que el «Golpe de Estado» había puesto de cabeza las cosas en Osorno.

Presentando como acusados a las autoridades unipersonales de la Sede Universitaria y a diez estudiantes, los Carabineros montaron una farsa de «Consejo de Guerra».

En el Pensionado Universitario habían encontrado seis viejas armas todas ellas inservibles, como lo dejó establecido el peritaje realizado por el propio armero del Cuerpo de Carabineros.

Los Oficiales miembros del «Consejo de Guerra», valorando «en conciencia» la prueba, hicieron caso omiso de esta evidencia y dieron por acreditado el delito de posesión de armas.

Sin allegar ninguna otra prueba, acusados de pertenecer a un grupo armado, los universitarios fueron condenados a largas penas de cárcel.

Vicente viaja a Osorno

Vicente llegó a Osorno el 17 de noviembre por la mañana. A media cuadra del paradero del bus vió a Graciela que venía a su encuentro por la misma acera.

Graciela era una enfermera muy conocida dentro del Partido. En tanto ella reconoció a Vicente le hizo un guiño con los ojos y un casi imperceptible gesto negativo con la cabeza. En vista de eso, Vicente se abstuvo de saludarla y pasó de largo a su lado, como si no la conociera. En seguida se dió cuenta de que a Graciela la iban siguiendo dos hombres.

Al cruzar la calle, en la proxima esquina, Vicente miró hacia atrás con disimulo. Además de los dos hombres que caminaban detrás de la joven, otros dos iban por la acera de enfrente. Era evidente que a la compañera la andaban paseando por las calles de Osorno como un señuelo destinado a atrapar a quienes la saludaran.

En vista de ésto, Vicente se acercó al domicilio de Avendaño tomando precauciones. No fue directamente a su casa, sino que pasó mirando desde lejos y con disimulo. Vio que el compañero estaba sentado a la puerta de su casa, aparentemente tomando el sol.

Como le extrañó que Avendaño estuviera allí a esa hora del día y se viera tan apesadumbrado, no pasó a saludarlo.

Vicente fue a almorzar donde unos amigos que vivían en el barrio Rahue. Allí se encontraba Carmen, una compañera a quien él no conocía. Enterados los dueños de casa que Vicente deseaba ubicar a algún Dirigente del Partido, le aseguraron que Carmen era una compañera de confianza con la cual podía conversar al respecto. Vicente salió con ella a la calle, para conversar sin ser oídos.

La compañera se alegró de tener noticias mías, aunque Vicente no le dió a conocer el lugar donde yo me encontraba. Quedaron de acuerdo en que él me consultaría primero acerca del

contacto hecho y que dentro de un par de semanas volvería a Osorno.

De regreso en el fundo, Vicente me fue a ver de inmediato. A Carmen yo la conocía y de ella tenía excelente opinión, por lo que sin titubear le dí el visto bueno al plan que Vicente me presentó.

Este consistía en que Carmen vendría al fundo a tomar contacto conmigo, con el pretexto de visitar a Vicente quien se haría pasar por su novio. La historia era perfecta. Ambos eran jóvenes y solteros y nadie podía tener motivos para dudar de su fingida relación.

En aquella época, los buses rurales ya habían disminuído drásticamente la frecuencia de los viajes a los lugares más apartados de la Provincia. Carmen saldría de Osorno un día viernes por la tarde y regresaría el lunes siguiente en la madrugada. Nuestro encuentro se iba a producir un sábado al mediodía, en el lugar que Vicente había elegido.

La visita de Carmen

Vicente viajó a Osorno y regresó acompañado de Carmen. El sábado 24 de noviembre sería la fecha en que nos encontraríamos.

Aquél día salí temprano de mi escondite en la montaña, porque quería disponer del tiempo necesario para chequear sin ser visto el lugar de reunión y sus alrededores, antes de que el encuentro se produjera. Después de examinar el sector y sus accesos, me quedó tiempo para recorrer parte del camino por el que Carmen y Vicente tenían que llegar.

En un sector del bosque, que tenía varias vías de escape, me oculté entre unos arbustos a la orilla del sendero. Desde mi posición se podía ver un gran trecho del camino por donde vendrían mis compañeros. Dejándolos pasar adelante, podría controlar si los venían siguiendo.

El corazón me dió un vuelco cuando ellos aparecieron. Venían caminando sin prisa, conversando tranquilamente. No pude ver a nadie más, ni detrás de ellos, ni en los potreros adyacentes.

Dejé pasar a la pareja y los seguí. Un trecho más adelante, bromeando les lancé unos terrones y ambos se asustaron al verme aparecer, sorpresivamente, a sus espaldas. Con Carmen nos dimos un abrazo y después nos fuimos charlando de cosas sin importancia hasta llegar al lugar fijado para el encuentro.

El informe de Carmen fue muy completo. Por ella me enteré de que todos los Dirigentes Regionales del Partido Socialista estaban detenidos, que la mayoría se había presentado voluntariamente y que todos habían sido torturados. Los camaradas se encontraban en la Cárcel de Osorno a la espera de ser juzgados por un «Consejo de Guerra».

No obstante, dentro de todo tuvieron suerte porque el General Arellano Stark y su Comitiva de Oficiales Asesinos, con la misión de fusilar a los Dirigentes allendistas detenidos, en su viaje al sur se había saltado Osorno.

Seguramente aquello se debió a los informes sobre la «Guerra Privada» del Capitán Adrián Fernández que obraban en poder del General Pinochet, quien había dado la orden de aterrorizar al pueblo mediante el asesinato indiscriminado de los dirigentes políticos y sindicales partidarios del gobierno derrocado.

Le dije a la compañera Carmen que necesitaba con urgencia un Carnet de Identidad falso, documento que me era

imprescindible para el caso de tropezar por casualidad con los Carabineros.

Carmen tomó nota de todo cuanto le pedí y me prometió regresar en tanto hubiese cumplido mis encargos.

El regreso de Carmen

Carmen regresó con su verdadero novio. Los camaradas me trajeron un par de botas de goma, ropa de reserva y algunos alimentos: azúcar, arroz, charqui y leche en polvo.

Me contaron que cuando le fueron a pedir mercaderías a un compañero que tenía un pequeño almacén, descubrieron que una mujer que siempre trataba de obtener beneficios personales del Partido, había estado pidiendo alimentos con el cuento de que eran para mí, en circunstancias de que ella nunca había tenido ninguna vinculación conmigo.

El novio de Carmen había llevado una cámara fotográfica para sacarme una foto para el Carnet de Identidad falso.

Mientras me tomaban las fotografías Vicente y su hermano extendieron una sábana blanca detrás mío. Durante la noche el joven cortó el negativo sin revelar, para evitar ser sorprendido con el rollo completo en el viaje de regreso a Osorno. Como era de esperar, este intento fracasó porque la película se veló. La operación fotográfica era imposible de realizar sin los medios apropiados.

La cámara era de un camarada profesor de Enseñanza Básica, fotógrafo aficionado, a quien después de este fiasco no le quedó más remedio que ir a fotografiarme personalmente. Este camarada

había sido detenido y sometido a torturas, pero luego de unos meses en prisión lo habían dejado en libertad, “sin cargos”. No obstante, había sido despedido de su trabajo sin ninguna explicación.

El mago fotógrafo

El compañero fotógrafo llegó sin previo aviso un día viernes por la tarde. Esta inesperada visita obligó a Vicente a ubicarme en el monte antes de la caída de la oscuridad.

El profesor traía, además de su cámara fotográfica, un bolso con botellitas numeradas y un cartón en el cual estuvo dibujando, durante la noche y parte de la mañana del día siguiente, el número de la cédula de identidad que debía aparecer en mi fotografía.

En el Servicio de Identificación y Pasaportes de Osorno, al momento de sacar la fotografía para el Carnet de Identidad, a los interesados le ponían a la altura del pecho una plantilla de madera con el número de Carnet correspondiente. Este número era montado manualmente sobre la plantilla con cifras intercambiables de cartón.

Poco antes del mediodía llegué al lugar donde me esperaban Vicente y su hermano en compañía del fotógrafo quien, al momento de abrazarnos, me dijo:

—¡Qué alegría de verle vivo, camarada!

Primero almorzamos y luego aguardamos a que el profesor terminara de dibujar en el cartón los números que faltaban. El compañero no se daba ninguna prisa con el dibujo, porque estaba esperando que el sol pasara el cenit y bajara un poco en el

horizonte, a fin de que los ojos no me salieran sombreados en la foto.

Cuando el dibujo estuvo listo, extendimos una sábana blanca contra la pared de tablas de la ranca a medio derrumbar donde nos encontrábamos. El cartón con los números lo sostuve con un palito contra mi pecho, a la altura que el profesor me indicó, mientras éste me tomaba fotos con sol, sin sol, mientras pasaban unas nubes, con sol y sin sol, hasta que agotó el rollo.

Después sacó las botellitas numeradas que traía dentro del bolso y las colocó ordenadamente en el suelo cerca de un hueco que había en el piso de madera de la ranca. Con el rollo de película, un tiesto y una botellita en sus manos se metió dentro del hoyo y pidió que lo cubriéramos con una manta. Yo hice de ayudante.

A continuación me pidió la botellita número uno y yo se la pasé. En aquellos momentos tenía la sensación de estar participando en un acto de magia arriba de un escenario.

En mi reloj controlé el tiempo que el profesor me indicó.

A su término puse la botellita número dos en la mano que salió de debajo de la manta y volví a controlar los minutos que el mago necesitaba para soltarle las amarras al león que yo me imaginaba iba a salir del hoyo cubierto con la manta.

Cumplido el nuevo plazo me pidió la botellita número tres, al tiempo que sacaba su mano por un pliegue de la manta.

Quedé un tanto desilusionado porque en esta última ocasión el profesor no quiso que controlara el tiempo.

Cuando ya estaba pensando que su magia había fallado, me pidió la botellita número uno.

El mago le agregó un toque de suspenso a su acto agitándose durante unos momentos en su provisorio refugio.

Yo recordé que los ilusionistas se contorcionaban de modo parecido para desprenderse de las cadenas y las amarras.

Finalmente, el mago apartó la manta, con un movimiento que a mí me pareció una pobre imitación de Houdini, y apareció con un pedazo de celuloide en la mano.

Aquella insignificante tirita manchada, me decepcionó.

El profesor, en cambio, después de examinar muy seriamente los negativos al traslúz, exclamó:

—¡Perfecto!

Entonces yo tomé la cinta de celuloide y la miré contra el sol.

—¿Estás seguro de que está bien? —le pregunté, pues las manchas que ví en los negativos no me convencían en absoluto.

—¡Sí! —me respondió, sospechando con razón de que mis dudas se debían a mi profunda ignorancia en materia fotográfica—. ¡Hay varias fotos muy buenas!

Sin volver a prestarme atención, vació el contenido de todas sus botellas en el hueco del piso antes de guardarlas en su bolso.

Con una tijera cortó la cinta de celuloide en trocitos, y éstos los envolvió cuidadosamente en papel blanco. Luego se guardó aquellos envoltorios en el bolsillo de su camisa.

—Si hay problemas —le pregunté—. ¿Volverás?

—No creo que haya problemas, los negativos están buenos.

—Pero si las fotos no resultan.

—De todas maneras, no volveré. Dentro de unos días voy a Santiago. Saldré al exilio.

Nos despedimos con un abrazo. El compañero me dejó el Carnet al que le íbamos a cambiar la fotografía y luego se marchó deseándome mucha suerte.

Estaba claro de que la iba a necesitar.

El Carnet de Identidad

Vicente viajó a Osorno el viernes 13 de diciembre y regresó dos días después trayendo mi fotografía, un tampón con tinta para timbres y un timbre viejo que tenía unas líneas exteriores semejantes a las que enmarcaban el timbre del Servicio de Identificación. También me llevó una carta de mi familia.

El número que había dibujado el profesor no se diferenciaba en nada del que tenía la fotografía original del Carnet de Identidad.

Marqué sobre una esquina de mi foto el trazo faltante del marco del timbre oficial, de modo que calzara con el resto impreso en el Carnet y luego pegué la fotografía en el Documento.

Los compañeros habían tenido la feliz iniciativa de sacar un Certificado de Nacimiento de la persona que había extraviado el Carnet que yo iba a utilizar.

Durante las siguientes semanas estuve adiestrándome para responder automáticamente a mi nueva identidad, sin olvidar la fecha y el lugar de mi nuevo nacimiento, mi domicilio y el nombre de mis «padres».

Mientras estuve en el fondo me hice llamar Hugo y mantuve la nueva identidad del Carnet falso en el más riguroso secreto, para que los Militares no me pudieran seguir la pista si algún día me tenía que ir del lugar.

La carta de mi familia

Para mi sorpresa y alegría, una compañera del Partido me había traído desde Santiago una carta de mi familia. Por aquella misiva supe, finalmente, que mi mujer y mis hijos se encontraban bien, que hasta entonces no les había ocurrido nada.

La carta me llegó en muy buen momento y contribuyó a que siguiera tomándome las cosas con calma.

Por lo demás, yo ya no tenía ninguna duda de que en el Chile de aquellos días los errores se pagaban caro.

Respondí la carta escribiéndole a mi mujer una nota con letra infantil, simulando que yo era un sobrino suyo. Fue una idea que se me ocurrió en previsión de que pudiera ser interceptada.

Los encuentros imprevistos

Mientras estuve en el fundo, a pesar de las precauciones que tomaba al desplazarme, tuve varios encuentros fortuitos con desconocidos, que por suerte no me trajeron consecuencias.

Había llegado el verano y por mi vestimenta, a simple vista parecía un campesino. Llevaba el remendado sombrero que me había regalado don Ligorio, un chaleco de lana cruda de oveja, los ya estropeados pantalones que me había comprado Tito y calzaba las botas de goma que me había llevado Carmen.

Al hombro cargaba una murrera: un grueso, corto y curvado cuchillón de hierro colocado en el extremo de un mango de dos metros de largo. Aquella herramienta la usaban los campesinos para cortar las zarzas y yo, de haberse presentado el caso, la habría podido utilizar en defensa propia. La pistola la guardaba en la

mochila, oculta en la montaña y preparada para el caso de una huída forzada.

Un día subía por un sendero interior del fundo, bordeado de arbustos de regular tamaño. Al salir de una curva, súbitamente apareció un jinete. No tuve tiempo para esconderme. Pensé que si salía del sendero y me internaba entre los arbustos, iba a despertar las sospechas del campesino que venía a mi encuentro. No me quedó más remedio que seguir hasta cruzarme con el desconocido.

Al enfrentarnos alcé la vista y le saludé al estilo campesino.

—¡Gu'én día!

Mirándome sin interés, el jinete me respondió:

—¡Gu'én día!

Y siguió sin variar la velocidad de su marcha.

Al llegar a la siguiente curva del camino, no pude resistir la tentación y miré hacia atrás, como seguramente le sucedió a la mujer de Lot. Ví que el jinete seguía imperturbable su camino, al tranco de su caballo. Al comprobar que no me había convertido en una estatua de sal, suspiré aliviado.

En otra ocasión, al salir de un terreno boscoso por un caminito que bajaba del cerro de pronto ví, a pocos metros de distancia, a dos jóvenes campesinos sentados sobre un tronco, dándome la espalda y mirando hacia el valle. Instintivamente me lancé al suelo y reptando retrocedí hasta unos matorrales.

Desde mi escondite estuve observando a los muchachos hasta que éstos se levantaron y se fueron en dirección contraria al lugar donde yo tenía mi campamento. En aquella ocasión tuve la suerte de que soplaban el viento sur, dándole en la cara a los campesinos. Yo me había acercado a ellos desde el norte y por eso no me oyeron.

En una oportunidad me encontré cara a cara, muy cerca del lugar donde me había cruzado con el jinete, con don Rudecindo, que venía arreando un piño de terneros. En aquel sitio el camino estaba dividido en dos brazos, separados por un alto y tupido matorral de maquis, zarzas y quilas que no dejaba ver de un lado al otro.

Una parte de los vacunos había tomado por el otro brazo del sendero donde, junto a sus mujidos, se oían los gritos de los ayudantes de don Rudecindo.

Al verme, el compañero se mostró muy sorprendido, y me hizo señas para que me mantuviera en silencio. Al parecer no le tenía confianza a sus acompañantes. Muy a la rápida intercambiamos un par de frases en voz baja, porque algunos terneros corrían a la par de sus madres que bajaban bramando por el otro brazo de la senda. Luego de despedirnos, el camarada tuvo que correr para alcanzar a sus animales.

El encuentro con personas extrañas al fundo, de mayor peligro, ocurrió un día domingo al mediodía. Yo estaba esperando a Vicente cerca del camino por el cual mi compañero iba a pasar rumbo al lugar donde se jugaría un torneo de fútbol. Estaba junto a unas zarzas con mi inseparable murrera, cuando por el sendero que atravesaba el potrero en diagonal y que pasaba algo alejado del punto donde yo me encontraba, aparecieron dos campesinos acompañados de un Carabinero.

Uno de ellos era el muchacho de la Juventud que no había regresado. Supuse que los otros dos eran sus hermanos, pues estaba en conocimiento de que uno de ellos era Carabinero.

Cuando los ví, ya era demasiado tarde para ocultarme, de modo que me puse a cortar zarzas con la murrera. Sin dar muestras de haberme visto, ellos se alejaron conversando por el camino.

Las lecturas

El día en que los jóvenes me construyeron la cabaña en la montaña, le pedí a Vicente que me consiguiera algunos libros para leer y entretenerme.

Unos días después, el joven me llevó «Nuestra Señora de París», «La Divina Comedia» y el «Nuevo Testamento».

—La Biblia estaba en mi casa —me explicó—. Los otros libros se los manda el padre de Eliseo.

Quedé impresionado al ver el tipo de libros que leían los campesinos.

—La Biblia se la regalo, compañero, pero los otros libros son prestados.

—No hay problema. En tanto los lea, te los devolveré.

La «Divina Comedia» tenía un anexo con comentarios acerca de los personajes históricos que Dante Alighieri había colocado en el Infierno, en el Purgatorio y en el Paraíso, explicando cuáles habían sido sus relaciones con el autor del libro. Aquellas notas me gustaron tanto como la descripción de los tormentos del Infierno. En el Purgatorio perdí gran parte del interés y el Paraíso dantesco me resultó tan pesado, que me fue imposible terminar de leer el libro.

Al iniciar la lectura de «Nuestra Señora de París», tenía presente la versión cinematográfica americana del libro de Victor Hugo. A poco avanzar comencé a descubrir las falsificaciones que la industria del cine norteamericano había introducido en la obra

del romántico francés, con el fin de adaptarla a las exigencias de su autocensura, vale decir, a la hipocresía social imperante.

La más grave de aquellas falsificaciones había sido el «final feliz» de la película, que tergiversaba el principio fundamental del drama romántico, establecido por el propio Víctor Hugo: las novelas románticas deben terminar con el final trágico de los protagonistas.

En ésto reside, precisamente, el dramatismo de toda obra romántica.

Es lo que le ocurre a Esmeralda, la gitanilla; a Quasimodo, el jorobado, y a Dom Claudio, el clérigo. (“Febo de Chateaupers”, el flamante Oficial seductor de Esmeralda, dice Hugo con humor: “también tuvo un fin trágico: se casó”)

En la novela sobreviven Djali, la cabra y Pedro Gringoire. La cabrita, por ser animal; Gringoire, por ser poeta.

Hice una lectura acusiosa del «Nuevo Testamento», que me brindó una serie de sorpresas. La principal de ellas fue darme cuenta de las muchas tergiversaciones que se hacen de las palabras de Cristo, al ser interpretadas fuera de su contexto histórico.

Las Navidades

El día de Navidad, Vicente, su hermano y un par de campesinos de entera confianza, me invitaron a un asado. Los trabajadores del fundo habían carneado una vaquilla para repartírsela entre todos.

Cuando llegué al sitio convenido, los compañeros ya se encontraban asando un buen trozo de costillar, mientras sobre el fuego hervía una olla con papas.

Después de acabar con la comida y la chicha nos quedamos charlando durante varias horas. Al anochecer nos despedimos y yo volví a mi campamento secreto.

La fraternal presencia de mis compañeros fue un importante paliativo a la ausencia de mi familia en aquellas Navidades.

Al día siguiente, temprano por la mañana, fui a la casa de don Eladio, quien me había invitado por intermedio de Vicente.

Doña Elisa había hecho pancitos dulces y don Eladio se preparaba a cocer la cabeza de la vaquilla. Él me contó que había llegado tarde al reparto de la carne, cuando sólo quedaba un costillar, las patas, el cogote y la cabeza.

Don Eladio eligió la cabeza y el encargado del reparto le dió, en compensación, un par de patas.

—¿Y por qué no eligió el costillar, don Eladio?

—Porque la cabeza tiene mucho más comida.

—¿Es cierto eso?

—Algunos creen que me han hecho lesa, pero ellos tocaron mucho menos carne que yo.

Yo ignoraba cómo se preparaba una cabeza de vacuno y también dudaba de lo acertado de la elección del campesino.

Don Eladio hizo un hoyo en la tierra, de un poco más de un metro de diámetro y de unos sesenta centímetros de profundidad. Puso en el hueco abundante leña y encendió una hoguera. Trajo del río una docena de piedras redondas de regular tamaño y las colocó sobre el fuego. Cuando la leña se hubo transformado en brasas, las piedras cayeron al fondo del hoyo: Entonces don Eladio sacó las brasas del hueco y colocó las patas y la cabeza de la vaquilla, con cuero y todo, dentro del hueco y las tapó con brasas.

Varias horas más tarde sacó la cabeza y las patas y las puso sobre una tabla. Con un afilado cuchillo desprendió el pelo de las

tres piezas y se las entregó a su mujer. Ella las lavó con agua hervida y terminó de limpiarlas. Don Eladio partió la cabeza con el hacha y doña Elisa sacó la lengua, los sesos y gran cantidad de carne de la cabeza del animal.

Entonces pude comprobar que don Eladio había tenido razón al haber elegido la cabeza en vez del costillar.

Por amor también se muere

El viernes 28 de diciembre, a las 18 horas, Marcelino fue notificado en la Fiscalía Militar de Valdivia que quedaba libre, sin cargos. Al día siguiente llegó a su hogar en el fundo «Pilmaiquén», cercano al pueblo de Entre Lagos.

Delia, su mujer, lo recibió con alegría, aunque en su interior la angustia le apretaba el corazón.

Marcelino llegó feliz. A pesar de lo injusto de su encierro y de las torturas sufridas no tenía rencor en contra de nadie.

Su mujer, le dijo:

—Estoy preocupada. Los Carabineros de Pilmaiquén han venido varias veces a preguntar por tí.

—¡Pero si ellos sabían que yo estaba detenido!

—Eso les he dicho. Parece que están esperando tu regreso.

—No tengo nada que temer —dijo Marcelino para calmar a su mujer y tratando de convencerse a sí mismo—. En la Fiscalía me dijeron que quedaba en libertad, sin cargos.

—Tengo una corazonada. Deberías irte. Al menos durante un tiempo.

Pero Marcelino tenía otros planes para aquella noche. Quería estar con su mujer, sentir su cuerpo junto al suyo, acariciarla. Era lo que más había echado de menos mientras estuvo detenido.

—Me quedaré esta noche, mañana veremos.

Al día siguiente, domingo 30 de diciembre, sorpresivamente llegó una visita. Era doña Carmen, que venía con la intención de esperar el Año Nuevo en casa de sus amigos. Llegó acompañada de sus cuatro hijos menores. Los otros tres habían quedado en Osorno, al cuidado de su padre.

La llegada de doña Carmen decidió las cosas.

—No me puedo ir, Delia. ¿Cómo me voy a ir ahora que tenemos visitas?

Doña Carmen había llevado algunas provisiones consigo y un par de botellas de vino. La dueña de casa mató un par de pollos y Marcelino fue a comprar chicha. De ese modo, todo el vecindario se enteró de su regreso. A quienes le dijeron que se fuera del lugar, el campesino les repitió lo que le había dicho el Fiscal Militar: que estaba libre y sin cargos.

Pero los latifundistas de Entre Lagos no estaban conformes. Ellos habían colocado a Marcelino en la lista y los Militares lo habían dejado libre y sin cargos.

Los Carabineros del Retén de Pilmaiquén también se sentían burlados. Ellos le habían entregado el detenido a los Militares para que éstos lo mataran y no para que lo dejaran libre y sin cargos.

Se acercaba la medianoche. La quietud había caído temprano sobre el campo. La modesta vivienda de Marcelino estaba en silencio. Sus moradores dormían.

Sigilosamente, unas sombras negroverdosas se acercaron a la casa. Eran los Carabineros que iban a cumplir las instrucciones de los dueños de fundo.

De una patada derribaron la puerta de la vivienda y entraron disparando. Doña Carmen, cayó abatida por una ráfaga al intentar defender a sus hijos.

En la oscuridad, en medio de golpes, insultos y amenazas, los Carabineros sacaron a Marcelino de la casa. En el patio le amarraron las manos a la espalda y, dándole culatazos, se lo llevaron.

La siniestra procesión bajó hacia el río atravesando el caserío. Paralizados por el terror, desde las ventanas de sus casas los vecinos miraban pasar el cortejo, sin atreverse a intervenir.

El grupo de trágicas sombras traspasó el portón de la Central Hidroeléctrica Pilmaiquén, que el sereno de la empresa había dejado sin candado ex profeso, y entró al recinto de la casa de máquinas donde Marcelino fue abatido a tiros.

Su cadáver abierto a cuchilladas fue lanzado a la corriente, desapareciendo para siempre en las frías y turbulentas aguas del río.

La persistente lluvia tardó varios días en borrar el charco que dejó su sangre.

El 31 de diciembre

La noche de Año Nuevo la pasé solitario en mi campamento secreto, en compañía de la botella de vino tinto que Vicente me trajo. Yo le había pedido que me la comprara, pero él se negó a recibir el dinero, alegando que era su regalo de fin de año.

Aquella noche hice un balance de lo ocurrido bajo la Dictadura Militar. Llegué a la conclusión de que mi puesto de lucha estaba en Santiago.

Pensé que había llegado el momento de preparar mi viaje a la Capital.

Además sentía que ya era hora de irme del fundo.

La rutina en la montaña

Yo vivía en mi refugio en la montaña y sólo de vez en cuando iba a las casas de don Eladio y de don Ligorio.

Vicente concurría puntualmente a las citas acordadas de antemano. Me traía pan, algunos alimentos y combustible para la cocinilla. En ella yo calentaba agua y me preparaba algunas comidas simples.

Uno de mis alimentos cotidianos consistía en arroz con leche. Lo preparaba una vez por semana en una ollita y luego llenaba tres tarritos de lata que dejaba en el hueco de un árbol semi carbonizado, donde quedaban protegidos del calor. Los tarritos de arroz con leche los iba consumiendo diariamente por mitades. Acompañaba el arroz con las mermeladas que preparaba con algunas frutas silvestres que recogía en el campo.

En algunos rincones del fundo, donde había habido viviendas, existían cerezos, manzanos y groselleros. En el monte circundante había maqui, zarzaparrilla y frutillas. Yo también recolectaba nalcas y tallos de cardo.

Había llegado el verano. Yo tomaba baños de sol en un lugar donde me podía ocultar rápidamente en tanto escuchara el motor

de la avioneta de reconocimiento, que en aquellos meses pasaba sólo de tarde en tarde.

Lo único molesto era el rocío que hasta bien entrada la mañana cubría la alta hierba y hacía imposible ir de un lugar a otro sin mojarse los pantalones hasta más arriba de las rodillas. Aquello me obligaba a correr el riesgo de caminar por senderos despejados, que eran más concurridos.

La partida del fundo

A principios de enero de 1974, Vicente me dijo que don Roberto, el campesino que vivía cerca del lugar donde nosotros solíamos encontrarnos, me invitaba a su casa. Acepté y fuimos a verle aquella misma tarde.

Don Roberto y su mujer me recibieron con grandes muestras de simpatía y, al igual que los otros campesinos con los cuales había tomado contacto, me invitaron que fuera a visitarlos cada vez que quisiera comer algo caliente.

Durante las dos semanas siguientes, en un par de ocasiones fuí a la casa de don Roberto. Él me contó que tenía unos parientes que vivían en la cordillera, cerca del mar.

A mí siempre me ha atraído el mar, por eso le pregunté si yo podría pasar una temporada en aquel lugar. Él me respondió que a su juicio no había ningún problema.

Pensando en que ya había llegado el momento de irme del fundo, comencé a entusiasarme con la idea de pasar un tiempo en la costa. Un día me decidí y le solicité a don Roberto que me sirviera de guía en el cruce de la cordillera y él aceptó.

Él esperó la ocasión propicia y una tarde me dijo que me preparara porque partiríamos al día siguiente.

Habíamos convenido en que sólo él y su mujer sabrían que yo me iba a la costa. Partiríamos sin avisarle a nadie.

Aquella tarde tuve que trasladar apresuradamente, desde mi refugio hasta el lugar donde nos dejábamos los mensajes con Vicente, las cosas que éste me había prestado. Además le escribí un papel donde junto con despedirme le agradecía a él y, por su intermedio, a todos los compañeros del fundo la generosidad con que me habían ayudado.

Aquella noche dormí en la casa de don Roberto, porque del fundo saldríamos de madrugada.

6

A LA ORILLA DEL MAR

Don Roberto tenía un caballo alazán de brillante pelaje, fino de patas y esbelto de cuerpo, que era la envidia de todos los campesinos del lugar. Mucho antes de aclarar, alrededor de las tres de la mañana, el campesino ensilló el caballo y partimos.

La oscuridad era total. La noche estaba estrellada, pero yo no alcanzaba a ver donde ponía los pies.

Mientras bajábamos hacia el río, yo caminaba junto al caballo. Pero iba tropezando y cayéndome a cada paso. En los primeros metros del trayecto me caí muchas veces. Viendo que así no íbamos a llegar a ninguna parte, mi compañero me cedió su cabalgadura.

Como el caballo veía mucho mejor que yo, pronto arribamos al río del fondo de la quebrada. Cruzamos la corriente por un precario puente construido con troncos y peñascos por los propios campesinos y después iniciamos la ascensión por la pendiente contraria del cerro.

El sendero subía en dirección a una casa campesina que se encontraba a medio camino entre el río y la cumbre del cerro. Más allá de aquella casa, el camino torcía hacia la derecha.

Cuando se les ajusta la cincha que sujeta la montura, los caballos suelen hinchar el vientre para evitar que el correaje les apriete demasiado. Durante la marcha, a medida que el caballo va desinflando la panza, la montura se va soltando poco a poco. Al subir por la abrupta pendiente conmigo arriba de su lomo, el caballo se vió obligado a soltar el vientre. Entonces se aflojó la cincha, la montura giró y yo caí al suelo.

Afortunadamente, el golpe no me produjo lesiones. Pero de ahí en adelante tuve que subir caminando. Por suerte, el sendero hacia la cumbre estaba libre de obstáculos y de trampas invisibles.

Pasamos alejados de la primera vivienda, sigilosamente. Los perros ni siquiera ladraron. La casa que estaba más adelante no había forma de evitarla porque el sendero, que subía orillando un cerco, pasaba justo delante de ella. Al acercarnos a la vivienda, los perros se pusieron a ladrar pero luego se callaron, inexplicablemente, tan pronto nos hubimos alejado un par de decenas de metros.

Habíamos llegado al final de aquel camino.

Allí don Roberto abrió un portón y entramos a un potrero por el cual avanzamos a lo largo de un cerco de estacones. Llegamos a un pundo donde don Roberto descargó al animal, sacó los maderos más altos del cerco y luego, desde el otro lado y teniéndolo tomado de las riendas, hizo saltar al caballo. Limpiamente, el alazán superó el cercado.

El cruce de la cordillera

Al otro lado de la cerca avanzamos por la ladera en forma paralela al valle, hasta un camino de tierra que trepaba la montaña. Por aquel sendero subimos hasta alcanzar el bosque que cubría la parte más alta del cerro.

Al penetrar entre los árboles, el camino se transformaba de inmediato en un sendero maderero. Para aquel entonces, ya estaba aclarando.

Caminando por el sendero del bosque, después de atravesar un sector donde había gran cantidad de leña apilada a ambas orillas a la espera de ser transportada a los pueblos vecinos, llegamos a un campamento de leñadores.

Frente al campamento había una pequeña planicie desde la cual salían tres caminos que se adentraban en la montaña en distintas direcciones. En la intersección de aquellos senderos, nos detuvimos.

Don Roberto fue a una de las ranchas y llamó a la puerta. Al hombre que asomó su cabeza, le preguntó por el camino que llevaba a la costa. El leñador se lo indicó y continuamos la marcha.

A medida que nos acercábamos a la cumbre, el sendero maderero fue perdiendo tal condición hasta transformarse en una senda apenas visible. Ya sobre el filo del monte, la huella pasaba entre grandes piedras y por charcas de agua estancada cubierta de pajonales, donde nuestros pies se hundían en el fango.

La cima de la cordillera era una estrecha planicie de granito de varios kilómetros de largo, constantemente barrida por el viento y bañada por la lluvia. La capa de tierra vegetal era muy escasa. Sólo existía en las hendiduras de las rocas y detrás de los peñascos que la protegían del viento. En aquel magro bosque estaban representadas todas las especies de árboles del bosque natural, pero de tamaño liliputiense. Aquel paisaje parecía una antigua ilustración de un cuento de enanos y de hadas.

Por aquel mágico paraje caminamos unas horas, sin divisar ningún animal, ni siquiera un pájaro. Casi al término de la meseta, del sendero por el que caminábamos se apartaba una huella que iba hacia el sur. Sobre el fango había huellas recientes. Varias personas, al parecer hombres y mujeres, habían pasado en dirección contraria a la nuestra, pero en aquel punto, vez de seguir el sendero por el que nosotros habíamos venido, se habían dirigido hacia el sur.

Al concluir la planicie, una profunda y abrupta pendiente se desplomaba hacia el mar. Por ella bajaba el sendero que nosotros seguíamos. Antes de comenzar el descenso, estuvimos largo rato sentados, contemplando impresionados la magnífica vista que nos ofrecía el Océano Pacífico. A la distancia, entre la costa y la línea del horizonte, un solitario barco de carga navegaba hacia el norte.

El descenso de aquella empinada pendiente nos tomó más de una hora y no pocos esfuerzos. A pesar de que el caballo llevaba

mi mochila, el prolongado y abrupto camino en bajada me resultó tremendamente cansador.

El remanso

Finalmente llegamos al valle, a un kilómetro del mar. Allí, las aguas del cristalino río cordillerano formaban un extenso remanso. En la ribera opuesta, que era la falda de un alto cerro, había dos modestas casas campesinas.

—¿Llegamos? —le pregunté a mi guía.

—Sí —me respondió.

—¿Cuál es la casa de sus tíos?

—Queda ahí nomás, al otro lado del río. Pero hay que subir un poco por el cerro. No se vé desde aquí.

En tanto llegamos al río dejé mi ropa en la orilla y, con las botas de goma puestas para evitar golpearme los pies en las redondas y resbaladizas piedras del río, me metí en el remanso.

El agua estaba tibia. Yo estuve largo rato flotando en aquella tibieza. No debí haberlo hecho, porque con el baño mis músculos se relajaron y me cayó encima todo el cansancio de la jornada.

Don Roberto sólo se sacó las botas y mientras yo me bañaba se sentó a descansar a la orilla del río, con los pies metidos en el agua.

Los tíos madereros

Me bañé hasta que don Roberto me dijo que debíamos comenzar a subir, si queríamos llegar a la casa de sus parientes antes de que anocheciera.

Entonces se hizo realidad mi sospecha de que la casa de los tíos de mi guía no estaba “ahí nomás”, como él había dicho. Había que subir el cerro que teníamos por delante, para llegar a nuestro destino.

Me vestí al otro lado del río, que mi guía cruzó de a caballo. Después seguimos por un sendero paralelo a la ribera que nos llevó hasta un lugar donde un zigzagueante camino maderero comenzaba a trepar por el cerro. No habíamos alcanzado a subir cien metros, cuando las fuerzas nos abandonaron. Nos detuvimos a descansar, temblando de pies a cabeza. Otro tanto le ocurría al alazán.

Los campesinos del lugar utilizaban aquel camino para bajar, tirándolos con bueyes, los troncos de los árboles que cortaban arriba de la montaña. A mis anteriores ascensiones forzadas, agregué aquel día la experiencia de subir sin fuerzas una ladera despiadada y sin fin, como aquella.

Llegamos a la casa de los tíos de mi guía al anoecer. Los leñadores nos recibieron con amabilidad, como era habitual entre los habitantes de la montaña.

La casa era de madera y constaba de una sola pieza bastante amplia. Tenía piso de tablones colocados directamente sobre la tierra y un achaparrado techo de dos aguas de tejuelas de alerce. Desde adentro se podía ver las vigas y el entramado del techo, lo mismo que las tejuelas. En un extremo de la vivienda había una pequeña cocina de hierro y cerca de ella estaba instalada una mesa rodeada de rústicos bancos de madera. Además de la puerta, la ranca tenía dos ventanucos orientados hacia el sur por los que

entraba un poco de luz. Adosados a las murallas había varios camastros. A nosotros nos cedieron los más cercanos a la puerta.

En aquellos días, los tíos de mi guía estaban preparando una carga de tejuelas de alerce para llevarlas a Osorno. El viaje iban a hacerlo en lancha hasta Bahía Mansa y desde allí en camión hasta la Capital Provincial. Las tejuelas tenían cierto valor debido a que los alerces estaban a punto de ser extinguidos en aquellas montañas.

Conversando con aquellos hombres desentrañamos el misterio de las huellas que habíamos visto en la planicie de la montaña. Las había dejado un grupo de evangélicos que recorría aquellos parajes olvidados en busca de nuevos creyentes para su secta.

Los tíos de don Roberto compartieron con nosotros la comida que habían preparado para ellos. Luego conversamos brevemente y nos acostamos.

Mi guía y yo nos quedamos dormidos de inmediato.

El colono español

Al día siguiente intenté ponerme de pié pero no lo logré. Tenía el cuerpo terriblemente adolorido. Al moverme me dolían todos los músculos, hasta el más insignificante. Aplicando lo aprendido de mis experiencias anteriores, me paré como pude y salí de la cabaña. Para calentar los músculos comencé a caminar por los alrededores.

Hice un reconocimiento del lugar, al tiempo de gozar con la belleza del paisaje: la exuberante montaña y el océano infinito. Aquello no tenía precio.

En el hueco de un tronco semiapolillado oculté mi verdadero Documento de Identidad y el Carnet de Conducir, pensando que de ser necesario, al regresar de la costa los rescataría.

Después de desayunar, uno de los tíos de don Roberto se ofreció para guiarnos hasta la rancho de un colono español, donde yo quería instalarme durante un tiempo. Partimos de inmediato. Con la caminata se me calentaron los músculos y desaparecieron los dolores.

El sendero pasaba por una extensa planicie deforestada donde dejamos atrás los restos de una rancho de tejuelas de alerce. Allí había vivido don Gonzalo, que así se llamaba el español, antes de cambiarse a la quebrada frente al mar donde se encontraba instalado.

A la rancho del colono español llegamos al mediodía.

A don Gonzalo mi guía le contó que yo andaba de vacaciones, que era la historia que habíamos discurrido. Después yo vería cómo me las iba arreglar. Si no surgía una opción mejor, pensaba regresar al fundo.

En los dominios del colono español me hice llamar Alberto, que era el nombre que tenía el Carnet falso. Aunque preferí usar el diminutivo «Tito», que me resultaba más familiar.

El Carnet de Identidad y el Certificado de Nacimiento los dejé dentro de una bolsa de plástico junto al radioreceptor, al alcance del dueño de casa, por si éste quería examinar aquellos documentos. Fue una forma de mostrarle confianza y, al mismo tiempo, evitar sus sospechas.

El español me recibió encantado, pensando que yo le iba a hacer compañía durante un tiempo. En aquellos apartados parajes de la montaña, la soledad era tremenda.

Don Gonzalo tenía más de cincuenta años y la cara y el cuerpo de don Quijote de la Mancha. Pudo muy bien haber servido de modelo para los grabados de Gustavo Doré.

Quince años atrás, alguien le había estafado vendiéndole un inexistente fundo maderero en la Provincia de Osorno. Él se había trasladado al sur a explotar sus posesiones personalmente, dejando en la Capital a su mujer y sus tres hijos.

La tragedia de don Gonzalo no me produjo risa, porque si Pedro de Valdivia hubiese llegado a Chile en pleno Siglo Veinte, seguramente los «indios» le habrían vendido el cerro Huelén. Por lo demás, hay quienes afirman que aquella predisposición de ciertos chilenos a la estafa y el fraude, la habían heredado directamente de los conquistadores.

Aquel «cuento del tío» era común y había afectado a muchos otros. El fundo, como propiedad privada, no existía, pero sí estaban las montañas y la madera, que eran fiscales, y cuya explotación nadie controlaba. El colono no se sentía estafado, en realidad creía ser el legítimo dueño de aquella montaña.

Don Gonzalo jamás regresó a Santiago, donde su familia le esperaba inutilmente. Se quedó a vivir para siempre en aquellos desolados e impresionantes parajes.

En los últimos años se había mantenido con el salario mínimo que le pagaba la Corporación Nacional Forestal, «CONAF», por dirigir los trabajos de reforestación del lugar. Siguiendo las instrucciones de don Gonzalo, algunos jóvenes lugareños le ayudaban a plantar los pinitos que llegaban en lanchas por el mar.

Don Gonzalo era una persona con estudios, testarudo y con un amor propio fenomenal. Tuve la sospecha de que la estafa de la que fue objeto había logrado trastornarlo un poco. A mi juicio, no era del todo cuerdo su desmedido afán por salir adelante en tan adversas circunstancias. Su porfía era tan disparatada, que me resultaba difícil diferenciarla de la locura. No obstante, el inmigrante me cayó bien y me recibió con simpatía.

Don Gonzalo estaba arruinado. Todas sus pertenencias cabían en un pequeño y destartado baúl, asegurado con un modesto y oxidado candado de latón, donde las tenía guardadas.

En aquel cofre de pirata retirado estaban el traje de calle con el que había viajado desde Santiago; una ajada camisa blanca; una chillona corbata ampliamente pasada de moda; una camiseta con mangas; un par de calzoncillos largos; un par de zurcidos calcetines de algodón; un par de gastados zapatos de calle; una foto donde estaba su mujer con sus tres hijos; un recorte del Diario «El Mercurio» con el anuncio del estafador ofreciendo en venta un magnífico fundo maderero en la Provincia de Osorno, y una carpeta de cartulina, de un color que alguna vez había sido verde oscuro, que contenía los falsos títulos de propiedad, escritos, sellados y firmados ante Notario.

Don Gonzalo usaba a diario unos remendados pantalones de trabajo, adquiridos en Osorno cuando decidió trasladarse a su fundo maderero en la montaña; una camisa a cuadros que años atrás había perdido sus colores, la mayoría de sus botones y la mitad de sus puños; un chaleco de lana cruda de oveja que le había comprado a una tejedora del lugar; una gorra de lana de las que usaban los pescadores del sur del país; viejas botas de goma, y calcetines, no llevaba.

El colono era de buen trato y maneras amables, pero debajo de aquella cubierta de sencillez escondía un acerado y colosal orgullo ribeteado de locura.

Mi primer error

Cierta vez le pregunté a mi anfitrión por qué no dejaba aquellos inhóspitos parajes y regresaba a Santiago junto a su familia. Me respondió que prefería vivir solo en su propiedad en plena montaña, a vivir en la Capital amontonado con su familia en una oscura y maloliente pieza sin ventanas, arrendada en un conventillo. Visto así aquel asunto, le encontré toda la razón.

Pero entonces cometí mi primer error: le dije que aquellas montañas no tenían dueño, que eran tierras fiscales de propiedad del Estado.

Don Gonzalo me miró en silencio. En aquella extraña luz que brillaba en sus ojos creí reconocer la mirada que don Quijote le dirigió a Sancho Panza, cuando éste le dijo que los gigantes no eran tales, sino molinos de viento.

Me imaginé que no me había contestado porque carecía de argumentos, pero en realidad hacía ya mucho tiempo que él había decidido no discutir con nadie la legitimidad de sus títulos de dominio sobre aquel apartado sector de la Cordillera de la Costa.

Don Gonzalo seguía aferrado a la firma y los timbres del Notario cómplice de la estafa y a las promesas de un Senador de la zona, que jamás fue reelegido.

Una choza con vista al mar

Desde el lugar donde estaba construída la rancho de don Gonzalo, el mar se veía en toda su colosal magnitud.

El azul de las aguas del Océano Pacífico se extendía a la distancia hasta confundirse con el cielo, allí donde el horizonte líquido parecía curvarse bajo el peso de la bóveda celeste. Hacia el sur, la arbolada montaña descendía al borde mismo del mar. A la derecha de la rancho, la vista llegaba hasta los acantilados de granito que, desafiantes, se adentraban en la mar que incansable azotaba las rocas con su líquido cuerpo, creando una permanente masa de blanca espuma.

Frente a esas magnitudes oceánicas me invadía una sensación de sosiego, paz y pequeñez. Aquel inabarcable horizonte serenaba mis pensamientos. Las siluetas de los esporádicos barcos, que de vez en cuando pasaban por alta mar, parecían invitarme a viajar hacia tierras desconocidas.

La rancho del español tenía forma rectangular y la armazón del techo se sostenía en horcones de luma enterrados en la tierra. El techo era de tejuelas de alerce, de dos aguas, y las murallas habían sido construídas con tablones superpuestos en forma horizontal. Las fallas de aquella construcción indicaban a las claras que don Gonzalo no tenía experiencia en la materia.

El piso de la cabaña era de tierra y adosados a las murallas había camastros de tablones donde dormían los hombres que iban a la montaña a plantar pinos.

En el suelo, cerca de la puerta, un fogón permanecía encendido mientras había gente en la rancho. Los troncos ardían

durante toda la noche y, por falta de una adecuada ventilación, la rancho se llenaba de humo.

La primera ayuda que le presté a don Gonzalo fue abrirle tiraje al humo. La operación fue sencilla: saqué de la parte superior de las murallas opuestas, las tablas que cerraban los ángulos que formaba el techo. Una vez abiertos aquellos huecos, el aire pudo circular por la parte alta de la rancho y el humo encontró una salida natural.

El gato de don Gonzalo

Don Gonzalo tenía un gato. Su pelaje era gris con rayas negras. El felino mal vivía alimentándose de pájaros y pequeños roedores que cazaba en el bosque.

La rancho era para él un lugar abrigado donde llegaba a secarse junto al fogón, cuando la lluvia lo había empapado. Aquello ocurría con mucha frecuencia.

De manos de su dueño, de vez en cuando el gato recibía un trozo de pan y restos de comida. Pero su especialidad era robar alimentos de algún plato momentáneamente dejado sin vigilancia y escapar al exterior, como una exhalación, por el hueco de la puerta.

La mayor parte del día, el felino dormitaba cerca del fuego. En aquel ambiente temperado, las pulgas del gato se aventuraban a abandonarlo en busca de nuevos huéspedes.

Una de aquellas nuevas víctimas fuí yo, que antes de llegar a ese lugar no había sido atacado por ninguna pulga. En la rancho de don Gonzalo me vi obligado a pasar varias horas cada día ubicando

a los parásitos saltarines que se escondían en los pliegues de mi saco de dormir.

Por pulguinto y ladrón, aquel gato me cayó antipático y cada vez que don Gonzalo se ausentaba, yo procuraba alejar al felino de la ranca. Cuando el español regresaba después de la jornada de trabajo, lo primero que hacía era buscar a su gato.

—¡Qué raro! —decía—. ¿Dónde estará el gato?

Yo me hacía el sordo.

—¿Ha visto mi gato, don Tito?

—Por ahí debe andar, don Gonzalo.

El español tomaba el balde y salía a buscar agua. Durante el viaje a la vertiente iba llamando a su gato. La mayor parte de las veces solía regresar con el felino caminando entre sus piernas. En la puerta de la ranca el gato se detenía y me miraba. Luego entraba y dando un par de saltos se iba echar al lado de su amo. Desde su nueva ubicación me volvía a mirar y al ver que yo no me movía, se iba a echar a su sitio favorito junto al fogón. Entonces las pulgas, hartas de la famélica sangre del gato, salían alegremente en busca de mi saco de dormir.

La política de reforestación

La Corporación Nacional Forestal, «CONAF», que operaba con capitales estatales en futuro beneficio de los madereros privados, plantaba pinos de rápido crecimiento, procedentes de América del Norte, en todas las regiones del país donde el bosque nativo había sido exterminado.

La «CONAF» tomaba en consideración sólo el rendimiento de esta especie arbórea y no los efectos negativos que producía sobre la tierra y los daños que causaba a la vegetación y la fauna autóctonas.

La «CONAF» tenía criaderos de pinos donde desarrollaba las plantas a partir de las semillas y los pinitos de dos o tres años los repartía a las plantaciones de todo el país. Hasta la montaña donde vivía don Gonzalo, los pinitos llegaban en lanchas por el mar.

En los últimos tres años, don Gonzalo había plantado pinitos de prueba en diversos sectores de la montaña, comprobando que los arbolitos se adaptaban y crecían sin problemas.

En aquel año, la «CONAF» iba a iniciar una plantación en gran escala. Don Gonzalo me contó que los campesinos del sector no estaban muy interesados en trabajar como plantadores de pinos porque la tarea era muy dura y los salarios demasiado bajos. Él creía que le iba a faltar mano de obra.

—A lo mejor la «CONAF» me contrata —le dije.

—La próxima vez que vaya a Puerto Montt, voy a consultar.

Los trabajadores de la montaña

Los trabajadores que plantaban los pinos vivían en el vallecito por donde salía al mar el río cordillerano en el cual yo me había bañado el día en que atravesé la cordillera.

Para poder sobrevivir, los habitantes del sector ejercían de madereros, chacareros y pescadores.

Como plantadores de pinos, los hombres trabajaban cinco días a la semana, contados desde los lunes a las ocho de la mañana

en que comenzaban el ascenso a la montaña. Al lugar de su trabajo llegaban después del mediodía, y aún más tarde cuando traían una yunta de bueyes para remover y cambiar de sitio los troncos de los árboles caídos que estorbaban las líneas de la plantación. Debían plantar los pinitos guardando cierta distancia entre ellos y en el más riguroso orden posible. En este punto, don Gonzalo era inflexible.

Los viernes trabajaban por la mañana e iniciaban el regreso a sus casas después de almuerzo porque el viaje al lugar de las faenas, tanto de ida como de vuelta, estaba considerado dentro del horario de trabajo. La «CONAF» no pagaba sobretiempos, pero los días de lluvia, entre lunes y viernes, se contaban como trabajados y se pagaban.

No obstante, el costo de las plantaciones de pino era bajísimo debido a los miserables salarios que recibían los trabajadores.

Mi segundo error

De lunes a jueves, los trabajadores dormían en la rancho de don Gonzalo, compartiendo entre todos los alimentos que cada cual había traído.

Por las noches, antes de dormir conversábamos alrededor del fogón. Contábamos chistes y nos hacíamos bromas.

Pronto entramos en confianza y, como buenos chilenos, las bromas y las tallas afloraron entre nosotros.

Entonces cometí mi segundo error: hice un chiste a costa del dueño de casa. Todos se rieron, menos don Gonzalo que me miró seriamente. Sin disimular que se había disgustado.

Tuve la certeza de haber metido la pata.

A la orilla del mar

Comencé a descender al mar dos veces por semana. Para llegar a las rocas bañadas por el océano había que bajar por un sendero casi vertical que zigzagueaba entre las rocas y los árboles que crecían aferrándose a la ladera de la montaña. El sendero era intransitable los días de lluvia porque el suelo de greda se ponía muy resbaladizo con el agua.

En aquél entonces yo me mantenía bien entrenado y podía caminar, subiendo y bajando, como cualquiera de los campesinos. Empleaba unos veinte minutos en llegar al mar y más de una hora en regresar a la cabaña.

A la orilla del mar no había playa, sólo grandes rocas entre las cuales las olas mataban el tiempo jugando con enormes cantidades de piedras ágatas de diferentes tamaños y colores.

Como no tenía anzuelos para pescar, mariscaba durante las mareas bajas. En los roqueríos había choros, lapas y caracoles al alcance de la mano. También recogía anémonas de mar, que los lugareños llamaban «poto de mulo», cuya carne cocida era exquisita.

Con aquellos mariscos preparaba sabrosos caldillos que compartía con don Gonzalo y los demás trabajadores.

Las tortillas al rescoldo

Mirando a don Gonzalo aprendí a hacer tortillas al rescoldo.

A la harina le agregaba levadura, sal, grasa animal, leche en polvo y agua. Luego amasaba el conjunto hasta conseguir una masa consistente que, envuelta en un paño de cocina y arropada con una manta, dejaba liudar cerca del fogón. Cuando la masa se había hinchado la cortaba en dos grandes trozos a los cuales les daba la forma plana característica que tienen las tortillas.

Con una pala apartaba las brasas del fogón y hacía una cama ahuecando la ceniza caliente. Allí colocaba las dos tortillas, una al lado de la otra, y luego las cubría con ceniza. El pan comenzaba a cocerse lanzando pequeños chorritos de vapor, diminutos géiseres, a través de la ceniza.

Cuando las tortillas estaban listas las sacaba con la pala y, tomándolas con un paño, las golpeaba con el mango del cuchillo de cocina a fin de desprender la ceniza adherida a la superficie.

Después las dejaba enfriar envueltas en los paños de cocina que don Gonzalo había hecho con sacos harineros de algodón y la misma manta que había utilizado en el proceso de liudar la masa.

Una vez frías, las tortillas se cortaban fácilmente en rebanadas, de arriba abajo.

Las provisiones llegaban desde Osorno, cada dos meses, a la playa de la desembocadura del río. El comerciante que las llevaba por mar cobraba un alto precio por ellas y a su vez pagaba en forma miserable los productos que les compraba a los habitantes del sector. De aquella forma doblaba sus ganancias.

Los alimentos que tenía don Gonzalo eran muy escasos y con mi presencia, a pesar de mis regulares y contundentes aportes de mariscos, disminuían a ojos vistas.

Mi tercer error

A don Gonzalo le propuse que construyéramos una cabaña con los muchos troncos de alerce cortados que había en la cercanía.

El español se mostró interesado y entonces cometí mi tercer error: en una hoja de cuaderno hice un croquis de la futura cabaña, usando un pequeño listón a modo de regla.

El dibujo resultó demasiado perfecto para el modesto pintor de brocha gorda, por el cual yo me hacía pasar, y ésto despertó las sospechas del español.

—Usted es un hombre educado —me dijo con una entonación especial en la voz.

Tuve la impresión que me quería decir que se daba cuenta de que yo le había engañado.

Traté de restarle importancia al asunto, pero a don Gonzalo ya le había entrado el gusano de la duda.

En aquellos días, como él mismo me dijo después, corrían rumores de la presencia de guerrilleros en la cordillera y todos los afuerinos estábamos bajo sospecha.

La pista de aterrizaje

Cierto día don Gonzalo me contó, empleando un tono descuidado pero poniendo mucha atención a mis reacciones, que dentro de una semana un Oficial de la Fuerza Aérea de Chile llegaría a la

montaña. El objetivo de su visita era inspeccionar una planicie donde pensaban construir una pista de aterrizaje.

Aparentando tranquilidad, le respondí:

—Me gustaría acompañarlo a la entrevista, si a usted le parece.

Don Gonzalo pareció sorprenderse al escuchar mi respuesta y no me respondió, pero noté que estaba dudoso.

Un par de días después, mirándome a los ojos, don Gonzalo me dijo:

—En Puerto Montt se dice que hay guerrilleros aquí en la cordillera.

—¿Ah, sí? —le respondí, sin inmutarme—. ¿Y usted los ha visto?

—Los militares piensan que podrían venir a la costa —insistió el español, sin dejar de espiar mis reacciones.

—¿Por eso la Fuerza Aérea quiere tener una pista de aterrizaje en esta zona? —le pregunté.

—Sí.

—No es mala la idea —le respondí.

“Lo siento, don Tito”

Dos días antes de la visita del Oficial de la Fuerza Aérea, tratando de ocultar su nerviosismo, don Gonzalo me dijo:

—Lo siento, don Tito, pero usted no se puede quedar aquí.

Don Gonzalo sospechaba algo. No había duda. Pero qué estaba sospechando, me era difícil decirlo. Me decidí por darle una estocada a fondo.

Mirándole de frente, le pregunté:

—¿Por qué razón?.

El hombre titubeó antes de responderme.

—La comida que tengo no alcanza para nosotros dos.

Estuve a punto de decirle que en Osorno tenía amigos que me podían enviar alimentos pero, sospechando que en la respuesta de don Gonzalo no estaba la verdadera causa de su actitud, me contuve. Sólo por profundizar la estocada, le dije:

—¿Y si me dan trabajo en la «CONAF»?

El español estuvo unos minutos en silencio. Era evidente que no encontraba la respuesta adecuada. Finalmente, me dijo:

—En ese caso se podría quedar, pero tendría que ir usted mismo a Puerto Montt a pedir que lo contraten.

Me había devuelto la papa caliente con habilidad. Él no tenía inconvenientes, si me contrataban. Sólo que yo tenía que ir en persona a conseguir el trabajo. Lo que pudiera ocurrir en Puerto Montt, sería cosa mía.

—Muy bien, iré a Puerto Montt. Pero deseo que usted me dé una recomendación para presentarla en la «CONAF» y una nota para ese conocido suyo de «Los Pabilos».

—Cómo no, don Tito. Le daré esos papeles.

Los frutos de la luma

Al día siguiente, de amanecida, abandonamos la ranca con vista al mar y partimos hacia el valle donde el río desembocaba en el Océano Pacífico.

En la cartera interior de mi chaquetón llevaba los dos papeles que don Gonzalo me había dado: uno para el Jefe de Los Pabilos y una carta de recomendación para la «CONAF».

La senda aquella pasaba alejada de la casa de los madereros donde había escondido mis verdaderos documentos de identidad, pero aquel detalle ya no tenía importancia.

Por el camino, el español me mostró la meseta en la cual él pensaba que se podía construir una pista de aterrizaje. No estaba equivocado, el lugar se veía apropiado para levantar una pista capaz de recibir aviones de pequeño tamaño.

El sendero pasaba entre unas lumas cuyos frutos, llamados chauchau por los campesinos, se encontraban maduros. Por primera vez en mi vida probé aquellas dulces bayas y se lo dije a don Gonzalo.

—La gente de aquí cree que siempre se regresa al lugar donde se ha comido chauchau por primera vez.

—Claro que me gustaría volver —le respondí y, cogiendo otro puñado de frutos, añadí—: Por eso voy a comer más.

Una leyenda semejante había escuchado en Chaitén, cuando comí calafate por vez primera.

El mercado persa

A media mañana comenzamos a descender hacia el valle. Abajo, al otro lado de la desembocadura del río, se veía una larga playa de arena que llegaba hasta el cerro que cerraba el valle por el sur.

En el mar, frente a la playa, había un roquerío en el cual estaban encallados los restos metálicos del casco de un barco de

guerra de pequeño tamaño que había naufragado algunos años atrás. Varios marineros habían perdido la vida a causa de aquella tormenta. Después del temporal, la marina sacó los cañones y otros equipos de la torpedera, dejando a la gente del lugar la tarea de dismantelar los restos de la nave. Los lugareños habían sacado todo lo que les podía servir, incluso algunas planchas del blindaje. Los restos de aquel barco daban testimonio de que en aquella región del país, ni siquiera los barcos de guerra, podían con la furia de los elementos.

Un joven, que al parecer nos esperaba, nos vino a buscar en un pequeño bote y en él cruzamos el río. Luego, siguiendo un sendero que subía por una suave pendiente, llegamos a la casa de un pastor evangélico, donde don Gonzalo y el Oficial de la aviación, que llegaría esa misma tarde, iban a pasar la noche. Allí nos dieron algo de comer. A esa altura el español andaba nervioso y no ocultaba sus deseos de desligarse de mí.

Después de almorzar, don Gonzalo y el pastor fueron a la playa a conversar tranquilos. Mientras tanto, yo aproveché para montar un improvisado mercado persa. Puse en venta la mochila, el saco de dormir y la radio. El cuchillo de monte y la manta pequeña se los había regalado al español el día anterior.

Unos jóvenes del lugar, que se encontraban en la casa del pastor, fueron a informar al resto de los habitantes del vallecito. En pocos minutos se congregó un numeroso grupo de campesinos que en un santiamén me compraron todos los bienes que había puesto a la venta.

Como yo no estaba al tanto del precio de las cosas, al parecer hice un pésimo negocio, pero reuní una cantidad de dinero que a mí me pareció me iba a alcanzar para pagar el pasaje del bus hasta

Puerto Montt, un par de noches en una pensión y otros pequeños gastos.

Cuando don Gonzalo regresó con el pastor, yo ya había cerrado mi mercado persa.

El español me dijo:

—Don Tito, hemos conversado con el pastor y pensamos que lo mejor para usted es que se vaya inmediatamente de aquí. Yo le voy a dar un papel para don Rubén, el vecino que vive al otro lado de aquel cerro, para que le permita pasar la noche en su casa.

Dándole la mano, le dije:

—Don Gonzalo: le quiero agradecer su hospitalidad durante el tiempo que pasé en su casa. ¡Muchas gracias!

—De nada. Pero le recomiendo, don Tito, que siga su camino mañana temprano.

Llegó la lancha

Tomé el rollo que había hecho con mi manta y partí en la dirección que me habían indicado.

Arriba del cerro me detuve para mirar hacia el mar. Una poderosa lancha a motor se acercó con rapidez desde el sur. Cuando la lancha tocó la arena con su proa, un Oficial de la Fuerza Aérea saltó a tierra portando un bolso de lona.

Don Gonzalo se acercó a saludarlo y después ambos se fueron por la playa en dirección al río.

Mientras ellos se alejaban conversando tranquilamente, la lancha retrocedió mar adentro, hizo un rápido viraje para poner proa al sur y se alejó a toda velocidad.

El militar no portaba armas visibles, pero yo me imaginé que en el bolso tenía, al menos, una pistola.

“Bueno”, pensé, “si quiere detenerme, me defenderé con la mía.”

El «rico» del lugar

El cerrito desde el cual vi el desembarco del Oficial separaba las dos quebradas cordilleranas cuyos ríos respectivos desembocaban en el mar.

Descendiendo por la pendiente sur llegué frente a la única casa que había en aquel corto y estrecho valle.

Detrás de los furiosos perros que salieron a mi encuentro llegó corriendo un muchacho, haciéndolos callar. De la casa salió un hombre bajo y fornido. Era don Rubén, el «rico» del lugar, a quien el español le mandaba un mensaje.

El hombre había enviudado poco tiempo atrás y en aquellos días vivía con sus dos hijos: el muchacho que había contenido a los perros y una jovencita de alrededor de quince años, que me miraba a través de una ventana.

En la nota don Gonzalo le decía que a mí me enviaban él y el pastor evangélico, agregando que yo iba en camino a Puerto Montt. La nota terminaba solicitándole que me diera alojamiento en vista de que en la casa del pastor aquella noche no había lugar.

Don Rubén leyó la corta misiva y sin dudarle un instante me invitó a entrar a su casa. Estuvimos conversando generalidades hasta que la joven puso la mesa. Cenamos abundantemente y bebimos chicha de manzana.

Durante la cena, don Rubén fue tomando confianza y comenzó a contarme los problemas que había tenido con sus vecinos. Como él poseía media docena de animales vacunos, que vivían en forma semisalvaje ramoneando casi todo el año en la montaña, sus vecinos lo consideraban un campesino «rico», a pesar de que sus tierras a lo sumo serían dos hectáreas.

El resto de los habitantes del sector vivía en las escasas tierras cultivables del otro vallecito, por donde discurría el río en el cual yo me había bañado al llegar.

En realidad, don Rubén y sus vecinos eran todos campesinos pobres, que ni siquiera eran propietarios de las pequeñas parcelas de tierra que cultivaban.

El malentendido surgido en el lugar tenía como telón de fondo viejos pleitos y envidias entre vecinos, que habían salido a la luz mal disfrazados de problemas políticos.

Después del Golpe Militar, aparentemente los vecinos se habían reconciliado. No obstante, aquella noche descubrí que don Rubén tenía algunas heridas sin cicatrizar.

Al llegar la hora de acostarnos, el dueño de casa me cedió su propia cama, a la cual su hija le había cambiado las sábanas. Al comienzo no quise aceptar, pero cedí para no ofenderlo.

Antes de acostarme me fuí a lavar los dientes al estero cercano y, una vez allí, decidí darme un baño y ponerme ropa interior limpia.

EL VIAJE A PUERTO MONTT

Salté de la cama temprano, en tanto escuché que alguien se había levantado, y me fuí a lavar al estero. Amanecía. Sobre la costa se extendía una densa niebla, precursora de un día sin nubes.

Cuando regresé a la casa, el desayuno estaba listo. Don Rubén se sentó a desayunar conmigo. Su hija nos sirvió café con leche, huevos fritos, queso y pan amasado. Antes de despedirnos la joven me entregó un paquete con cocaví para el camino.

Siguiendo el consejo de don Gonzalo, le agradecí a don Rubén su hospitalidad y a su hija, sus atenciones, y partí temprano.

Desde «Los Pabilos» viajaban a Puerto Montt camiones con madera. La idea era que alguno de aquellos me llevase a ese destino.

El camino hacia la central maderera comenzaba con un sendero que zigzagueando ascendía el acantilado casi vertical. Subí con rapidez y seguridad, deteniéndome a descansar en pocas ocasiones, porque el continuo bajar y subir al mar mientras estuve en la cabaña de don Gonzalo, había sido un buen entrenamiento.

La meseta de granito

Arriba del acantilado había una meseta de granito con ejemplares enanos de los árboles del bosque original y un sendero con rastro de tractores. El cielo se había despejado. Sólo unas pocas nubes de blanco algodón estaban suspendidas sobre el Océano.

A medida que avanzaba por la meseta, alejándome del mar, los árboles iban aumentando de tamaño y el sendero era más transitable.

Al mediodía me senté a la sombra de un árbol y abrí el paquete que me había dado la hija de don Rubén. Contenía pan, queso y huevos duros. Me serví la mitad de aquella comida. Después me dió sed, pero no encontré agua. Bajo el fuerte e implacable sol tuve que seguir mi camino. En su mayor parte, aquel sendero pasaba sobre terrazas de rocas planas.

A ambos lados del camino, el bosque había sido cortado años atrás. Sólo habían dejado en pie los árboles de tronco apolillado. Hacia el sur, la montaña se veía cubierta de miles de troncos, secos, sin corteza y blanqueados por la lluvia, semejantes a pabilos, que se erguían acusando a los incendios forestales. Drama común a todos los territorios del sur del país.

Dar de beber al sediento

A media tarde, pensando que pronto llegaría a «Los Pabilos», me comí el resto del cocaví. En todo el soleado camino no encontré donde aplacar mi sed.

Llegué a la explotación maderera al anoecer. El aserradero se encontraba funcionando a medias debido a que la mayoría de los obreros había huído de la zona abandonando sus puestos de trabajo y el negocio de la madera pasaba por un momento de incertidumbre.

Me acerqué a la primera casa del pequeño poblado y llamé. A unos muchachos que salieron les pedí agua pero ellos, mirándome con hostilidad, no me hicieron caso. Tampoco contestaron cuando les pregunté dónde podía ubicar al Jefe de la explotación.

A una mujer que salió a continuación, le dije:

—Señora: ¿Dónde puedo encontrar a don Raúl?

—En aquella casa amarilla —me respondió, indicando hacia la mayor de las construcciones.

—Por favor —le dije—, ¿me puede convidar agua?

Entonces la mujer llamó a uno de los jóvenes y le dijo que me diera agua. El muchacho tomó un jarro que colgaba de un clavo de la muralla y fue a buscar agua. Yo pensé que había ido a una vertiente.

El joven volvió con el jarro lleno y me lo pasó. Bebí un sorbo y noté que el agua tenía mal olor y algunas impurezas. Me acerqué a la luz que salía por la puerta de la vivienda y pude ver que el líquido estaba lleno de larvas y de pequeños bichos. Boté el resto del agua al suelo y le dije a la mujer:

—Señora: ¡Su hijo me trajo agua de una charca!

—¿Por qué hiciste eso? —exclamó la mujer, reprendiendo al muchacho—. ¿Por qué no le diste agua del balde?

Entonces vi que al lado de la puerta de la casa, sobre una banca, había dos baldes con agua limpia. Dejé el jarro al lado de los baldes y, sin decir palabra, seguí mi camino.

Los helicópteros militares

El Jefe del aserradero era un joven de veinte años de edad quien, luego de leer la breve nota que le enviaba don Gonzalo, me dijo:

—¿Así que va a Puerto Montt y quiere viajar en un camión?

—Efectivamente.

—Va a ser difícil. Creo que no se va a poder.

Supuse que el joven había sospechado de algo y me alarmé.

Tratando de no mostrarme preocupado, le dije:

—¿Por qué no se va a poder?

—Porque está paralizada la entrega de madera y ya no vienen los camiones.

—Entonces tendría que seguir a pié.

—Tal vez, no. Mañana iremos a Tegalda en un tractor con acoplado. Si usted quiere, lo podemos llevar hasta allí.

—Cómo no.

Don Raúl parecía ser demasiado joven para el puesto de Jefe de aquella empresa maderera. Aquella noche me contó que él era el único Dirigente Sindical que había quedado, pues los mayores y con más experiencia fueron despedidos por los Militares.

Antes de acostarnos me relató lo sucedido allí en los días posteriores al golpe. Los trabajadores, que en su inmensa mayoría eran partidarios del Gobierno de Salvador Allende, decidieron ir al pueblo a ver qué podían hacer frente a lo que estaba pasando.

Partieron en tres tractores con acoplados. Habían recorrido la mitad del camino que bajaba de la montaña, cuando fueron interceptados por dos helicópteros militares cargados de soldados. Uno de los aparatos se posó en el camino delante de los tractores y el otro bajó más arriba, cortándoles la retirada. Saltaron a tierra los soldados de la Fuerza Aérea, fuertemente armados, y rodearon a los campesinos.

Les ordenaron tenderse en el suelo y luego de darles patadas y culatazos, a todos por parejo, preguntaron por los Dirigentes Sindicales. Después que éstos se identificaron les amarraron las manos y los subieron a un helicóptero.

El aparato se elevó sobre las copas de los árboles, rumbo a Puerto Montt. En pleno vuelo, los soldados amarraron de los pies al Presidente del Sindicato y lo lanzaron al vacío. Unos minutos después lo subieron a la cabina. Enseguida lanzaron al Secretario. Antes de llegar a Puerto Montt, todos los Dirigentes del Sindicato habían estado columpiándose durante unos minutos en el vacío, en medio de las risas y los insultos de los Militares.

En Puerto Montt, fueron torturados e interrogados. Después de haber permanecido unas semanas presos, sólo don Raúl y un Dirigente tan joven como él regresaron a la montaña. En tanto llegaron a las faenas, el otro Dirigente recogió sus pertenencias y se fue para siempre.

Tiempo después llegaron los militares de Osorno, que habían ido a aquella zona por el mar. Los oficiales se alojaron en la misma casa donde yo iba a pasar la noche, mientras en otra de las viviendas procedían a torturar e interrogar a los trabajadores que había en las faenas.

Después de aquella visita de los militares, gran parte de los trabajadores de «Los Pabilos» abandonaron la cordillera. Sólo se

habían quedado los más jóvenes y aquellos que no tenían a dónde ir.

Aquella noche dormí en la casa que ocupaba don Raúl, tendido sobre un lecho de cueros de oveja que el joven colocó para mí al lado de la salamandra que calentaba la habitación.

Una decisión importante

Nos levantamos de madrugada. Me puse los pantalones de casimir, una camisa limpia y las botas de cuero que llevaba de reserva. Los pantalones que había usado en la montaña y las botas de goma se los dejé a don Raúl, diciéndole que me los guardara hasta mi regreso.

Tomamos un frugal desayuno y luego don Raúl fue a buscar el tractor con acoplado al que subimos nueve personas. Todos los pasajeros, contando al que manejaba el tractor, eran muy jóvenes. También iban los hermanos que me habían dado agua sucia.

Por el camino, don Raúl, me dijo:

—Vamos al Retén de Carabineros a declarar, pues la semana pasada tuvimos una desgracia.

—¿Qué ocurrió?

—En dos tractores con acoplado, todos los trabajadores de «Los Pabilos» fuimos al pueblo a una reunión que nos citó la «CONAF». Cuando veníamos de regreso, un trabajador se cayó del acoplado y el tractor que venía detrás le pasó por encima.

—¡Qué desgracia!

—El finado era hermano de aquellos dos —me dijo don Raúl por lo bajo, indicando con un gesto a los hermanos del incidente con el agua.

—Pura fatalidad, nomás.

Al pié de la montaña el tractor se detuvo frente a una casa campesina. Todos aprovecharon para estirar la piernas y desaguar.

Yo me encontraba frente a una alternativa crucial: había llegado el momento de desprenderme de la pistola. Desde allí en adelante tendría que confiar únicamente en el Carnet de Identidad falso. Si el Carnet lo permitía, podría pasar un Control Militar. En cambio, si me sorprendían con una pistola en el bolsillo, sería detenido y fusilado de inmediato.

Me alejé de los trabajadores hacia un pequeño bosquecillo donde había un tronco de árbol pudriéndose en el suelo. Fuera de la vista de mis compañeros de viaje, en un hueco del tronco metí la bolsa de plástico donde llevaba la pistola con la cartuchera, los dos cargadores extra y la caja con balas. Como medida de precaución, me había soltado la correa de los pantalones.

Salí del bosquecillo ajustándome aparatosamente el cinturón, de modo que si los campesinos me veían, creyeran que había ido detrás de los arbustos a hacer lo que todos hacemos a solas.

Hice bien, porque me encontré a boca de jarro con don Raúl quien, sonriéndome con picardía, me preguntó:

—Y ahora, ¿cómo se siente?

—Más aliviado.

El campesino me hizo un gesto de complicidad, pensando que yo me refería a otra cosa.

El camionero frustrado

Llegamos a Tegalda a media mañana. El tractor se detuvo junto a la acera de enfrente del Retén de Carabineros y todos nos bajamos.

Un Carabinero armado con un fusil automático estaba de Guardia frente al Retén.

Al ver llegar el tractor con el acoplado lleno de trabajadores, el policía inició una caminata por su acera para acercarse a nosotros. Al pasar frente a nuestro grupo, el policía me miró. Yo le devolví la mirada. El Carabinero no me reconoció y tranquilamente continuó su paseo. Se trataba de un hombre joven, al parecer no era de la provincia. El traslado de dotaciones de Carabineros entre las regiones, con el objetivo de facilitar la represión, aquel día me favoreció.

Mientras bebía una cerveza en la puerta de un modesto negocio ubicado frente al Retén, un camión se detuvo delante del tractor. Era uno de los camiones que fletaba madera de «Los Pabilos» a Puerto Montt. Don Raúl conocía a su dueño y en un dos por tres arregló mi viaje al pueblo de Fresia, desde donde salían buses hacia Puerto Montt.

Durante el trayecto, el chofer y dueño del camión fue echando pestes en contra de la falta de trabajo. Se quejaba de que no tenía con qué pagar las letras que había firmado al comprar el camión.

—En vano luchamos contra Allende. Si las cosas siguen así, también tendremos que echar a los milicos.

“Es tarde para arrepentirse”, pensé yo. “Tú te lo buscaste.”

El camionero me informó que las empresas de buses rurales de pasajeros estaban al borde de la bancarrota y habían reducido

los viajes a uno por semana. Aquel día no saldría ningún bus de Fresia.

El camionero frustrado me recomendó una pensión para comer y pasar la noche y me dejó a una cuadra de distancia de ella. No aceptó que le pagara el viaje.

El negocio que me había recomendado era un restorán y pensión atendido por la dueña y su hija. Para almorzar pedí el menú del día.

La cocina semiindustrial

Mientras comía en una mesa ubicada al lado del escaparate que daba a la calle, cerca de la puerta de entrada, un enorme camión con carrocería cerrada, tipo frigorífico, se detuvo frente a la puerta del restorán. Venía a dejar una cocina semiindustrial a gas licuado que la mesonera había encargado antes del «Golpe de Estado», cuando el negocio marchaba viento en popa.

Se produjo una discusión porque la señora se negaba a recibir la cocina, dando como razones el largo tiempo transcurrido y lo mal que andaba el negocio.

Pero el vendedor sacó a relucir toda su batería de argumentos. Dijo que la cocina conservaba el precio antiguo; que el atraso se debía al exceso de pedidos que había tenido la fábrica antes de septiembre; que en el contrato de compra no se especificaba la fecha de entrega; que el pago de las primeras letras se podía prorrogar de común acuerdo y, por último, que si no recibía la cocina tendría que pagar al contado el flete de ida y vuelta.

A ratos el vendedor salía a la calle a tomar aire y calmarse un poco, mientras la señora proseguía la discusión con su hija que se mostraba partidaria de recibir la cocina en vista de todo lo que el vendedor amenazaba, rogaba y prometía, y además porque la cocina era grande, bonita, económica y, según ella, les hacía falta. Cuando el vendedor regresaba al interior del negocio se reanudaba el diálogo de sordos con la dueña del restorán.

Después ambos salieron a la calle a continuar su disputa bajo el sol, con lo cual todo el pueblo se enteró de aquella discrepancia.

Yo asistía sin intervenir a aquel pequeño drama de la vida económica del país, que me recibía después de tantos meses en la montaña. Chile ya había cambiado, era otro país.

En un momento del entra y sale de la dueña del negocio, le pregunté a la hija si era posible que me quedara a dormir, dado que ese día no había buses a Puerto Montt. Ella me respondió que le iba a preguntar a su mamá.

Finalmente surgió el acuerdo: la señora recibiría la cocina, la primera letra se pagaría dentro de tres meses y, si después había problemas, las letras impagas no se iban a protestar, sino que se cancelarían a continuación de la última.

Entonces los hombres bajaron la cocina del camión y con ayuda de un carrito montacargas la introdujeron en el restorán.

“Será mejor que se vaya”

Mientras el vendedor redactaba y escribía las cláusulas del nuevo acuerdo sobre el formulario de entrega de mercaderías de la fábrica, la señora se me acercó.

—Será mejor que se vaya —me dijo—. El Teniente Villarroel puede regresar al pueblo en cualquier momento y no conviene que él lo vea.

Yo no tenía idea de quién era el Teniente Villarroel, pero la señora había pronunciado su nombre con bronca y desprecio, como si hubiese sido el mismo diablo. Imaginándome que se trataba de un émulo del Capitán Fernández de Rahue, estuve de acuerdo con la dueña del restaurante.

—Entonces voy a hablar con ellos —le dije, indicando hacia los hombres del camión.

—No se preocupe. Yo les hablaré.

La señora salió a la calle a conversar con los hombres y en un momento del diálogo señaló a través de la ventana hacia donde yo estaba sentado.

La actitud de la dueña de la pensión para conmigo me estaba indicando que algo de mi aspecto o de las circunstancias de mi llegada al pueblo le hacían intuir la verdad de mi condición. Tratando de no demostrar intranquilidad, estuve esperando aquellos largos minutos que la señora se demoró en regresar a su negocio.

Con toda calma, la señora vino a mi lado y me dijo:

—Ya está listo, lo van a llevar a Puerto Montt. Salga y súbbase al camión de inmediato, porque el Teniente Villarroel acaba de llegar.

Los Carabineros estaban funcionando en la Municipalidad de Fresia, al otro lado de la plaza. Aquel edificio era de concreto y más seguro que el Cuartel de la Tenencia.

Después de pagar la comida, salí a la calle.

Delante de la Municipalidad se había estacionado un jeep de Carabineros del que se estaban bajando dos uniformados. Uno de ellos era un Oficial.

Saludé a los tres hombres que conversaban junto al camión, sin ninguna prisa por subirse al vehículo. A ellos les tenía sin cuidado que el Teniente Villarroel hubiese regresado al pueblo. Antes de subirnos, el vendedor regresó al restorán a entregarle a la dueña unos papeles que había olvidado en su portadocumentos.

Por último, cuando yo ya estaba imaginando que el Teniente Villarroel iba a venir a ver por qué no nos subíamos al camión, los hombres se pusieron de acuerdo en quién iba a manejar y subimos a la amplia cabina del vehículo. A mí me hicieron un hueco entre el acompañante del chofer y el vendedor, que se sentó al lado de la puerta.

El salvoconducto

En el trayecto hacia la Carretera Panamericana, la conversación de mis tres ocasionales compañeros de viaje pronto me dejó en claro el papel de cada uno de ellos.

Los dos choferes eran socios y dueños del camión. El que iba manejando en aquel momento era el socio capitalista que estaba haciendo aquel viaje para conocer la ruta y adiestrarse en el arte de conseguir carga para el vehículo. El otro socio era un camionero con gran experiencia y conocimiento del negocio.

El tercero era vendedor viajero de una fábrica de artefactos de la línea blanca: refrigeradores, lavadoras de ropa, jugueras y cocinas y calentadores a gas licuado.

El camionero experto hablaba con suficiencia. Aproveché su pedantería para tirarle de la lengua. Contó que podían viajar durante las horas del «Toque de Queda», aún vigente, porque tenía un salvoconducto extendido por el Intendente de Santiago, un Oficial de Alto Rango.

Acto seguido me mostró el Documento. En él se decía que el camión era «Propiedad del Ejército de Chile» y que el Intendente de Santiago solicitaba a las empresas que le dieran preferencia en las cargas, para que el camión no viajara vacío.

—¿Cuánto le cuesta este papelito? —le pregunté.

—El veinte por ciento del valor de los fletes. Pero como usted sabe: todos roban. Antes robaban los políticos, ahora le toca el turno a los milicos.

La pareja de Carabineros

Los socios comenzaron a discutir si seguían hasta Puerto Montt o regresaban a Valdivia. Adelantándome a su decisión, les dije que a mí me daba lo mismo cualquiera de las dos ciudades, pues en ambas había oficinas de la «CONAF». A esa altura, influenciado por mi leyenda, yo ya me sentía funcionario de aquella Corporación.

En la Carretera Panamericana, el chofer dobló hacia el sur, rumbo a Puerto Montt. Cuando ya habíamos sobrepasado el puente sobre el río Maullín, los dueños del camión decidieron pasar al pueblo de Llanquihue a ver si conseguían carga.

El vehículo giró por la diagonal que entraba al pueblo de sur a norte y se detuvo frente a una fábrica ubicada a la mano

izquierda del camino. Estacionaron el vehículo al costado derecho de la carretera y el socio experimentado entró al patio de la industria. El vendedor viajero y yo nos quedamos junto al camión acompañando al otro socio.

El sol todavía estaba alto y hacía calor. Un suave vientecillo nos traía la fragancia del pasto recién cortado en el potrero del otro lado del cerco. Más allá del lago, el volcán Osorno, con su cima cubierta de nieves eternas, recortaba su perfil contra el celeste impecable del cielo. Al sureste, la figura contrahecha del volcán Calbuco destacaba a la distancia.

De pronto, en el extremo sur de la diagonal apareció una pareja de Carabineros. Venían hacia nosotros displicentemente. Parecían flotar y deshacerse en la reverberación del sol en el aire caliente, pero se acercaban inexorablemente.

Temí que al pasar por nuestro lado, los Carabineros pudieran reconocerme. Ya sin la pistola, no tenía cómo defenderme y escapar, si me reconocían. El río Maullín estaba demasiado alejado como para intentar llegar a él y alejarme a nado.

Con la intención de entrar al patio de la industria crucé la calle pero ya en la puerta ví que el lugar estaba lleno de camionetas de dueños de fundo. En el patio frente a las oficinas estaba un grupo de ellos conversando. Allí había mayores posibilidades de que alguien me reconociera, a pesar de mi aspecto. Me ví obligado a regresar al camión y esperar allí a los Carabineros. Pensé que junto a mis ocasionales compañeros de viaje llamaría menos la atención de los policías que permaneciendo aislado en medio de la carretera.

El dueño del camión se demoraba y los Carabineros, aunque venían sin prisa, estaban cada vez más cerca. Despreocupadamente, los uniformados conversaban entre ellos

pero miraban con atención a su alrededor. Venían armados con metralletas «Karl Gustav».

Cuando los Carabineros estaban por llegar a la parte trasera del camión, le pedí un cigarrillo al chofer, a sabiendas que el paquete se encontraba en la cabina, sobre el panel de los instrumentos.

—¡Cómo no —me dijo el hombre—, suba a buscarlo!

Calmadamente subí al camión. Mi intención era encontrarme en la cabina cuando los Carabineros pasaran al lado del vehículo.

Desgraciadamente, sobre el tablero de los instrumentos al lado de los cigarrillos estaba la billetera del chofer, repleta de dinero y con todos sus documentos. Me dí cuenta de que no podía estar allí más tiempo del necesario para sacar un cigarrillo, porque de otra forma el chofer podía pensar que yo me había interesado en su billetera.

Desde arriba no podía ver a los Carabineros. Me acerqué a la puerta y puse mi pié derecho en una pequeña pisadera intermedia que facilitaba subir y bajar de la alta cabina del camión. Por el tiempo transcurrido había calculado que los Carabineros estaban a punto de pasar a nuestro lado, pero ellos se habían detenido a examinar la patente del camión.

No tuve más remedio que bajar a la vereda a encender el cigarrillo con el fósforo que el vendedor viajero me estaba ofreciendo.

Los Carabineros eran hombres maduros, obesos, con el rostro amoratado de los bebedores consuetudinarios. Caminando uno al lado del otro ocupaban el resto de la angosta vereda que el camión dejaba libre. Nos vimos obligados a replegarnos de espaldas contra la cabina para cederles el paso. De hecho quedamos como una galería de retratos colgados de la puerta del camión.

Los Carabineros pasaron a menos de medio metro de distancia, mirándonos detenidamente como en una rueda de presos. Uno de los policías me miró a los ojos. Le sostuve la mirada, dándole como al descuido una larga chupada a mi cigarrillo.

Pensé que nos iban a pedir los documentos, pero siguieron de largo. Seguramente les impresionó que viajásemos en aquel flamante camión, grande y nuevo. Tal vez no nos molestaron porque tenían conciencia del papel que habían jugado los camioneros en la ofensiva insurreccional que creó las condiciones para el «Golpe Militar».

Mientras los Carabineros se alejaban lentamente, conversando entre sí, nosotros volvimos a ocupar nuestros puestos en la vereda. A unos quince o veinte metros de distancia, los policías detuvieron su lenta marcha y se volvieron para mirarnos.

Me dió un vuelco el corazón porque pensé que me habían reconocido. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no parecer preocupado. Después de comentar algo entre ellos, los Carabineros dieron media vuelta y siguieron su camino.

En aquel momento regresó el chofer del camión, abrió la puerta del lado del camino y de un salto subió a la cabina.

—¡Nos vamos! —exclamó.

No había conseguido carga en aquella fábrica, pero le habían dado el dato de que la «IANSÁ», la Industria Azucarera Nacional Sociedad Anónima, estaba despachando azúcar hacia el norte.

Subimos y el camión partió acelerando bruscamente.

Frente al cementerio alcanzamos a la pareja de Carabineros. Los policías, que habían escuchado la fuerte aceleración del camión, se volvieron a mirarnos.

El vendedor viajero

Poco antes de llegar al puente sobre el río Maullín doblamos a la derecha y nos detuvimos delante de un disco “PARE” colocado ante la línea del ferrocarril. Cruzando la vía férrea, un camino pavimentado nos llevó frente a una planta lechera. Desde allí, avanzando entre las tapias de las industrias, alcanzamos la orilla del lago Llanquihue.

El camino doblaba hacia la derecha pasando por el costado de una hermosa cancha de fútbol empastada. En el estacionamiento para vehículos, a la entrada del recinto de la industria, el camión se detuvo y ambos socios entraron a las oficinas a conversar con el gerente.

El vendedor viajero y yo fuimos a estirar las piernas a la orilla del lago.

—¿Cómo andan las ventas? —le pregunté.

—Hasta septiembre del año pasado todo el mundo compraba. Yo tenía que seleccionar a mis clientes. En la fábrica tenía que pelear para que me entregaran las cocinas y los refrigeradores que había vendido. Incluso tenía que ayudar a cargar los camiones con los despachos. Pero en septiembre las ventas se vinieron al suelo, de nuevo tuve que empezar a trabajar duro para poder vender, pero hoy no vendo nada. El gerente, que antes no me quería entregar lo que había vendido, ahora me ruega que salga a vender. ¡No hay caso! Tomé tres representaciones más y ni siquiera me financio los viajes. El año pasado me venía en coche dormitorio y volvía a Santiago en avión. Ahora ando haciendo dedo. Si no es por estos amigos que me trajeron gratis, no hubiera podido venir a entregar

la cocina. Estoy casado y tengo hijos. ¡Figúrese! ¡A dónde iremos a parar!

Aún nos encontrábamos a la orilla del lago cuando los socios dueños del camión salieron de las oficinas y nos llamaron. Se veían muy contentos porque habían conseguido carga. A pesar de que la industria tenía arrendada una flota de camiones para cubrir todo el despacho del azúcar hacia el norte, el salvoconducto del Intendente de Santiago había surtido efecto.

—¡Ahora nos vamos a Puerto Montt! —dijo el socio con más experiencia—. Pasaremos allá el fin de semana y el lunes temprano regresaremos a cargar el camión.

Puerto Montt se encontraba al final de una larga pendiente de la Carretera Panamericana, que bajaba de la meseta. Al llegar frente al mar, pedí que detuvieran el camión para bajarme. Les agradecí el favor de haberme transportado y me despedí deseándoles buen viaje.

“¿Me facilita su Carnet?”

Sin apuro me dirigí a la pensión que me había recomendado don Gonzalo. Era una casa de dos pisos, de madera y pintada de verde. Sobre la puerta tenía un letrero que decía «PIEZAS con PENSIÓN».

Llamé a la puerta. Abrió una señora de alrededor de cincuenta años.

—Buenas tardes. Necesito una pieza para pasar la noche.

—Bien, nomás. Tenemos una pieza libre.

La verdad era que tenía todas las piezas libres y unas ganas enormes de que llegara un pasajero. En aquella época del año los clientes eran tan escasos como los días de sol. Cuando me dijo el precio de la pieza con pensión, yo le quise pagar por adelantado, pero ella no aceptó.

—No se preocupe, señor, antes de irse, cancela la cuenta.

—¿A qué hora sirven la comida?

—Dentro de una hora, más o menos.

—Mientras tanto me voy a servir una cerveza. Vengo muerto de sed.

Para evitar preguntas y sospechas le conté que su pensión me la había recomendado don Gonzalo, quien se alojaba allí cada vez que venía a la «CONAF» con las planillas de sueldos de los obreros de su sector. La dueña de la pensión no se acordaba del español y mi historia le impresionó tanto como si hubiese llegado una nube a tapar el sol.

Mientras me servía la exquisita comida casera de la pensión, la señora me dijo:

—Por favor, ¿me facilita su Carnet de Identidad? Debo anotar sus datos en el libro. Tenemos orden de la Intendencia de entregar diariamente la lista de los huéspedes.

—¡Cómo no, señora! —le respondí, entregándole mi Carnet falso.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar, señor?

—Hasta mañana —le respondí—, siempre que me atiendan en la «CONAF». Si no, me tendría que quedar hasta el lunes.

—Está bien, señor.

Había llegado el momento en que se iba a poner a prueba el Carnet que los camaradas de la Juventud me habían conseguido. Terminé de cenar y me acomodé frente al televisor, sin desentrañar

el sentido de las figuras que se movían en la pantalla, porque trataba de adivinar lo que estaba ocurriendo al otro lado de la pared, en la pieza donde la dueña de la pensión estaba a solas con mi Carnet, ojeándolo, examinándolo y escribiendo en su Registro los datos que aparecían en el Documento.

Cuando ya me parecía que la señora se estaba demorando demasiado, ella regresó al comedor.

Al devolverme el Carnet, me dijo:

—Muchas gracias, señor

La camioneta de Investigaciones

Aquella noche dormí profundamente. A pesar de estar en una ciudad y bajo techo, el éxito de mi carnet hizo que me sintiera tranquilo. Al día siguiente desayuné y salí a la calle poco antes de las diez. Fuí directamente al Terminal de los buses rurales. En un negocio consulté el guía telefónico y llamé a Gustavo.

Al reconocer su voz, le dije:

—¡Hola! Hablas con tu tío Carlos.

El joven reconoció de inmediato mi voz y sobreponiéndose a duras penas de su sorpresa, me preguntó:

—¿Dónde estás?

—Estoy en la costanera, en el Terminal de los buses rurales.

—No te muevas de allí. Voy inmediatamente.

Pocos minutos después, Gustavo llegó en su automóvil. Nos dimos un abrazo.

—Aquí no podemos conversar —me dijo.

—Entremos a esa fuente de soda.

—Ahí, menos. Sube al auto. Daremos una vuelta.

Subimos por una calle que trepaba por una abrupta pendiente, pasamos frente a la pensión donde yo estaba alojado y nos fuimos a detener en un barrio tranquilo. Nos bajamos del vehículo y recorrimos las calles adyacentes como si buscáramos una dirección. En pocos minutos le hice un resumen de mi historia y quedamos en juntarnos por la tarde en aquel mismo lugar. Al término de su trabajo, Gustavo me pasaría a buscar. Nos despedimos.

Para hacer tiempo recorrí las calles de la parte alta de aquel sector de la ciudad. Llegué hasta un estadio de fútbol. Al mediodía almorcé en la pensión y cancelé la cuenta. A la señora le dije que me habían atendido en la «CONAF» y que aquella misma tarde viajaría a Valdivia.

Después tomé mi escaso equipaje y salí de la pensión en los mismos instantes en que una desvencijada camioneta de color verde pasaba delante de la puerta. Tres hombres eran sus ocupantes. Me miraron y siguieron de largo. Aquella camioneta la había visto en dos ocasiones durante el día anterior y por la ventana mientras me encontraba almorzando.

Gustavo me contó posteriormente que aquella camioneta que yo había mirado tan en menos era del Servicio de Investigaciones, la Policía de Civil que andaba todo el día haciendo rondas por los barrios de Puerto Montt. Era un vehículo conocido y odiado por todo el mundo.

“Siempre que nadie te reconozca”

Mientras esperaba a mi amigo, para hacer tiempo regresé al campo de fútbol. Era día sábado y allí se disputaba un partido con gran entusiasmo. Las graderías estaban llenas de público. Me tuve que conformar con mirar el partido desde la calle, a través de la malla metálica.

A la hora fijada por Gustavo, regresé al lugar convenido. Mi amigo había llegado un poco antes porque se moría de impaciencia. Temía que alguien me fuera a reconocer caminando por las calles de Puerto Montt. El último lugar del mundo, según él, donde los milicos se habrían imaginado que yo iba a aparecer.

—Entonces aquí me encuentro seguro —le dije en broma.

—¡Siempre que nadie te reconozca!

Gustavo dio un par de vueltas para asegurarse que nadie nos estaba siguiendo y luego se dirigió a su casa, donde su madre nos estaba esperando.

—Mi casa es un lugar seguro. A mí ya me dejaron tranquilo. De todas maneras, yo pienso que tienes que irte a Santiago lo antes posible. Allá vas a una Embajada y te asilas.

—¿Crées tú que es posible viajar a Santiago?

—En tren y en bus es muy peligroso, pero yo tengo amigos que viajan en automóvil por sus negocios. Voy a ver si alguno de ellos te puede llevar.

No torturaron a mis amigos

En la casa de mi amigo pasaba el día conversando con su madre y mirando la televisión. Se me hacía muy difícil vivir encerrado en

una casa. Un día le dije a Gustavo que quería ubicar a Rebolledo, un amigo que vivía en Osorno.

Gustavo lo llamó por teléfono a su trabajo y le dió mi recado. Rebolledo aceptó sin reparos viajar a Puerto Varas a juntarse con su tío Fernando, que era el nombre que yo había usado en Osorno en el período de la semiclandestinidad.

Mis amigos no se conocían, pero Gustavo, basándose en la descripción que le hice de Rebolledo, no tuvo ningún inconveniente en ubicarlo en la Estación de buses de Puerto Varas. Después de asegurarse que no eran seguidos ambos viajaron a Puerto Montt y llegaron a la casa de unos conocidos de Gustavo, donde yo les estaba esperando.

Rebolledo se llevó una enorme sorpresa cuando me vió. Él había olvidado mi nombre clandestino, pero asistió a la cita porque tuvo la corazonada de que el encuentro tenía algo que ver conmigo.

En pocas palabras me contó que los Militares lo habían detenido en su trabajo y que en la Fiscalía Militar le preguntaron si me conocía.

Él les había respondido:

—¡Sí! Conozco al profesor Bongcam.

Extrañados de su respuesta, le preguntaron si éramos amigos y él, remarcando las palabras, les había dicho:

—Sí, ¡Y muy amigos! Tengo el honor de ser amigo de Carlos Bongcam.

Cuando lo iban a torturar, Rebolledo les advirtió:

—Si me ponen electricidad, me matarán. Tengo una placa de platino implantada en el cráneo.

Pero los Militares no lo torturaron, como tampoco torturaron a Nicolás ni a Tevito, los únicos camaradas del Comité Regional que respondieron afirmativamente a la pregunta de si eran mis

amigos. Ninguno de mis amigos confesos fue torturado. En cambio, los que negaron ser mis amigos, tuvieron que soportar las palizas y los golpes de corriente eléctrica.

Mis amigos respondieron

Rebolledo me había servido de aval ante el Banco Llanquihue, por un préstamo que yo había tomado durante la campaña electoral. Le dije que fuera a buscar donde un conocido el equipo de sonido de mi propiedad que había usado durante la campaña, que lo vendiera, y que con aquel dinero terminara de pagar el préstamo que él estaba cancelando de su bolsillo. Pero él no se mostró interesado y canceló mi deuda de su bolsillo.

También le pedí que fuera a la empresa donde yo había comprado mi automóvil, consiguiera un duplicado del padrón y se lo enviara a mi madre a Santiago. Este trámite lo realizó de inmediato, como lo comprobé posteriormente.

Antes de regresar a Osorno Rebolledo me dijo que estaba a mi disposición, dispuesto a ayudarme en todo lo que yo le pidiera.

Mientras Gustavo lo iba a dejar a Puerto Varas, llamé por teléfono a mi amigo Emilio, que también vivía en Osorno. Como no pude identificarme directamente ni él me reconoció por la voz, ante la posibilidad de que tuvieran intervenido su teléfono, le dije:

—Soy el amigo de Jaime que trabajaba en la Universidad. Algunos meses atrás tú me mandaste un par de botas de goma, ¿me ubicas?

—Déjame pensar —me dijo, permaneciendo unos instantes callado. Al fin, habló:

—Ahora te ubico. ¿Eres el candidato, no es cierto?

—El mismo.

—¿Estás en Osorno?

—No, no estoy en Osorno. Pero no me encuentro muy lejos.

Te quería saludar y agradecerte las botas.

—Eso no fue nada. No te preocupes.

—También te quería preguntar si te animas a hacer un viaje en auto a Santiago.

—¿Quieres viajar? ¡Yo te llevo!

—Bueno, estoy estudiando esa posibilidad. Pero hace falta un par de vehículos.

—Cuenta conmigo. Me llamas y me avisas. Estoy a tus órdenes.

—¡Muchas gracias, Emilio! ¡Hasta la vista!

El encuentro con Rebolledo y la conversación con Emilio me levantaron el ánimo. Fue reconfortante comprobar que en aquellas adversas circunstancias mis amigos respondieron.

Dos condenados a muerte en Osorno

El 22 de marzo, el Diario «La Prensa» de Osorno publicó:

—CONDENA A MUERTE PARA DOS EXTREMISTAS PIDIÓ LA FISCALÍA

La pena de muerte para dos ex Dirigentes de la «Brigada Elmo Catalán» y militantes del Partido Socialista de Riachuelo, solicitó la Fiscalía del Ejército al «Consejo de Guerra» en su primera sesión para conocer acusaciones contra presuntos implicados en actos terroristas y activismo político en la Provincia.

El Tribunal, integrado por Oficiales Militares y de Carabineros, escuchó a partir de las 15 horas de ayer, en una de las salas del Regimiento «Arauco», la causa presentada por el Fiscal Militar del Ejército, mayor Sergio Rosales, contra Juan Bassay y Renato Invernizze, para quienes solicitó la pena máxima, por infracción a la Ley de Control de Armas.

Después de leer aquel artículo, me felicité una vez más por no haberme presentado ante la Justicia Militar.

(Esta información desató una campaña internacional destinada a salvarle la vida a los jóvenes socialistas del pueblito de Riachuelo. En medio de una protesta mundial, el Juez Militar de la IV División de Caballería de Valdivia dictó su sentencia. A Juan Bassay le conmutó la pena de muerte por cadena perpetua y a Renato Invernizze lo condenó a cinco años y un día de prisión)

El trabajo unitario

Cierto día, Gustavo me informó que un Dirigente clandestino quería conversar conmigo.

—¿Cómo se enteró que yo estaba aquí?

—Yo le conté que había un Dirigente en apuros, pero no le dije quién eras. Necesito ayuda para sacarte de aquí.

—Tráelo, pero no divulgues la noticia de mi presencia en esta ciudad.

—Ustedes van a conversar sin verse las caras.

Al día siguiente por la noche, Gustavo llegó acompañado de un joven que había sido alumno de la Sede de la Universidad de

Chile en Osorno. El joven era Dirigente de un grupo de izquierda que no había integrado la Unidad Popular.

Después de saludarme, en la completa oscuridad de la pieza el muchacho me dijo:

—Estamos trabajando en forma unitaria con todos los grupos opositores a los milicos.

—Espero que les dure ese espíritu de unidad. En las actuales circunstancias, es lo que se impone.

—Estamos preocupados de tu viaje a Santiago.

—¿Me has identificado?

—No, ni tampoco me interesa hacerlo.

—¿Para qué has venido?

—Quería confirmar lo dicho por Gustavo, porque este asunto es muy delicado.

—Estamos ubicando a una persona de confianza que viaje a Santiago en su vehículo y que acceda a llevar a un amigo cesante.

El menú bien elegido

Días después, Gustavo me dijo que vendría a verme una pareja de ex alumnos de la Universidad, que se habían casado antes del golpe. Los jóvenes me llevaron regalos: ropa interior, calcetines y un par de camisas.

Aquella noche cenamos platos típicos de la zona: piscosour de aperitivo, entrada de lenguas de erizos al matico, curanto en olla con milcaos, chapaleles y pan amasado. La comida estuvo acompañada con vino blanco y la terminamos tomando café con torta mil hojas y fumando puros.

Mientras fumábamos, Gustavo me confidenció:

—A fines de la próxima semana te irás a Santiago y a lo mejor te vas a demorar algunos años en volver a probar estos mariscos.

—Para ser la despedida de Puerto Montt, el menú estuvo bien elegido.

Estaba por finalizar el mes de marzo de 1974 y se acercaba la Semana Santa. Algunos comerciantes de Puerto Montt viajaban a Santiago con sus camionetas cargadas de pescados y mariscos, alimentos con los que en aquellos días los creyentes más adinerados de la Capital reemplazaban el consumo de carne.

Gustavo y su amigo estimaron que debido al aumento del tráfico de vehículos, los Militares tendrían controles extras en la Carretera Panamericana. No se equivocaron. Las noticias recibidas confirmaron plenamente aquella previsión.

Un comerciante conocido de mis compañeros, que iba a viajar a Santiago después de la Semana Santa, accedió a llevar un amigo cesante de Gustavo, que iba en busca de trabajo a la Capital.

El amigo cesante era yo.

EL REGRESO A SANTIAGO

El domingo 7 de abril, al amanecer, una camioneta se detuvo frente a la casa de Gustavo. Me despedí de mi amigo y de su madre con un abrazo y subí a la cabina del vehículo. Junto al dueño, que manejaba la camioneta, viajaban otras dos personas desconocidas para mí, que me hicieron hueco al lado del chofer.

Debido a esas casualidades que a veces depara el destino, aquel día se cumplían nueve años de mi arribo a Osorno.

El cielo estaba despejado, anunciando un día de sol.

De Puerto Montt salimos por la calle Petorca. Arriba de la larga pendiente empalmamos con la Carretera Panamericana. Si todo salía bien, mil kilómetros al norte nos esperaba Santiago.

Un poco más adelante, a nuestra izquierda, quedaron atrás las modernas edificaciones de la Cárcel Chin-Chin de Puerto Montt.

Desde la carretera eran visibles el volcán Calbuco, agazapado como un bandido, y el volcán Osorno, con su perfecta figura vestida de blanco.

El crimen fue en Chin-Chin

Después de unos minutos de marcha dejamos atrás un pequeño cartel al costado de la carretera, que señalaba el desvío a Frutillar. En aquel punto, según el Jefe de Plaza de Puerto Montt, se le había aplicado la «Ley de Fuga» al ex Diputado Espinoza.

En la madrugada del domingo 2 de diciembre, en el patio de la cárcel Chin-Chin un pelotón de Carabineros asesinó a Espinoza y a un conocido Dirigente Sindical, que había sido llevado a la prisión por el Teniente Villarroel, del pueblo de Fresia.

El 4 de diciembre de 1973, el Diario «El Correo de Valdivia» informó:

—MUERTO EX DIPUTADO ESPINOZA

VALDIVIA (UPI).—Fue muerto a balazos cuando trataba de huir, durante un ataque a una patrulla militar, el ex Diputado Luis Espinoza, quien era conducido en un vehículo militar a la Cárcel de Valdivia. En la

agresión a la patrulla también murió uno de los atacantes identificado como Abraham Oliva.

El Bando emitido por la Jefatura Militar dice textualmente: «La Jefatura de Zona en Estado de Sitio de las Provincias de Llanquihue y Chiloé informa que alrededor de las 05:20 horas de la madrugada de ayer (domingo) en la Ruta Cinco, al norte de Frutillar, fue atacado con armas de fuego un vehículo militar que cumplía la misión de trasladar reos a la Cárcel de Valdivia. Al repeler la acción la patrulla, trató de fugarse un reo aprovechándose de la confusión y la oscuridad. La patrulla usó de sus armas de fuego, falleciendo instantáneamente Luis Espinoza Villalobos y uno de los atacantes identificado como Abraham Oliva. El resto de los atacantes huyó en la oscuridad frente a la acción de la patrulla.»

Como se usaba en aquel tiempo, el Jefe de Plaza transformó el asesinato en aplicación de la «Ley de Fuga» y, para tales efectos, en su Comunicado trasladó el lugar de los hechos al cruce de Frutillar, mintiendo también acerca del resto de las circunstancias.

El camino a Osorno

Desde la entrada al pueblo de Purranque era posible ver, hacia el oriente, la silueta del cerro Puntiagudo y los volcanes Casa Blanca y Puyehue. Pocos minutos después cruzamos el camino a Río Negro y más adelante descendimos hacia el puente sobre el río Rahue.

Antes de llegar a la cabecera del puente, me dieron ganas de advertirle “¡Cuidado con el hoyo!”, al conductor. Pero él lo esquivó con maestría, dando muestras de conocer muy bien aquel peligroso bache del camino.

Cuando nos acercábamos al trébol sur de Osorno, sentí un cosquilleo en el estómago. Imaginé que en aquel cruce me iba a encontrar con una multitud de conocidos, una patrulla de Militares o tal vez un grupo de latifundistas con sus miradas encendidas de odio.

No había nadie.

Me sentí decepcionado cuando ví que el lugar estaba vacío.

En aquella temprana hora de día domingo, mientras el sol se asomaba perezosamente sobre las cumbres de la Cordillera de los Andes, los habitantes de la ciudad dormían arropados en sus camas.

No se veía un alma.

Sólo divisé dos obreros en el patio de la Cooperativa lechera y no ví a nadie en el recinto de la fábrica «Mohrfoll», de la que yo había sido Interventor.

Girón

En aquellos momentos recordé a Girón, nuestro fiel perro. Nunca supimos el destino final de aquel noble animal que con tanto fervor cuidaba de mis hijos y no permitía a los extraños acercarse a mi casa. ¿Había sido adoptado por alguna de nuestras vecinas o andaba vagabundeando por las calles en busca de alimento? ¿Se habrían ensañado en él mis frustrados enemigos?

El odio

Siempre me resultó inexplicable que existiera gente que me odiara, sin conocerme. En Osorno, mis adversarios políticos me miraban sin ocultar su odio. Los más exaltados me insultaban en la calle, provocándome.

El Diario «La Prensa» de Osorno publicaba artículos difamantes en mi contra, mientras la Radio «SAGO» difundía sus calumnias. Si en aquella época hubiese existido en Chile un Poder Judicial verdaderamente independiente, que hubiese aplicado la Ley sin sentido de clase, yo habría podido enviar a la cárcel a los difamadores, pero aquél no fue el caso. Para los calumniados de mi condición política, recurrir a los Tribunales era, además de un gasto inútil, una pérdida de tiempo.

A pesar de haber sido Dirigente político durante varios años, muy poca gente de derecha me conocía personalmente.

En cierta ocasión, al salir del edificio del Correo, frente a la Plaza de Armas de la ciudad, escuché que alguien decía en voz alta: “¡Ése es Bongcam!” Me volví a mirar al que así había hablado y me encontré con la mirada de odio de dos hombres mayores, a quienes no recordaba haber visto antes. Uno de ellos me fotografió.

Aquel odio me sorprendía. Sinceramente, yo no odiaba a mis adversarios políticos. Tan sólo pensaba que eran víctimas enajenadas del sistema económico y social imperante.

El patíbulo colgante

Entre Osorno y Santiago había novecientos kilómetros.

Pocos minutos después cruzamos el río Pilmaiquén.

Paralelo al puente de la Carretera Panamericana estaba el puente colgante para peatones.

En aquel lugar, los Carabineros y el «Escuadrón de la Muerte» de los latifundistas osorninos habían masacrado a centenares de partidarios de la Unidad Popular de Osorno.

El Sindicato «Esperanza del Obrero»

Atravesando el río Bueno, entramos a la Provincia de Valdivia. Un par de kilómetros más al norte nos cruzamos con una camioneta que venía en sentido contrario. Aquel fue el único vehículo que vimos antes de llegar al pueblo de Paillaco, donde existía un Retén de Carabineros.

Al este de Paillaco, un camino transversal de segundo orden iba al pueblo de Futrono, construido en la ribera norte del lago Ranco, centro geográfico del sector sur del Complejo Maderero y Forestal «Panguipulli».

El 9 de octubre de 1973, los obreros del Sindicato Campesino «Esperanza del Obrero» fueron a trabajar como de costumbre. Tal como lo habían hecho siempre.

Parecía un día normal, pero todo comenzó a cambiar cuando los Carabineros de los Retenes de la zona, después del mediodía, detuvieron en sus lugares de trabajo a los Dirigentes Sindicales. Terminada la jornada laboral, los obreros que no habían sido detenidos, se fueron tranquilamente a sus casas.

Al atardecer, una caravana de vehículos, conduciendo cerca de un centenar de soldados fuertemente armados, arribó a Futrono. Los Oficiales traían una lista con los nombres de las personas que

venían a buscar. Quienes habían sido detenidos por los Carabineros, fueron entregados sin más trámites a los Militares. Los demás fueron apresados en sus respectivos domicilios. No hubo complicaciones. Nadie intentó huir ni opuso resistencia. En total, los Militares detuvieron a diecisiete trabajadores.

Al anoecer condujeron a los detenidos a la cordillera de los Andes, al sector denominado Baños de Chihuío. Allí los hicieron bajar de los vehículos y, para no perturbar con disparos la quietud de la noche, los mataron con sus corvos.

Al día siguiente de la masacre, un campesino de la zona encontró los cadáveres apenas cubiertos con ramas. A pesar de las mutilaciones, pudo identificar a las víctimas. La mayoría tenía cortes de arma blanca en el vientre. Algunos habían sido degollados y sus testículos cercenados. A todos les habían cortado los dedos de las manos. Los cuerpos no presentaban impactos de proyectiles.

Esta masacre fue dirigida y ejecutada por los Oficiales de la Comitiva del General Sergio Arellano Stark, «Delegado Especial» del General Pinochet a la zona con la misión de incentivar las acciones de represalia en contra de los dirigentes sindicales y políticos de la Unidad Popular en las provincias del sur de Chile. El propósito de aquellos crímenes era crear el terror en la población.

Dos semanas más tarde, cuando ya había corrido la macabra noticia en toda la zona, regresaron los Militares de Valdivia y sepultaron a las víctimas en fosas improvisadas.

(Años después, cuando se había comenzado a investigar aquel crimen, un grupo vestido de civil llegó al lugar y al amparo de la oscuridad de la noche abrieron las tumbas y trasladaron los

restos mortales a un lugar desconocido. Todos aquellos campesinos figuran en la larga lista de detenidos desaparecidos)

No llovía en Valdivia

En abril de 1974, el sector de la Carretera Panamericana entre Los Lagos y San José de la Mariquina aún no estaba habilitado. Todos los vehículos que viajaban al norte se veían obligados a pasar por la ciudad de Valdivia.

Excepcionalmente, aquel día no estaba lloviendo en Valdivia.

Entramos a la ciudad sin encontrar ninguna patrulla militar.

Frente al cementerio ví a Rosana del brazo de su madre. Me quedé con la intención de pedirle al chofer que detuviera la camioneta para bajar a despedirme.

La ciudad de Valdivia estaba silenciosa y tranquila.

Se había apagado el eco de las descargas de los fusiles que acabaron con la vida de doce jóvenes acusados de asaltar el Retén de Carabineros de Neltume. Los muchachos fueron fusilados después que un «Consejo de Guerra» amañado por los militares, les condenó a muerte.

En la habitualmente lluviosa ciudad de Valdivia yo tenía varios conocidos. Me quedé con la duda de si alguno de ellos me hubiese ayudado en aquellas circunstancias.

Después de pasar frente al cementerio cruzamos el río Calle Calle y nos dirigimos hacia el norte por la Avenida Pedro Aguirre Cerda. A medida que nos alejábamos del centro urbano, las casas raleaban.

La Avenida estaba despejada de vehículos. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para dejar el camino sólo para nosotros.

Los Carabineros del Control Norte de la ciudad, al parecer se habían quedado dormidos.

No había nadie en el Retén y las barreras se encontraban levantadas a lo alto. Sin detenernos dejamos atrás el Control abandonado.

Desde aquel punto, Santiago se encontraba a ochocientos kilómetros de distancia.

La «limpieza» del Complejo Panguipulli

Al pueblo de Lanco llegamos sin inconvenientes. No había barreras y los Carabineros del lugar tampoco estaban visibles. Pasamos sin disminuir la velocidad.

De Lanco nace un camino que lleva al villorrio de Panguipulli, construído en la ribera del lago del mismo nombre. En aquel tiempo éste era el centro del Complejo Maderero y Forestal «Panguipulli».

El 10 de octubre de 1973, a este sector llegó un contingente de Militares en uniforme de combate, apoyados por un helicóptero y acompañados por un grupo de civiles. Portaban una lista con los nombres de las personas que iban a detener. En sus desplazamientos fueron guiados por los Carabineros de la zona.

Los Oficiales de la siniestra Comitiva del General Arellano Stark, que viajaban en el helicóptero, comandaban a los Militares y a sus acompañantes, que se movilizaban en diversos vehículos.

Sin encontrar ninguna resistencia detuvieron en sus domicilios a dieciséis personas.

Cumplido este trámite, partieron hacia la ciudad de Villarrica. En el puente sobre el río Toltén, aquella trágica caravana se detuvo y allí les dieron muerte a todos los detenidos. Luego lanzaron sus cuerpos a las impetuosas aguas del río.

Mi pueblo natal

Dejamos atrás el camino que llevaba hasta la hijuela que había pertenecido a mi abuelo materno, donde mis hermanos y yo pasamos muchas vacaciones de verano, y llegamos a Pitrufoquén, mi pueblo natal.

El 15 de septiembre de 1973, el Secretario Regional del Partido Socialista de la Provincia de Cautín fue detenido en su casa por los Carabineros de Pitrufoquén. Lo retuvieron en la Comisaría hasta que llegó la noche. Entonces lo llevaron al puente sobre el río Toltén y allí lo mataron. Su cadáver, una vez arrojado al río, desapareció para siempre.

Todos los partidarios de la Unidad Popular que tuvieron la mala fortuna de ser detenidos por los Carabineros de Pitrufoquén, corrieron la misma suerte.

La Carretera Panamericana cruzaba Pitrufoquén, paralelamente a la línea del ferrocarril longitudinal. Para construir aquella carretera tuvieron que expropiar siete u ocho manzanas del pueblo y demoler algunas decenas de viviendas. Entre ellas, el progreso vial destruyó aquella donde yo ví por primera vez la luz, en 1934.

Entramos al puente carretero sin bajar la velocidad, porque no estaba puesta la barrera de los Carabineros.

Desde el puente, las agitadas y profundas aguas del Toltén se veían fluir con indisimulada potencia. Aquellos remolinos líquidos fueron la frontera que separó por siglos a las tribus de indígenas mapuches y huilliches.

Los ideales se pagaron con la vida

Luego de cruzar el río Cautín, la Carretera Panamericana atraviesa la ciudad de Temuco en forma diagonal.

Al entrar al casco urbano, la camioneta en que viajábamos disminuyó su velocidad.

El día estaba luminoso, pero la ciudad presentaba un aspecto desolado, típico de los pueblos del sur del país a media mañana de día domingo

A fines del mes de octubre del año anterior, los Militares del Regimiento de Temuco habían asesinado a mi amigo Jecar Neghme, Integrante del Comité Regional de la Provincia de Cautín y profesor universitario. Neghme era un joven profesional de gran futuro. Recto padre de familia de tranquilos hábitos de vida.

Jecar Neghme pudo haberse ido de la Provincia en tanto ocurrió el Golpe Militar. Se lo impidió el convencimiento de no haber trasgredido Ley alguna. También influyeron en su decisión las falsas promesas de los retorcidos Militares.

Jecar, no tenía nada que temer porque siempre había actuado dentro de la Ley, de buena fé y no era culpable de ningún delito.

Sus únicas faltas eran su pasión por la Justicia y su vocación social al servicio de los desposeídos.

Desgraciadamente, bajo la Dictadura Militar aquellos ideales se pagaban con la vida.

El Control Militar

La camioneta abandonó Temuco, pasando por el costado oriental del cerro Ñielol. Desde aquel punto, Santiago estaba a seiscientos cincuenta kilómetros de distancia.

Los controles de carretera estuvieron fuera de funcionamiento hasta el cruce del camino a Lautaro, donde una patrulla militar estaba controlando los vehículos.

Con el fusil ametralladora colgando de su hombro de una correa y sujeto con una mano, levantando la mano libre un soldado nos obligó a detenernos. Cubierto por sus compañeros que nos vigilaban atentamente, el militar se acercó a nuestra camioneta acomodando su fusil.

Le pidió los documentos al chofer y dueño de la camioneta y éste se los entregó por la ventanilla. El soldado los examinó con atención y confrontó el padrón del vehículo con el número de la patente. Luego le devolvió los papeles al chofer.

Creyendo que iba a revisar los documentos de todos los pasajeros, yo hice ademán de pasarle mi Carnet de identidad, pero el soldado me dijo:

—No es necesario, señor.

El Juez de Osorno

A la altura de la ciudad de Victoria nos adelantó un automóvil de color blanco. Era el vehículo del Juez del Trabajo de Osorno, quien viajaba acompañado de otras tres personas.

Él me conocía perfectamente, pues yo había estado varias veces en su oficina como demandante, mientras fuí Interventor de la industria «Morhfol».

Durante el breve instante que duró el adelantamiento, pude ver al juez perfectamente. A las otras personas que viajaban en el automóvil no tuve tiempo de mirarlas.

En aquellos días estaban construyendo el viaducto carretero sobre el río Malleco. Los vehículos tenían que bajar al fondo de la quebrada, cruzar el río por un puente provisorio y subir la pendiente del lado opuesto. Mientras bajábamos divisé el automóvil del juez trepando por el zigzagueante camino que subía por la pendiente contraria.

Nuestra camioneta siguió el mismo camino y en el pueblo de Collipulli pasamos a una estación bencinera a cargar combustible.

Cuando el chofer detuvo su vehículo en el patio de la gasolinera, ya era hora de almorzar. De alguna parte el dueño de la camioneta sacó un pequeño canasto con cocaví. Al mismo tiempo, en las manos de sus acompañantes aparecieron envoltorios con sandwiches. Sólo entonces me vine a dar cuenta que Gustavo se había olvidado de darme el envoltorio con comida que me había preparado su madre.

Al ver que yo no tenía comida, mis ocasionales acompañantes compartieron conmigo lo que llevaban. Uno de los viajeros compró bebidas gaseosas, que también compartió con el

resto. Después de merendar fuimos a orinar y luego subimos a la camioneta.

A la altura del pueblo de Bulnes, poco antes de llegar a la ciudad de Chillán, nuevamente nos adelantó el automóvil del Juez de Osorno. En aquella ocasión el Juez iba dormitando junto al chofer. Habían pasado a almorzar a un restaurante a la vera del camino y nosotros los habíamos adelantado mientras ellos comían.

La Carretera Panamericana atravesaba la ciudad de Chillán por la Avenida Bernardo O'Higgins. En la salida norte de la ciudad había un Control permanente de Carabineros. Normalmente, allí detenían a todos los vehículos para revisarlos. Aquel día ningún uniformado se encontraba en su puesto. Al parecer estaban durmiendo la siesta.

Para llegar a Santiago sólo faltaban cuatrocientos kilómetros.

El Alcalde de Chillán

A fines de septiembre de 1973, cuando la calma parecía haber vuelto a la Provincia de Ñuble un contingente de Carabineros acordonó el sector de la ciudad donde estaba la vivienda de Ricardo Lagos, el popular Alcalde Socialista de Chillán. A los vecinos del barrio se les impidió entrar o salir de aquel cerco.

El Alcalde estaba tranquilamente en su hogar. Las Nuevas Autoridades lo habían confirmado en su puesto y no tenía motivos para desconfiar. Junto a él se encontraban su joven esposa, embarazada de varios meses, y uno de sus hijos de su anterior matrimonio, de veinte años, a la sazón estudiante universitario.

Los Carabineros, fuertemente armados, entraron a la casa sin que nadie les opusiera resistencia. Hicieron salir al patio de la vivienda a sus tres ocupantes y allí, sin más trámites, los mataron a tiros.

El Intendente de Talca

Por la Carretera Panamericana circulaban escasos vehículos y el dueño de la camioneta tenía prisa. Pronto llegamos al cruce del camino de entrada a la ciudad de Linares. En el Retén del Tránsito había un grupo de Carabineros, pero no estaban controlando los vehículos. Pasamos a baja velocidad y sin problemas. Desde aquel punto, sólo faltaban trescientos kilómetros para llegar a nuestro destino.

Veinte minutos después pasamos frente a la ciudad de Talca, en cuyo Regimiento había sido fusilado Germán Castro, Intendente de la Provincia.

El 11 de septiembre de 1973, luego de conocer la noticia del Alzamiento Militar, el Intendente trató de huir a Argentina cruzando la cordillera de los Andes. Aquel intento lo hizo acompañado de un grupo de veinte personas.

Cuando los Carabineros del Retén de Paso Nevado trataron de impedir que el grupo siguiera adelante, se produjo un intercambio de disparos. A consecuencia del enfrentamiento resultó muerto uno de los Carabineros. El otro fue hecho prisionero y el grupo prosiguió su marcha.

Más adelante cayeron en una emboscada que le tendió una patrulla del Ejército. Se produjo un nuevo enfrentamiento. La

mayor parte del grupo, logró seguir adelante y asilarse en Argentina, pero el Intendente cayó prisionero junto a tres de sus acompañantes.

Dieciséis días después, el 27 de septiembre, el Intendente fue fusilado. El Jefe de Plaza informó a la prensa que la resolución había sido adoptada por un «Consejo de Guerra» y sancionada por el Juez Militar. El Jefe de Plaza mintió, porque aquel «Consejo de Guerra» jamás se realizó.

En la boca del lobo

El resto del camino a Santiago estuvo libre de Controles Militares. Sin que nos ocurriera ningún incidente pasamos por Curicó, San Fernando y Rancagua.

Aquella tranquilidad, semejante a la calma de los cementerios, ocultaba las Cárceles llenas de presos políticos, los campos de concentración atestados de «prisioneros de guerra» y los lugares secretos de detención donde se estaba torturando.

Para entrar a Santiago, la camioneta se desvió de la Carretera Panamericana. Al llegar a la Avenida Departamental le pedí al chofer que se detuviera, le agradecí el viaje, me despedí de todos y me bajé. La camioneta se alejó y yo subí a un bus de la locomoción pública. En él llegué al barrio donde estaba la casa de mi madre.

El sector parecía no haber cambiado sólo que, para ser un día domingo, lo encontré demasiado silencioso. No había ningún niño jugando en la calle.

Tomando precauciones, atento a cualquier señal de peligro y aparentando tranquilidad, llegué hasta la casa de mi madre y llamé a la puerta.

Abrió Alex, el menor de mis hijos hombres, quien al verme quedó mudo. Además de Alex estaban mi hermana María, Marjorie la menor de mis cuatro hijos y mi madre.

—¿Para qué te viniste a meter a la boca del lobo? —exclamó mi madre—. Allá en el sur estabas seguro, incluso habrías podido pasar a la Argentina. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a Santiago?

Alex y Majorie me miraban contentos y nerviosos. Por fin su padre había aparecido. En aquel momento, los niños tuvieron la certeza de que yo me encontraba vivo, pero al mismo tiempo les surgió el temor de que me detuvieran.

Sin hacer caso de las protestas de mi madre y de mi hermana, los abracé y besé a todos. Luego pregunté por el resto de la familia.

Mientras me comía un durazno, mi madre me dijo:

—Erik está en un recinto de las Naciones Unidas. Allí está seguro. Gertie está donde Elvira.

—Jessy está en mi casa —agregó mi hermana.

—Convídenme algo para beber, que me muero de sed. En seguida iré donde Elvira.

Viajando en vehículos de la locomoción pública, a la casa de Elvira llegué sin inconvenientes. Su hija abrió el portón de la verja y al verme no me reconoció. Tuve que decirle quién era para que me dejara entrar al patio de la vivienda.

En aquel momento Elvira salió de la cocina a ver qué ocurría, regañando de paso a su hija porque había abierto la puerta. Casi se cayó de la impresión cuando me vió. Nos dimos un abrazo.

Detrás de ella apareció mi mujer, mirando intrigada porque no podía ver quién era el recién llegado. Elvira y yo nos

encontrábamos debajo del parrón y unas guías de las parras me
ocultaban el rostro.

Cuando me reconoció, nos abrazamos sin palabras.

EL «REFUGIO PADRE HURTADO»

Gertie y Elvira se llevaron una auténtica sorpresa. Mi mujer estaba muy contenta de verme después de tantos meses y, sobre todo, feliz porque había adelgazado. Recordándome el peligro que corría en su casa, Elvira nos volvió a la realidad.

Al día siguiente Elvira consultó a unos compañeros del Partido y éstos le recomendaron que me llevara al «Refugio Padre Hurtado» a esperar que la Dirección Clandestina me contactara.

Entonces me enteré de que la mayoría de los Miembros del Comité Central se había refugiado en las Embajadas inmediatamente después del Golpe Militar. Los que se habían entregado permanecían detenidos por los Militares. Un reducido grupo, encabezado por Exequiel Ponce, estaba en la clandestinidad.

El café quedó pendiente

El día siguiente fue martes. Con Elvira fuimos al centro de Santiago en una micro de la locomoción colectiva. Mientras Elvira ultimaba algunos detalles llamando a Padre Hurtado desde la

Compañía telefónica, yo estuve esperándola en la calle Moneda, a una cuadra del destruído Palacio Presidencial.

Para hacer tiempo entré en una librería desierta de clientes. Allí estuve largos minutos examinando los libros expuestos sobre las mesas. Cuando calculé que ya no podía quedarme más tiempo sin despertar sospechas, volví a la calle.

En los momentos en que recorría un pasaje comercial, cerca de la calle Ahumada, me llegó el aroma del café. Al instante me invadió un irresistible deseo de tomar un café exprés. Reprimiendo a duras penas la tentación de ir al café Haití, me entretuve mirando las vitrinas de los negocios del pasaje. La tacita de café había sido un rito diario, durante los últimos trece años vividos en Santiago.

Cuando Elvira regresó, le dije:

—Vamos a tomar un café exprés, me muero de ganas.

—¡Estás loco! El café Haití está lleno de soplones.

—Pero..., es que tengo muchas ganas.

En tono solemne, Elvira me dijo:

—Te prometo que cuando caiga la dictadura te voy a invitar a tomar un café exprés.

No tuve más remedio que aceptar, creyendo que aquello iba a ocurrir dentro de poco tiempo.

(Sólo veinte años más tarde Elvira pudo cumplir su promesa)

Caminando fuimos al paradero del bus que nos llevaría a Padre Hurtado, localidad ubicada al poniente de Santiago.

Para llegar al paradero pasamos, sin demostrar preocupación, al lado de la Guardia de Militares fuertemente armados que había frente al Ministerio de Defensa.

El «Refugio Padre Hurtado»

La «Casa de Ejercicios Loyola» era un local que la Iglesia Católica utilizaba para hacer retiros espirituales. El edificio estaba construido en una parcela ubicada en la localidad de Padre Hurtado, de ahí el nombre con el cual fue bautizado el Refugio que funcionó durante la emergencia.

Después de la Sublevación Militar, los refugiados políticos latinoamericanos a quienes el Gobierno de Chile había dado asilo antes de aquella fecha, fueron víctimas indefensas de la xenofobia de los Militares chilenos. En el local eclesiástico, que fue llamado desde un comienzo «Refugio Padre Hurtado», cientos de ciudadanos extranjeros estuvieron bajo la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, «ACNUR», y del «Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados», organismo este último en el que participaban las Iglesias, esperando que algún país les concediera visa y asilo, para salir de Chile.

Las Naciones Unidas le habían arrendado esta casa a la Iglesia Católica y por aquella razón el «Refugio Padre Hurtado» ostentaba la condición informal de local de las Naciones Unidas.

En una parcela rodeada de una tapia se levantaba una iglesia cuyo frente estaba orientado a la calle principal, perpendicular a la carretera por donde pasaban los buses y, detrás de ésta, separado por un muro, estaba el edificio principal del Refugio. La entrada de éste daba a un callejón lateral. Era un amplio portón de dos hojas de hierro forjado que formaba parte de una extensa verja del mismo material. Entre el portón y el edificio se extendía un antejardín. En la parte trasera de la construcción principal había parrones, algunos edificios menores y una cancha de fútbol.

El edificio del «Refugio Padre Hurtado» era una construcción de dos pisos en forma de una «H». En la nave central, que unía las dos alas paralelas, estaban las oficinas y el salón de actos. En el piso superior de las dos alas del frontis del edificio se encontraban los dormitorios y, en el piso bajo, las salas de reuniones de grupos. En una de las alas posteriores estaba la cocina y los comedores y, en la otra, los dormitorios de los curas.

Hacia la derecha de la construcción central había una piscina y más allá de ella se extendía un duraznal, que alcanzaba hasta el límite poniente de la parcela.

En la parte exterior del portón de entrada había una Guardia Militar permanente que controlaba a las personas que entraban y salían del recinto. Cuando Elvira y yo llegamos al Refugio, unos soldados armados con fusiles ametralladora nos cerraron el paso.

Para entrar, tuvimos que entregarles nuestros documentos de identidad. Era la primera vez que mi Carnet Falsificado se iba a poner a prueba en manos de los Militares. De aquel Documento dependía mi seguridad. Todo estaba en juego.

En los primeros instantes el soldado no le prestó demasiada atención a nuestros documentos, porque no podía despegar los ojos de mi acompañante. Elvira era una mujer alta y morena, de bellos ojos, cintura estrecha y piernas largas y hermosas. Cuando caminaba, producía toda aquella gama de pensamientos que a los hombres se nos asoman por los ojos.

Cuando llegué al «Refugio Padre Hurtado» quedaban muy pocos extranjeros. La mayoría de los refugiados eran chilenos recién salidos de las cárceles y de los campos de concentración, que estaban esperando que algún país les concediera visa para viajar al exilio. Entre aquellos refugiados reconocidos por los Militares, se movía una docena de refugiados clandestinos.

Habían cambiado la rutina

Muchas visitas que venían de las Provincias a despedirse de los refugiados políticos que estaban esperando salir al exilio, solían quedarse a dormir. En estos casos, el funcionario de las Naciones Unidas a cargo del «Refugio Padre Hurtado» iba a la Guardia, poco antes de la hora del «Toque de Queda», y retiraba los documentos de las personas que se iban a quedar en el Refugio.

De esta forma, varios compañeros buscados por los Servicios Secretos de la Junta Militar, habían podido quedarse en forma clandestina. Se pensaba que los Militares no se atreverían a allanar un local bajo la protección de las Naciones Unidas.

Elvira se fue del Refugio después del mediodía, convencida de que yo ya me encontraba fuera de peligro. Yo también pensaba lo mismo. Pero cuando llegó el funcionario de las Naciones Unidas a cargo del local, todo cambió.

Él, me explicó:

—A fines de la semana pasada los Militares cambiaron la rutina. Ahora la Guardia no me entrega los documentos de identidad de las personas que se quedan a dormir. Los carnets permanecen toda la noche en sus manos y se los devuelven a los propios interesados, en el momento en que éstos abandonan el Refugio.

El único camino

Con aquella rutina no era posible quedarse en el Refugio, en la forma como lo habíamos pensado. Había que resolver rápidamente aquel problema. Con los camaradas clandestinos llegamos a la conclusión de que había que salir y recuperar el Documento de Identidad falso. Luego caminar hasta la calle principal por donde habíamos llegado con Elvira, pasar delante de la iglesia en dirección a la carretera y, antes de cruzar la línea férrea, entrar al callejón que había al costado sur de la parcela. Un centenar de metros más adelante, entrar al Refugio saltando el muro. Era el único camino.

Aquella maniobra era arriesgada, pero no había otra forma de hacerlo sin poner en peligro la seguridad de todos los refugiados clandestinos que en aquel momento se encontraban en el Refugio, entre los cuales se encontraba mi hijo Erik.

En compañía de dos camaradas clandestinos fuí a explorar la pandereta de los fondos del recinto. Junto al muro, por el interior del Refugio pasaba un canal de pequeñas dimensiones. Una doble línea de alambres de púa coronaba la tapia de ladrillos. Al otro lado de la muralla había un callejón de tierra y unos metros más allá pasaba la línea férrea que unía Santiago con el Puerto de San Antonio.

El lugar más apropiado para saltar la muralla se encontraba al término de la pandereta que correspondía al patio de la iglesia, donde comenzaba el muro del Refugio. Allí había unos pastelones de hormigón cubriendo el canal.

Todo el callejón, desde la esquina hasta aquel punto, estaba iluminado por las lámparas eléctricas que los curas habían montado sobre la muralla de la iglesia. Los focos del alumbrado público eran escasos e insuficientes y los frondosos árboles

impedían casi por completo que éstos proyectaran su luz en el callejón. Sin embargo, el lugar elegido para saltar estaba medianamente iluminado por uno de estos focos.

Al otro lado del callejón, entre la esquina y el lugar elegido para saltar la tapia, había una casa campesina. Al poniente, el camino de tierra se perdía en la oscuridad. En aquella dirección no se veían más viviendas.

Desde el comienzo del callejón hasta el lugar del salto, había que caminar poco más de cien metros. Distancia que una bala de fusil recorre limpiamente en décimas de segundo.

Según los compañeros del Refugio, las patrullas de Militares y de Carabineros solían efectuar rondas en torno a la parcela.

La hora del «Toque de Queda» se acercaba.

Me ví obligado a salir.

La recuperación del Carnet

Acompañado por un refugiado argentino y aparentando tranquilidad, fuí a la Guardia. Yo era la última persona en abandonar el Refugio aquella tarde. Mi Carnet había permanecido todo el día en manos de los Militares. Al portón de entrada llegamos conversando. Allí nos separamos. Salí a la calle y me acerqué a los soldados.

—Yo creo que me voy esta semana, che —me dijo el argentino desde el interior de la reja.

Con calma, los dos soldados de la Guardia se me acercaron.

—En ese caso tendré que volver mañana —repliqué, mirando de reojo a los soldados.

El militar que tenía mi Carnet en sus manos se detuvo a unos tres metros de distancia del lugar donde yo estaba, abrió el Documento y permaneció inmóvil mirando la fotografía y cotejándola conmigo.

—Sí, che —me dijo el argentino—, será mejor que vengás mañana.

El segundo soldado pasó a mi lado y se acercó al portón de hierro que yo, por precaución, había dejado entreabierto.

En aquel instante pensé que aquel soldado se estaba colocando a mi espalda para detenerme y estuve a punto de cometer el error de atacarlo. Pero en el último momento me fijé que no tenía el dedo en el gatillo de su arma. Quedé a la expectativa.

—Estoy pensando —le dije al argentino, mientras con el rabillo del ojo vigilaba al soldado que examinaba mi Documento de Identidad falso—, que mañana vendré después de almuerzo.

En aquel instante, el soldado que había pasado a mi lado llegó hasta el portón y lo cerró.

Al mismo tiempo, el otro soldado estiró su mano con mi Documento de Identidad, diciéndome:

—¡Todo en orden!

—Muchas gracias —le respondí, recibiendo el Carnet.

Luego, aliviado, al argentino le dije:

—Lo dicho, compadre, mañana volveré.

—¡Macanudo! ¡Hasta mañana, che!

—¡Hasta mañana! —le respondí.

El salto del muro

Me alejé de la Guardia Militar del portón reprimiendo a duras penas las ganas de echarme a correr.

Desde la esquina, a unos cien metros a la izquierda ví algunos vehículos estacionados frente a la Comisaría de Carabineros de Padre Hurtado y a dos policías de guardia en la puerta.

Giré a la derecha en dirección a la Carretera y sin apresurarme recorrí toda la cuadra por la acera de la Iglesia, hasta la entrada del callejón. Entré al callejón resueltamente, tratando de no perder la calma.

El sector iluminado del camino de tierra estaba solitario. Más allá, entre las sombras, era imposible adivinar la presencia de una persona o de todo un regimiento.

Las ramas de los grandes árboles semicultaban los focos del alumbrado público, que proyectaban más sombras que luces sobre el camino. Salvo el rumor del viento que mecía los árboles, todo estaba en silencio.

Una vez allí me dí cuenta de que se podía entrar al callejón simulando dirigirse a la vivienda, pero que no se justificaba seguir más allá. A quienes me estuviesen mirando, sobre todo si eran Militares o Carabineros de ronda, les iba a resultar sospechoso que alguien siguiera más allá de la casa. Sin embargo, yo ya no podía regresar.

Al pasar frente a la modesta vivienda campesina, el sorpresivo ladrido de los perros me hizo dar un brinco. Los animales se mantenían al otro lado de la verja y no dejaban de ladrar.

Los cincuenta o sesenta metros que me faltaban para llegar al lugar elegido para el salto, los hice acompañado de aquel

inoportuno coro de ladridos. No obstante, nadie salió de la casa, ni nadie se asomó a la entrada del callejón. Hacia el fondo del camino de tierra, era imposible ver nada en la oscuridad.

Una vez en el punto elegido para el salto, comprobé con aflicción que desde el callejón la tapia era más alta que al interior del Refugio. Miré hacia la entrada del callejón. No se veía a nadie.

Al tercer intento me agarré de la parte superior de la pandereta y comencé a trepar tratando de no romperme los pantalones. El traje que andaba trayendo me lo había prestado Elvira y en aquel crucial instante me invadió un irracional deseo de no estropearlo.

Temiendo oír disparos me encaramé a la muralla, aunque sabía que si me baleaban mortalmente, no iba a escucharlos.

Arriba de la tapia me demoré tratando de no enredarme en los alambres de púas, lo que puso muy nerviosos a mis camaradas del interior, quienes me decían en voz baja que saltara de una vez.

Finalmente me ayudaron a descender adosando una escalera de mano a la muralla. Ya en el patio del Refugio nos abrazamos y nos dirigimos al comedor.

Ninguno de los residentes en el Refugio, salvo mi hijo y el Encargado que estaban enterados, se percató de nuestra maniobra.

El ambiente en el Refugio

Dentro del «Refugio Padre Hurtado» todos los asilados clandestinos usábamos nombres supuestos para ocultar nuestras verdaderas identidades.

El clima que se vivía era de nerviosismo y tensión. Había un cargado ambiente de sospechas recíprocas y de rumores. La gente se comportaba en forma anormal. Abundaban las personas conflictivas y depresivas.

Era claro que el impacto del sangriento «Golpe de Estado», había trastornado nuestras vidas

Los más impactados eran aquellos que habían creído que las Fuerzas Armadas eran «constitucionalistas», «sometidas al poder civil» y «respetuosas de la legalidad». Patrañas todas de la ideología dominante en Chile hasta septiembre de 1973.

Las diferencias políticas entre miristas y comunistas estaban muy exacerbadas. Estos últimos culpaban directamente a los ultras de izquierda, miristas y socialistas, de ser los causantes del «Golpe de Estado».

Los miristas replicaban que el Gobierno de la Unidad Popular no había sido el Gobierno de ellos y que los comunistas y socialistas no habíamos sido capaces de defenderlo.

El mensaje falso

Al funcionario de las Naciones Unidas Encargado del Refugio, le expliqué que mi intención no era asilarme, sino esperar un contacto con mi Partido. De modo que me dejó en paz.

En medio de las tensiones y rumores imperantes transcurrieron un par de semanas durante las cuales no se produjo el contacto con la Dirección Clandestina del Partido, prometido a Elvira.

En el Refugio se encontraba Rafaél, un camarada que yo conocía desde antes. Él había sido arrestado por los Militares en un local de la Iglesia Católica y llevado al Regimiento de Tejas Verdes, donde fue sometido a toda clase de vejámenes y torturas.

En el tiempo de su arresto, en el Regimiento de Zapadores de Tejas Verdes funcionaba la Escuela de Torturas que entrenaba a los Militares. Los prisioneros eran usados como conejillos de indias.

Venturosamente, el Cardenal que le había dado asilo consiguió que el General Bonilla devolviera a Rafaél, y a un joven comunista que le acompañaba, a manos de la Iglesia.

Después de fracasar en un intento por entrar a una Embajada, Rafaél entró al «Refugio Padre Hurtado» en calidad de asilado clandestino.

De vez en cuando, Rafaél se comunicaba con gente del Partido en la Iglesia vecina. Nadie me fue a ver a mí. Al principio tampoco mi mujer me pudo visitar ya que a ella, por razones de seguridad, Elvira no le había dicho dónde me encontraba.

Fue entonces cuando Sofía, la compañera de Rafaél, se ofreció para llevarle mi mensaje a un contacto de la Dirección Clandestina que ella conocía.

El día 4 de mayo, la compañera me informó que Exequiel Ponce, el máximo Dirigente clandestino del Partido, se había negado a incorporarme al trabajo clandestino.

Me sentí desmoralizado. No podía creer que había viajado en vano desde Puerto Montt.

Amanda

No conforme con aquella respuesta, aquel mismo día me puse en campaña para tomar contacto con Amanda, una compañera de Osorno, que estaba viviendo en Santiago. No atreviéndome a usar el teléfono del Refugio para llamarla a la casa de sus padres, le pedí a un compañero que viajaba al Canadá, que la llamara desde el aeropuerto y le diera mi mensaje.

Amanda fue al «Refugio Padre Hurtado». Por ella me enteré de la situación que se estaba viviendo en el Partido en aquellos momentos. Me dijo que existía la posibilidad de llegar a Exequiel Ponce por intermedio de María Eugenia, una camarada de Osorno que estaba en contacto con el Comité Central Clandestino.

Al día siguiente, los Militares iniciaron una operación rastrillo en las poblaciones que rodeaban el «Refugio Padre Hurtado». Entre los asilados clandestinos se extendió el rumor de que dicha operación culminaría con un allanamiento del Refugio donde nos escondríamos.

A mí me resultaba difícil creer que los Militares se atrevieran a allanar un local bajo la protección de las Naciones Unidas, pero el camarada Rafael y su amigo comunista, que habían dado muestras de ser analistas ponderados de las informaciones que se recibían, también cayeron víctimas del temor que se apoderó de todos.

Entonces pensé que había llegado la hora de abandonar el «Refugio Padre Hurtado».

El pastor James Savolainen

El lunes 6 de mayo le expliqué a Amanda la hipotética amenaza que se cernía sobre el Refugio. Ella fue a ver al pastor luterano James Savolainen y de paso informó a María Eugenia. Savolainen era un norteamericano de origen finlandés, que había sido expulsado de Osorno por su trabajo en defensa de los Derechos Humanos.

Al día siguiente, el pastor llegó al «Refugio Padre Hurtado» en su vehículo, acompañado de Amanda.

—Hay una sola condición —me dijo el pastor—. Antes de salir de aquí tienes que entregarme tu arma.

—No tengo ningún arma.

El pastor se mostró muy sorprendido. No me creía.

—¡Cómo! ¿No andas armado? ¿No tienes con qué defenderte?

—Al salir de la cordillera tuve que deshacerme de la pistola y confiar en mi Carnet.

—Eso ha sido muy arriesgado.

—Es cierto, pero era la mejor alternativa.

—Te voy a llevar en calidad de huésped a la Embajada de Finlandia. Allí no te puedes asilar porque Finlandia no tiene convenio de asilo con Chile.

—¿Me podrá acompañar mi hijo?

—No. El Embajador sólo aceptó recibirte a tí.

—Yo tengo instrucciones de llevar a Erik, a una casa de seguridad del Partido —intervino Amanda—. Después se intentará llevarlo a una Embajada.

Yo confiaba que la gente del Partido cumpliría su palabra, por eso les respondí:

—No hay más que discutir. Estamos en vuestras manos.

El sacerdote Luis Rezzi

Para salir a hacer trámites, tales como obtener pasaportes, conseguir visas o firmar documentos notariales, el Sacerdote Luis Rezzi proporcionaba unos papelitos a los refugiados, que servían como salvoconducto ante los Militares de la Guardia del «Refugio Padre Hurtado».

Por tal razón, antes de salir le avisé que iba a realizar unos trámites a las oficinas del Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas, «CIME», ubicadas en la Avenida Ricardo Lyon. A falta de otro organismo internacional más apropiado, el «CIME» se había hecho cargo del traslado de los exiliados chilenos al extranjero.

Cuando el cura me pidió mi Documento de Identidad, le entregué mi Carnet falso. El sacerdote rellenó a mano los datos que faltaban en el modesto formulario, hecho con máquina de escribir y papel de calco, que él usaba para tales efectos. Mientras escribía, sin venir al caso y de mal modo, me dijo:

—¡Ustedes me caen mal! No hallo las horas que se vayan de aquí, para que en esta casa se vuelvan a realizar retiros espirituales.

—No me diga que también le caen mal los dólares que las Naciones Unidas les pagan por el arriendo —le respondí.

Refunfuñando, el cura terminó de escribir en el papel y me lo entregó.

El salvoconducto decía:

«Autorizo al Sr. *Alberto Miranda* Carnet número 52615

Nacionalidad *chilena* Trámite: *Lyon*

Desde horas *8 AM* hasta horas *20 PM*

Fecha *8-V-74.* «Refugio Padre Hurtado»

Firma: *Hermano Luis Rezzi* **Representante del Comité
Nacional de Ayuda a los Refugiados»**

Además había un extraño timbre en forma de escudo con la leyenda «Casa de Ejercicios Loyola» escrita en los bordes y al centro las figuras de dos perros parados en dos patas, frente a frente, afirmándose con las extremidades superiores a una olla de hierro que colgaba de una cadena. Me pareció un emblema propio de brujas.

Mi hijo Erik recibió un papel semejante.

Estas autorizaciones del «Comité de Ayuda a los Refugiados» nos habrían servido para franquear la Guardia Militar de la entrada, en el caso de haber tenido que regresar al «Refugio Padre Hurtado».

En el furgón del pastor Savolainen salimos rumbo a Santiago. Para evitar el centro de la ciudad, el pastor entró por la Avenida Carlos Valdovinos y se detuvo en la Gran Avenida. Allí se bajó mi hijo con Amanda y nosotros continuamos hasta las oficinas de la Iglesia Luterana.

Se dió la casualidad de que justo al otro lado de la calle estaba la capilla de la Iglesia Católica que los Militares habían allanado cuando detuvieron a Rafael y a su amigo.

“Tiene que recuperar su Carnet”

Finlandia se había hecho cargo de los intereses de la República Democrática Alemana, que rompió sus relaciones diplomáticas con Chile luego de producirse el Golpe Militar. La Embajada

finlandesa se había instalado en la residencia donde había funcionado una escuela para los hijos de los diplomáticos alemanes democráticos, acreditados en Chile durante el Gobierno de Salvador Allende.

A media mañana, cuando el sol ya había calentado las calles de Santiago, salimos rumbo a la Embajada. El pastor estacionó su vehículo un poco alejado de la entrada y nos bajamos.

Ante la verja de hierro, había un Carabinero de Guardia, estaba armado con una metralleta Karl Gustav. Su compañero se encontraba frente a la sede de otra misión diplomática, a cien metros de distancia. El pastor tocó el timbre de la Embajada y el Carabinero nos pidió nuestros documentos de identidad. El pastor Savolainen le entregó su flamante Pasaporte norteamericano y yo, mi modesto Carnet falsificado.

—Son las órdenes que tengo —nos explicó el Carabinero y luego, al ver el águila del coloso del norte en el Pasaporte de mi acompañante, agregó como disculpándose—: Es por la seguridad de ustedes mismos.

—Está bien —le dije engolando la voz—. Comprendemos.

El Mayodormo nos abrió la puerta y entramos. El Embajador nos hizo esperar en una antesala con grandes ventanales y luego pasamos a su despacho, que tenía ventanas a la calle.

El pastor nos presentó y el Embajador me pidió que le contara mi historia. En pocas palabras se la resumí, pensando que Savolainen ya le había referido lo suficiente.

—¿Tuvieron problemas para entrar aquí?

—Ninguno —le dije—. Sólo que el Carabinero de Guardia se quedó con nuestros documentos de identidad.

—¡Cómo! —exclamó el Embajador y poniéndose de pié se dirigió a los ventanales.

A través de los cristales se podía ver al Carabinero que estaba examinando los documentos que le habíamos dejado.

—¡Usted no puede quedarse si ellos saben que está aquí!
—me dijo el Embajador.

Yo pensaba que estando ya dentro de la Embajada, no tenía importancia que el Carabinero se quedara con mi Carnet. Por eso, al Embajador, le dije:

—El Carnet que le dí al Carabinero, es falso.

—¡No importa! —me respondió el Embajador—. Si usted quiere que lo acoja como huésped, tiene que recuperar su Carnet y regresar cuando no haya guardia frente a la puerta.

Savolainen se había demudado.

—Es muy peligroso para él salir a la calle —dijo el pastor.

—¡Yo no quiero tener problemas con los Militares!

La recuperación del Carnet

Aquella exigencia del Embajador me pareció exagerada, aunque comprendía que al finlandés le importara tener buenas relaciones con los Militares.

Pero yo no andaba con ánimo suplicante. Poniéndome de pié, le dije:

—Muy bien. Así lo haré.

Nos despedimos y salimos. El pastor se veía nervioso y, sobre todo, apesadumbrado.

—Vamos —le dije—. No hay nada que hacer.

El Carabinero ya no estaba en la puerta. Se encontraba a unos treinta o cuarenta metros más allá del furgón del pastor. Cuando

nos vió salir a la calle y dirigirnos al vehículo, se acercó calmadamente. Calculé que nos íbamos a encontrar frente al automóvil.

Al acercarnos observé que el policía se veía relajado. Su arma colgaba de las correas terciadas al hombro y la traía cogida del cañón. Al percatarme de su actitud, me adelanté con decisión. El pastor me siguió.

Al devolvernos los documentos, el Carabinero nos dijo:

—Perdonen la molestia.

No había duda de que el Pasaporte del pastor Savolainen, le había impresionado.

—Está bien —le dije—. No tiene importancia.

El Fiat blanco

Subimos al vehículo y regresamos a las oficinas de la Iglesia Luterana. Al tiempo que nos bajábamos del furgón, un pequeño auto Fiat de color blanco, en cuyo interior había cuatro hombres de civil, se estacionó en la vereda de enfrente a cierta distancia del local de la Iglesia Católica.

—Desde la semana pasada, ese vehículo se ha venido a estacionar ahí todos los días —nos informó la Secretaria del pastor.

Le pregunté al pastor si no podíamos ir a otra Embajada, pero él me respondió que desgraciadamente no tenía más contactos. Me dijo, además, que el compromiso con el Embajador finlandés seguía a firme.

Después de almorzar jugamos unas partidas de ajedrez hasta que llegó la hora en que el pastor tenía que ir a su casa. Su mujer

iba a realizar algunas diligencias y el pastor se iba a hacer cargo de sus hijas. Cuando salimos a la calle, el Fiat continuaba estacionado en el mismo lugar y sus cuatro ocupantes parecían dormir la siesta.

El pastor Savolainen estaba casado con una hermosa mujer centroamericana y era el padre de dos preciosas niñas. Las niñas se avinieron conmigo de inmediato. A una de ellas la llevé en brazos desde su casa hasta la camioneta. Durante el viaje me fuí jugando con ellas hasta que llegamos a las oficinas de la Iglesia Luterana.

El Fiat blanco seguía en el mismo lugar y sus ocupantes nos miraron. Yo fuí el primero en bajar. Luego tomé en brazos a la hija menor del pastor, mientras él cargaba a la otra. A simple vista, yo era un viejo conocido de aquella familia.

El segundo intento

La señora del pastor se fue con el furgón, las niñas quedaron al cuidado de la Secretaria y nosotros reanudamos nuestra partida de ajedrez. El pastor interrumpió un par de veces el juego para hacer unas llamadas telefónicas.

Cuando su esposa regresó, Savolainen fue a dejar a su familia y después pasó a reunirse con un amigo.

Al volver, contento, me dijo:

—He tomado medidas para que esta vez la cosa no falle. Un amigo nos va a ayudar.

Quedamos a la espera del momento adecuado para regresar a la Embajada de Finlandia. Al término de la tarde, sonó el teléfono. Era el amigo del pastor que le llamaba para avisarle que se

encontraba listo para iniciar la operación. Entonces Savolainen llamó a la Embajada de Finlandia.

Después subimos al furgón y partimos. El pastor detuvo su vehículo antes de llegar a la Avenida donde estaba ubicada la Embajada y nos quedamos esperando.

Poco después, un automóvil cruzó lentamente la bocacalle y el chofer, al vernos, tocó la bocina.

—¡El camino está libre! —exclamó el pastor.

De prisa recorrió un par de cuadras y se detuvo en medio de la calle frente a la Embajada. No se veía ningún Carabinero.

—¡Gracias! —le dije al bajarme del vehículo.

De prisa caminé hasta el portón que el Mayordomo había abierto de par en par, pensando tal vez que el pastor iba a entrar al antejardín con su vehículo.

—¡Bien venido! —me dijo el finlandés.

—¡Gracias! —le respondí, estrechándole la mano.

¿Fue una exigencia burocrática?

El Embajador ya no se encontraba en la residencia. Cumplido el horario de oficina, se había ido para su casa. En la Embajada, además del Mayordomo, había tres asilados chilenos que estaban esperando los salvoconductos de la Junta Militar para viajar a la República Democrática Alemana. Se trataba de dos comunistas y de Juan Carlos, un médico mapucista que había sido Ministro de Salud en el primer gabinete de Allende.

Con Juan Carlos habíamos sido compañeros en el Coro del Instituto Nacional. Después del año 1950, no nos habíamos visto.

En el momento de mi llegada, los asilados se encontraban en el comedor. Hasta allí me llevó el Mayordomo. Los compañeros me saludaron y uno de ellos me pidió que les refiriera mi historia. En breves palabras les hice un resumen y al final comenté la actitud del Embajador respecto del Carnet, diciendo que a mí me había parecido una exigencia burocrática.

—No fue una exigencia burocrática —dijo Juan Carlos.

Me sorprendió su tono y su afirmación, que interpreté como una defensa de lo que había hecho el Embajador.

Irritado, le repliqué:

—¡Cuando está en juego la vida de una persona, lo menos que se puede decir de una actitud como esa, es que se trató de una exigencia burocrática!

10

CAMINO AL EXILIO

La residencia donde funcionaba la Embajada de Finlandia había sido construída en un amplio terreno del barrio Las Condes. Años más tarde, a un costado se le había agregado un anexo de dos pisos. En la planta baja estaban el garage, la cocina, la lavandería, un comedor, un baño y dos dormitorios para la servidumbre.

En el piso superior del anexo había un baño y tres piezas, dos de ellas habilitadas como dormitorios. Estas habitaciones estaban comunicadas a una salita de distribución, donde había un televisor y varios sillones.

El antejardín estaba separado de la calle por una verja de hierro forjado con un portón de dos hojas para los vehículos y una puerta lateral para las personas.

Un jardín con árboles y arbustos de flor circundaba el edificio principal. El resto del terreno estaba cubierto por un cuidado césped.

Los deberes de un «huésped»

Al día siguiente de mi entrada, los funcionarios de la Embajada me instruyeron acerca de los derechos y obligaciones que me otorgaba mi calidad de «huésped».

Yo tenía derecho a permanecer dentro de la Embajada como los asilados, que en realidad no eran asilados de Finlandia sino de la República Democrática Alemana, país que cancelaba los gastos de arriendo y mantenimiento de la propiedad y la alimentación de todos los huéspedes.

Mis obligaciones eran básicamente dos: no debía dar a conocer mi presencia en la Embajada, ni siquiera a mis familiares, y tenía expresamente prohibido hacer uso del teléfono.

Durante los primeros días, aunque yo no había prometido nada a nadie, cumplí escrupulosamente mis obligaciones. Pero el Partido, como era natural, se enteró de mi presencia en la Embajada por intermedio de Amanda.

El mensaje de Exequiel Ponce

El 14 de mayo, el mismo día en que mi hijo Erik cumplía diez y siete años de edad, una compañera llegó a la Embajada de Finlandia con un mensaje de Exequiel Ponce, «Nelson», en la clandestinidad. De entre los pliegues de su vestido sacó un papelito muy bien doblado:

—Estimado Gordo: Saber de tu llegada a ésta, luego de los dramáticos antecedentes recogidos respecto a tu zona, ha sido una de las mayores alegrías nuestras en estos duros meses.

Para la Dirección es responsabilidad de primer orden garantizar la conservación e integridad y el buen aprovechamiento de los cuadros formados tan lenta y laboriosamente por el movimiento popular. En ello hay un capital que no le pertenece al Partido: es de la clase obrera y del pueblo. Recibe junto a nuestro abrazo fraternal, la seguridad de que a breve plazo te serán designadas tus responsabilidades y nuevo lugar de combate. Por de pronto, exagera todas las medidas de seguridad en torno a tu persona. En el curso de la semana próxima estableceremos una comunicación más directa y te informaremos de las posibles soluciones a tus problemas de tipo familiar.

Recibe el saludo fraternal de toda la Comisión Política del Partido. Nelson. Santiago, 08.05.74.

Esta nota de Exequiel Ponce, el máximo Dirigente del Partido Socialista en la clandestinidad, confirmó mis sospechas de que el mensaje recibido en el «Refugio Padre Hurtado», había sido falso.

El Mayordomo

Posteriormente, Mauro, el Mayordomo de la Embajada, un finlandés casado con una chilena y padre de varios hijos, accedió a llevarle una nota a mi esposa. Así les pude avisar a ella y a Elvira dónde me encontraba.

En la tarde del 30 de mayo, Mauro me permitió recibir mi primera llamada telefónica. Era María Eugenia que me llamaba para preguntarme qué había decidido en relación a las alternativas que me había planteado el Partido. Yo no tenía idea de qué me estaba hablando, porque no había recibido ninguna comunicación en tal sentido.

Al preguntarle por mi hijo Erik, ella me respondió que no me preocupara porque él había entrado a la Embajada de Italia y estaba apunto de viajar a Europa.

Cuando Amanda me llevó un poco de ropa que me mandaba el Partido, le conté que Erik iba a viajar a Italia. Ella se mostró muy sorprendida de que me hubiesen dado esa información, porque mi hijo se encontraba en la casa de seguridad del Partido a donde ella lo había llevado.

El ultimatum

Unos días después, el Embajador regresó a Finlandia de vacaciones, dejando en su reemplazo al Encargado de Negocios.

El domingo 8 de junio, este diplomático me informó que yo debía abandonar la Embajada en tanto se fuera a Alemania Democrática el último asilado.

—Son las instrucciones que me dejó el Embajador —me dijo.

Él creía que los dos asilados que restaban viajarían a Europa alrededor del 15 de junio.

Le hice ver que debido a la situación en que me encontraba dentro de la Embajada, impedido de usar el teléfono y de recibir visitas, estaba desconectado del Partido. Le manifesté que en tales circunstancias yo veía mucho más sencillo salir del país que salir de la Embajada a la calle. Le solicité que buscara otra solución al problema.

El encargado de negocios consultó con su Gobierno y luego me dijo que primero que nada yo tenía que conseguir un país que me concediera una visa.

Suiza dijo sí, Cuba también

Los alemanes democráticos no aceptaban más asilados, si no eran comunistas. Finlandia tampoco aceptaban más asilados, aunque no fueran comunistas. En resumen, parecía que yo no tenía a dónde ir.

Sin embargo, se hicieron algunas gestiones que resultaron exitosas. Mi madre recurrió a la Embajada de Suiza. Este país concede la nacionalidad suiza a los hijos de emigrantes hasta la quinta generación y yo era de la tercera, puesto que mi abuelo materno había nacido en Berna. Aunque mi abuelo, que vivió toda su vida en el campo, en el sur del país, nunca tuvo tiempo para ir a

inscribir a sus hijos en el Consulado de Suiza, el Embajador le dijo a mi madre que yo podía disponer de una visa, sin ningún problema.

Yo, que estaba interesado en primer lugar en viajar a Cuba, le había solicitado al pastor Savolainen que fuera a solicitar una visa a la Embajada de Suecia, que tenía a su cargo los intereses cubanos en Chile.

El Embajador de Suecia consultó sobre mí persona a los socialistas que tenía asilados. Manuel Matamoros, un ex compañero del Instituto Nacional, le informó quién era yo, por lo que la respuesta de Cuba también fue positiva.

Con estas ofertas de visa, el Encargado de Negocios de la Embajada de Finlandia, comenzó a estudiar la forma de sacarme del país. Para aquel entonces, la Junta Militar ya había notificado a los países europeos que no tenían convenio de asilo con Chile, que no les iba a conceder más salvoconductos de salida a quienes se refugiaran en sus embajadas.

El Embajador de Venezuela

Un fin de semana se realizó una reunión del Cuerpo Diplomático acreditado en Chile.

Durante el cóctel, un Embajador comentó:

—¡No sé qué hacer! Tengo un refugiado en la Embajada y la Junta no quiere darme el salvoconducto. ¡Y yo no puedo echarlo a la calle!

—¿Sí? —le respondió el interpelado— ¿Y qué voy a hacer yo que tengo tres?

—¡Y yo, que tengo cinco! —exclamó otro.

Se hizo un rápido recuento. En aquel momento, las embajadas europeas reunían sesenta y cinco refugiados. Para éstos, según la Junta Militar, no iba a haber salvoconductos.

—No se preocupen —dijo el Embajador de Venezuela—. A estos señores Militares yo sé cómo tratarlos. La Junta necesita petróleo y quiere que nosotros se lo vendamos. El martes tendré una entrevista con el Ministro de Economía y le voy a plantear que no habrá petróleo si no conceden los salvoconductos que necesitamos. Por favor, hagan una lista con todos los refugiados y me la hacen llegar el lunes a la Embajada.

El Encargado de Negocios de la Embajada de Finlandia llegó radiante el lunes por la mañana.

—Carlos —me dijo—: el problema de tu salvoconducto para salir del país está en camino de resolverse. Necesito tu nombre completo y el número de tu Carnet.

—¿Para qué lo necesitas?

—El Embajador de Venezuela va a presentar a la Cancillería chilena la nómina de todos los refugiados que se encuentran en las Embajadas de los países europeos. Él está seguro que va a conseguir los salvoconductos.

Escribí mis datos en un papel y antes de entregárselo, le pregunté:

—¿Puedo agregar el nombre de mi hijo?

El finlandés, un gordo sanguíneo y buena persona, lo pensó un instante y luego, solidarizando conmigo, me respondió:

—Bien. Escribe el nombre de tu hijo y el número de su Carnet de Identidad.

—No me acuerdo del número de su Carnet —le dije—. Pero si me esperas hasta la tarde, creo que lo puedo conseguir.

—Bueno —me dijo—, pero tiene que ser rápido.

Llamé por teléfono al pastor Savolainen y le pedí que fuera a las oficinas del «CIME», en la Avenida Ricardo Lyon, a conseguir el número del Carnet de mi hijo, porque allí tenían registrados todos sus datos. El pastor, que tenía una reunión impostergable, llamó a Amanda y le pidió que hiciera aquel trámite. Ella fue al «CIME» y después me llamó por teléfono para darme el número del Carnet de Erik. De inmediato se lo entregué al Encargado de Negocios.

Al día siguiente, el Embajador de Venezuela presionó a los Militares con el petróleo y consiguió que la Junta se comprometiera a dejar salir del país a todos los refugiados que nos encontrábamos en las Embajadas europeas, incluyendo a mi hijo.

La Junta nos otorgó, para mantener las apariencias, «permisos especiales de salida» en vez de salvoconductos. A nosotros no nos importó la fórmula legal utilizada, sino tener la posibilidad de salir del infierno en que los Militares habían transformado “la copia feliz del Edén”.

La «Operación Erik»

El paso siguiente consistía en hacer entrar a la Embajada, sano y salvo, a mi hijo Erik.

Esta operación la preparó con entusiasmo el propio Encargado de Negocios, quien ideó que Erik llegara disfrazado de electricista. En la ejecución del plan cooperaron Amanda y el pastor Savolainen.

El día X, Amanda fue a buscar a mi hijo a la casa de seguridad del Partido y lo dejó en la esquina de las Avenidas Providencia y Tobalaba. Allí lo recogió el pastor en su furgón y lo llevó a sus oficinas. En aquel lugar Erik se puso un mameluco azul de obrero y luego subió al vehículo del pastor portando un rollo de alambre y un maletín con herramientas que el diplomático finlandés había dejado en las oficinas de la Iglesia Luterana.

Mientras tanto, nosotros en la Embajada estábamos pendientes de los movimientos del Carabinero de Guardia frente a la puerta. Cuando vimos que el policía se alejaba en dirección a la Embajada vecina, el Encargado de Negocios llamó al pastor, quien vino a dejar a Erik a una esquina cercana a la Embajada de Finlandia.

Debido a problemas en el tráfico, el pastor se retrasó unos minutos.

Cuando Erik dobló la esquina, el Carabinero ya había regresado a su puesto junto a la puerta. En los momentos en que Erik se acercaba a la Embajada, una hermosa joven apareció en la vereda de enfrente, caminando en sentido contrario. El Carabinero de Guardia la quedó contemplando fascinado y sin dejar de mirarla se alejó lentamente del portón de la Embajada, al encuentro de Erik.

Al cruzarse ambos, mi hijo le hizo al Carabinero un gesto de complicidad, señalando con la cabeza hacia la joven providencial. El policía, hipnotizado por la deslumbrante belleza de la desconocida, le respondió a mi hijo con una sonrisa.

Entre tanto, el Mayordomo de la Embajada había salido al antejardín para abrir la puerta, de modo que Erik pudo entrar sin demora a territorio finlandés, donde el Encargado de Negocios lo estaba esperando.

Adentro de la residencia, con el alma pendiente de un hilo, yo aguardaba a mi hijo para abrazarlo.

El orden burocrático

En la Embajada me llamó la atención el riguroso orden protocolar que mantenían los comunistas y Juan Carlos.

Cuando yo llegué, el dormitorio más amplio y confortable del segundo piso, lo ocupaba un Diputado Comunista y el dormitorio más pequeño, Juan Carlos, a quien los comunistas le concedían el rango de ex Ministro. El dormitorio más espacioso de la planta baja lo ocupaba el funcionario del Comité Central del Partido Comunista.

A mí, que había sido Secretario Regional del Partido Socialista y tenía sólo la calidad de huésped y no de asilado, me asignaron el último grado del escalafón. En tal condición me correspondió el dormitorio de la planta baja que daba al patio trasero.

Después que el Diputado Comunista viajó a Alemania, Juan Carlos heredó su dormitorio y el funcionario del Comité Central, el que dejó libre Juan Carlos. Yo no quise moverme del mío.

Cuando Juan Carlos y el Funcionario comunista viajaron a Alemania Democrática y mi hijo llegó a la Embajada, yo rompí el orden burocrático. Ocupé el dormitorio pequeño del segundo piso y dejé que mi hijo se instalara en el más espacioso y confortable.

Nosotros subimos al segundo piso, no para ascender en el escalafón, sino porque nuestros anfitriones nos pidieron que nos cambiáramos allí para cerrar la planta baja.

La carta a Exequiel Ponce

Ante la inminencia de partir al exilio, le envié una carta a Exequiel Ponce.

Santiago, 22 de junio de 1974.

Estimado Nelson: Mucho aprecié los conceptos contenidos en tu nota del 8 de mayo, máxime cuando con anterioridad había recibido un juicio negativo sobre mi persona que se te atribuía. Los hechos acontecidos con posterioridad me han situado en la condición de asilado y es por ello que se hace necesario aclarar lo ocurrido.

En primer término quiero dejar establecido que me encuentro vivo gracias al comportamiento leal de innumerables campesinos y compañeros quienes se jugaron por darme seguridad y afecto en los momentos más difíciles.

El domingo 7 de abril llegué a Santiago a pedir instrucciones y ponerme a las órdenes del Comité Central, encontrar a mi familia y ver modo de solucionar algunos problemas relativos a ella. El contacto hecho me informó de la necesidad de tomar precauciones y para esperar la comunicación del Comité Central me llevó al Refugio Padre Hurtado. El 4 de mayo se me informó que tú opinabas que yo no tenía condiciones para trabajar en las actuales circunstancias, sin dar una salida a mi situación. Aunque esa información me desmoralizó un tanto, decidí apelar porque me pareció que tal juicio era injusto. Cuando esperaba materializar dicha apelación fue necesario abandonar el Refugio, era el 8 de mayo. Se me trajo a la Embajada mientras el Partido resolvía. El 14 de mayo recibí tu nota de saludo en la que me anuncias un contacto más directo. El 30 de mayo me telefoneó María Eugenia quien me habló sobre ciertas alternativas que el Partido entregaba a mi decisión, pero las cuales yo desconocía. La nota que las contenía no llegó nunca a mis manos y Amanda me confirma no haberla recibido para remitírmela.

A todo esto fui informado por el Encargado de Negocios de la Embajada de Finlandia que debía abandonar la Embajada cuando se fuera el último asilado y tal cosa se estimaba probable que ocurriría en la semana del 10 al 15 de junio. Ante esto y no teniendo contactos con el Partido, Amanda hizo gestiones con el pastor quien vino, conversó conmigo y fue a la Embajada de Suecia que de inmediato aceptó enviarme a Cuba junto a mi hijo. Luego, teniendo país de destino, el Encargado de Negocios de la Embajada de Finlandia informó a la Cancillería chilena de mi presencia aquí. Días más tarde el Embajador de Venezuela solicitó y obtuvo los salvoconductos.

Estos son los hechos. He permanecido más de tres meses en Santiago esperando que el Partido le diera una salida a mis deseos de continuar en el trabajo. Lo último que deseaba era salir y lo prueba el hecho que rehusé salir a la Argentina por mi zona. Al mismo tiempo me doy plena cuenta de mis limitaciones personales y en atención a las necesidades presentes y futuras del proceso y del Partido, es que deseo se me dé la posibilidad de adquirir afuera la preparación que me hace tanta falta y así poder regresar a la brevedad posible a aportar al trabajo en la medida de mi capacidad y en el puesto que se me asigne.

Sólo espero que tú puedas seguir trabajando con pleno éxito hasta que nos veamos, reitero, a muy breve plazo. De momento recibe un fuerte abrazo. Fernando.

“Hay un proceso en tu contra”

Un par de días después de que el Embajador de Venezuela les había arrancado a los Militares el compromiso de concedernos permisos de salida del país, el Encargado de Negocios de Finlandia me llamó a su despacho.

Nerviosamente, me dijo:

—La Junta Militar no quiere darte salvoconducto para que salgas del país.

—¿Por qué?

—Porque la Justicia Militar tiene un proceso en tu contra.

—Yo te lo había dicho. No te preocupes, porque la Justicia Militar chilena es una farsa.

—De todas maneras, lo tengo que consultar con mi Gobierno. Después te informo.

El diplomático había confirmado, de boca de los Militares, lo que yo le había contado acerca de mi situación. Los tozudos Militares osorninos habían proseguido el proceso en mi contra y en aquel entonces éste se encontraba en la Corte Militar de Valdivia.

En los días siguientes, el Encargado de Negocios tuvo que escribir innumerables telex cifrados a su Gobierno y negociar mi caso con la Cancillería de Chile.

Finalmente, llegaron a un compromiso: para que los Militares me dejaran salir, los finlandeses se comprometieron a mantenerme en el territorio de Finlandia por el lapso de sesenta días, a la espera del pedido de extradición que la Justicia Militar iba a tramitar de inmediato en la Corte Suprema de Justicia.

El vuelo secreto

Cuando el viaje ya estaba decidido y todos los trámites listos, el Encargado de Negocios no quiso informarme con tiempo de la fecha exacta en que mi hijo y yo íbamos a salir de Chile. (Al despedirse en el aeropuerto, me dijo que lo había hecho por razones de seguridad)

—Me parece inhumano que mi Jefe no les quiera informar la fecha del vuelo —me dijo una secretaria de la Embajada, el viernes

12 de julio—. Te informo en secreto: todo está listo y ustedes viajarán a Finlandia a mediados de la próxima semana.

Esta conversación nos permitió, durante aquel fin de semana, despedirnos apresuradamente de nuestros parientes más directos.

El martes 16 de julio al atardecer, un par de horas antes del «Toque de Queda», el diplomático finlandés nos informó que íbamos a salir del país al día siguiente, a primera hora de la mañana, y nos entregó veinte dólares americanos a cada uno.

—¿Para qué es este dinero? —le pregunté—. Si en el avión todo es gratis.

—Para cubrir gastos eventuales.

—¿Es dinero de tu bolsillo?

—No. Es de rutina. Se les da a todos los exiliados que viajan fuera del país.

En vista de que no le hice más preguntas, agregó:

—Ahora vayan a empacar vuestras pertenencias.

Todo el equipaje de mi hijo cupo en una pequeña y vieja maleta y el mío, en un bolso de mano. Lo más importante, lo que no me habían podido quitar los que saquearon mi casa, ni el ladrón que se apropió de mi automóvil, ni habían logrado destruir los Militares, lo llevaba en mi corazón y en mi cabeza.

Dos diplomáticos alemanes que regresaban a su país al día siguiente, fueron a despedirse del personal de la Embajada de Finlandia. Como íbamos a viajar en el mismo vuelo, les pedí que me llevaran hasta el avión un sobre con algunos recortes de diarios que yo quería sacar del país.

Otro sobre con documentos personales, donde también iba el carnet falso que había utilizado para moverme clandestinamente por el país, se lo había entregado al Encargado de Negocios de la

Embajada de Finlandia, dado que él me había asegurado que me lo iba a enviar a Helsinki por valija diplomática.

Camino al aeropuerto

El miércoles 17 de julio de 1974, muy temprano por la mañana, el Encargado de Negocios llegó a buscarnos. El día estaba despejado y frío, al sol todavía le faltaban unas horas para asomarse por arriba de la cordillera de los Andes.

El diplomático finlandés en persona conducía el automóvil de la Embajada. Yo me senté a su lado y mi hijo lo hizo en el asiento trasero. Ya en la calle, detrás de nuestro vehículo se ubicó un Radiopatrullas de Carabineros.

—Tienen orden de servirnos de escolta —me dijo el finlandés, respondiendo a mi mirada.

Nos dirigimos hacia el centro de Santiago, mientras la ciudad recién comenzaba a despertar. Escasos vehículos circulaban a aquella temprana hora y las luces verdes de los semáforos nos iban dando la pasada sincronizadamente.

Avanzando por la Avenida Providencia, rápidamente dejamos atrás varias cuadras de edificios con los negocios cerrados, hasta llegar al desolado Parque Gran Bretaña, cuyos árboles se veían desnudos, deshojados por el invierno.

Arribamos a la rotonda de la Plaza Italia con exceso de velocidad, por lo que el diplomático debió frenar bruscamente frente al último semáforo.

Mientras esperábamos el cambio de luces, para entrar a la Alameda Bernardo O'Higgins, vi las patrullas de Carabineros con

cascos de acero y fusiles automáticos, montando guardia en las esquinas.

Frente al edificio «Gabriela Mistral», al que los Militares le habían cambiado el nombre para transformarlo en la Sede de su Gobierno, las patrullas de Carabineros fuertemente armados nos obligaron a pasar por la calzada contraria. El carril sur de la Alameda estaba protegido con obstáculos de concreto.

Sobre el frontis de la Universidad Católica, Cristo abría sus brazos con desaliento, contemplando la ciudad recién salvada por los «Defensores de la Patria». En el interior de aquella casa de estudios, el Rector-Delegado de la Junta Militar llevaba adelante urgentes reformas patrióticas cerrando Facultades, clausurando Escuelas, destituyendo Profesores y expulsando Alumnos.

Unas pocas cuadras más al poniente, el Coronel que había sustituido a don Edgardo, el rector demócrata cristiano, hacía otro tanto en la Universidad de Chile.

Atrás dejamos el Cerro Santa Lucía, inaccesible entonces a las parejas de enamorados; el Museo de Historia; la Biblioteca Nacional; la Iglesia de San Francisco, y la pecadora calle San Antonio.

El tramo siguiente de la Alameda estaba poblado por mis recuerdos: la pérgola de las flores, los bulliciosos tranvías con acoplados, las destartaladas góndolas con cobradores, los desfiles multitudinarios y las banderas. También seguían allí los ecos de los disparos de fusil y los gases lagrimógenos con que nos reprimían los Carabineros, cumpliendo las órdenes de los gobiernos democráticos antecesores de Allende.

Emergiendo de la niebla de la memoria pasamos frente al Palacio de La Moneda, donde el Presidente Salvador Allende había muerto en defensa de la Democracia.

Desde allí, la Alameda se estrechaba. El automóvil debió pasar muy cerca de los tabiques de madera que separaban la calzada de las obras de construcción del metro. A la Estación Central llegamos a escasa velocidad, a causa de que había aumentado el número de vehículos en circulación.

El Encargado de Negocios condujo su vehículo por la Avenida Ecuador y algunas cuadras más adelante salimos al camino que nos llevaría al Aeropuerto de Pudahuel.

Cuando nos acercábamos a nuestro destino recordé a los Carabineros y miré hacia atrás. Ahí estaban. Al parecer, habían hecho todo el trayecto pegados a nosotros.

La partida

En el Aeropuerto nos estaba esperando un funcionario del «CIME» quien me entregó un formulario hecho a mimeógrafo, de tamaño oficio, en el que nuestros nombres estaban escritos a máquina. En aquel Documento se especificaba que viajábamos a Helsinki, vía Amsterdam, autorizados por la oficina central del «CIME» en Ginebra. Este modesto papel, sin fotografías ni huellas dactilares, fue nuestro pasaporte al exilio.

Dentro del Aeropuerto, el Encargado de Negocios se mantuvo en todo momento a nuestro lado, interviniendo cada vez que los funcionarios de la Policía Internacional nos requerían algún detalle. Debido a que los policías le dijeron que no iba a poder ir hasta la escalinata del avión, como eran sus deseos, nos despedimos antes de subir al bus que nos llevaría hasta el aparato.

A este sensible diplomático finlandés, junto a la larga cadena de personas que nos ayudaron durante aquellos once meses en la clandestinidad, le quedamos debiendo nuestras vidas, lo único que pudimos salvar del desastre.

Además del chofer, en el bus que nos llevaba hasta el avión íbamos sólo el representante del «CIME», mi hijo y yo. Al pié de la escalerilla de la nave aérea, aquel funcionario nos dió la mano, deseándonos buen viaje. En ese instante, los primeros rayos del sol le dieron sobre los ojos. Ví que le brillaban en forma extraña. Tardíamente, cuando ya estaba arriba a punto de entrar al avión, me dí cuenta de que el hombre estaba emocionado. De haberme dado cuenta a tiempo, le habría dado un abrazo.

Yo no estaba triste, porque la salida del país me estaba dando la oportunidad de salvar a mi hijo y esperaba que, más adelante, también al resto de mi familia. Tal como le había comunicado a Exequiel, mis intenciones eran regresar lo más pronto posible.

Nos habían corrido el límite

Cuando el avión fue a colocarse en el cabezal sur de la pista, la loza del aeropuerto ya estaba iluminada por el sol.

En la azotea del edificio del terminal aéreo, un pequeño grupo de personas, que no tenía nada que ver con mi hijo y yo, nos hacía señas de despedida con sus pañuelos.

Con sus motores acelerados a fondo, el avión corrió por la loza hasta comenzar a elevarse. Siempre en ascenso describió un gran círculo hasta enfrentarse con la cordillera de los Andes.

Las cumbres de las montañas estaban cubiertas de nieve y se sucedían unas a otras hasta donde alcanzaba la vista.

Luego de unos minutos, que a mí me parecieron muy pocos, por los altavoces del avión informaron que estábamos cruzando el límite con Argentina. En aquel momento, una sensación extraña me apretó la garganta.

A través de la ventanilla del avión, al ver la enorme extensión de cordillera que nos faltaba por sobrevolar, tuve la impresión de que los argentinos nos habían corrido el límite.

Después de haber traspasado la frontera, el diplomático alemán vino a entregarme el sobre con los documentos que yo le había encargado. Costésmente nos preguntó si necesitábamos algo y como nosotros le dijimos que no precisábamos nada, se fue y no lo volvimos a ver nunca más.

En el Aeropuerto de Buenos Aires, mi hijo y yo bajamos del avión y fuimos hasta la pequeña sala para los pasajeros en tránsito. Cuando al recinto entraron unos hombres de aspecto patibulario, recordé las advertencias de la azafata y regresamos al avión de inmediato.

La siguiente escala fue en Río de Janeiro.

Haciendo uso de parte de los dólares que me habían dado en la Embajada de Finlandia, en aquel Aeropuerto me serví una tacita de café exprés, mientras esperábamos el reembarque. Allí nos habían obligado a abandonar el avión para reabastecerlo de combustible. Cumplida esta tarea, el avión alzó el vuelo para iniciar el cruce del Océano Atlántico.

Las princesas africanas

A media noche aterrizamos en Monrovia, Capital de la República de Liberia, en plena África Ecuatorial.

En tanto se detuvieron los motores, se cortó la ventilación, bajó la tripulación del avión y las puertas se quedaron o las dejaron abiertas. En unos momentos, la cabina se llenó del caluroso y sofocante aire tropical. Segundos después, los pasajeros estábamos empapados en sudor.

Se hizo un largo silencio. Tan largo, que yo llegué a pensar que habíamos quedado olvidados en medio de la selva. Cuando ya esperaba ver aparecer a Tarzán con la mona Chita, subieron al avión unas bellas jóvenes, elegantemente vestidas de pies a cabeza con túnicas doradas, bordadas de rojo y negro, y turbantes.

Pensé que eran princesas africanas que subían como pasajeras. Las muchachas fueron hasta el fondo del pasillo, sin reparar en nosotros. Yo esperaba ver que detrás de ellas subiría un sultán, el señor del harem, pero ningún hombre las seguía. Entonces se me ocurrió pensar que eran artistas que habían venido a cantar para entretenernos.

Finalmente, las hermosas muchachas comenzaron a sacar los tarros de bebidas vacíos de las rejillas de los respaldos de los asientos y los restos de papeles de los pequeños basureros. Las princesas africanas ejecutaban su trabajo profesionalmente y con dignidad, moviendo con mucha gracia sus finas y artísticas manos. No he vuelto a ver princesas aseando un avión a la medianoche.

En el aeropuerto de Monrovia estuvimos detenidos durante mucho tiempo. Tanto, que yo empecé a temer que los miembros de la tripulación habían sido capturados por alguna tribu salvaje.

Cuando el calor estaba a punto de sofocarnos, regresaron los pilotos. Los motores se encendieron con estrépido y las azafatas

originales recorrieron el pasillo revisando nuestros cinturones de seguridad.

Rugiendo como una multitud de leones, el avión escapó de la ardiente loza monroviiana hacia las estrellas.

Recien a los diez mil metros de altura volvimos a respirar aire fresco.

El caso único

El vuelo transcurrió sin que ocurriera nada de interés hasta que aterrizamos en Amsterdam. Después de un par de horas de espera en aquel aeropuerto, abordamos un avión de menor tamaño que nos llevó a Helsinki, la Capital de Finlandia.

En el aeropuerto de esta ciudad, una funcionaria del Gobierno nos dió la bienvenida con un ramo de flores. También nos estaba esperando un dirigente comunista chileno que yo había conocido en Chile.

Durante el viaje a la ciudad, al parecer sin poder encontrar las palabras adecuadas debido a su gran aflicción, este compañero me dijo:

—Aquí en Finlandia, el Partido Comunista está dividido.

Yo, que conocía el significado que para los comunistas chilenos tenía la unidad del Partido, exclamé sorprendido:

—¡No me digas!

Tal vez para minimizar aquel pecado mortal de los comunistas finlandeses, el camarada agregó:

—¡Es un caso único en todo el mundo!

Respetando la tradición

En su edición del 27 de noviembre de 1974, en la columna «Noticias de Policía», el Diario «El Mercurio» de Santiago de Chile, publicó:

—*INFORME SOBRE EXTREMISTA*

El Ministro de Relaciones Exteriores comunicó ayer a la Corte Suprema de Justicia que el ciudadano chileno Carlos Bongcam Wyss, quien está siendo procesado por infracción a la Ley de Control de Armas, no se encuentra —como se creía en un principio— asilado en Finlandia.

La Corte Suprema había aprobado hace tiempo una petición de extradición en contra de Bongcam, solicitada por el Cuarto Juzgado Militar de Valdivia.

En el Comunicado se dice que Bongcam habría abandonado territorio finlandés —en fecha reciente— desconociéndose el país al cual se dirigió posteriormente.

El Gobierno finlandés había cumplido estrictamente el acuerdo suscrito con la Junta Militar, de mantenerme dos meses en su territorio a la espera del pedido de extradición que se tramitaba en la Corte Suprema de Justicia de Chile.

El día en que se cumplieron los sesenta días, fui informado por las autoridades finlandesas de que no se había recibido ningún pedido de extradición de parte de la Junta Militar.

El 19 de septiembre de 1974, Erik y yo abordamos un barco que nos condujo a Estocolmo. Desde allí, según se había acordado en Chile, saldríamos rumbo a Cuba.

Las Fuerzas Armadas chilenas dieron un «Golpe de Estado» para «restaurar la chilenidad quebrantada». Respetando la tradición

más difundida de la «chilenidad», la impuntualidad, en mi caso los Militares llegaron tarde.

En los primeros días de diciembre de 1974 arribó a Suecia mi mujer con nuestros tres hijos menores. Reunida la familia, comenzó el exilio e iniciamos una nueva vida.

BIBLIOGRAFÍA:

- Allende Bussi, Beatriz y Castro Ruz, Fidel, «**El más alto ejemplo de heroísmo**», Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1973.
- Arroyo, Gonzalo, «**Golpe de Estado en Chile**», Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1974.
- Bongcam Wyss, Carlos, «**Consejo de Guerra**», Círculo de Estudios Latinoamericanos, Estocolmo, Suecia, 1985.
- Bongcam Wyss, Carlos, «**Sindicalismo Chileno, Hechos y Documentos, 1973-1983**», Círculo de Estudios Latinoamericanos, Estocolmo, Suecia, 1984.
- Comisión Internacional de Investigación de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, «**Denuncia y Testimonio**», Ciudad de México, México, 1975.
- Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, «**Informe**», 3 Fascículos, Editorial Empresa Periodística La Nación, Santiago, Chile, Marzo 1991.
- Galina, Lada, «**El sueño no fue ametrallado**», Editorial Sofía-Press, Sofía, Bulgaria, 1976.

- Junta Militar de Gobierno, «**100 Primeros Decretos Leyes**», Editorial Jurídica de Chile, Santiago, Chile, 1977.
- Pinochet, Augusto, «**El Día Decisivo**», Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1980.
- Prats González, Carlos, «**Testimonio de un soldado**», Editorial Pehuén, Santiago, Chile, 1985.
- Rivas Sánchez, Fernando y Reimann Weigert, Elisabeth, «**Las Fuerzas Armadas de Chile: un caso de penetración imperialista**», Ediciones 75, Ciudad de México, México, 1976.
- Smirnow, Gabriel, «**La revolución desarmada (Chile 1970-1973)**», Editorial Era, Ciudad de México, México, 1977.«
- Touraine, Alain, «**Vida y muerte del Chile popular**», Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, México, 1974.
- Verdugo, Patricia, «**Los zarpazos del puma**», Ediciones Chile América CESOC, Santiago, Chile, 1989.

EL AUTOR:

- CARLOS BONGCAM WYSS, nacido en Pitrufuén en 1934
- Egresado de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile, en 1962.
 - Títulos profesionales:
 - 1) Administrador Público
con Mención en Administración Pública General.
 - 2) Administrador Público
con mención en Administración Financiera del Estado.
 - Profesor de Administración en la Universidad de Chile, Sede Osorno, 1965-1973.

- Miembro del Consejo Directivo de la Sede Osorno de la Universidad de Chile, 1965-1973.
- Miembro del Consejo Normativo Superior de la Universidad de Chile, 1972-1973.
- Director del Círculo de Estudios Latinoamericanos, Suecia, 1978-1996.
- Director de las revistas “Suplemento América Latina” y “Educación y Cultura Latinoamericana”, 1978-1995.
- Escritor, miembro de la Asociación de Escritores de Suecia.
- Periodista, miembro de la Unión de Periodistas de Suecia.

OBRAS PUBLICADAS:

- «Consejo de Guerra», edición en sueco, Suecia, Rabén & Sjögren, 1978. Edición en español, Suecia, 1985.
- “LA EJECUCIÓN”, radioteatro en sueco, Radio Suecia, Estocolmo, 1979.
- “LATINOAMÉRICA AL ALCANCE DE TODOS”, primera edición, Suecia, 1980. Segunda edición, Suecia, 1983.
- “LATINOAMÉRICA PARA NIÑOS”, primera edición, Suecia, 1981. Segunda edición, Suecia, 1985.
- “APRENDIENDO A LEER LATINOAMÉRICA”, Suecia, 1982.
- “SINDICALISMO CHILENO: HECHOS Y DOCUMENTOS, 1973-1983”, Suecia, 1984.
- “LOS NIÑOS Y LAS DROGAS”, Suecia, 1985.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo I, HISTORIA, Suecia, 1988.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo II, ECONOMÍA, Suecia, 1990.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.